

de

GRAN SUPERFICCIÓN

ISAAC ASIMOV

LOS PREMIOS HUGO

1962-1967

JACK VANCE
POUL ANDERSON
GORDON R. DICKSON
HARLAN ELLISON
LARRY NIVEN



Lectulandia

Segundo volumen de una biblioteca indispensable para los amantes del género o para todo aquel que quiera trabar conocimiento del mismo: los relatos del premio más importante que se concede por votación entre los aficionados. Aquí se reúnen los relatos ganadores, entre los años 1962 y 1967, presentados individualmente por Isaac Asimov.

Aquí estoy otra vez de Isaac Asimov

Hombres y dragones [Novela Corta] 1963 de Jack Vance

No hay tregua con los reyes [Novela Corta] 1964 de Poul Anderson

Soldado, no preguntes [Novela Corta] 1965 de Gordon R. Dickson

«¡Arrepiéntete, Arlequín!» dijo el señor Tic-Tac [Relato Corto] 1966 de Harlan Ellison

El último castillo [Novela Corta] 1967 de Jack Vance

Estrella de neutrones [Relato Corto] 1967 de Larry Niven

Lectulandia

Isaac Asimov & Jack Vance & Poul Anderson & Gordon R.
Dickson & Harlan Ellison & Larry Niven

Los premios Hugo 1962-1967

Gran Super Ficción - 9

ePub r1.0
Titivillus 15.12.17

Título original: *The Hugo Winners*

Isaac Asimov & Jack Vance & Poul Anderson & Gordon R. Dickson & Harlan Ellison & Larry Niven,
1987

Traducción: C. Gelabert & Miguel Giménez Sales

Ilustraciones: Loni Geest & Tone Hoverstad & Thomas Schlück

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la memoria de Hugo Gernsback, abuelo de todos nosotros.

Aquí estoy otra vez

Hace más de nueve años, se decidió que era preciso editar una antología de los relatos y novelas cortas de ciencia ficción que habían ganado el Hugo (los premios que se entregan a los mejores del año en las Convenciones Mundiales de Ciencia Ficción que tienen lugar el fin de semana del Día del Trabajo en distintas ciudades).

Para presentar esa antología se precisaba de alguien que fuese famoso, cuerdo y racional; algún caballero conocido por su valor y osadía. Naturalmente, también tenía que ser listo y, sobre todo, terriblemente apuesto. Además, tenía que ser alguien que (por algún grotesco error de la justicia) no hubiera ganado hasta entonces ningún Hugo, y dado que todos los adjetivos citados podían evidentemente aplicárseme a mí, en seguida fui elegido como antologista por la estimable editorial Doubleday & Co., Inc.

La antología se publicó en 1962 con el título de Los premios Hugo y tuvo un éxito enorme, en parte por la calidad de las historias ganadoras que incluía, y en parte por el sello indefinible que yo, como antologista, aporté. (¡No se molesten en proponer definiciones, por favor!).

Pero una vez publicada la antología, me enfrenté con un dilema:

(a) En ella se incluían sólo los relatos ganadores hasta la 19ª Convención de 1961 inclusive, pero los premios Hugo continuarían otorgándose. Esto significaba que pronto o tarde habría que preparar una segunda antología. Naturalmente, yo también quería ser el que preparase esta segunda antología, pero para ello debería seguir cumpliendo con la condición de ser el mejor de los escritores de ciencia ficción que no había ganado un Hugo. (E incluso mejor que los que lo habían ganado, aunque mi modestia me impida decirlo).

(b) Por otra parte, yo quería ganar un Hugo.

Como pueden comprobar fácilmente, estas dos proposiciones se excluyen mutuamente. Como diría un lógico: Si a, no b; y si b, no a. De cualquier modo, yo sería desgraciado.

Como persona sensata y racional que soy, me senté a meditar las posibilidades. Por una parte, todo el mundo iba a leer Los premios Hugo y, en especial, a leerla introducción, en la que yo explicaba de un modo francamente conmovedor la injusticia que cometían conmigo en el asunto de los Hugo. No había duda de que todos y cada uno de los lectores se desharían en lágrimas. Evidentemente, todos los clubes de fans de los Estados Unidos decidirían que en cuanto se hallasen en posición de organizar una Convención Mundial, harían todo lo posible para que mis inimitables relatos de ciencia ficción fuesen galardonados con el Hugo que tan sobradamente merecían.

Por otra parte, desde 1958 yo apenas había escrito ciencia ficción, sólo algún relato muy corto de cuando en cuando, así que no había razón que justificase que me concediesen un Hugo.

Tras sopesar ambas proposiciones, comprendí claramente que tendrían que darme un Hugo por nada. Parecía un asunto difícil de resolver, pero yo soy demasiado educado para desairara un club de fans. Si querían darme un Hugo por nada, tendría que cogerlo (o que agarrarlo, si veía que dudaban).

En 1962, se celebró en Chicago una Convención que se desvió de lo habitual en lo que respecta a los Hugo puesto que no entregó ningún premio individual en la sección de novelas cortas, sino que otorgó uno a la serie «Hothouse» de Brian Aldiss como un todo: cinco relatos que, agrupados, constituyen prácticamente una novela, y, en consecuencia, no pueden incluirse dentro de una antología de piezas más breves. (Además, yo no me desplazo a lugares muy distantes; en consecuencia, todo el mundo sabía que yo no iba a estar en Chicago).

Pero entonces llegó 1963, y Washington, D. C. se dispuso a celebrarla Convención de aquel año. Y hasta Washington yo puedo ir. Con tiempo suficiente, George Scithers, encargado de los preparativos, vino a pedirme que asistiese y formase parte de la presidencia.

Con fingida indiferencia, le pregunté:

—¿No te interesa que yo sea el maestro de ceremonias?

Ya saben que cuando yo asisto a una Convención, normalmente soy el maestro de ceremonias, debido a mi gracioso ingenio y a mi apostura natural, y esto significa que yo entrego los Hugo... a otros.

Allí estaba George Scithers, para asegurarse de que yo estaría en la Convención y, sin embargo, no me pedía que hiciese de maestro de ceremonias.

—No —me dijo, con igual indiferencia—, el maestro de ceremonias será Ted Sturgeon.

Normalmente, yo me hubiese puesta a patalear y a chillar para acabar entregándome a un prolongado berrinche. Pero, esta vez, me limité a reír entre dientes.

—Claro, George —dije—. Allí estaré.

En fin, mi aguda mente analítica me dijo que Sturgeon iba a ser maestro de ceremonias para que pudiese entregarme a mí un Hugo. No podía, como es lógico, ser yo maestro de ceremonias y entregarme a mí mismo un Hugo, ¿verdad que no? Como pueden comprobar soy demasiado modesto.

Pero luego, cuando faltaba una semana para la Convención, con la habitación del hotel reservada, el coche a punto y todo dispuesto, George volvió a llamarme.

—Isaac —dijo—, después de todo, Ted no podrá hacerlo debido a complicaciones familiares. Sé que es algo muy precipitado, pero ¿podrías hacer de maestro de ceremonias?

Me vi obligado a aceptar, aunque se me partió el corazón. ¡Al final me quedaba sin Hugo!

Melancólico y triste fui a Washington. Saludé a George secamente y ocupé mi lugar en la mesa presidencial durante el banquete, sombrío y hosco, mirando de

cuando en cuando al público con evidente despecho.

Por fin, tuve que levantarme para leer la lista de los seleccionados en las diversas categorías y luego el nombre del ganador en cada una de ellas. Por último, entregar los Hugo.

Sólo tenía una opción, así que no pude elegir. Entregué aquellos Hugo con ferocidad, gruñendo a cada ganador cuando se acercaba a recoger el trofeo. Cuando se aproximó Fred Phol, un amigo de la infancia a recoger uno en nombre del ganador, al verle acercarse, mascullé: «¡Rómpete una pierna, amigo de la infancia!». (Pero no lo hizo. Nadie era capaz de hacer lo más mínimo por complacerme).

A medida que iba entregando los Hugo mi elocuencia iba en aumento, y cuando no quedaba más que uno, mi punzante oratoria llegó a su máxima crispación. Con el sobre cerrado en la mano, pedí al público que advirtiese que a mí nunca se me había otorgado un Hugo, y les expliqué por qué. Alcé un puño hacia el cielo y dije:

—¡Por puro prejuicio antisemita, y sólo por eso! Sois todos un hatajo de nazis.

Tras esta fría y desapasionada declaración, abrí el sobre y leí: «Por introducir la ciencia en la ciencia ficción: Isaac Asimov».

Por fin había conseguido un Hugo, y realmente por nada. El plan original había sido, tal como yo había pensado, que Ted Sturgeon me entregase un Hugo. En contra de su voluntad, él no había podido asistir, y George Scithers se había dicho: «Bueno, dejemos que Isaac se entregue el premio a sí mismo; así resultará más divertido. Él es el único escritor de ciencia ficción que puede entregarse a sí mismo un Hugo sin sentirse embarazado».

George procuró por todos los medios que durante diez minutos permaneciese allí intentando aceptar mi Hugo con fingido aire de sorprendida modestia, mientras el público se reía estúpidamente. Y, desde luego, aún no ha explicado lo que quería decir con eso de que yo soy el único escritor de ciencia ficción que podía entregarse a sí mismo un Hugo sin sentirse embarazado. Es algo que francamente, no entiendo.

No había la menor duda de que era un Hugo por nada y, en consecuencia, no me descalificaría para seguir editando los siguientes volúmenes de ganadores. Al menos, yo me proponía enfocar así la cuestión.

Pero luego llegó 1966 y la 24ª Convención del Cleveland. Fui invitado nuevamente, y otra vez iba a ser el maestro de ceremonias. Pero esta vez se incluía en los Hugo una nueva categoría sin precedentes. Se trataba de una «serie de novelas»: es decir, un grupo de tres o más novelas interrelacionadas.

Sin lugar a dudas, iba a ser el premio más importante que se había otorgado jamás, ya que se anhela más un Hugo por un relato largo que por uno corto, y se trataba de la obra más larga posible. Además, era la única categoría en la que se pedía un voto no sólo por la mejor obra del año, sino por la mejor obra de todos los tiempos.

Seré breve. Cuando llegó la hora de entregar el premio a la mejor serie de novelas, me echaron a un lado y el pequeño Harlan Ellison se adelantó para anunciar

la entrega, y el nombre del ganador era (¿cómo lo han adivinado?) Isaac Asimov, por la serie sobre «Fundación».

Esta vez me concedían el Hugo por algo, y el Hugo individual más importante de todos los tiempos. Al fin se reconocían mis méritos, pero esta vez... adiós antología.

Llegó 1970.

Lawrence P. Ashmead, el editor más genial y simpático de Doubleday, dijo:

—Isaac, ya es hora de que hagamos el segundo volumen de Los premios Hugo.

—Así es —dije con tristeza—. ¿Ya quién buscaremos como antologista?

—Hombre, lo harás tú, por supuesto —dijo.

—Imposible —repliqué yo—. He ganado dos premios Hugo.

—Por supuesto —dijo Larry—. Pero todavía necesitamos a alguien notable, cuerdo, racional, valiente y osado, listo y, sobre todo, terriblemente apuesto. Dime, ¿conoces a algún escritor de ciencia ficción, aparte de ti, que reúna tales requisitos?

¿Saben que no se me había ocurrido?

Evidentemente, Larry tenía razón. Así que, con esa modesta sonrisa que es el sello de mi personalidad, dije:

—Larry, estás en lo cierto; debería haberme dado cuenta antes. Así que aquí estoy de nuevo, y aquí está el segundo volumen de los premios Hugo.

Isaac Asimov

1963 - 21^a Convención Washington

Hombres y dragones

Jack Vance

Tengo un sistema muy peculiar para presentar los relatos ganadores, consiste, en esencia, en no hablar nunca de los relatos.

¿Por qué habría de hacerlo, en realidad? Han ganado el premio y, por tanto, deben aceptarse como buenos. Cabe la posibilidad de que usted, como lector particular, discrepe de la opinión general; pero es algo que sólo usted puede decir, y no es mi intención hacerle cambiar de opinión simplemente por proclamar que el relato es magnífico. Además, aquí está el relato y no dudo de que preferirá usted leerlo a oírme hablar de él.

¿Qué hago entonces? ¡Muy fácil! Me limito a hablar de los autores.

El mundo del escritor de ciencia ficción es un mundo cerrado y amistoso. Estamos en minoría. En realidad todos los escritores lo están, porque la gente normal no nos entiende. Nuestras encantadoras excentricidades se menosprecian como claras pruebas de graves alteraciones neuróticas. Nuestra costumbre de sentarnos en un sillón y elaborar con todo cuidado intrincadas y profundas tramas argumentales con los ojos cerrados, se menosprecia como desagradable indicio de vagancia por el simple hecho de emitir algún ronquido en el proceso.

Incluso de entre todos los escritores, el de ciencia ficción se destaca como algo extraño. Los escritores pueden tener ideas, pero los escritores de ciencia ficción tienen ideas locas.

De todos modos sentimos simpatías mutuas y nos reunimos en las Convenciones, y a veces entre Convención y Convención, y hablamos, reímos comemos y bebemos. Otras veces, simplemente nos juntamos para buscar la seguridad frente a un mundo que nos considera raros porque tenemos una característica extraña y aterradora: cordura.

En fin. Ustedes no conocen a estos tipos raros. Y yo sí... Así que les hablaré de ellos.

Menos de esos pocos, poquísimos, a los que nunca he conocido y con los que nunca he mantenido correspondencia. Las posibilidades de que precisamente aparezcan algunos de este grupo son risiblemente escasas... Así que riámonos todos, porque se dan en este caso.

Nunca he visto a Jack Vance, ni me he escrito con él. ¡Pero no se preocupen! ¡Ya aparecerá otra historia suya de primera clase más adelante, en la antología, y entonces pensaré algo!

I

Excavados en las profundidades de un risco de piedra caliza, se hallaban los aposentos de Ivaz Banbeck. Constaban de cinco cámaras principales, a cinco niveles distintos. El Relicarium y una sala de juntas estaban en la parte superior. El Relicarium, era una estancia de sombría magnificencia que albergaba los diversos archivos, trofeos y recuerdos de los Banbeck; la sala de juntas oficial, un largo y estrecho vestíbulo con artesonado oscuro hasta la altura del pecho de una persona y una bóveda blanca estucada; abarcaba toda la extensión del risco, de tal modo que los balcones daban al Valle Banbeck por un lado y al Camino Kergan por el otro.

Los aposentos privados de Joaz Banbeck estaban debajo: un gabinete y una cámara-dormitorio, luego su estudio y, al fondo, un cuarto de trabajo al que Joaz no permitía que entrase nadie.

Se accedía a los aposentos a través del estudio, éste era una gran habitación en forma de L, con un barroco techo aristado del que colgaban cuatro candelabros con incrustaciones granate. Ahora estaban apagados. La habitación estaba bañada por una luz de un gris acuoso que procedía de cuatro placas de cristal ahumado en las que, a modo de una cámara oscura, aparecían vistas del Valle Banbeck. Las paredes estaban recubiertas de unos paneles de caña lignificada. El suelo estaba cubierto con una alfombra con adornos marrones, castaños y negros, formando figuras angulares, cuadradas y circulares.

En medio del estudio había un hombre desnudo. Únicamente cubría su desnudez su largo, fino y castaño pelo, que descendía por su espalda, y el torc dorado que rodeaba su cuello. Sus rasgos eran finos y angulosos y su cuerpo delgado. Parecía escuchar, o meditar quizás. De cuando en cuando contemplaba un globo amarillo de mármol que había en un anaquel próximo, y entonces sus labios se movían, como si encomendase a la memoria alguna frase o algún recuerdo.

Al fondo del estudio se abrió una pesada puerta.

A través de ella, apareció una joven de florido rostro, con una expresión pícaro y maliciosa. Al ver al hombre desnudo se llevó las manos a la boca, ahogando un gemido. El hombre desnudo se volvió... pero la pesada puerta se había cerrado ya.

Durante un instante, una ceñuda expresión le cubrió el rostro, y luego lentamente, se acercó a la pared situada en el lado inferior de la L. Movié una sección de los estantes de la biblioteca y pasó a través de la abertura. Después, la abertura se cerró.

Descendió por una escalera de caracol y fue a dar a una cámara excavada en la roca, de paredes sin desbastar; era el cuarto de trabajo privado de Joaz Banbeck.

Sobre un banco de trabajo había herramientas, moldes y fragmentos de metal, un equipo de células electromotrices y diversos instrumentos eléctricos: los objetos que actualmente atraían el interés de Joaz Banbeck.

El hombre desnudo contempló el banco. Cogió uno de los objetos y lo observó con aire de condescendencia, aunque su mirada era tan clara y directa como la de un

niño.

Procedentes del estudio, llegaron voces apagadas hasta el cuarto de trabajo. El hombre desnudo alzó la cabeza para escuchar, y luego se metió bajo el banco. Alzó un bloque de piedra, se deslizó por la abertura y penetró en un oscuro vacío. Colocó de nuevo la piedra, alzó una varilla luminosa, y avanzó por un estrecho túnel que iba a dar a una caverna natural. A intervalos regulares, de unos tubos luminosos se desprendía una luz mortecina, tan tenue que apenas traspasaba la densa oscuridad.

El hombre desnudo avanzaba con cierta rapidez, el sedoso pelo flotaba tras él como una aureola.

La juglaresa Phade y un viejo senescal discutían en el estudio.

—¡Pues claro que lo vi! —insistía Phade—. Con estos ojos; era un sacerdote, y estaba ahí de pie, tal como te he dicho. —Y tiraba furiosa de la manga al senescal—. ¿Acaso crees que he perdido el juicio, o que estoy histérica?

Rife, el senescal, se encogió de hombros, sin comprometerse a nada.

—Yo ahora no lo veo. —Subió la escalera y miró en la cámara-dormitorio—. No hay nadie. Las puertas de arriba están cerradas. —Miró receloso a Phade—. Yo estaba en la entrada, sentado en mi puesto.

—Sí, durmiendo. Cuando pasé por tu lado estabas roncando.

—No señor, estás muy equivocada; tosía.

—¿Con los ojos cerrados y dando cabezadas?

De nuevo, Rife se encogió de hombros.

—Da igual que estuviese dormido o despierto. Suponiendo que ese tipo lograra entrar, ¿cómo salió? No me negarás que cuando me avisaste estaba despierto.

—Entonces quédate aquí vigilando. Voy a buscar a Joaz Banbeck.

Phade recorrió a toda prisa el pasillo que conducía al Paseo de los Pájaros. Se llamaba así porque, incrustada, había una serie de fabulosos pájaros lapislázuli, oro, cinabrio, malaquita y marcasita. Tras cruzar una arcada de jade gris y verde con columnas espirales, salió al Camino Kergan, un desfiladero natural que formaba la principal vía pública de Ciudad Banbeck. Al llegar al pórtico, llamó a un par de muchachos que trabajaban en los campos.

—¡Id al criadero y buscad a Joaz Banbeck! Decirle que venga enseguida, que tengo que hablar con él.

Los muchachos corrieron hacia un cilindro bajo, de ladrillos negros, situado a un kilómetro de distancia hacia el norte.

Phade esperó. El sol Skene estaba en la mitad de su recorrido y el aire era cálido. Los campos de arvejo y esfagnales despedían un agradable olor. Phade fue a apoyarse en una valla. Mientras esperaba, empezó a preguntarse si verdaderamente sus noticias eran tan urgentes e incluso si su experiencia había sido real.

—¡No! —se dijo con rotundidad—. ¡Lo vi! ¡Lo vi!

A uno y otro lado se alzaban altas escarpaduras blancas que llegaban hasta la Linde de Banbeck, con montañas y riscos más allá y, cubriéndolo todo, el cielo

oscuro moteado de cirros. Skene brillaba deslumbrador y luminoso una minúscula mota de brillantez.

Casi convencida de haberse equivocado, Phade suspiró. Pero, una vez más, aunque con menos vehemencia, rechazó las dudas. Ella nunca había visto a un sacerdote. ¿Por qué se iba a imaginar ahora uno?

Los muchachos, cuando llegaron al criadero, desaparecieron entre el polvo de los corrales de entrenamiento. Las escamas brillaban y parpadeaban; mozos de establo, domadores de dragones, artilleros vestidos con ropas de cuero negro trabajaban yendo de aquí para allá. Joaz Banbeck no tardó en aparecer.

Iba a lomos de su alto dragón *araña* de finas patas, y espoleándolo en un cabeceante galope, descendía por el sendero hacia Ciudad Banbeck. La inseguridad de Phade aumentó. ¿Se enfadaría Joaz, rechazaría sus noticias con un gesto de incredulidad? Con gran inquietud le vio aproximarse. Sólo hacía un mes que había llegado a Valle Banbeck y aún se sentía insegura de su posición. Había nacido en un estéril vallecito del sur y sus preceptores la habían preparado diligentemente. Aun así, la disparidad entre las enseñanzas teóricas y la realidad práctica a menudo la desconcertaba. Le habían enseñado que todos los hombres obedecían un reducido grupo de normas de conducta. Pero, sin embargo, Joaz Banbeck no se ajustaba a esos límites, y a Phade le parecía totalmente imprevisible su conducta. Sabía que era un hombre relativamente joven, aunque por su apariencia, no se podía adivinar su edad. Tenía la cara pálida y austera, en la que sus ojos grises brillaban como cristales, y una boca larga y fina que sugería flexibilidad, pero que jamás se alejaba demasiado de la línea recta. Se movía con languidez y hablaba sin vehemencia; no presumía de su habilidad ni con el sable ni con la pistola. Y parecía eludir deliberadamente los actos que pudiesen despertar la admiración o el efecto de sus súbditos. Sin embargo, contaba con ambas cosas.

En un principio, Phade lo había considerado frío, pero había cambiado de idea. Finalmente, había concluido que era un hombre aburrido y solitario, de humor plácido, que a veces parecía más bien hosco. Pero la trataba con cortesía, y Phade, tras probarle con sus mil y una coqueterías, creía detectar una cierta chispa de interés.

Joan Banbeck se bajó de su *araña* y lo envió de nuevo a los corrales. Phade se acercó a él con respeto, y Joaz la miró con curiosidad.

—¿Qué asunto es tan urgente como para exigir mi presencia inmediata? ¿Has olvidado la locación 19?

Phade se ruborizó, confusa. Había descuidado torpemente los laboriosos rigores de su formación; Joaz se estaba refiriendo a un elemento de una de las clasificaciones que ella había olvidado.

Phade habló con rapidez, sintiéndose de nuevo nerviosa.

—Abrí la puerta de tu estudio, suavemente. ¿Y qué dirás que vi? ¡Un sacerdote desnudo! No me oyó. Yo cerré la puerta y fui corriendo a avisar a Rife. Cuando volvimos... ¡la cámara estaba vacía!

Joaz frunció el ceño y miró hacia el valle.

—Extraño —dijo, y tras un instante preguntó—: ¿Estás segura de que él no te vio?

—No, no me vio. Creo que no. Cuando volví con ese viejo estúpido de Rife, había desaparecido... ¿Es verdad que saben magia?

—Respecto a eso, no puedo decir nada —contestó Joaz.

De regreso, subieron por el Camino Kergan, atravesando túneles y pasillos de paredes oscuras, hasta llegar a la cámara de entrada.

Rife, sentado en su puesto, dormitaba de nuevo. Joaz hizo una seña para que se quedara atrás y, avanzando silenciosamente, abrió la puerta de su estudio. Miró a uno y otro lado, con las aletas de la nariz palpitando.

La estancia estaba vacía.

Subió las escaleras, inspeccionó la cámara-dormitorio y regresó al estudio. A menos que hubiese magia de por medio, el sacerdote disponía de una entrada secreta. Con esta idea, abrió la puerta de la biblioteca, descendió hasta el taller de trabajo y olisqueó el aire buscando el olor agridulce de los sacerdotes. ¿Había rastro de él? Posiblemente.

Joaz examinó cada centímetro de la habitación, revisando todos los rincones. Al final, debajo del banco, en la pared, descubrió una fisura apenas perceptible, de forma oblonga.

Joan asintió con hosca satisfacción. Se puso en pie y volvió a su estudio. Revisó los anaqueles: ¿qué había allí que pudiese interesar a un sacerdote? ¿Los libros, los folios, los folletos? ¿Habían llegado a dominar el arte de la lectura? La próxima vez que encuentre a un sacerdote, se lo he de preguntar, pensó vagamente Joaz. Al menos me dirá la verdad. Al pensarlo detenidamente, se dio cuenta de que sería una pregunta ridícula; los sacerdotes, pese a su desnudez, no eran bárbaros ignorantes, y, de hecho, le habían proporcionado sus cuatro placas visuales, una obra de ingeniería técnica que exigía notable pericia.

Inspeccionó su posesión que consideraba más valiosa: el globo amarillo de mármol. Era una representación del mítico Edén. No había en él alteración alguna. En otro anaquel había modelos de los dragones de Banbeck. El virago de color rojo orín; el asesino cornilargo y su primo, el asesino zancudo; el horror azul, el diablo, muy bajo, inmensamente fuerte, con una especie de palanqueta de gimnasia de acero en la punta de la cola; el formidable Jugger, con el cráneo pulimentado y blanco como un huevo. Alejado del grupo, estaba el progenitor de todo el mundo, una criatura de un color perla pálido alzada sobre dos patas, con dos versátiles miembros centrales, y un par de brazuelos multiarticulados a la altura del cuello.

Era evidente que aquellos modelos eran muy bellos y perfectos, pero ¿cómo podían atraer la curiosidad de un sacerdote? No tenía ningún sentido, los sacerdotes podían estudiar la mayoría de los originales en cualquier momento que quisiesen, sin ninguna dificultad.

¿Qué objeto del cuarto de trabajo podía llamar su atención? Joaz se rascó su larga y pálida barbilla. No se hacía grandes ilusiones sobre el valor de su trabajo, era un puro entretenimiento, nada más. Desechó las conjeturas. Lo más probable era que el sacerdote hubiese ido allí sin ningún motivo en concreto, que la visita formase parte de una inspección regular. Pero ¿por qué?

Una llamada en la puerta: los nudillos irreverentes del viejo Rife. Joaz le abrió.

—Joaz Banbeck, un mensaje de Ervis Carcolo de Valle Feliz. Desea hablar contigo, está esperando tu respuesta en la Linde de Banbeck.

—Está bien —dijo Joaz—. Me reuniré con Ervis Carcolo.

—¿Aquí? ¿O en la Linde de Banbeck?

—En la Linde, dentro de media hora.

II

A quince kilómetros de Valle Banbeck, tras una vasta extensión de serrijones, riscos, picachos, inmensas grietas, páramos desnudos y extensiones cubiertas de rocas desprendidas, se encontraba Valle Feliz. Era tan ancho como Valle Banbeck, pero su longitud y su profundidad se reducían a la mitad, su lecho de tierra depositada por el viento tenía sólo la mitad del grosor y, en consecuencia, era menos productivo.

El Primer Canciller de Valle Feliz era Ervis Carcolo, un individuo corpulento, de escasa estatura y vehemente expresión, boca grande y temperamento alternativamente jocoso e iracundo. A diferencia de Joaz Banbeck, a Carcolo lo que más le gustaba era visitar los establos de los dragones, donde departía con domadores, mozos de establo y dragones, con todos de modo similar, prodigándoles sartas de obscenos insultos.

Ervis Carcolo era un hombre enérgico que pretendía que Valle Feliz recuperase el poder y el dominio que había disfrutado doce generaciones antes. En aquellos arduos tiempos en que, antes del advenimiento de los dragones, eran los hombres quienes libraban sus propias batallas. Los hombres de Valle Feliz se habían distinguido por su osadía, su destreza y su crueldad. Tanto Valle Banbeck como la Gran Cañada del Norte, Clewhaven, Valle Sadro o el Desfiladero de Fósforo reconocían la autoridad de los Carcolo.

Pero un día llegó del espacio una nave de los básicos o grefs, como se les llamaba entonces. Mataron o tomaron prisionera a toda la población de Clewhaven. Intentaron hacer lo mismo en la Gran Cañada del Norte, pero tan sólo lo consiguieron en parte; luego, con proyectiles explosivos, bombardearon el resto de los poblados.

Cuando los supervivientes regresaron a sus asolados valles, la autoridad de Valle Feliz era una ficción. Una generación después, durante la Edad del Hierro Húmedo, desapareció incluso esa ficción. En una decisiva batalla, Kergan Banbeck tomó a Goss Carcolo como prisionero y le obligó a castrarse con su propio cuchillo.

Después de cinco años de paz, regresaron los básicos. Tras acabar con la población del Valle Sadro, la gran nave oscura aterrizó en Valle Banbeck, pero sus habitantes estaban al corriente y huyeron hacia las montañas. Al oscurecer, veintitrés básicos salieron en su búsqueda, asistidos por sus guerreros mejor entrenados: varios pelotones de tropas pesadas, un escuadrón de artilleros (apenas diferenciables éstos de los hombres de Aerlith) y un escuadrón de rastreadores (éstos notablemente distintos). La tormenta del crepúsculo cayó sobre el valle, haciendo imposible el uso de los planeadores de la nave. Esto fue lo que permitió a Kergan Banbeck realizar la asombrosa hazaña que hizo que su nombre fuese legendario en Aerlith. En lugar de huir aterrado con el resto de su pueblo hacia las montañas, Kergan reunió a unos sesenta guerreros y les infundió coraje con befas y vituperios. Era una aventura suicida... Pero las circunstancias así lo requerían.

En una emboscada, desbarataron un pelotón de tropas pesadas y capturaron a los veintitrés básicos sin darles tiempo a reaccionar. Los artilleros quedaron paralizados,

lentos de frustración, incapaces de hacer uso de sus armas por miedo a destruir a sus amos. Las tropas pesadas se reagruparon para atacar, pero al ver a Kergan Banbeck dispuesto a liquidar inmediatamente a los básicos en caso de ataque, tuvieron que detenerse.

Entonces, confusas, las tropas pesadas retrocedieron. Kergan Banbeck, sus hombres y los veintitrés prisioneros se perdieron en la oscuridad.

Pasó la larga noche de Aerlith. La tormenta del amanecer surgió por el este, atronó sobre ellos y, majestuosa, se desvaneció hacia el oeste. Salió Skene cual flameante átomo.

De una nave de los básicos salieron tres hombres: un artillero y un par de rastreadores. Subieron por los riscos hasta la Linde de Banbeck, mientras por encima de ellos sobrevolaba un pequeño planeador, girando y ondeando en el viento como una cometa que ha perdido el equilibrio. Los hombres se dirigieron hacia el sur, hacia las montañas, hacia los Altos Jambles, una caótica zona de sombras y luces, rocas fisuradas y escarpados riscos, donde se amontonaban peñas y rocas desprendidas. Era el habitual refugio de los fugitivos.

Deteniéndose frente a los Jambles, el artillero llamó a grandes voces a Kergan Banbeck, pidiéndole que bajase a parlamentar.

Kergan Banbeck bajó y se produjo entonces el coloquio más extraño de la historia de Aerlith. Al artillero le costaba mucho hablar el lenguaje de los hombres, pues sus labios, su lengua y sus conductos glóticos estaban adaptados al lenguaje de los básicos y no al de los hombres.

—Estás reteniendo a veintitrés de nuestros reverendos. Es necesario que los libres, lo digo con toda humildad...

Hablaba con sobriedad, con un tono de suave melodía, ni afirmando, ni ordenando, ni urgiendo. Sus hábitos lingüísticos habían sido conformados de acuerdo con las normas de los básicos, al igual que sus procesos mentales.

Kergan Banbeck, que era un hombre alto y enjuto, de cejas de un negro brillante, pelo negro recortado en una especie de cresta con cinco altas espigas, lanzó un ladrido de amarga risa.

—¿Y qué me dices de la gente de Aerlith asesinada, y de la que habéis encerrado en vuestra nave?

El artillero se inclinó afanosamente hacia adelante; era también un hombre impresionante de perfil noble y aguileño. No tenía más pelo que unos pequeños rizos de lana amarilla. Su piel brillaba como si estuviese recubierta de algún barniz. Sus orejas, y en ello diferían notablemente de los hombres no adaptados de Aerlith, eran pequeñas y frágiles lengüetas. Llevaba una sencilla vestidura de color azul oscuro y blanco, y no portaba más arma que un pequeño eyector multifuncional. Con total compostura y tranquila ecuanimidad, respondió a la pregunta de Kergan Banbeck:

—La gente de Aerlith está muerta. Los que están a bordo de la nave serán fundidos en el substrato, donde la infusión de sangre fresca resulta valiosa.

Kergan Banbeck miró al artillero con despectivo semblante. En algunos aspectos, pensó Kergan Banbeck, aquel hombre modificado y cuidadosamente modelado se parecía a los sacerdotes de su propio planeta, sobre todo por aquella hermosa piel clara, los rasgos acusados y las piernas y los brazos largos.

Quizá actuase la telepatía, o quizá fuese un rastro del olor característico agrídulce lo que le hubiese llegado. Volvió la cabeza y, a menos de quince metros de distancia, vio a un sacerdote de pie, entre las rocas. Salvo por el torc dorado y el largo pelo castaño que ondeaba tras él como una llama, estaba desnudo. De acuerdo con la vieja tradición, Kergan Banbeck miró a través de él, fingiendo que no existía. El artillero, tras una rápida mirada, hizo lo mismo.

—Exijo que liberéis a la gente de Aerlith que tenéis en vuestra nave —dijo Kergan Banbeck serenamente.

El artillero movió la cabeza sonriendo, y se esforzó al máximo por intentar que Kergan le comprendiese:

—No hay discusión posible sobre esas personas. Su —se detuvo, buscando las palabras— su destino está... determinado, cuantificado, ordenado. Establecido. No hay nada más que decir al respecto.

Kergan Banbeck permanecía sordo, indiferente y silencioso mientras el artillero continuaba hablando. La sonrisa de Kergan se transformó en una cínica mueca. El sacerdote avanzó lentamente.

—Debes comprender —dijo el artillero— que los acontecimientos se ajustan a una norma. La función de los seres como yo es hacer que los acontecimientos se ajusten a esa norma. —Se inclinó, y con un gracioso giro de su brazo cogió una piedrecilla aristada—. Lo mismo que puedo pulir esta piedrecita para que se ajuste a un hueco redondeado.

Kergan Banbeck avanzó, cogió la piedra y la tiró por encima de las rocas.

—Nunca podrás hacer que esa piedra sea un hueco redondeado. El artillero meneó la cabeza en una suave súplica.

—Siempre hay más piedras.

—Y siempre hay más agujeros —replicó Kergan Banbeck.

—Vayamos a la cuestión —dijo el artillero—. Yo preterido que esta situación se ajuste a la norma correcta.

—¿Qué me ofreces a cambio de los veintitrés grefs?

El artillero hizo un gesto de impaciencia con el hombro. Las ideas de aquel hombre le resultaban tan disparatadas, bárbaras y arbitrarias como las espigas barnizadas de su pelo.

—Si lo deseas, te daré instrucción y consejo, para que... Kergan Banbeck hizo un gesto brusco y áspero.

—Pongo tres condiciones. —El sacerdote estaba ahora a sólo tres metros de distancia, el rostro impasible, la mirada vaga—. Primero —dijo Kergan Banbeck—, exijo una garantía contra futuros ataques a los hombres de Aerlith. Cinco grefs deben

quedar bajo nuestra custodia como rehenes, para siempre. En segundo lugar, para asegurar mejor que esa garantía sea permanente, debéis entregarme una nave espacial, equipada con carga energética suficiente y armada. Y debéis instruirme en su uso.

El artillero echó hacia atrás la cabeza y lanzó por la nariz una serie de balidos.

—Tercero —continuó Kergan Banbeck—, debéis liberar a todos los hombres y mujeres que tenéis a bordo de vuestra nave.

El artillero pestañeó y dirigió rápidas y ásperas palabras de asombro a los rastreadores. Inquietos e impacientes, se agitaron mirando de reojo a Kergan Banbeck como si fuese no sólo un salvaje sino también un loco. Arriba acechaba el planeador; el artillero lo miró y pareció animarse ante su visión. Con nueva y firme actitud, se volvió hacia Kergan Banbeck y habló como si la charla anterior no hubiese tenido lugar.

—He venido a decirte que los veintitrés reverendos deben ser puestos en libertad inmediatamente.

Kergan Banbeck repitió sus propias exigencias.

—Debéis proporcionarme una nave espacial, no debéis hacer más incursiones y debéis liberar a los cautivos. ¿Estás de acuerdo, sí o no?

El artillero parecía confuso.

—Es una situación extraña... indefinida, indeterminada.

—¿Es que no puedes entenderme? —Ladró Kergan Banbeck exasperado.

Luego miró al sacerdote, acto un tanto indecoroso y, violando todas las convenciones, dijo:

—Sacerdote, ¿cómo puedo tratar con este cabeza cuadrada? Parece como si no me oyera.

El sacerdote, de nuevo con una expresión suave y vacía en el rostro, se acercó más. Dado que su vida se ajustaba a una doctrina que prohibía la interferencia activa o intencional en los asuntos de otros hombres, sólo podía dar una respuesta concreta y limitada a cualquier pregunta.

—Él te oye, pero vuestras ideas no pueden encontrarse. Su estructura mental se deriva de la de sus amos. No tiene una relación directa con la vuestra. En cuanto a cómo debes tratar con él, no puedo decírtelo.

Kergan Banbeck se volvió al artillero.

—¿Has oído lo que pido yo? ¿Has entendido mis condiciones para poner en libertad a los grefs?

—Te he oído con toda claridad —contestó el artillero—. Tus palabras no tienen ningún sentido, son absurdos, paradojas. Ahora escúchame atentamente. Es algo complejo, programado, parte del destino, el que tú nos entregues a los reverendos. Y el que tú tengas una nave, o el que se cumplan el resto de tus condiciones, es irregular, no está programado.

Kergan Banbeck se puso rojo. Miró de soslayo a sus hombres pero, conteniendo

su cólera, habló lentamente, esmerándose al máximo por ser claro.

—Yo tengo algo que tú quieres. Tú tienes algo que yo quiero. Negociemos.

Durante veinte segundos, los dos hombres se miraron fijamente a los ojos. Luego, el artillero hizo una profunda inspiración.

—Intentaré explicarme con tus propias palabras para que puedas comprenderlo. Existen certezas... No, no certezas: exactitudes... existen exactitudes. Son unidades de certeza, cuanta de necesidad y orden. La existencia es la firme sucesión una tras otra, de estas unidades. La actividad del universo puede expresarse respecto a estas unidades. La irregularidad, el absurdo... son como... la mitad de un hombre, con medio cerebro, medio corazón, con la mitad de todos sus órganos vitales. Eso no puede existir. El que tengas cautivos a esos veintitrés reverendos es un absurdo del mismo género: un ataque al racional funcionamiento del universo.

Kergan Banbeck alzó las manos y se volvió otra vez al sacerdote.

—¿Cómo puedo acabar con este absurdo? ¿Cómo puedo hacer que entre en razón?

El sacerdote reflexionó.

—No es que él diga absurdos, simplemente parece que habla un idioma que tú no logras comprender. Para hacerle comprender tu lenguaje, sería necesario que borrases de su mente todo conocimiento y toda educación, para reemplazarlo con tus propias reglas.

Kergan Banbeck reprimió una inquietante sensación de frustración e irrealidad. Para obtener respuestas concretas de un sacerdote, uno debía formular preguntas también concretas; de hecho, resultaba notable que aquel sacerdote siguiese allí, permitiendo más preguntas. Meditando detenidamente sus palabras, preguntó:

—¿Cómo me sugieres que trate con este hombre?

—Libera a los veintitrés grefs.

El sacerdote tocó las borlas gemelas de la parte anterior de su torc dorado: un gesto ritual que indicaba que, aunque fuese con la mayor renuncia, había realizado un acto que podría alterar el curso del futuro. Tocó de nuevo su torc y salmodió:

—Libera a los grefs. Entonces se irán. Kergan Banbeck gritó con incontrolable cólera:

—¿A quién pretendes ayudar tú? ¿A los hombres o a los grefs? ¡Di la verdad! ¡Habla!

—Por mi fe, por mi credo, por la verdad de mi *tan*, sólo me sirvo a mí mismo.

Volviendo la cara hacia el gran risco de Monte Gethron, el sacerdote se alejó lentamente. El viento ladeaba su largo y delicado cabello.

Kergan Banbeck le contempló alejarse y luego, con fría decisión, se volvió al artillero.

—Tu explicación sobre certezas y absurdos es interesante. Creo que confundes ambas cosas. Desde mi punto de vista te diré una certeza: no liberaré a los veintitrés grefs a menos que cumplas mis condiciones. Si volvéis a atacarnos, los partiré en dos,

para ilustrar y poner en práctica tu comparación de antes, y quizá te convenzas así de que los absurdos son posibles. No tengo más que decir.

El artillero movió la cabeza lenta, con miseratadamente.

—Escucha lo que tengo que explicarte. Determinadas condiciones son inconcebibles, no están cuantificadas, no corresponden a un destino...

—Vamos —atronó Kergan Banbeck—. ¡Lárgate si no quieres hacer compañía a tus veintitrés reverendos grefs, para que ellos te enseñen lo reales que pueden ser las cosas inconcebibles!

El artillero y los dos rastreadores, gruñendo y murmurando, se volvieron, retrocedieron de los Jambles a la Linde de Banbeck y descendieron al valle. Sobre ellos, como una hoja desprendida, flotaba el planeador.

Desde su refugio entre los riscos, los hombres de Valle Banbeck presenciaron una escena notable. Media hora después de que el artillero retornase a la nave, éste salió de ella una vez más saltando, danzando, haciendo cabriolas. Y luego le siguieron otros (artilleros, rastreadores, tropas pesadas y ocho grefs más), todos ellos saltando, contorsionándose, corriendo de un lado a otro al azar. Las portillas de la nave lanzaron luces de varios colores, y se alzó un lento y creciente rumor de maquinaria torturada.

—¡Se han vuelto locos! —murmuro Kergan Banbeck. Tras un instante de duda, dio una orden—: ¡Qué se reúnan todos los hombres! ¡Vamos a atacarles ahora que están indefensos!

Los hombres de Valle Banbeck bajaron a la carga por las laderas de los Jambles. Mientras descendían, unos cuantos de los capturados de Valle Sadro salieron tímidamente de la nave, y sin que nadie se lo impidiese, corrieron hacia la libertad cruzando Valle Banbeck. Les siguieron otros... Y entonces, los guerreros de Banbeck llegaron al valle.

Junto a la nave, la locura se había calmado. Tranquilamente, los invasores se agruparon junto al casco. Se produjo una súbita y atronadora explosión y brotó un claror de fuego amarillo y blanco. La nave se desintegró. En el suelo del valle se abrió un gigantesco cráter. Una lluvia de fragmentos metálicos comenzó a caer sobre los atacantes.

Kergan Banbeck contempló aquella escena de destrucción.

Lentamente, con los hombros hundidos, se unió a su gente y encabezó la marcha hacia su arruinado valle. Al final, en fila india, atados con sogas, iban los veintitrés grefs, los ojos mortecinos, dóciles, separados ya por completo de su existencia anterior.

La trama del destino era inevitable. Las circunstancias presentes no podían aplicarse a veintitrés reverendos. En consecuencia, era preciso ajustar el mecanismo para asegurar el tranquilo desarrollo de los acontecimientos. Así, los veintitrés reverendos pasaban a ser algo distinto, un tipo de criaturas totalmente diferentes.

Si esto era verdad, ¿qué eran ellos? Preguntándose esto entre sí, con tristes y

quejumbrosos tonos, descendían ladera abajo hacia Valle Banbeck.

III

Durante los largos años de Aerlith, las fortunas de Valle Feliz y de Valle Banbeck fluctuaban según la capacidad de los correspondientes Carcolo y Banbeck. Golden Banbeck, abuelo de Joaz, se vio obligado a desprenderse de Valle Feliz cuando Utern Carcolo, un diestro criador de dragones, produjo sus primeros diablos. Golden Banbeck, por su parte, desarrolló los juggers, pero permitió que el incierto pacto continuase.

Pasaron los años. Ilden Banbeck, el hijo de Golden, hombre frágil e inútil, murió al caer de un enfurecido dragón. Joaz era aún un niño desvalido y Grode Carcolo decidió probar fortuna atacando Valle Banbeck. No pensó en Handel Banbeck, tío-abuelo de Joaz y primer domador de dragones.

Las fuerzas de Valle Feliz fueron derrotadas en Pico Starbreak. Grode Carcolo murió, y el joven Ervis resultó herido, víctima de un dragón asesino. Por varias razones, entre ellas la vejez de Handel y la corta edad de Joaz, el ejército de Banbeck no sacó una ventaja decisiva de su triunfo. Ervis Carcolo, aunque agotado por la pérdida de sangre y el dolor, logró retirarse a tiempo, y en los años siguientes se acordó un receloso pacto entre los vecinos valles.

Joaz se convirtió en un melancólico joven que, a pesar de no despertar un amor entusiasta en su pueblo, tampoco provocaba ninguna violenta aversión. Él y Elvis Carcolo sentían un desprecio mutuo. Cuando se mencionaba el estudio de Joaz, con sus libros, pergaminos, maquetas y planos, su complicado sistema de observación de Valle Banbeck (el material óptico había sido proporcionado, según rumores, por los sacerdotes), Carcolo alzaba las manos enfurecido.

—¿Estudios? ¡Bah! ¿Qué sentido tiene escarbar en las tonterías del pasado? ¿A qué conduce eso? Debería haber nacido sacerdote. ¡Es un canijo bocazas lo mismo que ellos!

Un caminante llamado Dae Alvonso, que combinaba los oficios de juglar, comprador de niños, psiquiatra y quiropráctico, informó a Joaz de los comentarios de Carcolo.

—Ervis Carcolo debería aparearse con uno de sus juggers —dijo Joaz, encogiéndose de hombros—. Quizá de ese modo produjese una criatura invulnerable con la armadura de los juggers y su propia inquebrantable estupidez.

A su debido tiempo, el comentario llegó a oídos de Ervis Carcolo, que le afectó de modo particularmente doloroso. Secretamente había estado intentando producir un nuevo tipo de dragón: un dragón casi tan corpulento como el jugger, con la salvaje inteligencia y la agilidad de los horros azules. Pero Ervis Carcolo se dejaba llevar mucho por la intuición y un exceso de optimismo, ignorando los consejos de Bast Giwen, su domador jefe.

Una vez empollados los huevos, sobrevivieron unas doce crías. Ervis Carcolo las alimentó con ternura y represión alternativamente. Pasó el tiempo y los dragones se

hicieron adultos.

La combinación prevista por Carcolo de furia e invulnerabilidad no se cumplió y, en su lugar, los nuevos dragones resultaron criaturas irritables y perezosas, de torsos hinchados, delgadas piernas e insaciable apetito.

—Como si uno pudiese crear un nuevo tipo de dragón simplemente ordenándole: ¡Existe! —se burlaba Bast Giwen hablando con sus ayudantes, y les aconsejaba—: Tened cuidado con esos animales; sólo son hábiles para atraer a la gente hasta sus garras.

El ejército de Carcolo se debilitó con el tiempo, los esfuerzos, los materiales y el forraje gastados en aquel híbrido inútil. Carcolo tenía suficiente número de los fecundos dragones *araña*, y bastantes asesinos cornilargos y asesinos zancudos; pero no tenía, ni mucho menos, el número suficiente de otros tipos más pesados y más especializados, sobre todo de juggers, para poder llevar a cabo sus planes.

Sus sueños se veían acosados por el recuerdo de la antigua gloria de Valle Feliz. Primero debía apoderarse de Valle Banbeck. Con frecuencia, solía planear la ceremonia en la que reduciría a Joaz Banbeck a la condición de aprendiz de mozo de establos.

Pero las ambiciones de Ervis Carcolo se veían obstaculizadas por una serie de dificultades básicas. La población de Valle Feliz se había duplicado, pero, en lugar de ampliar la ciudad allanando nuevos picachos u horadando túneles, Carcolo se decidió por construir tres nuevos criaderos de dragones, una docena de establos y un enorme complejo para maniobras. La gente del valle podía elegir entre amontonarse en los fétidos túneles existentes o construir miserables viviendas al pie de las paredes rocosas. Criaderos, establos, campo de maniobras y cabañas se amontonaban cercado los campos, ya insuficientes, de Valle Feliz. El agua de la laguna era desviada para mantener los criaderos. Enormes cantidades de productos tenían que destinarse a alimentar a los dragones. Los habitantes de Valle Feliz, pobremente alimentados, míseros y macilentos, no compartían ninguna de las aspiraciones de Carcolo, y su falta de entusiasmo enfurecía a éste.

Lo cierto es que cuando el caminante Dae Alvonso repitió el consejo de Joaz Banbeck a Ervis Carcolo sobre su apareamiento con un jagger, Carcolo montó en cólera.

—¡Bah! ¿Qué sabe Joaz Banbeck de la cría de dragones? Dudo que conozca siquiera su propia jerga dragonil.

Se refería al idioma mediante el cual se transmitían órdenes e instrucciones a los dragones: un lenguaje secreto y distinto en cada ejército. Descubrir la jerga dragonil del contrario era el primer objetivo de todo domador de dragones, pues así podía obtener un cierto control sobre las fuerzas de su enemigo.

—Yo soy un hombre práctico, que valgo por dos como él —continuó Carcolo—. ¿Acaso él es capaz de proyectar, alimentar, criar y adiestrar dragones? ¿Sabe él imponer disciplina, enseñar ferocidad? No. Todo eso se lo deja a sus domadores,

mientras él está comiendo golosinas tumbado en la cama, luchando sólo con la paciencia de sus juglaresas. Dicen que es capaz de predecir, gracias a la adivinación astrológica, la vuelta de los básicos; que anda siempre con el cuello torcido, mirando al cielo. ¿Acaso un hombre así merece el poder y una vida próspera? ¡Yo creo que no! ¿Y lo merece Ervis Carcolo de Valle Feliz? Yo digo que sí. ¡Y lo demostraré!

Prudentemente, Dae Alvonso alzó la mano.

—No vayas tan deprisa. Es más listo de lo que crees. Sus dragones están en una excelente forma; él los visita con frecuencia. En cuanto a los básicos...

—No me hables de los básicos —bramó Carcolo—. ¡No soy ningún niño para que me asusten con fantasmas!

Dae Alvonso alzó de nuevo la mano.

—Escucha. Estoy hablando en serio, mis noticias pueden serte útiles. Joaz Banbeck me llevó a su estudio privado...

—Vaya, ¡el famoso estudio!

—Sacó de un armario una bola de cristal colocada sobre una caja negra.

—¡Ajá! —gritó Carcolo—. ¡Una bola de cristal!

Dae Alvonso continuó, sosegadamente, ignorando la interrupción:

—Examiné ese globo, y en verdad que parecía contener todo el espacio. Dentro flotaban estrellas y planetas, todos los cuerpos del espacio. «Mira bien», dijo Joaz Banbeck, «no verás nada como esto en ningún sitio. Fue construido por los hombres antiguos y traído a Aerlith cuando llegó aquí por primera vez nuestra gente».

«De veras», dije yo, «¿Y qué es este objeto?».

«Es un armamentario celeste», dijo Joaz. «En él aparecen todas las estrellas próximas, y sus posiciones en cualquier período de tiempo que yo elija. Ahora», y me señaló con el dedo, «¿ves esta mancha blanca? Éste es nuestro sol. ¿Ves esta estrella roja? En los viejos almanaques se la llama Coralina. Pasa cerca de nosotros a intervalos regulares, pues tal es el movimiento de las estrellas en esta parte del cielo. Estos intervalos han coincidido siempre con los ataques de los básicos». Yo entonces manifesté mi asombro. Joaz insistió en ello. «La historia de los hombres que habitamos Aerlith registra seis ataques de los básicos o grefs, como se les llamaba al principio. Al parecer, mientras Coralina gira por el espacio, los básicos exploran los mundos próximos buscando restos ocultos de humanidad. La última de estas incursiones se produjo hace mucho tiempo, en la época de Kergan Banbeck, con los resultados que ya conoces. En aquel tiempo, Coralina pasó muy cerca. Y, por primera vez desde entonces, Coralina se acerca de nuevo».

—Esto —dijo Alvonso a Carcolo—, es lo que me explicó Joaz Banbeck, y lo que yo vi.

Muy a su pesar, Carcolo estaba impresionado.

—¿Pretendes decirme —preguntó— que dentro de ese globo nadan todas las estrellas del espacio?

—Si he de ser sincero, no podría jurarlo —contestó Dae Alvonso—. Pero el globo

está colocado sobre una caja negra, y sospecho que un mecanismo interno proyecta imágenes, o quizá puntos luminosos que simulan estrellas. De cualquier modo, es un objeto maravilloso que me enorgullecería poseer. Le he ofrecido a Joaz varias cosas de valor a cambio, pero nunca ha aceptado cedérmelo. Carcolo frunció la boca con irritación.

—Tú y tus niños robados. ¿No te da vergüenza?

—No más que a mis clientes —dijo Dae Alvonso sin inmutarse—. Si no recuerdo mal, en varias ocasiones he comerciado contigo provechosamente.

Ervis Carcolo desvió la vista, fingiendo mirar a un par de termagantes que practicaban con cimitarras de madera. Los dos hombres estaban junto a un muro de piedra, tras el cual grupos de dragones hacían prácticas de lucha, combatían con venablos y espadas y fortalecían sus músculos. Brillaban las escamas. Sus pies levantaban nubes de polvo del suelo. El aire estaba empapado del olor acre del sudor de dragón.

—Es listo, ese Joaz —murmuró Carcolo—. Sabía que ibas a contármelo todo con detalle.

Con un gesto, Dae Alvonso asintió.

—Exactamente. Sus palabras fueron... pero quizá deba guardar silencio. —Miró tímidamente a Carcolo, bajando sus tupidas cejas blancas.

—Habla —dijo Ervis Carcolo agriamente.

—Muy bien. No te enfades, digo lo que me dijo Joaz Banbeck: «Dile a ese insensato de Carcolo que está en grave peligro. Si los básicos vuelven a Aerlith, como muy bien pudiera ser, Valle Feliz es absolutamente vulnerable y quedará destruido. ¿Dónde pueden ocultarse sus habitantes? Los cogerán y, como a ganado, los meterán en la nave negra y los trasladarán a un nuevo y frío planeta. Si en algo estima Carcolo a su pueblo, debe construir nuevos túneles, disponer avenidas ocultas. Si no...».

—Si no, ¿qué? —dijo Carcolo.

—«Si no, dejará de existir Valle Feliz y también Ervis Carcolo».

—¡Bah! —dijo Carcolo con voz contenida—. Macacos jóvenes ladran con tonos agudos.

—Quizá sea una advertencia honrada. Después dijo..., pero temo ofender tu dignidad.

—¡Continúa! ¡Habla!

—Éstas fueron sus palabras... pero no, no me atrevo a repetirlas. Básicamente, considera ridículos tus esfuerzos por crear un ejército. Compara tu inteligencia con la suya, pero de un modo desfavorable. Predice que...

—¡Basta! —bramó Ervis Carcolo, agitando un puño—. Es un adversario astuto, pero ¿por qué te prestas a sus trucos?

Dae Alvonso movió la cabeza cana.

—Yo sólo repito, y no de muy buena gana, lo que tú quieres oír. Y ahora que me

has hecho decir todo esto, proporcióname algún beneficio. ¿Quieres comprar elixires, vomitivos o pociones? Aquí tengo un bálsamo de la eterna juventud que robé del cofre personal del Demie Sacerdote. En mi recua tengo niños y niñas, bellos y amables, a un precio justo. Escucharé penas, curaré tu tartamudeo, te garantizo un ánimo alegre y plácido... ¿O preferirías comprar huevos de dragón?

—No necesito nada de eso —gruñó Carcolo—. Y menos esos huevos de dragón que luego dan lagartijas. En cuanto a los niños, en Valle Feliz ya tenemos muchos. Tráeme una docena de buenos juggers y puedes elegir a cien niños y llévartelos.

Dae Alvonso movió la cabeza con tristeza y se alejó. Carcolo se acodó en el muro, mirando los establos de los dragones.

El sol descendía sobre los riscos de Monte Despoire. Se acercaba el crepúsculo.

Era el momento más agradable del día en Aerlith, los vientos cesaban y sobrevenía una amplia y aterciopelada calma. El brillo cegador de Skene se suavizaba en un amarillo humoso, con una aureola de bronce. Se agrupaban las nubes de la próxima tormenta del anochecer, elevándose, descendiendo, girando y arremolinándose; brillando y adquiriendo los diversos tonos de oro, marrón-naranja, dorado-castaño y violeta-pardo.

Skene se hundía; los oros y naranjas se hacían marrón-roble y púrpura. Los relámpagos hendían las nubes y, como una negra cortina, caía la lluvia. A aquella hora, la conducta de los dragones era imprevisible, belicosa y torpe alternativamente. Así pues, en los establos, los hombres estaban en actitud vigilante. Con el paso de la lluvia, el crepúsculo se convertía en noche y una brisa fresca recorría los valles. El cielo oscuro comenzaba a arder y relumbrar con las estrellas. Una de las más refulgentes destellaba: rojo, verde, blanco, rojo, verde.

Ervis Carcolo, pensativo, estudió aquella estrella. Una idea llevó a otra, y luego a un plan de acción que pareció disolver su vida.

Carcolo torció la boca en una mueca amarga. Debía iniciar conversaciones con aquel presuntuoso de Joaz Banbeck. ¡Pero, si no había tal posibilidad, mucho mejor!

Así pues, a la mañana siguiente, poco después de que Phade, la juglaresa, descubriese al sacerdote en el estudio de Joaz, apareció en Valle Banbeck un mensajero invitando a Joaz Banbeck a subir a la Linde de Banbeck a hablar con Ervis Carcolo.

IV

En la Linde, con su dragonero jefe, Bast Giwen, y un par de jóvenes alféreces, Ervis Carcolo esperaba. Detrás, alineadas, estaban sus monturas: cuatro resplandecientes dragones *araña* con los brazuelos plegados y las piernas arqueadas en ángulos idénticos.

Eran los mejores ejemplares de Carcolo. Estaba muy orgulloso de ellos. Las púas que rodeaban sus córneos rostros iban adornadas de cabujos de cinabrio; en el pecho llevaban un escudo redondo barnizado en negro y con una espiga en el centro. Los hombres vestían los tradicionales calzones negros de cuero, con largas lengüetas sobre las orejas que les llegaban hasta los hombros.

Los cuatro hombres esperaban, pacientes o inquietos, según dictasen sus naturalezas, oteando las cuidadas tierras de Valle Banbeck. Hacia el sur se extendían campos con diversos cultivos: guisantes, esfagnales, capas de musgo, un bosquecillo de nísperos. Enfrente, junto a la boca de la Hendidura de Clybourne, aún podía verse la forma del cráter que se formara al explotar la nave de los básicos. Al norte, además de haber más campos, estaban los edificios de los dragones, que eran barracas de ladrillo negro, un criadero y un campo de maniobras. Más allá, estaban los Jambles de Banbeck, una zona desierta donde hacía ya mucho tiempo, se había desprendido un macizo rocoso, creando una extensión salpicada de piedras y rocas desprendidas, semejantes a los Altos Jambles bajo el Monte Gethron, pero de menor extensión.

Uno de los jóvenes alféreces hizo un comentario, no demasiado oportuno, sobre la evidente prosperidad de Valle Banbeck. Ervis Carcolo escuchó sombrío y, al cabo de unos instantes, lanzó una hosca y terrible mirada al imprudente acompañante.

—Hay que ver esa presa —dijo el alférez—. A nosotros se nos va la mitad del agua en filtraciones.

—Desde luego —dijo el otro—. Ese paramento de roca es una buena idea. Me pregunto por qué no hacemos nosotros algo similar.

Carcolo iba a hablar, pero se lo pensó mejor. Ahogó un gruñido y se volvió. Bast Giwen hizo una señal; los alféreces se callaron de inmediato.

Unos minutos después, Giwen anunció:

—Ya viene Joaz Banbeck.

Carcolo miró hacia el Camino de Kergan.

—¿Dónde está su escolta? ¿Ha preferido venir solo?

—Eso parece.

Unos minutos después apareció Joaz Banbeck en la Linde, cabalgando un *araña* con gualdrapa de terciopelo gris y rojo. Joaz llevaba una capa suelta y holgada de suave tela marrón sobre una camisa gris y unos pantalones del mismo color, con un picudo sombrero de terciopelo azul. Alzó la mano a modo de saludo.

Ervis Carcolo devolvió con brusquedad el saludo, y con un cabeceo ordenó a Giwen y a los alféreces que se alejaran para dejarles hablar.

—Me enviaste un mensaje por el viejo Alvonso —dijo ásperamente Carcolo.

—Confío en que te haya transmitido mis palabras con exactitud —dijo Joaz. Carcolo esbozó una sonrisa lobuna.

—A veces se sintió obligado a parafrasear.

—Es astuto y hábil el viejo Dae Alvonso.

—Por lo que me refirió, entiendo —dijo Carcolo— que me consideras un atolondrado y un inútil, indiferente a los intereses de Valle Feliz. Alvonso me confesó que utilizaste la palabra «insensato» para referirte a mí.

Joaz sonrió cortésmente.

—Los sentimientos de este tipo es mejor transmitirlos por intermediarios.

Carcolo hizo una gran exhibición de control.

—Al parecer, consideras inminente otro ataque de los básicos.

—En efecto, ésa es exactamente mi teoría, si es cierto que habitan en las proximidades de la estrella Coralina. En este caso, como le dije a Alvonso, una grave amenaza pesa sobre Valle Feliz.

—¿Y por qué no también sobre Valle Banbeck? —exclamó Carcolo.

Joaz le miró sorprendido.

—Creo que es evidente... Yo he tomado precauciones. Mi gente vive en túneles, no en cabañas. Por si necesitásemos huir, disponemos de varias vías de escape que conducen hacia los Altos Jambles y hacia los Jambles de Banbeck.

—Muy interesante —dijo Carcolo esforzándose por suavizar su tono—. Si tu teoría es correcta, y no emito ningún juicio inmediato al respecto, yo debería tomar medidas similares. Pero pienso de otro modo, prefiero el ataque a la defensa pasiva.

—¡Admirable! —dijo Joaz Banbeck—. Hombres como tú han realizado grandes hazañas.

Carcolo se ruborizó levemente.

—Dejemos esa cuestión —dijo—. Vine a proponerte un plan conjunto. Es algo totalmente nuevo sobre lo que he meditado largamente. Durante varios años, he considerado los diversos aspectos de este asunto.

—Te escucho con sumo interés —dijo Joaz. Carcolo hinchó sus mejillas.

—Tú conoces las leyendas tan bien como yo, quizá mejor. Nuestra gente llegó a Aerlith en exilio, durante la Guerra de las Diez Estrellas. Al parecer, la Coalición Pesadilla había derrotado al Viejo Orden, pero nadie sabe, en realidad, cómo terminó la guerra...

—Hay un indicio significativo —dijo Joaz—. Los básicos vuelven a Aerlith y nos destrozan a placer. No hemos visto que viniesen más hombres que los que sirven a los básicos.

—¿Hombres? —dijo Carcolo burlonamente—. Yo les llamaría de otro modo. Sin embargo, esto no es más que una deducción, y en realidad no sabemos cuál ha sido el curso de la historia. Quizá los básicos dominen este sector del universo; quizá nos ataquen porque somos débiles y estamos indefensos frente a ellos. Quizá seamos

nosotros los últimos hombres. Quizás esté resurgiendo el Viejo Orden. Y no debes olvidar nunca que han pasado ya muchos años desde la última vez que aparecieron en Aerlith los básicos.

—También han pasado muchos desde la última vez que Aerlith y Coralina estuvieron situadas a una distancia tan adecuada.

Carcolo hizo un gesto de impaciencia.

—Una suposición que puede ser o no válida. Permítame explicarte el punto esencial de mi propuesta, es bastante simple. Yo considero que Valle Banbeck y Valle Feliz son demasiado pequeños para albergar a hombres como nosotros. Merecemos un territorio mayor.

—Me gustaría —dijo Joaz asintiendo— que fuese posible ignorar las dificultades prácticas que lo que dices implica.

—Yo puedo sugerir un medio de vencer esas dificultades —afirmó Carcolo.

—En ese caso —dijo Joaz—, el poder, la gloria y la riqueza estarán en nuestras manos.

Carcolo le miró inquisitivamente, golpeó sus calzones con la borla de cuentas doradas de la vaina de su espada.

—Reflexiona —dijo—. Los sacerdotes habitan Aerlith desde antes que nosotros. Nadie sabe exactamente desde cuándo. Es un misterio. En realidad, ¿qué sabemos nosotros de los sacerdotes? Casi nada. Intercambian su metal y su vidrio por nuestra comida, viven en cavernas profundas, su credo es la disociación, el ensueño, el distanciamiento, como quieras llamarlo... Algo totalmente incomprensible para una persona como yo. —Lanzó una mirada desafiante a Joaz; Joaz se limitó a acariciarse la larga barbilla—. Ellos se presentan a sí mismos como simples seguidores de un culto metafísico. En realidad, se trata de gente muy misteriosa. ¿Ha visto alguien alguna vez a un sacerdote del género femenino? ¿Qué significan las luces azules? ¿Y las torres de relámpagos, y la magia de los sacerdotes? ¿Y esas extrañas idas y venidas por la noche, y esas formas extrañas que cruzan el cielo, quizá hacia otros planetas?

—Es cierto, de todo eso se habla —dijo Joaz—. En cuanto al crédito que debe dársele...

—¡Ahora llegamos al fundamento de mi propuesta! —exclamó Ervis Carcolo—. Las creencias de los sacerdotes les prohíben, al parecer, temer o preocuparse por las consecuencias de los actos. Por lo tanto, se ven obligados a contestar cualquier pregunta que se les plantee. Sin embargo, a pesar de sus creencias, oscurecen totalmente cualquier información que un hombre persistente logra sacarles.

Joaz le miró con curiosidad.

—Evidentemente, lo has intentado.

Ervis Carcolo asintió con un gesto.

—¿Por qué habría de negarlo? He interrogado a tres sacerdotes. Contestaron todas mis preguntas con gravedad, calma y reflexión, pero no me dijeron nada. —

Meneó la cabeza ofendido—. Por lo tanto, sugiero que utilicemos la coerción.

—Eres un hombre valiente.

Carcolo movió la cabeza con modestia.

—No me atrevería a tomar ninguna medida directa. Pero ellos tienen que comer. Si Valle Banbeck y Valle Feliz cooperan, podemos aplicar la táctica del hambre, algo bastante convincente. De este modo, es posible que respondan mejor a nuestras preguntas.

Durante unos instantes, Joaz consideró la propuesta. Ervis Carcolo volvió a golpear sus calzones con la borla dorada de la vaina de su espada.

—Tu plan —dijo al fin Joaz— no es en modo alguno arbitrario, sino ingenioso..., al menos a primera vista. ¿Y qué tipo de información esperas obtener? En definitiva, ¿cuáles son tus objetivos finales?

Carcolo se aproximó un poco más y tocó a Joaz con su dedo índice.

—No sabemos nada de los otros mundos exteriores. Estamos encerrados en este miserable planeta de piedra y viento mientras la vida pasa. Tú supones que los básicos gobiernan este sector del universo. Pero ¿y si estuvieses equivocado? ¿Y si hubiese vuelto al Viejo Orden? Piensa en las opulentas ciudades, los alegres lugares de descanso, los palacios, las placenteras islas. Contempla el cielo nocturno. ¡Piensa en los tesoros que podríamos conseguir! ¿Me preguntas cómo podríamos satisfacer esos deseos? Yo te contesto que el proceso puede ser tan simple que los sacerdotes nos lo revelen sin oponer ninguna resistencia.

—¿Quieres decir...?

—¡Comunicación con los mundos de los hombres! ¡Liberarnos de este mundillo solitario perdido en un rincón del universo!

Joaz Banbeck asintió dubitativamente.

—Una hermosa visión. Pero los datos sugieren una situación totalmente distinta, es decir, la destrucción del hombre y el Imperio Humano.

Carcolo alzó sus manos en un gesto de liberal tolerancia.

—Quizá tengas razón. Pero ¿por qué no preguntarles a los sacerdotes? Yo propongo exactamente lo siguiente: que tú y yo nos unamos para defender todo cuanto te he expuesto. Luego, pedimos una audiencia al Demie Sacerdote y le planteamos nuestras preguntas. Si contesta sin más, excelente. Si elude nuestras preguntas, nosotros actuamos en consecuencia, pero siempre conjuntamente. No más alimentos para los sacerdotes hasta que nos expliquen lo que queremos saber.

—Existen otros valles —dijo Joaz pensativo.

Carcolo hizo un brusco gesto.

—Podemos impedir ese comercio por persuasión o con el poder de nuestros dragones.

—En lo fundamental, tu idea me atrae —dijo Joaz—. Pero me temo que no es todo tan simple.

Carcolo se golpeó suavemente el muslo con la borla.

—¿Y por qué no?

—En primer lugar, Coralina brilla mucho últimamente. Ése es nuestro principal problema. Si Coralina pasa y no atacan los básicos, entonces podremos seguir tratando esta cuestión. Por otra parte, dude que podamos, por hambre, reducir a los sacerdotes y obligarles a someterse. En realidad, me parece imposible.

—¿En qué sentido? —preguntó Carcolo con un pestañeo.

—Ellos se pasean desnudos a pesar de los fuertes vientos y las tormentas; ¿crees que van a temer al hambre? Y siempre les queda posibilidad de recoger líquenes silvestres. ¿Cómo podríamos prohibirles eso? Tal vez, tú te atrevieses a ejercer sobre ellos algún tipo de coerción, pero yo no. Puede que las historias que se cuentan sobre los sacerdotes estén basadas en la simple superstición... O pueden tener algo de verdad.

Ervis Carcolo lanzó un profundo e irritado suspiro.

—Joaz Banbeck, te creí un hombre decidido, pero no haces más que buscar pegas a todo.

—No son simples pegas, son errores capitales que nos llevarían al desastre.

—Bueno, entonces dime, ¿se te ocurre a ti alguna otra idea?

Joaz se acarició la barbilla.

—Si Coralina se aleja y aún seguimos en Aerlith, en lugar de estar en la bodega de la nave de los básicos, entonces planearemos el modo de descubrir los secretos de los sacerdotes. Mientras tanto, te recomiendo encarecidamente que prepares Valle Feliz contra una nueva posible incursión. Estáis excesivamente dispersos, con vuestros nuevos criaderos y establos. ¡No os ocupéis tanto de eso y construid túneles seguros!

Ervis Carcolo miró por encima de Valle Banbeck.

—No soy un hombre para la defensa. ¡Yo ataco!

—¿Vas a atacar con tus dragones los rayos caloríficos y los proyectores de iones?

Ervis Carcolo se volvió y miró a Joaz Banbeck.

—¿Puedo considerar que somos aliados en el plan que te he propuesto?

—En sus principios generales, desde luego. Sin embargo, no deseo cooperar para asediar por hambre o presionar de cualquier otro modo parecido a los sacerdotes. Además de inútil, podría ser peligroso.

Por un instante, Carcolo no pudo controlar la aversión que sentía por Joaz Banbeck. Frunció los labios y cerró los puños.

—¿Peligro? ¡Bah! ¿Qué peligro puede venir de un puñado de desnudos pacifistas?

—No estamos seguros de que sean pacifistas. Sabemos que son hombres.

Carcolo se mostró de nuevo amable y cordial.

—Quizá tengas razón. Pero al menos, esencialmente, somos aliados.

—Hasta cierto punto.

—Bien. Sugiero que, en caso de que se produjese el ataque que tú temes, actuemos conjuntamente, adoptando una estrategia común.

Joaz asintió de un modo bastante frío y distante.

—Eso podría ser eficaz.

—Coordinemos nuestros planes. Supongamos que los básicos desembarcan en Valle Banbeck. Sugiero que tu gente se refugie en Valle Feliz, mientras el ejército de Valle Feliz se une al vuestro para cubrir la retirada. Y del mismo modo, si ellos atacan Valle Feliz, mi gente se refugiará de forma temporal en Valle Banbeck, con vosotros. Joaz se echó a reír, divertido.

—Ervis Carcolo, ¿qué clase de lunático te crees que soy? Vuelve a tu valle, abandona esas absurdas obsesiones de grandeza y procura hacer obras de protección. ¡Y deprisa! ¡Coralina brilla cada vez más!

Carcolo se irguió tenso.

—¿Debo entender que rechazas mi oferta de alianza?

—En modo alguno. Pero no puedo protegerte ni proteger a tu pueblo si no os ayudáis vosotros mismos. Sigue mis consejos para que me convenza de que eres un aliado digno... Entonces ya hablaremos con detalle de nuestra alianza.

Ervis Carcolo giró sobre sus talones, e hizo una seña a Bast Giwen y a los dos jóvenes alféreces. Sin una palabra ni una mirada más, montó en su espléndido dragón *araña* y lo espoleó, haciéndole emprender una brusca carrera a lo largo de la Linde, ladera arriba, hacia el Pico Starbreak. Sus hombres le siguieron, aunque con menos precipitación.

Joaz les vio alejarse, y meneó la cabeza presa de un triste asombro. Luego, montando su propio dragón *araña*, descendió por el camino que llevaba a Valle Banbeck.

V

El largo día de Aerlith, equivalente a seis de las antiguas Unidades Diurnas, pasó.

En Valle Feliz había una nerviosa actividad, una sensación de inminencia y de decisiones próximas. Los dragones maniobraban en apretada formación. Alféreces y cornetas daban órdenes con rudas voces. En la armería se preparaban proyectiles, se mezclaba pólvora, se afilaban y aguzaban las espadas.

Ervis Carcolo cabalgaba con teatral fanfarronería, agotando un *araña* tras otro mientras dirigía los dragones en complicadas maniobras. En cuanto a las fuerzas de Valle Feliz, los dragones eran verdaderamente violentos, dragones pequeños y activos, de escamas rojo-orín, estrechas y aguzadas cabezas y garras afiladas como cinceles. Tenían unos brazuelos fuertes y bien desarrollados. Con igual destreza, usaban lanzas, alfanjes y mazas. Un hombre que se enfrentase a un dragón *araña* no tenía ninguna posibilidad, pues las escamas rechazan las balas y los golpes que pudiese asestar un ser humano, por muy fuerte que éste fuese. Por otra parte, un solo zarpazo de aquellas garras afiladas como guadañas significaba la muerte para cualquier soldado.

Los dragones *araña* eran fecundos, robustos y se desarrollaban bien, aun en las condiciones en que se encontraban en los criaderos de Valle Feliz, de ahí su predominio en el ejército de Carcolo. Esta situación no era del agrado de Bast Giwen, dragonero jefe, un hombre enjuto y seco de rostro liso y nariz aguileña y ojos tan negros e inexpresivos como gotas de tinta en un plato. Habitualmente serio y callado, se había mostrado casi elocuente en su oposición al ataque a Valle Banbeck.

—Escúchame, Ervis Carcolo. Nosotros podemos desplegar una horda de dragones, junto con un número suficiente de asesinos zancudos y asesinos cornilargos. Pero no disponemos de suficientes horrores azules, diablos y juggers... ¡Si nos atrapan en los riscos, estamos perdidos!

—No pienso pelear en los riscos —replicó Carcolo—. Obligaré a Joaz Banbeck a combatirnos desde abajo. De ese modo, de nada le servirán sus diablos y sus juggers. En cuanto a los horrores azules, estamos casi igualados.

—Te olvidas de algo —dijo Bast Giwen.

—¿De qué se trata?

—Es muy poco probable que Joaz Banbeck piense permitirte todo eso. Lo considero demasiado inteligente para que actúe de un modo tan estúpido.

—¡Dame pruebas de esa inteligencia! —gritó Carcolo—. ¡Lo que yo sé de él indica indecisión y estupidez! ¡Así que atacaremos... con toda firmeza! —Carcolo golpeó la palma de su mano izquierda con el puño derecho—. ¡Acabaremos de una vez por todas con esos engreídos Banbeck!

Bast Giwen emprendía la retirada cuando Carcolo le hizo detenerse, colérico.

—¡No muestras ningún entusiasmo por esta campaña!

—Sé lo que puede y lo que no puede hacer nuestro ejército —dijo ásperamente

Giwen—. Si Joaz Banbeck es el hombre que tú crees que es, podemos triunfar. Pero con que tenga la sagacidad de un par de mozos de establo a los que oí hablar hace diez minutos, esta expedición resultará un desastre.

—Vuelve a tus diablos y a tus juggers —dijo Carcolo con voz colérica—. Quiero que se alineen rápidamente con los dragones. Bast Giwen se alejó. Carcolo saltó sobre un *araña* próximo y lo espoleó con los talones. El animal dio un salto hacia adelante, se detuvo bruscamente, y giró su largo cuello para mirar a Carcolo a la cara.

—¡Vamos, vamos! —gritó Carcolo—. ¡Adelante, deprisa! ¡Demuestra a esos patanes lo que es energía y vigor!

El *araña* se lanzó hacia adelante con tal brusquedad que Carcolo saltó hacia atrás, cayendo de cabeza y, entre gemidos, quedó tendido en el suelo.

Los mozos de establo llegaron corriendo, le cogieron y le hicieron que se sentara en un banco, desde el que no cesó de proferir maldiciones en voz baja y firme. Un médico le examinó, le auscultó, y recomendó que se acostase y que tomase una poción para tranquilizarle.

Trasladaron a Carcolo a sus aposentos, situados bajo la pared rocosa occidental de Valle Feliz, donde permaneció al cuidado de sus mujeres. Durmió veinte horas seguidas. Cuando despertó, había transcurrido ya la mitad del día.

Quiso levantarse, pero estaba demasiado dolorido para poder moverse y se tendió de nuevo. Llamó inmediatamente a Bast Giwen, que apareció y escuchó sin comentarios las impresiones de Carcolo.

Llegó el anochecer. Los dragones volvieron a los establos. Nada se podía hacer ya sino esperar a que amaneciera.

Durante la larga noche, Carcolo recibió una serie de tratamientos: masajes, baños calientes e infusiones. Hizo ejercicio como le habían recomendado, y cuando la noche llegaba a su fin se encontró ya repuesto.

En el cielo, la estrella Coralina vibraba con venenosos colores (rojo, verde, blanco), siendo con mucho la más brillante de todo el firmamento. Carcolo se resistía a alzar los ojos hacia la estrella, pero su resplandor le hería por el rabillo del ojo siempre que salía al valle.

La aurora estaba próxima. Carcolo pensaba salir en cuanto los dragones estuviesen dispuestos. Un resplandor que comenzó a asomar por el este indicaba la proximidad de la tormenta del amanecer, invisible aún al fondo del horizonte. Con toda precaución, sacaron los dragones de los establos para situarlos en columna de marcha. Había casi trescientos dragones, ochenta y cinco asesinos zancudos, un número semejante de asesinos cornilargos, un centenar de horrores azules, cincuenta y dos achaparrados diablos inmensamente poderosos, con bolas de acero con púas en el extremo de la cola, y dieciocho juggers. Gruñían y resoplaban malévolamente enseñándose los dientes unos a otros, atentos a cualquier oportunidad de darse una patada o de morder la pierna de un mozo de establo que estuviese descuidado. La oscuridad estimulaba el odio latente que sentían hacia la humanidad, aunque nada les

habían enseñado de su pasado, ni de las circunstancias que habían conducido a su esclavitud.

Resplandecieron los relámpagos de la aurora, perfilando las escarpaduras verticales y los asombrosos picos de los Montes Malheur. Por encima, con lúgubres ráfagas de viento y de lluvia, pasaba la tormenta, avanzando hacia Valle Banbeck. El este brillaba con una palidez gris verdosa, y Carcolo dio la señal de partida.

Aún torpe y dolorido, montó sobre su *araña* e impulsó al animal una espectacular y peculiar corveta. Carcolo se había equivocado, en la mente del dragón aún se agazapaba la malicia de la noche anterior. Terminó su corveta con un estirón del cuello que lanzó una vez más a Carcolo al suelo, donde quedó tendido medio loco de dolor y frustración.

Intentó levantarse; se derrumbó; lo intentó de nuevo; se desmayó.

Estuvo cinco minutos inconsciente, y luego pareció levantarse por pura fuerza de voluntad.

—Subidme —susurraba torpe y furiosamente—. Atadme a la silla. Tenemos que partir.

Al ser esto manifiestamente imposible, nadie hizo movimiento alguno. Por último, Carcolo, enfurecido, llamó con aspereza a Bast Giwen.

—Adelante; no podemos detenernos ahora. Debes mandar tú las tropas.

Giwen asintió lúgubremente. Era un honor que no le gustaba en absoluto.

—Tú ya conoces el plan de batalla —masculló Carcolo—. Bordear por el norte el Fang, cruzar el Skanse a toda velocidad, desviarse hacia el norte bordeando la Hendidura Azul, seguir luego hacia el sur a lo largo de la Linde de Banbeck. Es de suponer que allí es donde te descubrirá Joaz Banbeck. Debes desplegar te de modo que cuando lance sus juggers tú puedas derribarlos con los diablos. No debes emplear nuestros juggers. Acósale con los dragones; reserva los asesinos para cuando llegues al borde. ¿Comprendes?

—Tal como lo explicas, la victoria es segura —murmuró Bast Giwen.

—Y así ha de ser, siempre y cuando no cometas algún disparatado error. ¡Ay, mi espalda! No puedo moverme. Mientras se desarrolla la gran batalla, yo debo permanecer sentado junto al criadero viendo empollar los huevos. ¡Ahora vete! ¡Lucha con firmeza por Valle Feliz!

Giwen dio la orden de partida. Las tropas salieron.

Los dragones iban a la cabeza, seguidos por los sedosos asesinos zancudos y los más pesados asesinos cornilargos, con sus fantásticas púas pectorales revestidas de acero. Detrás iban los poderosos juggers, gruñendo, resoplando y rechinando los dientes con la vibración de sus pisadas. Flanqueando a los juggers iban los diablos, con pesadas cimitarras, blandiendo sus bolas de acero terminales como un alacrán su pinza. Luego, en retaguardia, iban los horrores azules, que eran a la vez corpulentos y rápidos, buenos escaladores y no menos inteligentes que los dragones. A sus flancos cabalgaban un centenar de hombres: dragoneros, caballeros, alféreces y cabos. Iban

armados de espadas, pistolas y trabucos de amplia boca.

Carcolo contemplaba la salida de las tropas desde unas parihuelas. Allí se quedó contemplándoles hasta que se perdieron de vista por completo, y luego ordenó que le llevasen al pórtico que daba acceso a las cuevas de Valle Feliz.

Nunca antes las cuevas le habían parecido tan sucias y miserables. Con amargura, Carcolo contempló las hacinadas cabañas que se alineaban al pie de la pared rocosa, hechas con piedras, masas de líquen impregnadas de resina, latas ligadas con alquitrán. Cuando terminase la campaña de Banbeck, haría excavar nuevas cámaras y salas en la roca. Las espléndidas decoraciones de Ciudad Banbeck eran famosas. Las de Valle Feliz serían incluso más esplendorosas. Los salones brillarían con ópalos y nácar, plata y oro... Sin embargo, ¿para qué? Si los acontecimientos se desarrollaban según sus planes, estaba en perspectiva aquel gran sueño suyo. Y entonces... ¿de qué valían unos cuantos adornos en los túneles de Valle Feliz?

Entre gemidos dejó que le echaran en su cama, y se entretuvo imaginando el avance de sus tropas. Deberían estar ya bajando por el Serrijón de Dangle, bordeando el Pico Fang, de más de un kilómetro de altura.

Extendió cautelosamente los brazos, movió las piernas. Sus músculos protestaron. El dolor le recorrió todo el cuerpo; pero parecía como si sus dolencias fuesen menores que antes... Ahora el ejército debería estar ya subiendo las lomas que rodeaban aquella amplia zona de sierras llamada el Skanse... El médico le llevó una poción. Se la bebió y se durmió, para despertar con un sobresalto. ¿Qué hora era? ¡Sus tropas quizá hubiesen iniciado ya el combate!

Ordenó que le llevasen al pórtico exterior: luego, insatisfecho aún, mandó a sus criados que le llevasen al otro lado del valle, al nuevo criadero de dragones, desde el que se dominaba todo el valle. Pese a las protestas de sus mujeres, le llevaron hasta allí, y le instalaron con la mayor comodidad que sus heridas y golpes permitían.

Se dispuso para una indeterminada espera. Pero las noticias no tardaron en llegar.

Por el Sendero del Norte, descendió un cabo montando un *araña* con una barba de espuma. Carcolo envió un mozo de establo a interceptarlo y, a pesar del dolor que le invadía, se levantó de su litera. El cabo saltó de su montura, subió la rampa tambaleándose y se derrumbó exhausto contra el pretil.

—¡Una emboscada! —jadeó—. ¡Un terrible desastre!

—¿Una emboscada? —Gruñó Carcolo con voz hueca—. ¿Dónde?

—Cuando coronábamos las lomas de Skanse. Esperaron hasta que llegaron arriba los dragones y nuestros asesinos, y entonces cargaron con sus horrores, sus diablos y sus juggers. Nos dividieron, nos hicieron retroceder y luego echaron a rodar piedras sobre nuestros juggers... ¡Han destrozado nuestro ejército!

Carcolo se derrumbó en la litera, mirando fijamente al cielo.

—¿Cuántos dragones hemos perdido?

—No lo sé. Giwen ordenó la retirada. Nos replegamos lo mejor que pudimos.

Carcolo parecía en estado de coma. El cabo se derrumbó en un banco.

Por el norte, apareció una columna de polvo, que luego se disolvió y se disgregó dando paso a una serie de dragones de Valle Feliz. Todos estaban heridos. Avanzaban a saltos, cojeando, arrastrándose desordenadamente, gruñendo, mirándose con ferocidad. Llegaba primero un grupo de dragones, que lanzaban sus feas cabezas de lado a lado; luego un par de horros azules, que hacían girar y palmear sus brazuelos casi como brazos humanos; luego un jugger, inmenso, como un sapo, con las piernas arqueadas por el cansancio. Cuando estaba ya próximo a los establos, se desplomó, y se quedó rígido en el suelo tras un estremecimiento, con las patas en el aire.

Por el Camino del Norte descendía, cubierto de polvo y macilento, Bast Giwen. Bajándose de *su araña*, subió por la rampa. Con un penoso esfuerzo, Carcolo se alzó una vez más.

Con voz, monótona y suave, como para parecer indiferente, Giwen informó de lo sucedido. Pero ni siquiera eso logró engañar a Carcolo. Desconcertado, preguntó:

—¿Dónde se produjo exactamente la emboscada?

—Subíamos las lomas por el Desfiladero de Chloris. Donde el Skanse desciende en una quebrada en que hay un saliente de pórfido, allí nos esperaban.

—Asombroso —silbó Carcolo entre dientes. Bast Giwen cabeceó en un levísimo asentimiento.

—Suponiendo que Joaz Banbeck —dijo Carcolo— saliese durante la tormenta del amanecer, una hora antes de lo que yo juzgaría posible. Suponiendo que forzase a sus tropas a una marcha muy rápida, ¿cómo pudo llegar allí antes que nosotros?

—Según mis comprobaciones —dijo Giwen—, no hubo amenaza de emboscada hasta que cruzamos el Skanse. Yo había planeado patrullar Barchback, bajando hasta Páramo Azul y a través de la Hendidura Azul.

Carcolo asintió sombríamente.

—¿Cómo llegó entonces Joaz Banbeck tan pronto a las lomas con sus tropas?

Giwen se volvió, miró hacia el valle, donde aún descendían por el Camino del Norte hombres y dragones heridos.

—No tengo ni idea.

—¿Una droga? —dijo Carcolo—. ¿Una poción para pacificar a los dragones? ¿O habrá estado acampado en el Skanse toda la noche?

—Eso último es posible —admitió Giwen hoscamente—. Bajo el Pico Barch hay cuevas vacías. Si acuarteló allí sus tropas durante la noche, sólo tuvo que cruzar el Skanse para rodearnos.

Carcolo soltó un gruñido.

—Quizá hayamos subestimado a Joaz Banbeck. —Se hundió en su litera gimiendo—. Bueno, ¿cuáles son nuestras pérdidas?

El recuento arrojó lúgubres resultados. Del ya insuficiente escuadrón de juggers, sólo quedaban seis dragones. De una fuerza de cincuenta y dos diablos, sobrevivían cuarenta, y de éstos, cinco estaban gravemente heridos. Entre los horros azules y los asesinos, había grandes pérdidas. Un gran número había sido destrozado en el

primer choque. Otros muchos se habían despeñado por las lomas destrozándose los cascos armados entre los detritus. Entre los cien hombres, doce habían perecido alcanzados por balas, otros catorce por ataques de dragones. Algunos más estaban heridos en diversos grados.

Carcolo yacía con los ojos cerrados y moviendo la boca débilmente.

—El terreno fue lo que nos salvó —dijo Giwen—. Joaz Banbeck no quiso descender con sus tropas hasta la quebrada. Si hubo algún error táctico de alguno de los ejércitos, fue suyo. Llevó un número insuficiente de dragones *araña* y de horrores azules.

—¡Menudo consuelo! —Gruñó Carcolo—. ¿Dónde está el grueso del ejército?

—Tenemos una buena posición en Sierra Dangle. No hemos visto ningún explorador de Banbeck, ni hombres ni dragones. Debe creer que hemos retrocedido hasta el valle. En cualquier caso, sus fuerzas principales aún están agrupadas en el Skanse.

Carcolo, con un inmenso esfuerzo, se puso de pie.

Tambaleándose, cruzó el camino para observar el dispensario. Había cinco diablos metidos en tanques de bálsamo, resoplando y gimiendo. Un horror azul gemía sujeto mientras los cirujanos cortaban fragmentos rotos de armaduras de su carne gris. Mientras Carcolo miraba, uno de los diablos se alzó sobre sus patas delanteras, las branquias llenas de espuma. Lanzó un agudo y peculiar bramido y cayó muerto en el tanque de bálsamo.

Carcolo se volvió a Giwen.

—Esto es lo que has de hacer: Joaz Banbeck ha enviado sin duda patrullas de avanzada. Retírate a lo largo de Sierra Dangle. Luego, ocultándote de las patrullas, introdúctete en uno de los Collados Despoire. El Collado Tourmaline servirá. Mi idea es ésta: Banbeck supondrá que te retiras a Valle Feliz, así que se dirigirá rápidamente al sur por detrás del Fang para atacarte cuando bajes de Sierra Dangle. Cuando él pase por debajo del Collado Tourmaline, tú tendrás ventaja. Quizá puedas destruir allí a Joaz Banbeck con todas sus tropas.

Bast Giwen movió la cabeza con decisión.

—¿Y si sus patrullas nos localizan a pesar de nuestras precauciones? No tienen más que seguirnos el rastro y embotellarnos en el Collado Tourmaline, donde no tendríamos más escape que a través de Monte Despoire o por el Páramo de Starbreak. Y si nos aventuramos por el páramo, sus juggers nos destruirán en cuestión de minutos.

Ervis Carcolo se derrumbó de nuevo en su litera.

—Que las tropas regresen a Valle Feliz. Nos reagruparemos y esperaremos otra ocasión.

VI

Excavada en la pared rocosa situada al sur de la cañada donde estaban enclavados los aposentos de Joaz, había una gran cámara conocida como Sala de Kergan. Las proporciones de la estancia, su sencillez y falta de adornos, los muebles inmensos y antiguos, contribuían a proporcionarle una acusada personalidad. Las paredes desnudas de piedra, el artesonado de musgo petrificado, la vieja madera..., todo ello daba un aroma peculiar a la estancia. Era una fragancia áspera y madura que Joaz siempre había detestado, junto con los demás aspectos del lugar. Las dimensiones daban una sensación de magnificencia y arrogancia. La falta de adornos impresionaba por su rudeza, e incluso tenía un cierto aire brutal. Un día, Joaz pensó que no detestaba aquella estancia sino al propio Kergan Banbeck, junto con todas las leyendas que le rodeaban.

Sin embargo, la estancia tenía ciertos aspectos agradables. Había tres altas ventanas aristadas que miraban al valle. Disponían éstas de pequeños paños cuadrados de cristal de color verde azulado, con montantes de hierro negro. El techo estaba cubierto de paneles de madera, y se desplegaba en él cierta dosis del típico estilo barroco de Banbeck. Había falsos capiteles de columnas con gárgolas, un friso tallado con hojas de helecho esquematizadas. Tres piezas componían el mobiliario: dos altas sillas talladas y una inmensa mesa, todo ello de madera oscura pulida, y todo de gran antigüedad.

Joaz había encontrado una utilidad a aquella estancia. Sobre la mesa se extendía un mapa en relieve, cuidadosamente detallado, del distrito, a una escala de uno por diez mil. En el centro estaba Valle Banbeck, a la derecha, Valle Feliz, separado por una masa de das, escarpaduras, barrancos, picachos, serrijones y cinco titánicas crestas: Monte Gethron al sur, Monte Despoire en el centro, Pi Barch, el Fang y Monte Halcyon al norte.

Frente a Monte Gethron estaban los Altos Jambles, luego Páramo de Starbreak se extendía hasta Monte Despoire y Pico Barch. Pasado Monte Despoire, entre las Laderas de Skanse y Barchback, se extendía el Skanse hasta las atormentadas barrancas y escarpaduras de basalto de las faldas de Monte Halcyon.

Cuando Joaz se puso a estudiar el mapa, Phade entró en la estancia. Avanzó con maliciosa cautela. Pero Joaz sintió su proximidad por el olor a incienso con que ella se había impregnado antes de ir buscar a Joaz. Llevaba el tradicional traje de fiesta de las doncellas Banbeck: una especie de ajustada funda de intestino de dragón, adornos de piel marrón en el cuello, los codos y las rodillas. Un alto sombrero cilíndrico, dentado en el borde superior, se asentaba sobre sus hermosos rizos castaños, y en la parte superior de este sombrero brillaba una pluma roja.

Joaz fingió no advertir su presencia. Ella se le acercó por detrás rozó su cuello con la piel que adornaba el de su vestido. Joaz aparentó absoluta indiferencia. Phade, en absoluto engañada, hizo una mueca de dolida preocupación.

—¿Vamos a perecer todos? ¿Cómo va la guerra?

—Para Valle Banbeck la guerra va bien. Para el pobre Ervis Carcolo y para Valle Feliz, la guerra va realmente mal.

—Tú planeas su destrucción —clamó Phade con un tono cómicamente acusatorio—. ¡Le matarás! ¡Pobre Ervis Carcolo!

—No se merece otra cosa.

—Pero ¿qué será de Valle Feliz?

Joaz Banbeck se encogió de hombros con indiferencia.

—Mejorará de situación.

—¿Pretendes gobernarlo tú?

—No, yo no.

—¡Piensa! —murmuró Phade—. Joaz Banbeck, tirano de Valle Banbeck, Valle Feliz, Desfiladero de Fósforo, Glore, El Tarn, Clewhaven y la Gran Cañada del Norte.

—No —dijo Joaz—. Pero, quizá tú quieras gobernar en mi lugar...

—¡Oh! ¡Claro que sí! ¡Qué cambios habría! Vestiría a los sacerdotes con cintas rojas y amarillas. Les obligaría a cantar, bailar y a beber vino, enviaría los dragones al sur, a Arcadia, y dejaría sólo unos cuantos que fueran dóciles para que cuidaran a los niños. Y se acabarían esas furiosas batallas. Quemaría la armería y destruiría todas las armas; haría...

—Mi querida amiga —dijo Joaz riendo—. ¡Qué poco tiempo conservarías el poder!

—¿Por qué? ¿Por qué no iba a conservarlo para siempre? Si los hombres no tienen medios de luchar...

—Y cuando llegaran los básicos... ¿les pondrías guirnalda alrededor del cuello?

—¡Bah! Nunca volverán. ¿Qué ganan ellos con molestar a los habitantes de unos valles remotos?

—¿Quién sabe lo que ganan? Nosotros somos hombres libres. ¡Quizá los últimos hombres libres del universo! ¿Quién sabe? ¡Y quién sabe si volverán! ¡Coralina brilla cada vez más en el cielo!

De pronto, Phade pareció interesarse por el mapa en relieve.

—¿Cómo va tu guerra actual? ¿Atacarás o te defenderás?

—Eso depende de Ervis Carcolo —dijo Joaz—. Sólo tengo que esperar a que muestre sus intenciones. —Mirando el mapa añadió, pensativo—: Es lo suficientemente listo como para hacerme daño si no actúo con cautela.

—¿Y si llegan los básicos mientras tú y Carcolo os peleáis?

Joaz sonrió.

—Quizá tengamos que huir todos a los Jambles. Quizá debemos luchar todos.

—Yo lucharé a tu lado —declaró Phade, adoptando una postura belicosa—. Atacaremos la gran nave espacial de los básicos, desafiando los rayos de calor, esquivando los dardos energéticos. Llegaremos hasta las mismas escotillas. ¡Le

arrancaremos la nariz al primer invasor que aparezca!

—Tu sabia estrategia falla en un punto —dijo Joaz—. ¿Cómo encontrarle la nariz a un básico?

—En ese caso —dijo Phade—, nos apoderaremos de su...

Phade volvió la cabeza al oír un ruido en el vestíbulo. Joaz cruzó la habitación y abrió la puerta. El viejo Rife, el senescal entró.

—Me dijiste que te avisara si la botella se volcaba o se rompía. Bueno, pues han sucedido ambas cosas.

Joaz apartó a Rife y salió corriendo por el pasillo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Phade—. Rife, ¿qué le has dicho para alterarle así?

Rife meneó la cabeza.

—Yo estoy tan perplejo como tú. Me dio una botella y me dijo: «Vigila esa botella día y noche»... Eso me dijo. Y también: «Si la botella se vuelca o se rompe, avísame inmediatamente». Pensé que, simplemente se proponía tenerme ocupado en algo. Incluso llegué a pensar que Joaz me consideraba ya tan viejo como para encomendarme el trabajo de vigilar una botella... Soy viejo, me tiemblan las mandíbulas, pero no soy ningún inútil. ¡Ante mi sorpresa, la botella se rompió! La explicación, desde luego, es muy simple: se cayó al suelo. A pesar de que no tengo ni idea de lo que significa, seguí las órdenes e informé a Joaz Banbeck.

—¿Y dónde está esa botella? —preguntó Phade, impaciente.

—En el estudio de Joaz Banbeck.

Phade corrió a toda prisa, con la máxima velocidad que su estrecho vestido le permitía, cruzó un túnel transversal, pasó por el Camino de Kergan, por un puente cubierto, y luego subió por un declive hacia los aposentos de Joaz.

Cruzó luego el gran vestíbulo, atravesó la antecámara donde estaba la botella rota en el suelo y entró en el estudio. Se detuvo asombrada, no había nadie allí. Vio una parte de las estanterías que hacía ángulo. Con extrema cautela, avanzó por la habitación y atisbó en el cuarto de trabajo.

Era una escena bastante extraña. Joaz estaba de pie, sonriendo fríamente a un sacerdote desnudo que al otro lado de la habitación, intentaba alzar una barrera que había brotado de una zona de la pared, pero la barrera estaba hábilmente encajada, y los esfuerzos del sacerdote eran en vano.

Se volvió, miró por un momento a Joaz y luego se dirigió hacia la salida, hacia el estudio.

Phade contuvo el aliento y se hizo a un lado.

El sacerdote salió al estudio y lo cruzó hacia la puerta.

—Un momento —dijo Joaz—. Quiero hablar contigo.

El sacerdote se detuvo y volvió la cabeza en un suave gesto de interrogación.

Era joven, de pálido rostro, que podía resultar incluso bello. Tenía la piel delicada y transparente, tanto que era posible adivinar los pálidos huesos. Sus ojos (grandes,

azules, inocentes) parecían no fijarse en nada. Era de delicada constitución y bastante delgado. Tenía las manos finas, sus dedos temblaban en una especie de nervioso desequilibrio. Su cabello largo era castaño claro y le llegaba casi hasta la cintura.

Joaz se sentó con ostentosa parsimonia, sin apartar los ojos del sacerdote. Habló con una voz aguda y bastante alta:

—Tu conducta me parece muy poco correcta. Se trataba de una afirmación que no exigía respuesta alguna, y el sacerdote nada repuso.

—Siéntate, por favor —dijo Joaz, señalándole el banco—. Tienes muchas cosas que explicarme.

¿Era pura imaginación de Phade? ¿O realmente había brillado una chispa de burla, y muerto casi instantáneamente, en los ojos del sacerdote? Pero tampoco esta vez tuvo respuesta. Joaz, ajustándose a las normas peculiares por las que había de regirse la comunicación con los sacerdotes, preguntó:

—¿Te importa sentarte?

—Me es indiferente —dijo el sacerdote—. Puesto que estoy de pie ahora, seguiré de pie.

Joaz se levantó e hizo algo sin precedentes. Arrastró el banco junto al sacerdote, le golpeó en las corvas y le empujó con firmeza, obligándole a sentarse.

—Puesto que estás sentado ahora —dijo Joaz—, podrías muy bien quedarte sentado.

Con suave dignidad, el sacerdote se levantó de nuevo.

—Estaré de pie.

—Como quieras —dijo Joaz encogiéndose de hombros—. Quiero hacerte algunas preguntas. Espero que cooperes y contestes con precisión.

El sacerdote pestañeó como un mochuelo.

—¿Lo harás? —pregunto Joaz.

—Desde luego. Prefiero, sin embargo, regresar por donde vine.

Joaz ignoró la observación.

—Primero —preguntó—, ¿por qué vienes a mi estudio?

El sacerdote habló cuidadosamente utilizando el mismo tono que los adultos emplean con los niños.

—Hablas sin precisión. Me siento confuso y no debo responder puesto que he prometido decir únicamente la verdad a todo el que me pregunte.

Joaz se acomodó en la silla.

—No hay ninguna prisa. Estoy dispuesto a mantener una larga charla. Permíteme entonces que te pregunte: ¿Existen motivos puedas explicarme que te movieran o te forzaran a venir a mi estudio?

—Sí.

—¿Cuántos de esos motivos identificaste?

—No lo sé.

—¿Más de uno?

—Quizá.

—¿Menos de diez?

—No lo sé.

—Vaya... ¿por qué estás tan inseguro?

—No estoy inseguro.

—¿Por qué no puedes concretar entonces el número tal como yo lo pido?

—No hay tal número.

—Comprendo... Puede que quieras decir que hay varios elementos de un motivo único que dirigieron tu cerebro para que indicase a tus músculos que te trajesen aquí, ¿no?

—Posiblemente.

Los finos labios de Joaz se curvaron en una leve sonrisa de triunfo.

—¿Puedes describirme un elemento de ese posible motivo?

—Sí.

—Entonces hazlo.

Había un imperativo contra el cual el sacerdote estaba protegido. Todas las formas de coacción que Joaz conocía (el fuego, la espada, la sed, la mutilación), para un sacerdote no eran más que pequeños inconvenientes; podían ignorarlas como si no existiesen. El único mundo de realidad era su mundo personal interno. Intervenir en los asuntos de los hombres o reaccionar en su contra les resultaba degradante. Su invariable conducta estaba basada en pasividad absoluta. Teniendo en cuenta esto, Joaz formuló de nuevo su pregunta.

—¿Puedes pensar en un elemento del motivo que te impulsó a venir aquí?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Un deseo de vagar.

—¿Puedes pensar en otro?

—Sí.

—¿Cuál es?

—El deseo de ejercitarme caminando.

—Comprendo... Una cosa, ¿estás intentando eludir mi pregunta?

—Yo no contesto a las preguntas que me haces. Si las contesto, si abro mi mente a todo el que busque conocimiento, tal es nuestro credo, no puedo estar evitando contestar a tu pregunta.

—Eso es lo que tú dices. Sin embargo, no me has dado una respuesta que yo considere satisfactoria.

La respuesta del sacerdote a este comentario fue un ensanchamiento casi imperceptible de las pupilas.

—Muy bien —dijo Joaz Banbeck—. ¿Puedes concretar otro elemento de este complejo motivo de que hemos hablado?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Me interesan las antigüedades. Vine a tu estudio a admirar tus reliquias de otros mundos.

—¿De veras? —Joaz enarcó las cejas—. Tengo la suerte de poseer esos fascinantes tesoros. ¿Qué antigüedades te interesan más de todas las que tengo?

—Tus libros. Tus mapas. Tu gran globo del mundo Arch.

—¿Del mundo Arch? ¿El Edén?

—Ése es uno de sus nombres.

Joaz frunció los labios.

—Así que vienes hasta aquí a estudiar mis antigüedades. Está bien, ¿y qué otros elementos componen tu motivación?

El sacerdote vaciló un instante.

—Se me sugirió que viniese aquí.

—¿Quién lo hizo?

—El Demie.

—¿Y por qué lo sugirió?

—No estoy seguro.

—¿No puedes imaginarlo?

—Sí.

—¿Qué es lo que supones?

El sacerdote hizo un suave gesto con los dedos.

—El Demie quizá desee convertirse en hombre utter, y pretenda aprender los principios de vuestra existencia. O quizá el Demie desee cambiar de artículos de intercambio. El Demie podría estar fascinado por mis descripciones de vuestras antigüedades. O podría sentir curiosidad por el foco de tus paneles de visión. O...

—Basta ya. ¿Cuál de esas conjeturas, y de las otras que no has revelado aún, consideras más probable?

—Ninguna.

Joaz volvió a enarcar las cejas.

—¿Cómo justificas esto?

—Dado que se puede formar cualquier número deseado de conjeturas, el denominador de cualquier relación de probabilidad es variable, y todo el concepto resulta aritméticamente absurdo.

Joaz rió entre dientes.

—De todas las conjeturas que se te han ocurrido hasta el momento, ¿cuál consideras más probable?

—Sospecho que el Demie puede haber considerado deseable que yo viniese aquí y permaneciese aquí.

—Pero ¿qué adelantas con eso?

—Nada.

—Entonces, el Demie no te envía aquí simplemente para qué estés.

El sacerdote no hizo ningún comentario a la afirmación de Joaz; Joaz formuló la pregunta con sumo cuidado.

—¿Qué crees que espera el Demie que logres viniendo aquí?

—Creo que desea que yo aprenda el modo de pensar de los hombres utter.

—¿Y tú aprendes cómo pienso yo viniendo aquí?

—Estoy aprendiendo mucho.

—¿Y para qué te sirve?

—No lo sé.

—¿Cuántas veces has visitado mi estudio?

—Siete veces.

—¿Por qué fuiste tú precisamente el elegido para venir?

—El sínodo ha aprobado mi *tand*. Puede que yo sea el próximo Demie.

Joaz habló a Phade por encima del hombro.

—Prepara té. —Luego se volvió al sacerdote—. ¿Qué es un *tand*?

El sacerdote inspiró profundamente.

—Mi *tand* es la representación de mi alma.

—Vaya. ¿Y qué aspecto tiene?

La expresión del sacerdote era inescrutable.

—No puede describirse.

—¿Tengo yo uno?

—No.

Joaz se encogió de hombros.

—¿Así que puedes leer mis pensamientos?

No hubo respuesta, y Joaz insistió:

—¿Puedes tú leer mis pensamientos?

—No muy bien.

—¿Por qué podrías querer leer mis pensamientos?

—Los dos vivimos en el mismo universo. Dado que no nos está permitido actuar, estamos obligados a saber.

Joaz sonrió con escepticismo.

—¿Y de qué puede servirte el conocimiento si no vas a actuar en consecuencia?

—Los acontecimientos se ajustan a la Razón Esencial, lo mismo que el agua que cae en la cavidad forma un pozo.

—¡Bah! —exclamó Joaz, con súbita irritación—. Tu doctrina te obliga a no interferir en nuestros asuntos y, sin embargo, tú permites que tu Razón Esencial cree condiciones a través de las cuales influyes en los acontecimientos. ¿No es así?

—No estoy seguro. Nosotros somos un pueblo pasivo.

—Aun así, tu Demie debía de tener algún plan cuando te envió aquí. ¿No es cierto?

—No puedo decirlo.

Joaz se dispuso a cambiar la orientación de sus preguntas.

—¿Adónde lleva ese túnel que hay detrás de mi taller de trabajo?

—A una caverna.

Phade entró con una jarra de plata que depositó ante Joaz. Éste se sirvió el té y bebió pensativo. De entre las muchas clases posibles de enfrentamientos, él y el sacerdote estaban entregados a un juego de búsqueda y ocultamiento de palabras e ideas. El sacerdote había sido educado en la paciencia y esgrimía evasivas, frente a las cuales Joaz desplegaba orgullo y decisión. El sacerdote se veía obstaculizado por su innata necesidad de decir la verdad. Por su parte, Joaz debía actuar como un hombre con los ojos vendados, ignorando tanto el objetivo que buscaba como el premio que podía obtener. Muy bien, pensó Joaz, continuemos. Veremos quién pierde el control primero. Ofreció té al sacerdote, que lo rechazó con un movimiento de cabeza tan rápido y leve que pareció un estremecimiento. Joaz hizo un gesto de total indiferencia.

—Si deseas alimento o bebida —dijo—, házmelo saber, por favor. Me agrada tanto la conversación que temo que pueda prolongarla más allá de los límites de tu paciencia. ¿No prefieres sentarte?

—No.

—Como quieras. Bueno, volvamos entonces a nuestra charla. Esa caverna de que hablabas, ¿está habitada por sacerdotes?

—No comprendo tu pregunta.

—¿Usan los sacerdotes la caverna?

—Sí.

Poco a poco, Joaz consiguió enterarse de que la caverna se comunicaba con una serie de cámaras, en las que los sacerdotes fundían metales, fabricaban cristal, comían, dormían y practicaban sus rituales. En tiempos, existía una abertura que daba a Valle Banbeck, pero había sido bloqueada hacía ya mucho. ¿Por qué? Hubo guerras en el firmamento; grupos de hombres derrotados se refugiaron en Aerlith, asentándose en valle y cañadas. Los sacerdotes preferían llevar una vida retirada y ocultaron sus cavernas de la vista de los hombres. ¿Dónde estaba aquella abertura? El sacerdote respondió de un modo indeterminado. En el extremo norte del valle. ¿Detrás de los Jambles de Banbeck? Posiblemente. Pero el comercio entre hombres y sacerdotes se realizaba a la entrada de una cueva que había en la falda de Monte Sethron. ¿Por qué? Por costumbre, declaró el sacerdote. Además, aquel emplazamiento resultaba más accesible desde Valle Feliz y desde la Cañada de Fósforo. ¿Cuántos sacerdotes vivían en aquellas cuevas? No estaba seguro. Unos podrían haber muerto, podrían haber nacido otros. ¿Aproximadamente cuántos en aquellos momentos? Quizá quinientos.

Para entonces, el sacerdote comenzó a tambalearse y Joaz estaba ronco.

—Volvamos al motivo, o a los elementos que lo componen, de que vinieras a mi estudio. ¿De algún modo tiene algo que ver con la estrella Coralina, y con la posibilidad de una nueva incursión de los básicos, o los grefs, como se llamaban

antiguamente?

De nuevo, el sacerdote pareció dudar.

—Sí —dijo por fin.

—¿Nos ayudarán los sacerdotes contra los básicos, si éstos desembarcan?

—No —fue su escueta y clara respuesta.

—Supongo que los sacerdotes desean que los básicos se vayan...

No hubo respuesta.

Joaz formuló la misma pregunta de modo distinto:

—¿Desean los sacerdotes que los básicos sean rechazados de Aerylith?

—La Razón Esencial nos obliga a mantenernos al margen de los asuntos de los hombres y de los no hombres.

Joaz frunció el ceño.

—Supongamos que los básicos invaden vuestra cueva y os llevan prisioneros al planeta de Coralina. ¿Qué haréis entonces?

El sacerdote pareció reír.

—No puedo contestar a esa pregunta.

—¿Os resistirías a los básicos si intentasen tomaros como prisioneros?

—No puedo contestar a tu pregunta.

—Pero la respuesta es no, ¿verdad? —dijo Joaz, riendo. El sacerdote asintió.

—Entonces, ¿tenéis armas?

Los suaves ojos azules del sacerdote parecieron vacilar. ¿Secreto? ¿Fatiga? Joaz repitió la pregunta, esta vez obtuvo respuesta.

—Sí —dijo el sacerdote.

Sus rodillas temblaban, pero las enderezó de nuevo.

—¿Qué clase de armas?

—De una variedad indeterminada. proyectiles, como rocas. Armas punzantes, como cañas rotas. Armas cortantes, como los utensilios de cocina. —Su voz comenzó a desvanecerse como si estuviese alejándose—. Venenos: arsénico, azufre, trivalentium, ácido, esporas negras. Armas incendiarias, como antorchas y lentes para concentrar la luz del sol. Armas para ahogar: cuerdas, sogas. Cisternas, para ahogar al enemigo...

—Siéntate. Descansa —le instó Joaz—. Tu inventario me interesa, pero en general me parece inadecuado. ¿Tenéis otras armas que pudiesen servir para rechazar a los básicos de modo definitivo si os atacasen?

Esta pregunta, por designio o azar, nunca fue contestada. El sacerdote fue arrodillándose, lentamente, como para rezar. Luego se desplomó, cayendo de bruces. Después se derrumbó de costado. Joaz se acercó y alzó la colgante cabeza cogiéndole del pelo. Los ojos, entreabiertos, revelaban una horrible extensión blanquecina.

—¡Habla! —exclamó Joaz—. ¡Contesta a mi última pregunta! ¿Tenéis armas para repeler un ataque de los básicos?

Los pálidos labios se movieron.

—No sé.

Joaz frunció el ceño, contempló aquella cara cerúlea, y retrocedió desconcertado.

—Este hombre está muerto —murmuró.

VII

Phade despertó de su desmayo en una litera, colorada, con el pelo revuelto.

—¡Le has matado! —gritó en un horrorizado susurro.

—No. Ha muerto. O se ha provocado la muerte.

Tambaleándose por la habitación, Phade avanzó y se acercó a Joaz, que la apartó con aire ausente. Phade frunció el ceño, se encogió de hombros, y luego, al ver que Joaz no la prestaba la menor atención, salió de la estancia.

Joaz, sentado en su silla, contemplaba aquel cuerpo exánime.

—No se cansó —murmuró— hasta que me aproximé a los secretos.

Bruscamente, se levantó, se acercó al vestíbulo de entrada y le dijo a Rife que avisara a un barbero. Una hora después, el cadáver, trasquilado, yacía tendido en un jergón de madera cubierto con una sábana, y Joaz tenía en sus manos una tosca peluca de largos cabellos.

El barbero se fue. Unos criados se llevaron el cadáver. Joaz se quedó solo en su estudio, tenso pero con la cabeza despejada. Se quitó la ropa, para quedarse desnudo como el sacerdote, se puso la peluca y se miró en un espejo. Sin un examen detallado, no se advertiría la diferencia. Pero le faltaba algo: el torc. Joaz se lo colgó al cuello. Examinó una vez más su imagen en el espejo, no le satisfacía del todo.

Entró en el taller y, tras vacilar unos instantes, abrió la trampilla y alzó cuidadosamente la losa de piedra. Arrodillado, atisbo en el túnel y, como estaba oscuro, introdujo un pomo de cristal de algas luminiscentes. A su desvaída luz, el túnel parecía vacío.

Desechando definitivamente sus temores, Joaz entró por la abertura. El túnel era estrecho y bajo, Joaz avanzó cautelosamente, con los nervios tensos. Se detenía de cuando en cuando a escuchar, pero no oía más que el palpar de su propio corazón.

Tras recorrer unos cien metros, el túnel se abría formando una caverna natural. Joaz se detuvo indeciso, aguzando aún más los oídos en la oscuridad. Pomos luminiscentes, fijados a las paredes a intervalos regulares, proporcionaban luz suficiente para indicar la dirección de la caverna. Parecía seguir la dirección norte, paralela al valle. Joaz continuó su marcha, deteniéndose cada pocos metros a escuchar.

Por lo que sabía, los sacerdotes eran gente pacífica, pero también sumamente misteriosa. ¿Cómo reaccionarían ante la presencia de un intruso? Joaz no podía estar seguro, así que optó por actuar con toda precaución.

La caverna subía, bajaba, se ensanchaba, se estrechaba. Joaz descubrió pruebas de su uso: pequeños cubículos, excavados en las paredes, iluminados con candelabros, de los que colgaban grandes pomos de materia luminosa. En dos de los cubículos Joaz vio sacerdotes, el primero dormido sobre una alfombra roja, y el segundo sentado, con las piernas cruzadas, mirando fijamente un aparato de retorcidas varillas metálicas. No le prestaron la menor atención, así que prosiguió su camino con paso

más seguro y decidido.

La cueva comenzó a descender notoriamente, y se ensanchó como una cornucopia, desembocando de pronto en una caverna tan enorme que Joaz, desconcertado por un instante, pensó que había salido al exterior, a una noche sin estrellas.

El techo quedaba fuera del alcance del resplandor de la infinidad de lámparas, hogueras y resplandecientes pomos. Ante él, a la izquierda, había fundiciones y fraguas en plena actividad. Luego, un giro de la pared de la caverna hacía imposible ver lo que había. Joaz atisbo una construcción tubular en capas que parecía una especie de taller, pues había allí gran cantidad de sacerdotes ocupados en complicadas tareas. A la derecha había una pila de fardos, una hilera de recipientes que contenían artículos cuya naturaleza le era del todo desconocida.

Por primera vez, Joaz vio sacerdotas hembras: no eran ni las ninfas ni las brujas semihumanas de que hablaba la leyenda popular. Como los hombres, parecían pálidas y frágiles, de rasgos muy acusados; se movían, al igual que los hombres, con parsimonia y calma, y también como los hombres iban desnudas, sólo con sus torcs y sus largas cabelleras hasta la cintura. Se oían pocas conversaciones y ninguna risa. La atmósfera parecía estar cargada de concentración y de placidez sin desdicha. La caverna exudaba una sensación de vejez, uso y costumbre. El suelo de piedra estaba pulido por la constante caricia de pies desnudos. Los efluvios de muchas generaciones habían empapado las paredes.

Nadie reparaba en Joaz.

Éste avanzó lentamente, procurando no salir de la sombra, y se detuvo bajo la pila de fardos. Hacia la derecha, la caverna menguaba, en proporciones irregulares hasta convertirse en un gran túnel horizontal que retrocedía, giraba y se prolongaba, perdiendo toda realidad en la luz difusa.

Joaz inspeccionó toda la extensión de la inmensa caverna. ¿Dónde estaba la armería, con las armas de cuya existencia le había convencido el sacerdote con el hecho mismo de su muerte? Una vez más, Joaz dirigió su atención hacia el lado izquierdo, esforzándose por percibir todos los detalles del extraño taller que se alzaba unos quince metros sobre el suelo de piedra. Extraño edificio, pensó Joaz, estirando el cuello. No podía comprender del todo de qué se trataba, pero todos los aspectos de la gran caverna, tan próxima a Valle Banbeck y tan remota, resultaban extraños y maravillosos a la vez. ¿Armas? Podrían estar en cualquier parte. No se atrevió, sin embargo, a buscar más.

Era imposible descubrir algo sin arriesgarse a que lo descubrieran. Regresó por donde había llegado: subió por el pasadizo en penumbra, pasó ante los cubículos laterales, donde los dos sacerdotes seguían en la misma posición en que los había visto antes, uno dormido y el otro mirando fijamente aquel artilugio de metal retorcido. Joaz siguió avanzando sin detenerse.

¿Tanto había andado? ¿Dónde estaba la fisura que le permitiría salir a sus

aposentos? ¿Había pasado ante ella sin verla? Debía buscarla. El pánico se apoderó de él, pero aun así continuó, prestando suma atención. Allí estaba, no se había equivocado. Allí, a su derecha, había una fisura que le resultó casi entrañable y familiar. Se introdujo por ella, dando grandes zancadas, llevando delante suyo el pomo luminoso.

De pronto, surgió ante él una aparición, una figura alta y blanca.

Joaz se quedó rígido. La figura fantasmal cayó sobre él. Joaz se apretó contra la pared. La figura avanzó y, bruscamente, se redujo a escala humana. Era el joven sacerdote al que Joaz había trasquilado y dado por muerto. Se enfrentó a Joaz, con un brillo de reproche y desprecio en sus suaves ojos azules.

—Dame mi torc.

Con dedos torpes, Joaz se quitó el collar dorado. El sacerdote lo cogió, pero no hizo ademán alguno de colocárselo. Miró el pelo firmemente asentado en la cabeza de Joaz. Con una mueca de desconcierto, Joaz se quitó la desgredada peluca y se la ofreció. El sacerdote se echó hacia atrás de un salto, como si Joaz se hubiese convertido en un duende. Pasó junto a él, apartándose lo máximo que el estrecho pasadizo le permitía, y se alejó rápidamente por el túnel. Joaz dejó caer al suelo la peluca, contempló el revuelto montón de pelo, se volvió y miró al sacerdote, una pálida figura que pronto se fundió con la oscuridad. Lentamente, Joaz continuó subiendo por el túnel.

La oblonga ranura de luz, la abertura que daba a su taller, estaba allí. La cruzó regresando al mundo real. Con furia, valiéndose de todas sus fuerzas, asentó de nuevo la losa en su sitio y cerró la trampilla que había servido para cazar al sacerdote.

La ropa de Joaz estaba amontonada en el mismo lugar en que él la había dejado. Cubriéndose con una capa, salió a la puerta exterior y miró en la antecámara, donde Rife dormitaba. Joaz chasqueó los dedos.

—Que vengan albañiles, con mortero, hierro y piedra.

Joaz se bañó con presteza, frotándose la piel con firmeza, enjabonándose meticulosamente. Al salir del baño, condujo a los albañiles que le esperaban al taller y les ordenó que sellasen la abertura.

Luego se acostó en su litera. Tras beber una copa de vino, dejó que su mente errara y vagara...

El recuerdo se convirtió en ensueño. El ensueño en sueño. Joaz atravesó una vez más el túnel, y descendió con pies ligeros a la larga caverna, y los sacerdotes alzaron ahora sus cabezas en los cubículos para mirarle. Por fin, llegó a la entrada del gran vacío subterráneo, y una vez más miró a derecha e izquierda asombrado. Esta vez cruzó por el centro, pasó ante los sacerdotes que trabajaban afanosamente con fuelles y yunques. Brotaban chispas de las retortas, y sobre el metal fundido flotaba un gas azul.

Joaz avanzó hasta una pequeña cámara excavada en la roca. Allí, encontró a un viejo sentado, flaco como una vara, con una cabellera blanca como la nieve que le

llegaba hasta la cintura. Aquel hombre examinó a Joaz con insondables ojos azules. Y habló, pero su voz era apagada, inaudible. Volvió a hablar; las palabras repiquetearon sonoras en la mente de Joaz.

—Te hice venir aquí para prevenirte, para que no nos hagas daño sin ningún provecho para ti. El arma que buscas no existe y, al mismo tiempo, queda más allá de tu imaginación. No deposites tus ambiciones en ella.

Con gran esfuerzo, Joaz logró tartamudear:

—El joven sacerdote no lo negó. ¡Esa arma tiene que existir!

—Sólo existe dentro de los estrechos límites de una interpretación especial. Ese muchacho no puede decir más que la verdad literal, y sólo puede actuar con sinceridad y desinterés. ¿Cómo puede parecerle extraño que procuremos mantenernos apartados? A vosotros los utters os resulta incomprensible la pureza. Pensáis en vuestro propio interés, pero no lográis más que una existencia de ratas cautelosas. Para que no vuelvas a intentarlo debo dejar las cosas bien claras. Te aseguro que esa supuesta arma queda totalmente fuera de tu control.

En un primer momento, Joaz se sintió invadido por la vergüenza y, luego, por la indignación.

—¡Es que no comprendes mi necesidad! —gritó—. ¿Cómo puedo actuar de otro modo? Coralina está cerca; los básicos se aproximan. ¿Es que no sois hombres? ¿Por qué no queréis ayudarnos a defender el planeta?

El Demie movió la cabeza, y su pelo blanco se agitó con hipnótica lentitud.

—Te cito la Razón Esencial: pasividad, completa y absoluta. Esto implica soledad, santidad, aceptación y paz. ¿Puedes imaginarte acaso la angustia que me supone estar hablando contigo? Intervengo, interfiero, con gran dolor del espíritu. Dejemos zanjada esta cuestión. Nos hemos tomado la libertad de entrar en tu estudio, pero ni te hemos hecho ningún daño ni te hemos ofendido. Tú has hecho una visita a nuestro salón, degradando para ello a un noble joven. ¡Dejemos así las cosas! Que no haya más espionaje por ninguna de las dos partes. ¿Estás de acuerdo?

Joaz oyó que su voz respondía, tranquila, sin ningún esfuerzo consciente por su parte. Su tono era más agudo y nasal de lo que a él le gustaba.

—Me ofreces este acuerdo ahora que has descubierto mi secreto, pero yo no conozco ninguno de los vuestros.

La cara del Demie pareció retroceder y vacilar. Joaz leyó cierto desdén en su expresión, y se agitó en su sueño. Hizo un esfuerzo para hablar en un tono de razonable calma:

—Escucha, todos somos hombres. ¿Por qué hemos de estar tan distanciados? Compartamos nuestro secreto, prestémonos ayuda. Examina mis archivos cuanto quieras, y luego permíteme que estudie esa arma existente y no existente a un tiempo. Te juro que sólo se utilizará contra los básicos, para nuestra mutua protección.

—No —dijo el Demie; sus ojos relampagueaban.

—¿Por qué no? —replicó Joaz—. Supongo que no nos desearás ningún mal.

—Somos seres desapegados y sin pasiones. Esperamos vuestra extinción. Vosotros sois los hombres utter, los restos de la Humanidad. Y cuando vosotros desaparezcáis, también desaparecerán vuestros oscuros pensamientos y vuestras horrendas maquinaciones. Desaparecerán el asesinato, el dolor y la malicia.

—No puedo creer eso —dijo Joaz—. Quizá no haya ningún hombre más en este sistema planetario, pero ¿y en el resto del universo? ¡El Viejo Orden llegó muy lejos! Tarde o temprano, los hombres volverán a Aerlith.

La voz del Demie se hizo vibrante.

—¿Crees que hablamos sólo basándonos en la fe? ¿Dudas de nuestros conocimientos?

—El universo es grande. El Viejo Orden llegó lejos.

—En Aerlith habitan los últimos hombres —dijo el Demie—. Los utters y los sacerdotes. Vosotros pereceréis. Nosotros mantendremos la Razón Esencial como una bandera de gloria, y la llevaremos por todos los mundos del firmamento.

—¿Y cómo viajaréis de un mundo a otro para llevar a cabo esa misión? —preguntó maliciosamente Joaz—. ¿Podréis volar hasta las estrellas desnudos, tal como camináis por los páramos?

—Habrá un medio. El tiempo es largo.

—El tiempo necesita ser largo para vuestros propósitos. Incluso en los planetas de Coralina hay hombres. Esclavizados, modificados en cuerpo y en mente, pero hombres. ¿Qué me dices de ellos? Parece que estás equivocado, que realmente te guías sólo por la fe.

El Demie guardó silencio. Su rostro pareció crisparse.

—¿No son eso hechos? —preguntó Joaz—. ¿Cómo puedes reconciliarlos con tu fe?

—Los hechos —dijo serenamente el Demie— no pueden reconciliarse con la fe. Según nuestra fe, también esos hombres, si existiesen, perecerían. El tiempo es largo. ¡Los mundos luminosos nos esperan!

—Es evidente —dijo Joaz— que tenéis una alianza con los básicos y que os proponéis destruirnos. Es posible que esto haga que nuestra actitud hacia vosotros cambie. Me temo que Ervis Carcolo tenía razón y que era yo quien estaba equivocado.

—Nosotros nos mantenemos pasivos —dijo el Demie; su cara vaciló y pareció inundarse de abigarrados colores—. Sin emoción, presenciaremos la extinción de los hombres utter, sin ayudar ni interferir.

—Vuestra fe —gritó furioso Joaz—, vuestra Razón Esencial, o como la llaméis, os confunda. Te aseguro que si no nos ayudáis, sufriréis lo que nosotros suframos.

—Nosotros somos pasivos. Somos indiferentes.

—¿Y vuestros hijos? Los básicos no hacen ninguna distinción. Os meterán en sus corrales como a nosotros. ¿Por qué habríamos de luchar nosotros para protegeros?

La cara del Demie se desvaneció tras una niebla transparente. Sus ojos brillaron

como carne podrida.

—Nosotros no necesitamos protección —respondió—. Nosotros estamos seguros.

—Sufiréis nuestro mismo destino —gritó Joaz—. ¡Te lo prometo!

El Demie se derrumbó bruscamente en una pequeña cáscara seca, como un mosquito muerto. Con increíble velocidad, Joaz huyó a través de las cuevas y de los túneles, regresando a su cuarto de trabajo, su estudio, y a su cámara-dormitorio, donde se incorporó estremecido, con los ojos muy abiertos, el cuello hinchado y la boca seca.

Se abrió la puerta y apareció la cabeza de Rife.

—¿Me llamabas, señor?

Joaz se incorporó apoyándose en los codos y contempló la habitación.

—No, no llamé.

Rife se marchó.

Joaz volvió a tenderse en la cama, fijando su mirada en el techo.

Había tenido un sueño muy extraño. ¿Sueño? ¿Una síntesis de sus propias imaginaciones? ¿O realmente una confrontación y un intercambio de dos mentes? Era imposible determinarlo, y quizás realmente no tuviese importancia hacerlo. El suceso tenía en sí mismo su propia validez.

Joaz sacó las piernas de la cama y pestañeó mirando al suelo. Sueño o coloquio, daba igual. Se levantó, se puso unas sandalias y una túnica de piel amarilla, se dirigió lentamente a la sala de juntas y salió a la soleada terraza.

Dos tercios del día habían transcurrido ya. En los riscos del oeste se alzaban densas sombras. Valle Banbeck se extendía a derecha e izquierda. Nunca le había parecido más próspero ni más fértil, y nunca hasta entonces le había parecido irreal: era como si fuese un extraño en su propio planeta. Miró hacia el norte siguiendo el gran macizo pétreo que se alzaba en vertical hasta la Linde de Banbeck. También aquello era irreal. Una fachada tras la cual vivían los sacerdotes. Examinó la pared rocosa, dibujando mentalmente sobre ella la gran caverna. ¡La zona del extremo norte debía ser poco más que una cáscara!

Joaz fijó su atención en el campo de maniobras, donde estaban los juggers. Qué extraño era el tipo de vida que había producido a los básicos, a los juggers, a los sacerdotes y a él mismo. Pensó en Ervis Carcolo, y sintió una súbita cólera. Carcolo era lo que menos le preocupaba en aquel momento. Cuando tuviera que pedirle cuentas a Carcolo, no tendría ninguna misericordia con él.

Una ligera pisada tras él, el roce de la piel, la caricia de unas alegres manos, el aroma de incienso. Las tensiones de Joaz se desvanecieron.

Si no existiesen las juglaresas, sería necesario inventarlas.

Debajo de la Linde de Banbeck, en las profundidades, en un cubículo iluminado por un candelabro de doce pomos, había un hombre desnudo de pelo blanco tranquilamente sentado. A la altura de sus ojos, en un pedestal, estaba su *tand*, un complicado aparato compuesto de varillas doradas y alambres plateados, tejidos y

doblados aparentemente al azar. Pero este azar era sólo aparente. Cada una de las curvas y dobleces simbolizaba un aspecto de la Conciencia Última. La sombra que arrojaba sobre la pared representaba la Razón Esencial, siempre cambiante y siempre la misma. El objeto era sagrado para los sacerdotes y servía como fuente de revelación.

El estudio del *tand* jamás acababa. Constantemente, se derivaban nuevas intuiciones de las relaciones antes pasadas por alto entre ángulos y curvas. La nomenclatura era complicada: cada pieza, junta, tramo y ángulo tenía su nombre; todas las relaciones entre las diversas panes estaban clasificadas en todos sus aspectos. Así era el culto del *tand*: abstruso, exigente, sin compromiso. En sus ritos de pubertad, el joven sacerdote podía estudiar el *tand* original durante tanto tiempo como quisiese. Luego, cada joven debía construir un duplicado del *tand*, guiándose por su memoria. Más tarde, llegaba el acontecimiento más significativo de su vida: la inspección de su *tand* por un consejo de ancianos.

En sobrecogedora inmovilidad, durante horas y horas, analizaban su creación, determinaban las variaciones infinitesimales de proporción, los radios, tramos y ángulos. Descubrían así el carácter del iniciado, juzgaban sus atributos personales, y determinaban su comprensión de la Conciencia Última, la Razón Esencial y el Principio.

En ocasiones, el testimonio del *tand* revelaba un carácter tan ruin que era considerado intolerable. El mal *tand* se arrojaba al horno, el metal fundido se destinaba a una letrina, el desdichado iniciado era expulsado al exterior del planeta y debía subsistir por sus propios medios.

El desnudo Demie de blancos cabellos suspiraba y se agitaba inquieto contemplando su bello *tand*. Había sido visitado por una influencia tan ardiente, tan apasionada, tan cruel y tierna a la vez, que su mente se sentía oprimida. De modo espontáneo, brotaba en ella una oscura fuente de duda.

¿Podría ser, se preguntaba, que nos hayamos apartado sin darnos cuenta de la verdadera Razón Esencial? ¿Estaremos estudiando nuestros *tands* con ojos cerrados? ¿Cómo saberlo, oh, cómo saberlo! Todo es relativamente cómodo y fácil en la ortodoxia, pero ¿cómo puede negarse que el bien es en sí mismo innegable? Los absolutos son las formulaciones más inciertas, mientras que lo incierto es lo más real...

A treinta kilómetros de distancia, pasadas las montañas, a la pálida y prolongada luz de la tarde de Aerlith, Ervis Carcolo trazaba sus propios planes.

—¡Con audacia, golpeando fuerte, puedo derrotarle! ¡Soy superior a él en resolución, valor y resistencia! ¡No volverá a engañarme, ni a matar a mis dragones y a mis hombres! ¡Oh, Joaz Banbeck, pagarás todos tus trucos! —Alzó los brazos llenos de cólera—. ¡Ay de ti, Joaz Banbeck, coneja asustada! —Carcolo golpeó el aire con su puño—. ¡Te aplastaré como un tepe de musgo seco!

Frunció el ceño y se rascó su redondeada y roja barbilla. Pero, cómo, dónde, ¡él

tenía todas las ventajas! Carcolo cavilaba las posibles estratagemas.

—Me esperará para golpearme. Eso es seguro. No hay duda de que volverá a esperarme, tendiéndome una emboscada. Así que debo inspeccionar el terreno palmo a palmo; aunque también él esperará esto y estará preparado a menos que caiga sobre él de improviso. ¿Se ocultará detrás del Despoire o en Northguard para atacarme cuando cruce el Skanse? Si es así, deberé tomar otra ruta... ¿A través del Paso de Maudlin por la falda de Monte Gethron? Así, si se retrasa en su marcha, me encontraré con él en la Linde de Banbeck. Y si llega pronto, le perseguiré por picachos y quebradas.

VIII

Ervis Carcolo, sus dragones y sus hombres avanzaban con la fría lluvia de la aurora cayendo sobre ellos, y el camino iluminado tan sólo por el resplandor de los relámpagos. Habían atravesado ya el Paso de Maudlin cuando el primer resplandor de la aurora brilló en Monte Despoire.

Hasta aquí, todo va bien, se ufanaba Ervis Carcolo. Se alzó en los estribos para otear el páramo de Starbreak. No había el menor rastro de las fuerzas de Banbeck. Esperó, escudriñando el borde extremo de los serrijones de Northguard, que se recortaban negros contra el cielo. Pasó un minuto, dos minutos. Los hombres comenzaron a batir palmas, los inquietos dragones a rugir y a rezongar.

Carcolo comenzó a sentir un hormigueo de impaciencia. Se afanaba y maldecía. ¿No era posible que se llevaran a efecto y sin error ni siquiera los planes más simples? Pero, al fin, vio el resplandor de un heliógrafo en Pico Barch y otro hacia el suroeste, en las laderas de Monte Gethron. Carcolo dio la orden de avance a su ejército; el camino por el Páramo de Starbreak estaba despejado. El ejército de Valle Feliz comenzó a cruzar el Paso de Maudlin: primero los asesinos cornilargos, con sus púas y sus crestas de acero; luego la rodante masa roja de los dragones *araña* moviendo al correr sus cabezas como dardos y, detrás, el resto de las fuerzas.

Como una ondulada planicie sembrada de fragmentos meteóricos de pedernal que brillaban como flores entre el grisáceo musgo, así se extendía ante ellos el Páramo de Starbreak. Por todas partes se alzaban majestuosos picos, en los que la nieve resplandecía a la clara luz de la mañana: Monte Gethron, Monte Despoire, Pico Barch y, lejos, hacia el sur, Clew Taw.

Los exploradores llegaron por la derecha y por la izquierda. Traían idénticos informes: no había rastro alguno ni de Joaz Banbeck ni de sus tropas. Carcolo comenzó a barajar una nueva posibilidad. Quizá Joaz Banbeck no se hubiese dignado siquiera a ocupar el campo. La idea le enfureció y le llenó al mismo tiempo de una gran alegría: en ese caso, Joaz pagaría muy cara su negligencia.

Una vez atravesada la mitad del Páramo de Starbreak, descubrieron un establo ocupado por doscientas crías de diablos de Joaz Banbeck. A su cuidado estaban dos viejos y un muchacho que contemplaron con manifiesto horror el avance de la horda de Valle Feliz.

Carcolo pasó ante ellos sin molestarles; si ganaba la batalla, aquello sería parte de su botín. Si perdía, las crías de diablos no podían hacerle ningún daño.

Los viejos y el muchacho se subieron al tejado de su cabaña de turba, observando el paso de Carcolo y de sus tropas: los soldados, con uniformes negros y gorros también negros y picudos con orejeras; los dragones saltando, arrastrándose, avanzando a zancadas, según su especie; las escamas resplandeciendo; el brillo ponzoñoso de los horrores azules, los demonios verdinegros, los grises y castaños juggers y asesinos. Ervis Carcolo cabalgaba por el flanco derecho, Bast Giwen en la

retaguardia. Y entonces, Carcolo aceleró la marcha, acuciado por la ansiedad de pensar que Joaz Banbeck pudiese subir con sus diablos y juggers hasta la Escarpadura de Banbeck antes de que él llegase y obligarle a retroceder... Suponiendo que Joaz Banbeck se hubiese dormido.

Pero Carcolo llegó a la Linde de Banbeck sin encontrar oposición alguna.

Lanzó un grito de triunfo y agitó su sombrero.

—¡Que intente ahora ese zángano de Joaz Banbeck subir por la Escarpadura de Banbeck!

Y Ervis Carcolo contempló Valle Banbeck con la mirada de un conquistador.

Bast Giwen no parecía compartir la sensación de triunfo de Carcolo y, constantemente, miraba inquieto hacia el norte, hacia el sur y hacia la retaguardia.

Irritado, Carcolo le observaba por el rabillo del ojo, y por último exclamó:

—¡Bueno, bueno! ¿Qué pasa?

—Quizá mucho. Quizá nada —dijo Bast Giwen, oteando el campo.

Carcolo se sopló los bigotes. Giwen continuó con aquel tono frío que tanto irritaba a Carcolo.

—Joaz Banbeck parece que está engañándonos como la otra vez.

—¿Por qué dices eso?

—Juzga por ti mismo. ¿Por qué iba a darnos tanta ventaja si no esperase cobrarse un buen precio?

—¡Absurdo! —murmuró Carcolo—. Ese zángano se ha dormido en los laureles de su última victoria.

Pero se rascó la barbilla y atisbo inquieto Valle Banbeck. Desde allí parecía extrañamente tranquilo. Había una sospechosa inactividad en los campos y los establos. Un escalofrío estremeció el corazón de Carcolo.

—Mira en el criadero: ¡Allí están los dragones de Banbeck! —gritó.

Giwen miró al valle y miró luego de reojo a Carcolo.

—Tres dragones, en el huevo. —Se irguió, abandonó todo interés por el valle y escrutó los picachos y riscos del norte y el este—. Supón que Joaz Banbeck saliera antes del alba, subiera por la Linde, por los Slikenslides, cruzara el Páramo Azul con todas sus fuerzas...

—¿Y qué me dices de la Quebrada Azul?

—Pudo rodearla por el norte, avanzar por Barchback, cruzar el Skanse y rodear la Escarpadura de Barch...

Carcolo miró la Cordillera de Northguard con nueva e inquieta curiosidad. ¿Un indicio de movimiento? ¿Un reflejo de escamas?

—¡Retirada! —bramó Carcolo—. ¡Vamos hacia la Escarpadura de Barch! ¡Los tenemos detrás!

Su ejército, desconcertado, rompió filas, huyendo por la Linde de Banbeck, hacia las ásperas estribaciones de la escarpadura de Barch. Joaz, descubierta su estrategia, lanzó escuadrones de asesinos para interceptar al ejército de Valle Feliz, entreteñerle

y, a ser posible, impedirle que llegara a las estribaciones de la Escarpadura de Barch.

Rápidamente, Carcolo hizo un cálculo. Consideraba a sus asesinos lo mejor de sus tropas, y los estimaba en mucho. Se retrasó a propósito, esperando chocar con las avanzadillas de Banbeck, destruirlas rápidamente y obtener aún las posiciones protectoras de los declives de Barch.

Los asesinos de Banbeck, sin embargo, se negaron a enfrentarse a ellos y prefirieron ganar altura en los declives. Carcolo envió por delante a sus dragones y a sus horros azules.

Los dos ejércitos chocaron con un terrible estruendo. Los dragones de Banbeck tuvieron que enfrentarse a los asesinos zancudos de Carcolo, viéndose obligados a huir atropelladamente.

El cuerpo principal de las tropas de Carcolo, alentado por la retirada de las tropas enemigas, avanzó incontenible. Se apartaron de la Escarpadura de Barch y penetraron en el Páramo de Starbreak. Los asesinos zancudos alcanzaron a los dragones de Banbeck, se subieron sobre ellos, chillando y pateando, los voltearon y les desgarraron luego sus rosados e indefensos vientres.

Los asesinos cornilargos de Banbeck avanzaron rodeando y cargaron por un flanco contra los asesinos zancudos de Carcolo, hiriéndolos con sus cuernos de punta de acero y empalándolos con sus lanzas.

Pero no contaron con los horros azules de Carcolo, que cayeron inmediatamente sobre ellos. Con hachas y mazas abatieron a los asesinos, entregándose a la poco agradable diversión de encaramarse sobre ellos, agarrarlos por el cuerpo y arrancárselo junto con la piel y escamas, desde la cabeza al rabo. Así perdió Joaz Banbeck treinta dragones y unas dos docenas de asesinos. Sin embargo, el ataque cumplió su objetivo, permitiéndole bajar de Northguard con sus caballeros, diablos y juggers antes de que Carcolo pudiese llegar a las alturas de la Escarpadura de Barch.

Carcolo retrocedió en diagonal subiendo por las irregulares laderas, y entretanto envió seis hombres a través del páramo hasta el corral donde se agitaban las crías de diablos asustadas por la batalla. Derribadas las puertas, pusieron fuera de combate a los dos viejos y lanzaron a las crías de diablos páramo adelante hacia las tropas de Banbeck. Las histéricas crías siguieron sus instintos. Se agarraron al cuello de los primeros dragones que encontraron, que se vieron así gravemente obstaculizados en su tarea, pues sus propios instintos les impedían apartar a las crías por la fuerza.

Este ardid, una brillante improvisación, creó gran desorden entre las tropas de Banbeck. Entonces, Ervis Carcolo cargó con toda su fuerza directamente contra el centro de Banbeck. Dos escuadras de dragones se abrieron en abanico para hostigar a los hombres. Sus asesinos (el único tipo de dragones en que superaba a Joaz Banbeck) fueron enviados contra los diablos, mientras los diablos de Carcolo, gordos, fuertes y relucientes, avanzaron hacia los juggers. Bajo sus grandes cascos marrones avanzaron como flechas, esgrimiendo las bolas de acero de veinte kilos de los extremos de sus colas contra las patas traseras de los juggers.

La confusión que se produjo entonces fue estruendosa. Las líneas de batalla se difuminaron. Hombres y dragones se destrozaban, herían y machacaban mutuamente. Cantaban en el aire las balas, silbaba el acero, retumbaba la trompetería, los silbidos, los gritos, los chillidos y los rugidos.

El impetuoso avance de Carcolo logró resultados que no guardaban relación con sus fuerzas. Sus diablos hacían estragos entre los enloquecidos, casi desesperados, juggers de Banbeck, mientras los asesinos y los horrores azules de Carcolo mantenían a raya a los diablos de Banbeck. El propio Joaz Banbeck, atacado por dragones, logró salvar su vida huyendo hacia la retaguardia, donde recibió el apoyo de un escuadrón de horrores azules. En la confusión, hizo una señal de retirada y su ejército se lanzó lomas abajo, dejando el campo sembrado de cuerpos que se agitaban y debatían.

Carcolo, prescindiendo de toda precaución, se alzó en su silla y ordenó que entrasen en combate sus propios juggers, que hasta entonces había atesorado como las niñas de sus ojos.

Chillando e hipando, éstos avanzaron, arrancando grandes bocados de carne a derecha e izquierda, destrozando dragones más pequeños con sus brazuelos, agarrando a los horrores azules y a los asesinos, y arrojándolos entre berridos y manotees por el aire. Seis caballeros de Banbeck intentaron detener el avance, disparando sus mosquetes a quemarropa contra aquellas cabezas demoníacas.

La batalla se desplazó al Páramo de Starbreak. El núcleo de combate se hizo más confuso. La ventaja de las tropas de Valle Feliz se disipó. Carcolo tuvo un largo instante de vacilación.

Él y sus tropas se sentían invadidos de entusiasmo; la emoción del inesperado éxito embargaba sus cerebros... Pero allí, en el Páramo de Starbreak, ¿podían contrarrestar la superioridad numérica de las fuerzas de Banbeck? La prudencia obligaba a Carcolo a retroceder hacia la escarpadura de Barch, para aprovechar al máximo su limitada victoria; ya se había reagrupado un potente pelotón de diablos y maniobraba para lanzarse sobre los escasos juggers de Carcolo. Bast Giwen se aproximó, esperando claramente la señal de retirada. Pero Carcolo aún esperaba complaciéndose en el estrago que causaban sus seis juggers.

Pero el melancólico rostro de Bast Giwen estaba tenso.

—¡Retirada, retirada! ¡Cuando nos rodeen sus flancos nos aniquilarán!

Carcolo le agarró por un brazo.

—¡Mira! ¡Mira dónde se agrupan esos diablos, mira dónde va Joaz Banbeck! Tan pronto como ataquen, envía seis asesinos zancudos por cada lado; ¡que les rodeen y que les maten!

Giwen abrió la boca para protestar, miró luego adonde señalaba Carcolo y se alejó para cumplir sus órdenes.

Entonces, llegaron los diablos de Banbeck, avanzando con firmeza y seguridad hacia los juggers de Valle Feliz. Joaz, erguido en su silla, observaba su avance. De pronto, cargaron sobre él, por ambos lados, los asesinos zancudos. Cuatro de sus

caballeros y seis jóvenes alféreces, dando gritos de alarma, se alzaron a protegerle. Hubo un estruendo de acero contra acero y de acero contra escamas. Los asesinos combatían con espadas y mazas. Los caballeros, sin poder utilizar sus mosquetes, respondían con alfanjes, pero iban cayendo uno tras otro.

Retrocediendo sobre las piernas traseras, el dragón asesino cabo de escuadra se abalanzó sobre Joaz, que desesperadamente esquivó el golpe. El asesino alzó espada y maza a la vez... Pero, a unos cincuenta metros, una bala de mosquete le alcanzó en el oído. Enloquecido de dolor, soltó sus armas y se desplomó sobre Joaz, retorciéndose y pateando. Los horrores azules de Banbeck se lanzaron al ataque; los asesinos asediaron al abatido cabo, acuchillando para alcanzar a Joaz, pateándole y, finalmente, huyendo de los horrores azules.

Ervis Carcolo lanzó un gruñido de frustración. Por medio segundo, se le había escapado la victoria. Joaz Banbeck, magullado, golpeado, quizás herido, había escapado con vida.

Sobre la cresta de la colina, se perfiló un jinete: un joven desarmado que espoleaba a un vacilante *araña*. Bast Giwen se lo indicó a Carcolo.

—Un mensajero del valle, parece que es urgente.

El muchacho descendió a la llanura y se dirigió hacia Carcolo, dando voces, pero su mensaje quedaba ahogado por el estruendo de la batalla. Al final llegó junto a él.

—¡Los básicos! ¡Los básicos!

Carcolo se arrugó como una vejiga medio vacía.

—¿Dónde?

—Una gran nave negra, tan grande como la mitad del valle. Yo estaba arriba en los campos, logré escapar. —Señalaba, sollozando.

—¡Habla, muchacho! —farfulló Carcolo—. ¿Qué están haciendo?

—No lo vi; corrí a avisarte.

Carcolo contempló el campo de batalla; los diablos de Banbeck casi habían alcanzado a sus juggers, que retrocedían lentamente, con las cabezas bajas y las garras extendidas.

Carcolo alzó las manos al cielo con desesperación.

—¡Ordena una retirada inmediata! —ordenó a Giwen.

Agitando un pañuelo blanco bordeó el escenario de la lucha y se dirigió al lugar donde Joaz Banbeck aún yacía en el suelo. Acababan de alzar al asesino, que aún se estremecía, para liberar sus piernas. Joaz alzó los ojos, la cara blanca como el pañuelo de Carcolo. Al ver a éste, abrió aún más los ojos, le miró sombrío y su boca se inmovilizó.

—Los básicos han vuelto —masculló Carcolo—; han descendido en Valle Feliz. Están destruyendo a mi pueblo.

Con la ayuda de sus caballeros, Joaz Banbeck se puso en pie. Se quedó tambaleándose, los brazos caídos, mirando silenciosamente a Carcolo a la cara.

Carcolo volvió a hablar:

—Tenemos que acordar una tregua. ¡Esta batalla es una pérdida inútil de energías! ¡Debemos marchar con todas nuestras fuerzas a Valle Feliz y atacar a los monstruos antes de que nos destruyan a todos! ¡Ay, piensa lo que podríamos haber logrado con las armas de los sacerdotes!

Joaz seguía sin mediar palabra. Pasó algunos instantes más así.

—Vamos, ¿qué dices? —le gritó Carcolo enfurecido.

—Digo que no hay tregua —contestó Joaz con voz áspera—. Rechazaste mi advertencia. Querías arrasar Valle Banbeck. No tendré ninguna misericordia contigo.

Carcolo lanzó un gemido, su boca era como un agujero rojo bajo los bigotes.

—Pero los básicos...

—Vuelve con tus tropas. Tú eres tan enemigo mío como los básicos. ¿Por qué habría de preferirte a ellos? Disponte a defender tu vida. No te daré tregua.

Carcolo retrocedió, con la cara tan pálida como la de Joaz.

—¡Te acosaré siempre! Aunque ganes esta batalla, no conocerás nunca la victoria. ¡Te perseguiré hasta que pidas clemencia!

Banbeck se volvió a sus caballeros.

—Echad a latigazos de aquí a este perro.

Ante la amenaza, Carcolo hizo retroceder a su dragón, se volvió y se alejó al galope.

La batalla había dado un giro en favor de las fuerzas de Banbeck. Los diablos de éste se habían adelantado a los horrores azules de Carcolo. Uno de sus juggers había muerto; otro, acosado por tres diablos, abrió sus grandes mandíbulas y esgrimía su monstruosa espada. Los diablos esquivaban sus golpes y acosaban con sus bolas de acero, avanzando. El jigger destrozaba su espada sobre la armadura de pétrea dureza de los demonios; éstos le atacaban por abajo lanzando sus bolas de acero contra sus monstruosas piernas. Intentó saltar sobre ellos, pero se derrumbó estrepitosamente. Los labios le abrieron el vientre, y ya sólo le quedaron a Carcolo cinco juggers.

—¡Atrás! —gritó—. ¡Retroceded!

Desordenadamente, condujo sus tropas escurpadura de Barch arriba. El frente de batalla era una gran masa de escamas, armaduras y relampagueante metal. Afortunadamente para Carcolo, retrocedía hacia arriba, y tras diez terribles minutos, logró montar una retirada en orden.

Habían caído dos juggers más. Los tres restantes estaban a salvo. Enarbolaban rocas y las arrojaban contra los atacantes, que, tras una serie de arremetidas, abandonaron la persecución. De todos modos, Joaz, tras oír las noticias de Carcolo, no estaba dispuesto a continuar luchando.

Carcolo, agitando su espada en un desesperado desafío, condujo sus tropas bordeando la escurpadura de Barch, y se lanzó a cruzar el Skanse. Joaz regresó a Valle Banbeck. La noticia de la incursión de los básicos se había extendido por todas partes. Los hombres cabalgaban silenciosos y tensos, mirando hacia atrás y hacia el cielo. Incluso los dragones parecían afectados por la noticia y murmuraban inquietos

entre sí.

Mientras cruzaban el Páramo Azul, el casi omnipresente viento amainó. La opresiva atmósfera se agudizó aún más.

Los dragones comenzaron a escudriñar el cielo. Joaz se preguntaba cómo podrían saber, cómo podrían percibir la llegada de los básicos. Él también escrutaba el cielo, y cuando su ejército descendía por la escarpadura, creyó ver sobre Monte Gethron un pequeño rectángulo negro, que inmediatamente desapareció tras un picacho.

IX

Atropelladamente Ervis Carcolo y el resto de su ejército descendieron del Skanse, a través del desolado paisaje de barrancas y quebradas de las estribaciones de Monte Despoire, y salieron a los eriales del oeste de Valle Feliz. Habían prescindido de cualquier pretensión de orden militar.

Carcolo dirigía a las tropas; su *araña* jadeaba de fatiga. Detrás, desordenadamente, avanzaban los asesinos y los horrores azules, con los dragones detrás. Más atrás aún, iban los diablos, casi arrastrándose, con sus bolas de acero golpeando en las rocas y levantando chispas. Al final de la retaguardia, iban los juggers y sus auxiliares.

En el límite de Valle Feliz, Carcolo saltó de su *araña* y corrió hasta el borde, desde donde contempló el valle.

Esperaba ver la nave, pero la realidad de ésta fue tan inminente e intensa que le desconcertó. Era una mole fusiforme, negra y brillante, y estaba posada en un campo de legumbres no muy lejos de la destartada Ciudad Feliz. A ambos lados de la nave, relumbraban y resplandecían discos pulimentados, como flotantes películas de color. Tenía tres escotillas de entrada (anterior, central y posterior) y de la central salía una rampa que llegaba hasta el suelo.

Los básicos habían trabajado con esmerada eficiencia. Desde la ciudad se extendía una cola de personas, vigiladas por las tropas pesadas. Antes de llegar a la nave, pasaban por un aparato de inspección controlado por dos básicos. Una serie de instrumentos y los ojos de los básicos valoraban a cada hombre, mujer y niño, clasificándolos por algún sistema que no se apreciaba claramente, y luego los cautivos o bien eran empujados rampa arriba al interior de la nave, o introducidos en una cabina próxima.

Curiosamente, por muchas personas que entrasen, la cabina nunca parecía llenarse.

Carcolo se rascó la frente con temblorosos dedos y bajó la vista al suelo. Cuando la alzó de nuevo, Bast Giwen estaba a su lado y ambos contemplaron el valle.

De detrás, les llegó un grito de alarma. Volviéndose rápidamente, Carcolo vio un planeador negro y rectangular que se deslizaba silenciosamente desde el Monte Gethron.

Agitando los brazos, Carcolo corrió hacia las rocas, ordenando a todos que se cubriesen. Dragones y hombres se refugiaron en la quebrada. Sobre ellos se deslizaba el planeador. Se abrió en éste una compuerta y cayó una carga de proyectiles explosivos. Éstos alzaron un gran estruendo, levantando en el aire fragmentos de piedras, esquirlas de rocas, huesos, escamas, piel y carne. Los que no lograron ponerse a cubierto fueron destrozados.

Los dragones se las arreglaron bastante bien. Los diablos, aunque magullados y arañados, habían sobrevivido todos. Dos de los juggers habían quedado ciegos y no

podrían luchar hasta que les crecieran nuevos ojos.

El planeador pasó una vez más. Varios soldados dispararon sus mosquetes, acto de desafío aparentemente inútil, pero el planeador resultó alcanzado y dañado. Dio un vuelco y giró sobre sí yendo a dar contra la ladera de la montaña y explotando con una brillante llamarada color naranja. Carcolo lanzó locos gritos de alegría, y se puso a dar saltos y corrió hasta el borde de la escarpadura, agitando un puño hacia la nave. Enseguida se tranquilizó y volvió a sentirse apesadumbrado y tembloroso.

Luego, volviéndose al castigado grupo de hombres y dragones que una vez más habían salido del desfiladero, Carcolo gritó ásperamente:

—¿Qué decís? ¿Debemos luchar? ¿Debemos caer sobre ellos?

Hubo un silencio.

Bast Giwen contestó con voz neutra:

—Estamos indefensos frente a ellos. No podemos conseguir nada. ¿Por qué suicidarnos?

Carcolo se giró, demasiado acongojado para poder hablar. Giwen había dicho algo que era evidente. Les matarían o les meterían también en la nave. Y luego, en un mundo demasiado extraño para poder imaginárselo, los utilizarían para tareas insoportables.

Carcolo cerró los puños y miró hacia el oeste con amargo odio.

—¡Tú me trajiste esto, Joaz Banbeck! ¡Cuando yo podría haber combatido aún por mi pueblo, tú me detuviste!

—Los básicos ya estaban aquí —dijo Giwen con desagradable lógica—. No podríamos haber hecho nada porque no había nada que hacer.

—¡Podríamos haber luchado! —bramó Carcolo—. ¡Podríamos habernos lanzado desde el Cruce y caer sobre ellos con toda nuestra fuerza! Un centenar de guerreros y cuatrocientos dragones... ¿Consideras eso una fuerza desdeñable?

Bast Giwen consideró inútil seguir discutiendo.

—Ahora están examinando nuestros criaderos —indicó. Carcolo miró hacia los criaderos y lanzó una salvaje carcajada.

—¡Están asombrados! ¡Están sobrecogidos! Y tienen buenas razones para ello.

—Supongo —aceptó Giwen— que la visión de un diablo o de un horror azul, y no digamos de un jugger, no les debe dejar mucho espacio para la reflexión.

Abajo en el valle, parecían haber terminado los trámites. Las tropas pesadas regresaban a la nave. Un par de hombres enormes, de más de tres metros y medio de altura, salieron de la nave, alzaron la cabina, y la subieron por la rampa a la nave. Carcolo y sus hombres miraban con ojos desorbitados.

—¡Gigantes!

Bast Giwen se rió secamente.

—Los básicos se asombran con nuestros juggers y nosotros con sus gigantes.

Los básicos regresaban ya a la nave. Retiraron la rampa, cerraron las escotillas. De una torreta de proa brotó un haz de rayos energéticos que tocó los tres criaderos,

uno tras otro, haciéndolos explotar con una gran erupción de ladrillos negros.

Carcolo lanzó un apagado gemido, pero no dijo nada.

La nave retembló y se elevó. Carcolo dio una orden; hombres y dragones se pusieron a cubierto. Escondidos tras peñas y masas rocosas vieron elevarse el negro cilindro sobre el valle y dirigirse hacia el oeste.

—Van a Valle Banbeck —dijo Bast Giwen.

Carcolo lanzó una carcajada, un cacareo de triste alegría. Bast Giwen le miró de reojo. ¿Se había vuelto loco Ervis Carcolo? Se apartó de él. No era el momento más adecuado.

Carcolo tomó una súbita resolución. Se acercó a uno de los *arañas*, lo montó y se volvió hacia sus hombres.

—Yo voy a Valle Banbeck. Joaz Banbeck ha hecho todo lo posible para destruirme; yo haré todo cuanto pueda por pagarle con la misma moneda. No quiero dar órdenes. Venid o quedaos, según os plazca. ¡Pero no olvidéis que Joaz Banbeck nos impidió venir a luchar contra los básicos!

Dicho esto, se alejó cabalgando. Los hombres fijaron sus ojos en el asolado valle y luego miraron a Carcolo. La nave negra pasaba entonces sobre Monte Despoire. No quedaba ya nada en el Valle que les interesase. Gruñendo y murmurando, reunieron a los agotados dragones y comenzaron a ascender por la ladera.

Ervis Carcolo espoleó su *araña* forzándole a correr a través del Skanse. Por todas partes había grandes barrancas y el deslumbrante sol colgaba en medio del negro cielo. Detrás, quedaban los declives de Skanse; ante ellos Barchback, la Escarpadura de Barch y la Cordillera de Northguard.

Indiferente a la fatiga de su *araña*, Carcolo continuaba espoleándolo. Los inseguros pies del dragón iban despidiendo fragmentos de musgo verdegris, su estrecha cabeza colgaba abatida, la espuma manaba de sus branquias. Carcolo no se preocupaba por nada. En su mente no había más que odio..., hacia los básicos, hacia Joaz Banbeck, hacia Aerlith, hacia el hombre, hacia la historia humana.

Cerca de Northguard, el dragón *araña* se tambaleó y cayó. Quedó tendido gimiendo, con el cuello estirado, pataleando. Irritado, Carcolo desmontó. Miró hacia atrás, hacia la larga y ondulada planicie del Skanse, para ver las tropas que le habían seguido. Un hombre que cabalgaba un *araña* a un modesto galope resultó ser Bast Giwen, que se acercó a él e inspeccionó el *araña* caído.

—Aflójale el cíngulo. Se recuperará.

Carcolo le miró irritado, creyendo percibir un nuevo tono en su voz. Sin embargo, se inclinó sobre el dragón y soltó la ancha hebilla de bronce. Giwen desmontó, estiró los brazos y se dio un masaje en sus flacas piernas.

—La nave de los básicos desciende en Valle Banbeck. Carcolo asintió ceñudo.

—Me gustaría estar presente cuando desembarquen. —Dio una patada al dragón —. Vamos, levántate, ¿es que no has descansado ya bastante? ¿Quieres que vaya andando?

El dragón *araña* gimió fatigado, pero, sin embargo, con gran esfuerzo logró ponerse de pie. Carcolo se dispuso a montar, pero Bast Giwen le sujetó por el hombro para impedirselo. Carcolo le miró colérico: ¡Qué impertinencia era aquélla!

—Ajusta otra vez el cíngulo —dijo Giwen sosegadamente—. De lo contrario, te caerás entre las rocas y volverás a romperte los huesos.

Maldiciendo por lo bajo, Carcolo volvió a cerrar la hebilla. El dragón lanzó un grito de desesperación. Sin hacerle caso, Carcolo montó, y el dragón partió con pasos vacilantes.

La escarpadura de Barch se alzaba ante ellos como la proa de una blanca nave, dividiendo Northguard y Barchback. Carcolo se detuvo a contemplar el paisaje, retorciéndose las puntas del bigote.

Prudentemente, Giwen guardaba silencio. Carcolo volvió la vista hacia el Skanse, contemplando su disperso ejército, y luego miró hacia la izquierda.

Pasando cerca de la falda de Monte Gethron, bordeando los Altos Jambles, descendieron por un antiguo torrente hasta la Linde de Banbeck. Aunque necesariamente tenían que avanzar a poca velocidad, la nave de los básicos no había viajado más deprisa. Acababa de aterrizar en el valle, y los discos de proa y popa lanzaban agresivos chorros de color.

Carcolo masculló un amargo gruñido.

—Espero que Joaz Banbeck tenga su merecido. ¡No hay ni un alma a la vista! Se han metido todos en los túneles, han metido incluso a los dragones. —Torciendo la boca, hizo una afectada parodia de la voz de Joaz—: «Ervis Carcolo, mi querido amigo, sólo hay una respuesta al ataque: ¡Cavar túneles!». Y yo le contesté: «¿Soy acaso un sacerdote para vivir bajo tierra? Cava y horada tú, Joaz Banbeck, hazlo si lo deseas. Yo soy un hombre anticuado; sólo me meto bajo las rocas cuando bebo».

Ante las palabras de Carcolo, Giwen correspondió con un levísimo encogimiento de hombros.

—Tengan túneles o no —continuó Carcolo—, los atraparán. Si es necesario, reventarán todo el valle. No les faltan medios. Giwen rió sardónicamente entre dientes.

—Muy a nuestro pesar, sabemos muy bien que Joaz Banbeck conoce algunos trucos.

—A ver si captura hoy a dos docenas de básicos —replicó Carcolo—. Entonces lo consideraría un hombre listo.

Se acercó al borde mismo de la pared rocosa, exponiéndose a que lo viesan desde la nave de los básicos. Giwen observaba impassible.

—¡Ajá! ¡Mira allí! —señaló Carcolo.

—Yo no —dijo Giwen—. Tengo demasiado respeto a las armas de los básicos.

—¡Bah! —Escupió Carcolo; sin embargo, se apartó un poco del borde—. Con todo lo que hablaba Joaz Banbeck de túneles, hay dragones en el Camino de Kergan.

Miró hacia el norte del valle unos instantes y luego manoteó en un gesto de

frustración.

—Joaz Banbeck no subirá hasta aquí a por mí. Yo no puedo hacer nada; a menos que baje hasta la ciudad, le busque y le destruya, se me escapará.

—A menos que los básicos os capturen a los dos y os encierren en el mismo establo —dijo Giwen.

—¡Bah! —murmuró Carcolo, y se apartó a un lado.

X

Por primera vez, las placas de visión que permitían a Joaz Banbeck observar Valle Banbeck en toda su amplitud y extensión tenían una utilidad práctica.

Había planeado aquel sistema mientras se entretenía con una colección de viejas lentes, pero, rápidamente, había descartado el proyecto. Luego, un día, mientras comerciaba con los sacerdotes en la caverna del Monte Gethron, les había propuesto que le diseñaran y fabricaran los elementos ópticos del sistema.

El viejo sacerdote ciego que dirigía la operación de intercambio dio una respuesta ambigua. Quizá pudiesen considerar la posibilidad de aquel proyecto en determinadas circunstancias. Pasaron tres meses. Joaz Banbeck casi lo había olvidado cuando el sacerdote de la cueva de intercambio le preguntó a Joaz si aún seguía pensando instalar su sistema.

Joaz aceptó el trato que el sacerdote le propuso y regresó a Valle Banbeck con cuatro pesados cestos. Dio órdenes para que se construyesen los túneles necesarios, instaló las lentes y descubrió que, con el estudio a oscuras, podía observar toda la extensión del Valle Banbeck.

Ahora, con la nave de los básicos oscureciendo el cielo, Joaz Banbeck observaba en su estudio el descenso del gran casco negro.

Al fondo de la cámara, los cortinajes marrones se repararon. Sujetando la tela con rígidos dedos apareció la juglaresa Phade. Estaba pálida y sus ojos brillaban como ópalos.

—La nave de la muerte —dijo con voz áspera—. ¡Ha venido a recoger almas!

Joaz le dirigió una mirada pétrea y se volvió luego a la pantalla de cristal ahumado.

—La nave se ve con toda claridad.

Phade avanzó hacia Joaz, le cogió del brazo, y le hizo volverse para mirarle a la cara.

—¿Por qué no intentamos escapar a los Altos Jambles? ¡No dejemos que nos atrapen tan pronto!

—Nada te retiene —dijo Joaz con indiferencia—. Huye hacia donde quieras.

Phade le miró con los ojos en blanco. Luego, miró la pantalla. La gran nave negra se posaba con siniestra lentitud; los discos de proa y popa relumbraban ahora con tono opalino. Phade miró a Joaz y se mordió los labios.

—¿No tienes miedo?

—¿De qué serviría correr? —dijo Joaz con una leve sonrisa—. Sus rastreadores son más rápidos que los dragones asesinos. Pueden olerte a un kilómetro de distancia, localizarte en el centro mismo de los Jambles.

Phade se estremeció con supersticioso terror.

—Entonces prefiero que me cojan muerta —murmuró—. No quiero que me lleven viva.

Joaz soltó una brusca maldición.

—¡Mira dónde aterrizan! ¡En nuestro mejor campo de esfagnales!

—¿Y qué importa eso?

—¿Qué importa? ¿Vamos a dejar de comer porque ellos nos visiten?

Phade le miró desconcertada, incapaz de comprenderle. Fue arrodillándose lentamente e inició los gestos rituales del culto teúrgico. Colocó las manos a los lados con las palmas hacia abajo, y fue subiéndolas lentamente hasta que el dorso de la mano rozó la oreja y simultáneamente sacó la lengua; lo repitió una y otra vez fijando hipnóticamente su mirada en el vacío.

Joaz ignoró sus gesticulaciones, hasta que Phade, con la cara convertida en una fantástica máscara, comenzó a suspirar y a gemir. Entonces la golpeó en la cara con las haldas de su chaqueta.

—¡Déjate de locuras!

Gimiendo, Phade se derrumbó en el suelo. Joaz frunció los labios con irritación. Con ademán impaciente la obligó a ponerse de pie.

—Escucha, esos básicos no son ni vampiros ni ángeles de la muerte. No son más que pálidos dragones, el tronco genético básico de nuestros *arañas*. Así que déjate de tonterías, o mandaré a Rife que te saque de aquí.

—¿Por qué no te preparas? Lo único que haces es observarlos, sin hacer nada.

—Ya no puedo hacer nada más.

Phade lanzó un profundo suspiro, y contempló hoscamente la pantalla.

—¿Vamos a combatirles?

—Naturalmente.

—¿Cómo podemos enfrentarnos a poderes tan milagrosos?

—Haremos lo que podamos. Aún no se han encontrado con nuestros dragones.

La nave se posó en un campo de vides púrpura y verde al otro lado del valle, junto a la boca del Desfiladero de Clybourne. Se abrió la escotilla y de ella salió una rampa.

—Mira —dijo Joaz—. Ahí los tienes.

Phade contempló aquellas extrañas y pálidas formas que asomaban por la rampa.

—Parecen tan extraños y retorcidos como los rompecabezas de plata de los niños.

—Son los básicos. De sus huevos salieron nuestros dragones. Ellos han hecho lo mismo con los hombres; mira, allí están sus tropas pesadas.

De cuatro en cuatro, con ritmo preciso, desfilaron rampa abajo las tropas pesadas, y se detuvieron a unos cincuenta metros de la nave. Eran tres escuadrones de veinte soldados cada uno: bajos y corpulentos, con anchos y poderosos hombros, cuellos gruesos y expresiones torvas y rígidas. Vestían armaduras hechas con escamas superpuestas de metal negro y azul, y llevaban a la cintura un ancho cinturón del que colgaban la pistola y la espada. De sus hombros sobresalían charreteras negras de las que colgaban unas cortas haldas ceremoniales de tela negra que les caían por la espalda. Sus cascos iban coronados de una cresta de afiladas púas. Sus botas, que les llegaban hasta las rodillas, estaban provistas de cuchillas.

Salieron luego los básicos. Sus cabalgaduras eran seres que sólo remotamente se parecían a los hombres. Caminaban apoyándose en las manos y los pies, con la espalda curvada hacia arriba. Sus cabezas eran largas y peladas, y sus labios colgaban flácidos. Los básicos les controlaban con leves golpes de látigo, y cuando llegaron al suelo comenzaron a galopar con viveza entre los cultivos. Entretanto, un equipo de tropas pesadas empujó rampa abajo un mecanismo de tres ruedas, enfocando la compleja embocadura de su cañón hacia la ciudad.

—Nunca se habían preparado con tanto cuidado —murmuró Joaz—. Ahí salen los rastreadores. ¿Sólo dos docenas? Quizá sean difíciles de criar. Las generaciones de los hombres se desarrollan lentamente; los dragones en cambio ponen un montón de huevos al año... Los rastreadores se desviaron a un lado y se agruparon en un inquieto y móvil equipo: eran delgadas criaturas de unos dos metros de altura, grandes y negros ojos saltones, narices ganchudas, pequeñas bocas fruncidas como para dar un beso. De sus estrechos hombros pendían largos brazos que se balanceaban como sogas. Mientras esperaban, flexionaban las rodillas, escrutando el valle, en constante e inquieta movilidad. Tras ellos, salió un grupo de artilleros, hombres no modificados que vestían sueltas y largas blusas de tela y sombreros, también de tela, verdes y amarillos. Llevaban consigo otros dos aparatos de tres ruedas, que inmediatamente comenzaron a ajustar y probar.

De pronto, todo el grupo pareció quedarse inmóvil y tenso.

Las tropas pesadas avanzaron con paso firme y rotundo, las manos prestas a empuñar pistolas y espadas.

—Ahí vienen —dijo Joaz.

Phade lanzó un brusco y desesperado gemido, se arrodilló e inició una vez más las gesticulaciones teúrgicas. Joaz, irritado, le ordenó que saliera del estudio. Se acercó a un panel equipado con un tablero de transmisión, cuya construcción había supervisado personalmente. Habló por tres de los teléfonos, cerciorándose de que sus defensas estaban dispuestas, y luego volvió a las pantallas de cristal ahumado.

Las tropas pesadas cruzaban el campo de esfagnales, los rostros firmes, duros, marcados con profundas arrugas. En ambos flancos, los artilleros arrastraban sus aparatos de tres ruedas, pero los rastreadores esperaban junto a la nave. Aproximadamente una docena de básicos cabalgaba tras las tropas pesadas, llevando a la espalda bulbosas armas.

A unos cien metros de la entrada del Camino de Kergan, fuera del alcance de los mosquetes de Banbeck, los invasores se detuvieron. Uno de los soldados de las tropas pesadas se acercó a una de las máquinas de los artilleros, metió los hombros bajo un arnés y se irguió, arrastrando una máquina gris de la que brotaron dos globos negros. El soldado avanzaba hacia la ciudad como una enorme rata, mientras brotaba de los globos negros un gas, destinado a paralizar las corrientes neurológicas de los defensores de Banbeck e inmovilizarlos.

Sonaron explosiones. Nubecitas de humo surgieron de entre las rocas. Las balas

dieron en el suelo sin alcanzar al soldado. Varias rebotaron en su armadura.

Inmediatamente, brotó de la nave un haz de rayos caloríficos que fue a dar contra las paredes rocosas. Desde su estudio, Joaz Banbeck sonrió. Las nubecitas de humo eran una treta. Los auténticos disparos llegaron de otras zonas. El soldado esquivó una lluvia de balas y corrió a refugiarse en el pórtico sobre el cual esperaban dos hombres. Afectados por el gas, se movían rígidamente, pero aún así, lograron empujar una gran piedra que cayó sobre el soldado, alcanzándole en el cuello y derribándole.

Moviendo brazos y piernas, se revolcó en el suelo. Luego, levantándose de un salto, corrió de nuevo hacia el valle, tambaleándose, y por fin cayó y, pataleando y estremeciéndose, quedó tendido.

El ejército de los básicos observaba sin mostrar la menor preocupación o interés.

Hubo un momento de inactividad. Luego surgió de la nave un campo de vibración invisible, que llegó hasta las paredes rocosas. En el punto donde les alcanzó, se alzaron nubes de polvo y comenzaron a desprenderse fragmentos de rocas. Un hombre que estaba apostado en un saliente cayó al vacío, descendió contorsionándose al caer a plomo desde sesenta metros de altura, y fue a estrellarse contra el fondo del valle. La vibración, al pasar por uno de los orificios de observación de Joaz Banbeck, penetró en su estudio, donde alzó una aullido que destrozaba los nervios. Pero por fin pasó y Joaz se frotó la dolorida cabeza.

Entretanto, los artilleros disparaban una de sus máquinas. Primero se produjo una apagada explosión, luego cruzó el aire una esfera gris. Mal dirigida, la esfera fue a chocar contra la pared rocosa, y estalló en una gran llamarada de gas blanco-amarillo. La máquina disparó una vez más, y en esta ocasión el proyectil cayó exactamente en el camino de Kergan, que ahora estaba desierto. No produjo efecto alguno.

Joaz, en su estudio, aguardaba preocupado. De momento, los básicos sólo habían tanteado la situación, no habían iniciado ninguna acción seria, cosa que no tardarían en hacer.

El viento dispersó el gas; la situación volvía a ser como la del principio. De momento no había más víctimas que aquel soldado de las tropas pesadas de los básicos y un escopetero de Banbeck.

Brotó de la nave un haz áspero y firme de llamas rojas. Las rocas del pórtico se fragmentaron. Las tropas pesadas reemprendieron su avance.

Joaz habló por teléfono, recomendando precaución a sus capitanes, diciéndoles que no contraatacasen para no exponerse a una nueva bomba de gas.

Pero las tropas pesadas penetraron por el Camino de Kergan, lo cual para Joaz constituía un acto de imprudencia. Dio una escueta orden.

De los pasadizos y zonas próximas salieron sus dragones: horrores azules, diablos.

Los corpulentos soldados de las tropas pesadas contemplaron boquiabiertos a los dragones. ¡Aquéllos eran adversarios inesperados! El camino de Kergan retumbó con

sus gritos y órdenes. Primero retrocedieron pero luego, con el valor que da la desesperación, lucharon ferozmente. Por todo el Camino de Kergan se encendió la batalla.

Enseguida ciertos hechos se hicieron evidentes. En el estrecho desfiladero ni las pistolas de las tropas pesadas ni las colas con bolas de acero de los diablos resultaban eficaces. Las espadas eran inútiles contra las escamas de los dragones, pero las garras de los horrores azules, las hachas, espadas, garras y uñas de los diablos causaban estragos entre las tropas pesadas. Si un soldado de éstas y un *araña* se enfrentaban, sus fuerzas quedaban más o menos equilibradas; sin embargo, si un soldado apresaba a un dragón con sus corpulentos brazos, podía arrancarle los brazuelos y romperle el cuello. Pero si dos o tres dragones se enfrentaban a un solo soldado, éste estaba perdido. Cuando intentaba atacar a uno, el otro le destrozaba las piernas, le cegaba o le degollaba.

Así que los soldados tuvieron que retroceder hacia el valle, dejando a veinte de sus compañeros muertos en el Camino de Kergan. Los hombres de Banbeck abrieron fuego otra vez, pero con pobre resultado.

Desde su estudio, Joaz seguía observando, ahora se preguntaba qué táctica adoptarían los básicos. Pronto lo supo. Las tropas pesadas se reagruparon y se detuvieron jadeantes, mientras los básicos iban y venían recibiendo información, asesorando, advirtiendo, dando órdenes.

Brotó de la nave negra un ramalazo de energía que golpeó la pared rocosa situada sobre el Camino de Kergan. El impacto hizo que el estudio se tambalease.

Joaz se apartó de las placas de visión. ¿Y si un rayo alcanzaba una de sus lentes de captación? ¿Se reflejaría la energía de una lente a otra cayendo directamente sobre él?

Abandonó su estudio cuando éste se estremeció ante una nueva explosión.

Corrió a través de un pasadizo, bajó por una escalera, y salió a una de las galerías centrales, donde parecía reinar una gran confusión. Pálidas mujeres y niños retrocedían hacia las profundidades de las montañas, empujando a dragones y hombres que, con arreos de combate, penetraban por uno de los nuevos túneles. Joaz observó la escena durante unos instantes para convencerse de que se trataba de confusión y no de pánico. Y luego se unió a sus guerreros en el túnel que conducía hacia el norte.

En alguna era anterior, todo un sector del acantilado rocoso de la cabecera del valle se había desprendido, creando toda una selva de piedras y rocas: los Jambles de Banbeck. A través de una hendidura, allí se abría el nuevo túnel, al que Joaz y sus guerreros fueron a salir. Tras ellos, al fondo del valle, retumbaban las explosiones: la nave negra había empezado a destruir Ciudad Banbeck.

Joaz, tras una roca, observaba furioso, mientras comenzaban a desprenderse de la pared rocosa grandes fragmentos de tierra.

Luego, asombrado, observó que las tropas de los básicos habían recibido un

extraordinario refuerzo: ocho gigantes de estatura doble a la de un hombre normal, monstruos con pechos como barriles, brazos y piernas nudosos, ojos pálidos y greñas de leonino pelo. Llevaban armaduras marrones y rojas con charreteras negras y espadas, mazas y cañones de rayos a la espalda.

Joaz reconsideró la situación. La presencia de los gigantes no le obligaba a variar su estrategia básica, que de todos modos era un tanto vaga e intuitiva. Debía prepararse para sufrir pérdidas, y lo único que podía esperar era causar pérdidas aún mayores en los básicos. Pero ¿acaso se preocupaba por la de sus dragones? Y si destruían Ciudad Banbeck y arrasaban el valle, ¿cómo podía él causarles un daño equivalente?

Miró por encima del hombro hacia las altas escarpaduras blancas, preguntándose hasta qué punto había acertado en sus cálculos sobre la posición de la caverna de los sacerdotes. Pero tenía que actuar. Había llegado el momento.

Señaló a un niño, a uno de sus propios hijos, que inspiró profundamente y se lanzó a ciegas fuera de su cobijo entre las rocas y comenzó a correr atropelladamente por el valle. Un instante después, su madre corrió tras él, logró atraparlo y arrastrarlo de nuevo a los Jambles.

—Bien hecho —dijo Joaz, felicitándoles—. Muy bien.

Con cautela, volvió a mirar por entre las rocas. También los básicos miraban detenidamente en aquella dirección.

Durante unos instantes, mientras Joaz temblaba de ansiedad, pareció como si no hubiesen advertido su maniobra. Hablaron, llegaron a una decisión, y con sus látigos golpearon las ancas de sus monturas. Éstas cabriolearon y se lanzaron al galope hacia la parte norte del valle. Los rastreadores les siguieron, y tras ellos comenzaron a avanzar las tropas pesadas. Los artilleros fueron tras éstas con sus máquinas de tres ruedas, y cerrando la marcha, imponentes, iban los ocho gigantes.

A través de los campos de esfagnales y guisantes, sobre vides, setos, campos de fresas y plantíos de vainas de aceite, avanzaban los invasores, destruyendo todo cuanto encontraban a su paso con malévolos satisfacción. Los básicos se detuvieron prudentemente ante los Jambles de Banbeck, y los rastreadores se adelantaron corriendo como perros, subiéndose a las primeras rocas, olisqueando el aire para detectar algún olor, atisbando, escuchando, señalando, moviéndose inquietos de un lado a otro y haciéndose entre sí dudosos gestos. Las tropas pesadas avanzaron con precaución, y su proximidad espoleó a los rastreadores.

Abandonando su cautela, se adentraron en el corazón de los Jambles, lanzando chillidos de aterrada consternación cuando cayeron sobre ellos una docena de horrores azules. Sacaron sus pistolas caloríficas, quemando, en su nerviosismo, a amigos y enemigos. Los horrores azules les destrozaron con sedosa ferocidad, mientras ellos chillaban pidiendo ayuda, pataleaban y se debatían, y algunos lograban huir tan precipitadamente como habían avanzado.

De los veinticuatro, sólo doce volvieron al valle; y cuando lo hicieron, cuando

incluso gritaban ya llenos de alivio al verse lejos de la muerte, cayó sobre ellos un escuadrón de asesinos cornilargos, que acabó definitivamente con ellos.

Las tropas pesadas avanzaron con ásperos gritos de rabia, apuntando con sus pistolas, agitando sus espadas; pero los asesinos cornilargos retrocedieron buscando el cobijo de las rocas.

Dentro de los Jambles, los hombres de Banbeck se habían apropiado de las pistolas caloríficas abandonadas por los rastreadores. Avanzando cautelosamente, intentaron alcanzar con ellas a los básicos. Pero, no acostumbrados a usarlas, no supieron graduar adecuadamente el foco y condensar la llama. Los básicos sólo quedaron levemente chamuscados. Espolearon sus monturas y retrocedieron rápidamente, situándose fuera de su alcance. Las tropas pesadas, deteniéndose a menos de treinta metros de los Jambles, lanzaron una andanada de proyectiles explosivos que mataron a dos caballeros de Banbeck y obligaron a los demás a retroceder.

XI

A una discreta distancia, los básicos valoraban la situación. Los artilleros se adelantaron y, mientras esperaban instrucciones, hablaban en voz baja con las cabalgaduras.

Uno de los artilleros fue llamado por los básicos y recibió órdenes. Se despojó de todas sus armas y, alzando sus vacías manos avanzó hasta el límite de los Jambles. Eligiendo un paso entre dos rocas de unos tres metros de altura, penetró resueltamente en el pedregal.

Un caballero de Banbeck le escoltó hasta Joaz. Casualmente, había allí también media docena de dragones. El artillero se detuvo dubitativo, hizo un reajuste mental y se acercó a los dragones. Tras hacer una respetuosa inclinación, comenzó a hablar. Los dragones escuchaban con indiferencia, hasta que uno de los caballeros condujo al artillero hasta Joaz.

—En Aerlith los dragones no gobiernan a los hombres —dijo Joaz secamente—. ¿Qué mensaje traes?

El artillero miró indeciso a los dragones y luego se volvió sombríamente a Joaz.

—¿Tienes autoridad tú para hablar en nombre de todos? —pronunciaba las palabras lentamente, con voz suave y seca, eligiendo los términos con sumo cuidado.

—¿Qué mensaje traes? —repitió Joaz secamente.

—Traigo una integración de mis amos.

—¿Una integración? No te entiendo.

—Una integración de los vectores instantáneos de destino. Una interpretación del futuro. Desean que te transmita su sentido en los siguientes términos: «No debemos desperdiciar vidas, ni vuestras ni nuestras. Sois valiosos para nosotros y os trataremos de acuerdo con ese valor. Someteos al Orden. Cesad esta inútil destrucción de empresa».

—¿Destrucción de empresa? —preguntó Joaz ceñudo.

—Se hace referencia al contenido de vuestros genes. Ése es el fin del mensaje. Os aconsejo que accedáis. ¿Por qué desperdiciar vuestra sangre? ¿Por qué destruirnos a vosotros mismos? Venid ahora conmigo. Será mucho mejor.

Joaz, que no pudo reprimir una sonora y amarga carcajada, habló de nuevo:

—Tú eres un esclavo. ¿Cómo puedes juzgar lo que es mejor para nosotros?

El artillero pestañeó.

—¿Qué otra elección os queda? Es preciso eliminar todos los residuos de vida desorganizada. El camino de la docilidad es el mejor. —Inclinó la cabeza respetuosamente hacia los dragones—. Si dudáis de mí, consultad a vuestros propios reverendos. Ellos os aconsejarán.

—Aquí no hay reverendos —dijo Joaz—. Los dragones luchan con nosotros y para nosotros; son nuestros compañeros de lucha. Pero yo también tengo una proposición. ¿Por qué tú y tus compañeros no os unís a nosotros? ¡Sacudid vuestro

yugo y convertíos en hombres libres! Nos apoderaremos de la nave y buscaremos los viejos mundos de los hombres.

El artillero mostró sólo un interés formal.

—¿Los mundos de los hombres? No queda ninguno. Los escasos residuos como vosotros se encuentran en regiones desoladas. Todos deben ser eliminados. ¿No preferís servir al Orden?

—¿No prefieres tú ser un hombre libre?

El artillero adoptó una expresión de ligero desconcierto.

—No me comprendes. Si decides...

—Escúchame bien —dijo Joaz—. Tú y tus compañeros podéis ser vuestros propios amos, vivir entre otros hombres. El artillero frunció el ceño.

—¿Y quién puede querer convertirse en un salvaje? ¿A quién acudiríamos para que impusiese la ley, el control, la dirección y el orden?

A pesar de su irritación, Joaz hizo un último intento.

—Yo me cuidaré de todo esto; yo asumiré esa responsabilidad. Vuelve allí, matad a todos los básicos, los reverendos, como tú les llamas. Ésas son mis primeras órdenes.

—¿Matarles? —La voz del armero reflejaba horror.

—Matarles —dijo Joaz como si hablase con un niño—. Luego, nosotros, los hombres, tomaremos posesión de la nave. Iremos a buscar los mundos donde los hombres son poderosos...

—No existen tales mundos.

—¡Claro que tienen que existir! En otros tiempos, los hombres recorrían todas las estrellas del cielo.

—Ya no.

—¿Y el Edén?

—No sé nada de eso.

Joaz alzó las manos.

—¿Te unirás a nosotros?

—¿Qué podría significar un acto como ése? —dijo pausadamente el artillero—. Vamos, entregad vuestras armas, someteos al Orden. —Miró indeciso hacia los dragones—. Vuestros reverendos recibirán también un tratamiento adecuado. No tenéis que temer por eso.

—¡Imbécil! ¡Esos «reverendos» son esclavos, lo mismo que tú eres un esclavo de los básicos! Los criamos para que nos sirvan, lo mismo que os crían ellos a vosotros para que les sirváis... ¡Ten al menos la honradez de reconocer tu propia degradación!

El artillero pestañeó.

—Hablas en términos que no puedo comprender. Entonces, ¿no os rendiréis?

—No. Si nuestras fuerzas nos lo permiten, os mataremos a todos.

El artillero hizo una inclinación, se volvió y se alejó entre las rocas. Joaz le siguió y escudriñó el valle.

El artillero informó a los básicos, que escucharon con su característico distanciamiento. Dieron una orden, y las tropas pesadas, abriéndose en líneas de combate, avanzaron lentamente hacia las rocas.

Detrás iban los gigantes, con sus cañones de rayos dispuestos, y unos veinte rastreadores supervivientes de la primera incursión. Las tropas pesadas llegaron a las rocas y atisbaron entre ellas. Los rastreadores escalaron las primeras, comprobando la posibilidad de una emboscada y, al no ver nada sospechoso, hicieron una señal. Las tropas pesadas penetraron con grandes precauciones en los Jambles, y, al hacerlo, inevitablemente rompieron su formación. Avanzaron diez metros, veinte, treinta. Los vengativos rastreadores, envalentonados, se lanzaron hacia adelante sobre las rocas... Y, de pronto, surgieron los dragones.

Chillando y maldiciendo, los rastreadores retrocedieron a toda prisa, acosados por los dragones. Las tropas pesadas se reagruparon, enarbolaron sus armas e hicieron fuego. Dos dragones resultaron alcanzados bajo los brazuelos, su punto más vulnerable. Se derrumbaron entre las rocas. Otros, enloquecidos, cayeron sobre las tropas pesadas. Se alzó un estruendo de chillidos, rugidos y gritos de sorpresa y pánico. Avanzaron los gigantes y se lanzaron sobre los dragones, retorciéndoles la cabeza y arrojándolos sobre las rocas. Los dragones que lograron retroceder dejaron tras de sí media docena de soldados heridos y dos degollados.

De nuevo, las tropas pesadas avanzaron; desde las rocas, con más cautela, los rastreadores comprobaban el terreno. De pronto, los rastreadores se detuvieron y lanzaron gritos de advertencia. Los soldados se detuvieron también, avisándose unos a otros, esgrimiendo nerviosamente sus armas. Los rastreadores retrocedían por entre las rocas y sobre ellas. Aparecieron de pronto docenas de diablos y de horrores azules.

Las tropas pesadas dispararon sus armas y el aire se llenó de un olor acre de escamas quemadas y vísceras fragmentadas. Los dragones cayeron sobre los hombres y entonces se inició una terrible batalla entre las rocas, donde pistolas, mazas e incluso espadas resultaban inútiles por falta de espacio.

Avanzaron los gigantes, que fueron atacados a su vez por los diablos. Asombrados ante la presencia de éstos, la mueca estúpida y burlona se desvaneció de su rostro; retrocedieron torpemente ante las colas con bolas de acero de los dragones, pero entre las rocas también los diablos estaban en desventaja, pues sus bolas de acero se estrellaban con más frecuencia contra la piedra que contra la carne del adversario.

A medida que los gigantes se iban recuperando, disparaban con sus proyectores pectorales contra la masa de combatientes. Sus disparos destrozaron, sin distinción, a diablos, horrores azules y a los soldados de las tropas pesadas de los básicos. A los gigantes no parecía importarles hacer distinción alguna.

De entre las rocas, surgió otra oleada de dragones: horrores azules. Cayeron sobre las cabezas de los gigantes, destrozándolos con sus garras, acuchillándolos y

desgarrándolos. Los gigantes, con frenética cólera, echaban al suelo a los dragones y los pisoteaban y los soldados los quemaban con sus pistolas.

Pero de pronto, aparentemente sin razón, se hizo la calma. Pasaron unos cuantos segundos sin que se oyese más que los gemidos y lamentos de los dragones y soldados heridos. El aire se llenó de una sensación de inminencia. Imponentes, los juggers aparecieron entre las rocas.

Durante unos instantes, gigantes y juggers se miraron cara a cara. Luego, los gigantes enarbolaron sus proyectores de rayos mientras los horrores azules se lanzaban una vez más contra ellos. Los juggers avanzaron rápidamente. Se enzarzaron con los gigantes; silbaron en el aire clavos y mazas y chocaron armaduras de dragón contra armaduras de hombre. Hombres y dragones se debatieron y se derribaron, ignorando el dolor, los golpes y la mutilación.

La lucha se hizo más sosegada. Resuellos y gemidos reemplazaron a gritos y rugidos, y ocho juggers, superiores en masa y en armamento natural, se apartaron de ocho destruidos gigantes.

Mientras tanto, los soldados de las tropas pesadas se habían agrupado, espalda con espalda, en unidades defensivas. Paso a paso, abrasando con rayos caloríficos a los rugientes horrores, dragones y diablos que les acosaban, retrocedieron hacia el valle y, finalmente, lograron salir de entre las rocas a terreno abierto. Los enardecidos diablos, deseosos de luchar en terreno despejado, cayeron sobre ellos, por el centro, mientras por los flancos avanzaron asesinos cornilargos y asesinos zancudos. Llenos de impetuoso júbilo, una docena de hombres a lomos de *arañas*, arrastrando un cañón de rayos de uno de los gigantes caídos, atacaron a básicos y artilleros que aguardaban junto a las máquinas de tres ruedas colocadas en una posición poco estratégica. Sin pensárselo dos veces, los básicos dieron vuelta a sus monturas humanas y huyeron hacia la nave negra.

Los artilleros dispusieron sus máquinas, las enfocaron y dispararon chorros de energía. Cayó un hombre, dos, tres..., pero los demás estaban ya entre los artilleros, que pronto fueron liquidados, incluido aquel persuasivo sujeto que había hecho de mensajero.

Entre alaridos y gritos, varios de los hombres se lanzaron a perseguir a los básicos. Pero las monturas humanas, saltando como conejos monstruosos, transportaban a los básicos tan deprisa como los *arañas* a los hombres.

Desde los Jambles llegó el trompeteo de un cuerno. Los hombres que perseguían a los básicos se detuvieron y volvieron grupas; todas las fuerzas de Banbeck retrocedieron y se refugiaron rápidamente en los Jambles.

Las tropas pesadas dieron unos cuantos pasos desafiantes en su persecución, pero se detuvieron agotadas.

De los tres escuadrones originales, no sobrevivían hombres suficientes para formar un solo escuadrón. Los ocho gigantes habían perecido, y también todos los artilleros y casi todos los rastreadores.

Las fuerzas de Banbeck lograron refugiarse en los Jambles justo a tiempo. Unos segundos después, de la nave llegó una andanada de proyectiles explosivos que destrozó las rocas situadas en la zona por donde desaparecieron.

Ervis Carcolo y Bast Giwen habían contemplado la batalla desde un saliente rocoso pulido por el viento, situado sobre Valle Banbeck.

Las rocas ocultaron la mayor parte del combate. Los gritos y el estrépito de la lucha llegaban hasta ellos desmayados y leves como un rumor de vuelo de insectos. Percibían el brillo de las escamas de los dragones, veían pasar corriendo hombres, sombras y destellos, pero hasta que las fuerzas de los básicos no salieron de entre las rocas no pudieron saber el resultado de la batalla. Carcolo movió la cabeza con amargo desconcierto.

—¡Es listo ese diablo de Joaz Banbeck! Los ha hecho retroceder. ¡Ha hecho una buena escabechina!

—Al parecer —dijo Bast Giwen—, los dragones con sus garras, sus espadas y sus bolas de acero, son más eficaces que los hombres con pistolas y rayos caloríficos... Al menos a corta distancia.

Carcolo soltó un gruñido.

—Yo podría haber hecho lo mismo en las mismas circunstancias. —Miró a Bast Giwen con recelo—. ¿No estás de acuerdo?

—Desde luego, De eso no hay la menor duda.

—Claro —continuó Carcolo—. Yo no tenía la ventaja de la preparación. Los básicos me sorprendieron. Pero Joaz Banbeck no tuvo ese obstáculo. —Miró hacia Valle Banbeck, donde la nave de los básicos bombardeaba los Jambles, destrozando las rocas—. ¿Se proponen arrasar los Jambles? En ese caso, Joaz Banbeck no tendría ningún lugar en el que refugiarse. Su estrategia es evidente. Y como sospecho, está reservando fuerzas.

Otros treinta soldados de las tropas pesadas descendieron por la rampa y se alinearon inmóviles ante la nave, en el pisoteado campo.

Carcolo se dio un puñetazo en la palma.

—Bast Giwen, quiero que me escuches atentamente. ¡Tenemos medios para realizar una gran hazaña, para hacer cambiar nuestra suerte! Fíjate en la Cañada de Clybourne, sale al valle directamente detrás de la nave de los básicos.

—Tu ambición nos costará la vida.

Carcolo rompió a reír.

—Vamos, Giwen, ¿cuántas veces muere un hombre? ¿Qué mejor modo de perder la vida que en pos de la gloria?

Bast Giwen se volvió, contemplando los tristes restos del ejército de Valle Feliz.

—Podríamos ganar gloria dando una zorra a una docena de sacerdotes, pero no veo la necesidad de que nos lancemos contra la nave de los básicos.

—Sin embargo —dijo Ervis Carcolo—, eso es lo que debemos hacer. Yo iré primero y tú me seguirás al mando de las fuerzas. ¡Nos encontraremos en la boca de

la Cañada de Clybourne, en el lado oeste del valle!

XII

Pateando nervioso, profiriendo maldiciones, Ervis Carcolo esperaba en la boca de la Cañada de Clybourne.

Por su imaginación iban desfilando, una tras otra, las posibilidades de desastre. Los básicos podrían ceder ante las dificultades que ofrecía Valle Banbeck y marcharse. Joaz Banbeck podría atacar cruzando el valle por terreno abierto para salvar Ciudad Banbeck de la destrucción y perecer por ello. Bast Giwen podría ser incapaz de controlar a los desalentados hombres y a los inquietos dragones de Valle Feliz. Cualquiera de estas circunstancias se podrían producir, y cualquiera de ellas acabaría con los sueños de gloria de Carcolo y le convertiría en un hombre destrozado.

Paseaba arriba y abajo pisoteando el suelo de granito. Continuamente dirigía su mirada hacia Valle Banbeck. Y se volvía cada pocos segundos, ansioso por ver perfilarse las formas oscuras de sus dragones y las siluetas más altas de sus hombres.

Junto a la nave de los básicos esperaban los restos de dos escuadrones de tropas pesadas: los que habían sobrevivido al primer ataque y las reservas. Se agrupaban silenciosos, observando la destrucción de Ciudad Banbeck. Fragmento a fragmento, los picos, torres y paredes rocosas que habían albergado a la población de Banbeck se desmoronaban en un creciente montón de escombros. Y contra los Jambles caían incluso descargas más fuertes. Las rocas se rompían como huevos. Sus fragmentos se desparramaban por el valle.

Pasó media hora. Ervis Carcolo esperaba sombrío, sentado en una roca.

Un rumor, un roce de pasos: Carcolo se incorporó de un salto. Recortándose en el horizonte, avanzaban los tristes restos de su ejército, los hombres desalentados, los dragones malhumorados e inquietos, y sólo un puñado de diablos, horrores azules y asesinos.

Carcolo se sintió abatido. ¿Qué se podía conseguir con fuerzas tan escasas como aquéllas? Respiró profundamente. ¡Hay que mostrar coraje! ¡No hay que rendirse nunca! Adoptando su actitud más optimista y bravucona, avanzó hacia ellos y gritó:

—¡Hombres y dragones! Hoy hemos conocido la derrota, pero la jornada no ha terminado aún. La hora de la redención ha llegado; ¡nos vengaremos tanto de los básicos como de Joaz Banbeck!

Escudriñó las caras de sus hombres, buscando un brillo de entusiasmo. Ellos le devolvieron la mirada sin interés. Los dragones, que comprendían menos, resoplaban suavemente, silbaban y suspiraban.

—¡Hombres y dragones! —bramó Carcolo—. Supongo que me preguntaréis cómo podremos alcanzar esa gloria. Y yo os contesto: ¡seguidme adónde me dirijo! ¡Luchad dónde yo luche! ¿Qué nos importa ya la muerte si nuestro valle ha sido arrasado?

Miró de nuevo las tropas, descubriendo nuevamente sólo indiferencia y apatía.

Ahogando la frustración que sentía, se volvió e inició la marcha.

—¡Adelante! —gritó ásperamente por encima del hombro, y sobre su bamboleante *araña* comenzó a descender por la Cañada de Clybourne.

Con igual vehemencia, la nave de los básicos castigaba los Jambles y Ciudad Banbeck. Desde un saliente situado en el borde oeste del valle, Joaz Banbeck contemplaba la destrucción de su ciudad. Viviendas y cámaras excavadas laboriosamente en las rocas, alisadas y pulimentadas por generaciones... Todo destruido, pulverizado. Ahora, el objetivo sería el picacho en el que se hallaban los aposentos privados de Joaz Banbeck, con su estudio, su taller de trabajo y el Relicarium de los Banbeck.

Joaz agitó los puños, enfurecido por su propia impotencia. El objetivo de los básicos era evidente. Se proponían destruir Valle Banbeck, exterminar en la medida de lo posible a los hombres de Aerlith... ¿Y quién podía impedirselo?

Joaz estudió los Jambles. El antiguo talud había sido prácticamente arrancado de la pared rocosa. ¿Dónde estaba la abertura que daba a la gran caverna de los sacerdotes? Sus meditadas hipótesis se desvanecían en la inutilidad. Antes de una hora no quedaría nada de Ciudad Banbeck.

Joaz procuraba dominar la sensación de fracaso que le invadía. ¿Cómo detener aquella destrucción? Se obligó a sí mismo a hacer cálculos y a planear posibles maniobras. Un ataque cruzando el valle por terreno abierto indudablemente equivalía al suicidio. Pero detrás de la nave negra se abría un paso similar a aquél en que estaba oculto Joaz: La Cañada de Clybourne. La entrada de la nave estaba abierta, los soldados de las tropas pesadas se agrupaban despreocupadamente junto a ella. Joaz meneó la cabeza con un gesto de amargura. Resultaba imposible que los básicos no advirtieran una amenaza tan evidente.

De todos modos... ¿no podrían pasar por alto, en su arrogancia, la posibilidad de un acto tan insolente?

Joaz, indeciso, vacilaba. Y entonces, una andanada de proyectiles explosivos hendió el picacho que albergaba sus aposentos. El Relicarium, el antiguo tesoro de los Banbeck, iba a ser destruido. Joaz hizo un gesto desesperado, se levantó de un salto y llamó al más próximo de sus dragoneros:

—Reúne a los asesinos, a tres escuadrones de dragones, a dos docenas de horrores azules, diez diablos y todos los caballeros. Vamos a subir hasta la Linde de Banbeck. Bajaremos por la Cañada de Clybourne. Atacaremos la nave.

Partió el dragonero. Joaz se entregó a la sombría contemplación del desastre. Si los básicos pretendían tenderle una trampa, lograrían sus propósitos.

Regresó el dragonero.

—Las tropas están dispuestas.

—Entonces, vamos.

Hombres y dragones iban subiendo hasta la Linde de Banbeck. Desviándose luego hacia el sur, llegaron a la boca de la Cañada de Clybourne.

Un caballero de los que encabezaban la columna hizo de pronto la señal de alto. Cuando Joaz se aproximó, indicó las señales que se veían en el lecho de la cañada.

—Hace poco han pasado por aquí dragones y hombres. Joaz examinó las huellas.

—Y han descendido por la cañada.

—Sí, no hay duda.

Joaz envió a un grupo de exploradores que pronto regresaron al galope.

—¡Ervis Carcolo está atacando la nave con hombres y dragones! Joaz espoleó su *araña* y se lanzó por el sombrío paso, seguido por su ejército.

Cuando se aproximaba a la desembocadura de la cañada, llegaron a sus oídos los gritos de la batalla. Irrumpiendo en el valle, Joaz se vio ante una escena de desesperada carnicería. Los dragones de Carcolo y los soldados de las tropas pesadas de los básicos se acuchillaban y se destrozaban unos a otros ¿Dónde estaba Ervis Carcolo? Joaz galopó apresurado hasta la escotilla de la nave. ¡Estaba abierta de par en par! ¡Entonces Ervis Carcolo había logrado abrirse paso hasta el interior de la nave!

¿Una trampa? ¿O había puesto en práctica Carcolo el plan del propio Joaz de apoderarse de la nave? ¿Y las tropas pesadas? ¿Sacrificarían los básicos a cuarenta soldados para capturar un puñado de hombres? No parecía razonable... Pero las tropas pesadas parecían rehacerse. Habían formado una falange y concentraban la energía de sus armas en los dragones que aún les hacían frente. ¿Una trampa? Si así era, había resultado eficaz... A menos que Ervis Carcolo hubiese logrado ya apoderarse de la nave. Joaz se irguió en su silla e hizo una seña a sus tropas.

—¡Al ataque!

Los soldados de las tropas pesadas estaban sentenciados. Los asesinos zancudos les atacaban por encima, los asesinos cornilargos por debajo, los horrores azules desgarraban, destrozaban, desmembraban. La batalla estaba decidida; pero Joaz, con hombres y dragones, había irrumpido ya rampa arriba. Del interior de la nave llegaban un rumor y una palpitación de motores y también sonidos humanos... Alaridos y gritos de furia.

La imponente masa de la nave paralizó a Joaz. Se detuvo y atisbo indeciso el interior. Tras él aguardaban sus hombres, murmurando por lo bajo.

Joaz se preguntó a sí mismo: «¿Soy yo tan valiente como Ervis Carcolo? ¿Qué es el valor, de todos modos? Estoy muerto de miedo: no me atrevo a entrar. Pero tampoco me atrevo a quedarme aquí fuera». Desechó toda precaución y se lanzó al interior, seguido por sus hombres y por una horda de ansiosos dragones.

En cuanto penetró en la nave, Joaz se dio cuenta de que Ervis Carcolo no había logrado sus propósitos. Las pistolas aún cantaban y silbaban sobre él. Los aposentos de Joaz saltaban en fragmentos. Otra tremenda andanada se abatió sobre los Jambles, dejando al descubierto la piedra desnuda de la pared rocosa y lo que se ocultaba tras ella: el borde de una gran abertura.

Joaz, dentro de la nave, se encontró ante una antecámara. La escotilla interna

estaba cerrada. Avanzó cautelosamente y atisbo por la abertura rectangular que había, observando lo que parecía un gabinete o una sala de recreo. Ervis Carcolo y sus caballeros estaban acucillados junto a la pared del fondo, vigilados con indiferencia por una veintena de artilleros. Un grupo de básicos descansaba en una alcoba contigua, relajados, tranquilos, en actitud contemplativa.

Carcolo y sus nombres no estaban completamente derrotados. Joaz vio a Carcolo lanzarse con furia hacia adelante, pero un estallido púrpura de energía le golpeó, lanzándole contra la pared.

Uno de los básicos de la alcoba miró a través de la cámara interna y advirtió la presencia de Joaz Banbeck. Movié uno de sus brazuelos y accionó una varilla. Sonó un timbre de alarma y la puerta exterior se cerró. ¿Una trampa? ¿Un sistema de emergencia? Daba igual. Joaz hizo una seña a cuatro hombres que arrastraban un pesado objeto.

Éstos se adelantaron, se arrodillaron y emplazaron cuatro de los cañones de rayos que los gigantes habían llevado a los Jambles.

Joaz bajó el brazo. Un cañón retumbó; el metal se astilló, se fundió; la atmósfera se llenó de acres olores. El agujero todavía resultaba demasiado pequeño.

—¡Otra vez!

Flameó el cañón; la escotilla interna desapareció.

Por la abertura salieron los artilleros, disparando sus pistolas energéticas. En las filas de Banbeck se abrió una franja de fuego púrpura. Los hombres se doblaron, cayeron con las manos crispadas y los rostros contorsionados. Antes de que el cañón pudiese responder, unas masas de escamas rojizas avanzaron: los dragones. Silbando y rugiendo, cayeron sobre los artilleros y penetraron en la cámara. Se detuvieron frente a la alcoba ocupada por los básicos, estaban invadidos por el asombro. Los hombres que había allí guardaron silencio. Incluso Carcolo contemplaba la escena con fascinación.

Los básicos contemplaban a aquellos seres de su mismo linaje, y tanto unos como otros vieron en los contrarios su propia caricatura. Los dragones avanzaron con siniestra parsimonia. Los básicos agitaron sus brazuelos, silbaron, chillaron. Los dragones entraron en la alcoba.

Se alzó un horroroso estruendo de golpes y gritos. Joaz, sintiendo repugnancia a un nivel elemental, se vio obligado a desviar la vista. La lucha acabó muy pronto.

En la alcoba se hizo el silencio. Joaz se volvió a mirar a Ervis Carcolo, que le miró a su vez, inmovilizado por la cólera, la humillación, el dolor y el miedo.

Por último, Carcolo recuperó el habla y tras hacer un torpe gesto de amenaza y cólera, rezongó:

—Lárgate de aquí. Esta nave es mía. ¡Si no quieres morir a mis manos, déjame lo que he conquistado!

Joaz rió despectivamente y dio la espalda a Carcolo, que contuvo el aliento y, profiriendo una maldición, se lanzó hacia adelante. Bast Giwen le sujetó y le hizo

retroceder. Carcolo se debatía. Giwen le habló al oído con vehemencia, y Carcolo por fin, medio gimiendo, se tranquilizó.

Entretanto, Joaz examinó la cámara. Las paredes eran pálidas, grises; el suelo estaba cubierto por una espuma oscura. No se veía ningún foco de luz, pero la luz parecía brotar de todas partes, como si se desprendiese de las paredes. El aire despertaba un hormigueo en la piel y tenía un olor desagradablemente acre: un olor que Joaz no había advertido hasta entonces. Tosió. Notó un zumbido en los tímpanos.

La aterradora sospecha se convirtió en certeza. Pesadamente se lanzó hacia la escotilla, haciendo señas a sus tropas.

—¡Salid, nos envenenan!

Salió a la rampa tambaleándose y aspiró una bocanada de aire fresco. Le siguieron sus hombres y los dragones, y luego, en una tambaleante riada, Ervis Carcolo y sus hombres. El grupo se detuvo bajo el casco de la gran nave, jadeando y saltando con las piernas rígidas y los ojos turbios y lacrimosos.

Sobre ellos, indiferentes a su presencia o sin advertirla, los cañones de la nave lanzaron otra andanada. El picacho que albergaba los aposentos de Joaz vaciló y se derrumbó. Los Jambles no eran ya más que una masa de fragmentos de rocas amontonadas bajo una gran abertura. Dentro de la abertura, Joaz divisó una forma oscura, un brillo, un resplandor, una estructura... Luego, un horrible sonido que retumbó a su espalda le distrajo. Una nueva unidad de tropas pesadas había salido de una escotilla del otro extremo de la nave. Esta nueva unidad la componían tres nuevos escuadrones de veinte hombres cada uno, e iban acompañados de una docena de artilleros, con cuatro proyectiles móviles.

Descorazonado, Joaz retrocedió.

Contempló sus propias tropas. No estaban en condiciones de atacar ni de defenderse. Sólo quedaba una alternativa: la retirada.

—Retirémonos por la Cañada de Clybourne —dijo ásperamente.

A tumbos, totalmente agotados, los restos de los dos ejércitos huyeron por la parte delantera de la gran nave negra. Tras ellos avanzaban con paso acelerado las tropas pesadas, pero sin llegar a darles alcance.

Rodeando la nave, Joaz se detuvo. En la boca de la Cañada de Clybourne esperaba un cuarto escuadrón de tropas pesadas, con otro artillero.

Joaz miró a derecha e izquierda, arriba y abajo del valle. ¿Hacia dónde huir, a dónde dirigirse? ¿A los Jambles? Ya no existían. De pronto, algo que se movía, lenta y poderosamente, en la abertura que antes ocultaba las rocas llamó su atención. Un objeto oscuro avanzó hacia el exterior. Joaz vio cómo se corría un paramento y resplandecía un brillante disco. Casi instantáneamente, una radiación de color azul lechoso brotó de él y penetró por el disco terminal de la nave de los básicos.

Dentro de la nave se oyó un estruendo de torturadora maquinaria que superó la escala por arriba y por abajo, hasta la inaudibilidad por ambos extremos. El brillo de los discos terminales se apagó. Se hicieron grises, opacos; el rumor de motores y vida

que antes se desprendía de la nave dio paso a una calma letal. La nave estaba muerta, y su masa, sin ningún apoyo ya, se desmoronó.

Los soldados de las tropas pesadas, consternados contemplaron la nave que les había transportado hasta Aerlith. Joaz, aprovechándose de su indecisión, gritó:

—¡Retirada! ¡Hacia el norte del valle!

Las tropas pesadas obedecieron con docilidad. Los artilleros, sin embargo, les dieron orden de detenerse. Montaron sus armas apuntando hacia la caverna que había tras los Jambles. Dentro de la abertura, con fantástica rapidez, se movían formas desnudas. Hubo un lento cambio de voluminosa maquinaria, una alteración de luces y sombras, y el haz de radiación azul-lechoso brotó de nuevo.

Los artilleros con sus armas y dos tercios de las tropas pesadas se desvanecieron como polillas en un horno. Las tropas pesadas supervivientes se detuvieron, retrocediendo vacilantes hacia la nave.

En la desembocadura de la Cañada de Clybourne esperaba el otro escuadrón de tropas pesadas. El artillero estaba tendido sobre su artefacto de tres ruedas.

Hizo sus ajustes con nefasta precisión. En el interior de la abertura negra, los desnudos sacerdotes trabajaban furiosamente, y la tensión de sus músculos, sus corazones y sus mentes se transmitía a todos los hombres del valle. La radiación de luz azul-lechosa brotó de nuevo, pero con demasiada precipitación: deshizo la roca que había a unos cien metros al sur de la Cañada de Clybourne, y del artefacto de los artilleros brotó un haz de llamas verdes y anaranjadas. Segundos después, la boca de la caverna de los sacerdotes explotó en una violenta erupción. Saltaron por el aire rocas, cuerpos, fragmentos de metal, cristal y goma.

El sonido de la explosión fue tal que retumbó en todo el valle. El objeto oscuro de la caverna estaba destruido, no era más que esquirlas y fragmentos de metal.

Joaz resopló profundamente, expulsando el resto del gas venenoso a base de pura fuerza de voluntad. Hizo una seña a sus asesinos.

—¡A la carga! ¡Matad!

Los asesinos cargaron.

Las tropas pesadas se echaron al suelo, apuntando con sus armas, pero pronto perecieron. En la boca de la Cañada de Clybourne, el último escuadrón se lanzó a un ataque desesperado, siendo atacado al instante por dragones y horrores azules que se habían deslizado a lo largo de la pared rocosa. Un asesino degolló al artillero. No había ya resistencia alguna en el valle, y la nave quedaba indefensa ante cualquier posible ataque.

Joaz fue el primero en subir por la rampa, cruzó la entrada y entró en la cámara que ahora estaba en penumbra. El cañón capturado a los gigantes estaba donde sus hombres lo habían dejado.

Las puertas de los tres accesos a la cámara fueron rápidamente derrumbadas. El primer acceso daba a una rampa en espiral. El segundo a un gran salón vacío en el que se alineaban literas. El tercero a otro salón similar en el que las literas estaban

ocupadas. Desde ellas les miraron pálidos rostros, y pálidas manos les hicieron señas. Recoman el pasillo central corpulentas matronas de grises batas. Ervis Carcolo se lanzó hacia adelante, golpeando a las matronas y atisbando en las literas.

—Fuera —gritaba—. Estáis rescatados, estáis salvados. Salid rápidamente, mientras tengáis oportunidad de hacerlo.

Pero sólo tuvieron que vencer la escasa resistencia de media docena de artilleros y de rastreadores, y ninguna de los veinte mecánicos (unos hombres bajos y delgados de rasgos agudos y pelo oscuro) ni de los dieciséis básicos restantes.

Todos ellos salieron de la nave como prisioneros.

XIII

En el valle se hizo la calma, el silencio del agotamiento.

En los pisoteados campos descansaban hombres y dragones. Los cautivos permanecían abatidos y amontonados junto a la nave. De vez en cuando, se oía un ruido aislado que parecía subrayar aún más el silencio imperante. El crujir del metal al enfriarse, la caída de una roca suelta de las usuradas escarpaduras, el murmullo ocasional de los habitantes liberados de Valle Feliz, que se sentaban en un grupo aparte de los guerreros supervivientes, éstos eran los únicos ruidos.

Sólo Ervis Carcolo parecía inquieto. Durante un tiempo estuvo dando la espalda a Joaz, y golpeándose el muslo con las borlas de la vaina de su espada. Contemplaba el cielo donde Skene, un deslumbrante punto, colgaba próximo a los picachos del oeste, luego se volvió, contempló la destrozada pared rocosa del norte del valle, a cuyo pie estaban los retorcidos restos de la máquina de los sacerdotes. Se dio un golpe final en el muslo, miró a Joaz Banbeck, se volvió y se puso a caminar entre los grupos de supervivientes de Valle Feliz, haciendo bruscos ademanes sin ningún significado particular, deteniéndose aquí y allá para dirigir arengas o adulaciones, aparentemente con el propósito de inspirar ánimos y decisión a su derrotado pueblo.

Fracasó en este intento. Por fin, dio la vuelta con brusquedad y se dirigió adonde yacía tendido Joaz Banbeck.

Carcolo le miró desde arriba.

—Bueno —dijo engoladamente—. Se acabó la batalla. La nave está ganada.

Joaz se incorporó apoyándose en un codo.

—Cierto.

—No quiero que haya ninguna mala interpretación respecto a un punto —dijo Carcolo—. La nave y su contenido me pertenecen. Según una antigua regla, tiene derecho a ello el primero que ataca. Y en esa regla me baso.

Joaz le miró sorprendido, y casi divertido.

—Por una regla aún más vieja, yo he tomado ya posesión de ella.

—No estoy de acuerdo con eso —dijo Carcolo acaloradamente—. Quien...

Joaz alzó una mano con gesto cansino.

—¡Cállate, Carcolo! Si todavía sigues con vida es porque estoy harto de sangre y de violencia. ¡No pongas a prueba mi paciencia!

Carcolo se volvió, retorciendo con furia contenida la borla de la funda de su espada. Miró hacia el valle y luego miró de nuevo a Joaz.

—Ahí vienen los sacerdotes, que fueron los que realmente destruyeron la nave. Te recuerdo mi propuesta, con la que podríamos haber impedido esta destrucción y esta carnicería.

—Me hiciste esa propuesta hace sólo dos días —dijo Joaz sonriendo—. Además, los sacerdotes no tienen armas.

Carcolo miró a Joaz como si éste hubiese perdido el juicio.

—Entonces, ¿cómo destruyeron la nave?

—Al respecto, sólo puedo hacer conjeturas —dijo Joaz, encogiéndose de hombros.

—¿Y a qué te llevan esas conjeturas? —preguntó Carcolo sarcásticamente.

—Pienso que quizás hayan construido la estructura de una nave espacial. Y que quizás hayan enfocado el rayo de propulsión contra la nave de los básicos...

Carcolo frunció los labios en un gesto de duda.

—¿Y por qué iban a construir los sacerdotes una nave espacial?

—Se acerca el Demie. ¿Por qué no le haces a él esa pregunta?

—Desde luego que se la haré —dijo Carcolo con dignidad. Pero el Demie, seguido por cuatro sacerdotes más jóvenes y caminando con aire de un hombre en un sueño, pasó ante ellos sin hablar.

Joaz se puso de rodillas y le observó. Al parecer el Demie pretendía subir la rampa y entrar en la nave. Joaz se levantó de un salto y le siguió, impidiéndole el acceso a la rampa.

—¿Qué buscas, Demie? —pregunto cortésmente.

—Quiero subir a la nave.

—¿Con qué fin? Lo pregunto por pura curiosidad.

El Demie le miró durante unos instantes sin responder. Su cara estaba tensa y macilenta. Sus ojos relucían como estrellas de hielo. Al fin, habló con una voz quebrada por la emoción:

—Quiero comprobar si la nave puede repararse. Joaz caviló un momento y luego respondió con tono cortés y mesurado:

—Esa información no puede ser de gran interés para ti. ¿Pensáis los sacerdotes ponerlos a mis órdenes?

—Nosotros no obedecemos a nadie.

—En ese caso, difícilmente os llevaré conmigo cuando me vaya.

El Demie se hizo a un lado y, por un instante, pareció como si fuese a marcharse. Sus ojos se posaron en la destrozada abertura del fondo del valle, y luego se volvió a Joaz.

Habló, no con el tono mesurado de un sacerdote sino en un estallido de cólera y pesar.

—¡Ésta es tu hazaña! Dispusiste bien las cosas, debes considerarte muy listo. ¡Nos obligaste a actuar, y con ello violamos nuestros propios principios y nuestra promesa!

Joaz asintió con una tenue y hosca sonrisa.

—Sabía que la abertura tenía que estar situada detrás de los Jambles. Me preguntaba se estarías construyendo una nave espacial; esperaba que pudieseis protegeros contra los básicos, y ayudarme así en mis objetivos. Admito que tienes razón, os utilicé a vosotros y a vuestra máquina como un arma, para salvarme yo y salvar a mi pueblo. ¿Hice mal?

—¿Quién puede medir el bien y el mal? ¡Has echado a perder todos los esfuerzos que hemos realizado durante más de ochocientos años de Aerlith! ¡Destruiste más de lo que nunca podrías reemplazar!

—Yo no destruí nada, Demie. Fueron los básicos los que destruyeron vuestra nave. Si hubieseis cooperado con nosotros en la defensa de Valle Banbeck, nunca se habría producido semejante desastre. Preferisteis la neutralidad. Os creíais inmunes a nuestro dolor y nuestra desgracia. Como ves, no es así.

—Y, mientras tanto, nuestro trabajo de ochocientos doce años ha quedado reducido a la nada —dijo el Demie.

Joaz preguntó con fingida inocencia:

—¿Para qué necesitabais una nave espacial? ¿Adónde pensabais ir?

Los ojos del Demie despedían llamas tan intensas como las de Skene.

—Cuando la raza de los hombres haya muerto, entonces, nosotros nos iremos. Viajaremos por la galaxia. Repoblaremos los terribles mundos antiguos y, a partir de entonces, se iniciará la nueva historia universal. El pasado quedará borrado por completo, como si nunca hubiese existido. ¿Qué nos importa a nosotros que los grefs os destruyan? Nosotros esperamos tan sólo que muera el último hombre del universo.

—¿No os consideráis hombres?

—Nosotros estamos, como tú sabes, por encima de los hombres.

Alguien rió groseramente por encima del hombro de Joaz. Joaz volvió la cabeza y vio a Ervis Carcolo.

—¿Por encima de los hombres? —se burló Carcolo—. ¡Miserables sabandijas desnudas de las cuevas! ¿Qué podéis alegar vosotros para probar vuestra superioridad?

El Demie abrió la boca, las líneas de su cara se hicieron más acusadas.

—Nosotros tenemos nuestros *tands*, tenemos nuestro conocimiento, tenemos nuestra fuerza.

Carcolo lanzó otra grosera carcajada.

—Siento más piedad por vosotros que la que vosotros hayáis sentido nunca por nosotros.

—¿Y dónde aprendisteis vosotros a construir una nave espacial? —dijo Carcolo, atacando de nuevo—. ¿Por vuestro propio esfuerzo? ¿O por el trabajo de hombres de otras épocas anteriores a la vuestra?

—Nosotros somos los hombres definitivos —dijo el Demie—. Nosotros conocemos todo lo que puedan haber pensado, dicho o ideado los hombres. Nosotros somos los últimos y los primeros. Y cuando los subhombres hayan desaparecido, renovaremos el cosmos, para que vuelva a ser fresco e inocente.

—Pero los hombres nunca han desaparecido y nunca desaparecerán —dijo Joaz—. Puede producirse un retroceso, sí, pero ¿no es grande el universo? Hay mundos de los hombres en alguna parte. Con la ayuda de los básicos y de sus mecánicos repararé la nave y saldré a buscar esos mundos.

—Pues buscarás en vano —dijo el Demie.

—¿No existen esos mundos?

—El Imperio Humano desapareció. Tan sólo existen pequeños y débiles grupos aislados de hombres.

—¿Y el Edén, el viejo Edén?

—Un mito, nada más que un mito.

—Y mi globo de mármol, ¿qué me dices de eso?

—Un juguete. Un invento de la imaginación.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Joaz, turbado.

—¿No he dicho que nosotros conocemos toda la historia? Podemos mirar en nuestros *tands* y ver en las profundidades del pasado, hasta que los recuerdos son nebulosos e imprecisos, y nunca pudimos ver el planeta Edén.

Joaz meneó la cabeza tercamente.

—Tiene que haber un mundo primero del que llegaron los hombres. Llámese Tierra o Tempe o Edén, existe en algún lugar.

El Demie empezó a hablar, luego, en una rara muestra de vacilación, contuvo su lengua.

—Quizá tengas razón —dijo Joaz—. Quizá seamos los últimos hombres, pero debo salir a comprobarlo.

—Yo debo ir contigo —dijo Ervis Carcolo.

—Puedes considerarte afortunado si mañana sigues con vida —dijo Joaz.

Carcolo se irguió enfurecido.

—¡No menosprecies tan a la ligera mis reclamaciones sobre la nave!

Joaz se esforzó por encontrar palabras, pero no pudo hallar ninguna. ¿Qué hacer con el ingobernable Carcolo? No podía encontrar en su interior la suficiente dureza y resolución para hacer lo que sabía que era necesario hacer. Contemporizó, volvió la espalda a Carcolo.

—Ahora ya conoces mis planes —le dijo al Demie—. Si no interfieres en mis asuntos, yo me mantendré ajeno a los tuyos. El Demie retrocedió lentamente.

—Está bien. Somos una raza pasiva. Sentimos desprecio por nosotros mismos por nuestro comportamiento de hoy. Quizá fue nuestro mayor error... Pero vete, busca tu mundo perdido. En algún sitio de entre las estrellas perecerás. Nosotros esperaremos como hemos esperado.

Dio la vuelta y se alejó seguido por los cuatro sacerdotes más jóvenes, que habían permanecido todo el tiempo serios y graves a su lado.

Sin embargo, Joaz le dijo:

—¿Y si vuelven los básicos? ¿Lucharéis con nosotros? ¿O contra nosotros?

El Demie no contestó. Siguió caminando hacia el norte, la larga cabellera blanca balanceándose sobre los finos omoplatos.

Joaz le contempló un instante, miró luego el destrozado valle, meneó la cabeza con asombro y desconcierto y se volvió a estudiar la gran nave negra.

Skene rozó los picachos del oeste. Durante un instante la luz se oscureció, se sintió un escalofrío. Carcolo se aproximó a él.

—Esta noche tendré que quedarme con mi gente aquí en Valle Banbeck. Les enviaré a casa mañana. Mientras, te propongo que subas a la nave conmigo para hacer una revisión preliminar.

Joaz lanzó un suspiro. ¿Por qué tendría que resultarle tan difícil? Carcolo había intentado matarle dos veces y, si las posiciones se invirtieran, no habría mostrado la menor compasión por él. Se obligó a sí mismo a actuar. Era su deber para consigo, para con su pueblo y para su gran empresa, no había duda.

Llamó a aquellos de sus caballeros que llevaban las pistolas caloríficas capturadas. Se aproximaron.

—Llevad a Carcolo a la Cañada de Clybourne —dijo Joaz—. Ejecutadle inmediatamente.

Gritando y protestando, Carcolo fue arrastrado hasta la cañada. Joaz volvió la vista acongojado, y buscó a Bast Giwen.

—Te considero un hombre sensato.

—Por tal me tengo.

—Te pongo al cargo de Valle Feliz. Llévate a casa a tu gente, antes de que oscurezca.

Bast Giwen se dirigió adonde estaban los suyos. Éstos se agruparon y salieron de Valle Banbeck.

Joaz cruzó el valle hasta el montón de escombros que cubrían el Camino de Kergan. Al contemplar toda aquella destrucción sentía una gran furia y, por un instante, llegó a vacilar sobre su resolución. ¿No sería mejor dirigirse con la nave a Coralina y vengarse de los básicos? Rodeó los escombros hasta llegar bajo el picacho donde habían estado sus aposentos, y por extraño azar, encontró un fragmento redondeado de mármol amarillo.

Sopesándolo en su palma alzó la vista hacia el cielo, donde Coralina relumbraba ya con tonos rojizos, e intentó poner en orden sus pensamientos.

La gente de Banbeck había salido de los profundos túneles. Phade, la juglaresa, vino a buscarle.

—¡Qué terrible día! —murmuró—. ¡Qué terribles acontecimientos! ¡Y qué gran victoria!

Joaz tiró el trozo de mármol amarillo otra vez entre los escombros.

—Pienso igual —dijo—. ¡Pero soy el que menos sabe en qué acabará todo esto!

1964 - 22ª Convención San Francisco (Oakland)

No hay tregua con los reyes

Poul Anderson

Poul Anderson es de origen danés, y, como dice una vieja canción de South Pacific, «No hay nada como un danés». Poul conoce la mitología nórdica y teutónica igual que yo la griega (y, aunque parezca extraño, no soy griego).

Pero no es de eso de lo que quiero hablar.

Los escritores de ciencia ficción nos preocupamos tanto del mundo actual como del futuro, y tenemos nuestras propias discrepancias respecto a los grandes problemas que sufre el público en general. Consideremos la guerra del Vietnam, por ejemplo.

El tema de Vietnam ha dividido el microcosmos del escritor de ciencia ficción, lo mismo que al resto de la nación norteamericana. Yo, por ejemplo, soy liberal, y, respecto a Vietnam, una paloma. Siempre lo he sido. Actualmente, prácticamente todo el mundo piensa que enzarzarse en una guerra en suelo asiático fue un error, pero yo o pensaba eso cuando empezábamos a enzarzarnos en ella, y así lo dije en voz alta.

Y, cuando hace un par de años, en una conversación con escritores de ciencia ficción se presentó un manifiesto en el que se pedía la inmediata retirada de Vietnam, lo firmé sin vacilar. Esta declaración, firmada por una serie de personalidades de la ciencia ficción, se publicó en una revista del género.

Lógicamente, también hay entre nosotros conservadores, y entre ellos destaca Poul Anderson. Cuando se enteró del manifiesto de las palomas, colaboró en la redacción de un manifiesto halcón, cuyos signatarios instaban al gobierno a que no retirase las tropas de Vietnam hasta que lograra sus objetivos. También esta declaración se publicó.

Hubo quién temió, y así lo dijo, que aquello podría crear tormentas y divisiones entre los escritores de ciencia ficción y disolver nuestra camaradería en una agria polémica. Lo cierto es que si estos dos manifiestos han provocado esto, yo no me he dado cuenta. Nuestra mutua identificación como colegas persiste por encima y más allá de estas divergencias.

En concreto, Poul sabe que yo soy un «sucio rojo» y yo sé que él es un «carca» (no es que ninguno de los dos hayamos usado tales términos nunca); pero de todos

modos nos apreciamos y nuestras relaciones en estos dos últimos años no se han alterado en absoluto.

También he de decir que la discrepancia sin rencor y el iniciar una discusión racional sin desintegración emocional es una virtud que no debería limitarse al mundo de la ciencia ficción. Sería magnífico que todo el mundo pudiese ufanarse de poseerla también.

—¡Canta, Charlie! ¡Canta!

—¡Ánimo, Charlie!

Todos estaban borrachos, y la bulla que metían no hacía distinciones entre los principales bisoños del fondo de la mesa y los veteranos que estaban junto al coronel. Las alfombras y colgaduras no podían amortiguar la algarabía, los gritos, los tacones y los puñetazos sobre la mesa de roble y el chocar de las copas alzadas, que reverberaban de una pared de piedra a otra. En lo alto como si se incorporasen al caos, se agitaban las banderas de los regimientos, colgadas entre las sombras que ocultaban las vigas. Abajo, la luz de los candelabros y el crepitante fuego de la chimenea parpadeaban sobre armas y trofeos.

En el Alto del Eco el otoño llega pronto, fuera se había desatado la tormenta, aullaba el viento más allá de las atalayas y azotaba la lluvia en los patios. Todo esto se encargaba de poner música de fondo a la algarabía, en un rumor que recorría los edificios y penetraba por los pasillos. Era como si fuese cierta aquella historia según la cual los muertos de la unidad salían del cementerio todos los años la noche del 19 de septiembre, e intentaban unirse a la fiesta, pero habían olvidado cómo hacerlo. Nadie se dejaba inquietar por eso, ni allí ni en los barracones, salvo, quizás, el hechicero jefe. La fama de la tercera división, los Catamontanos, era de ser la más escandalosa del ejército de los Estados Pacíficos de América, y, de su regimiento, los Cantos Rodados, del Fuerte Nakamura, eran los hombres más alborotadores.

—¡Vamos, muchacho! Empieza. Tú tienes lo más parecido a una buena voz que hay en esta maldita sierra —dijo el coronel MacKenzie.

Aflojándose el cuello de su capote negro, se echó hacia atrás, espatarrándose en su silla, la pipa en una mano y el vaso de *whisky* en la otra. Era un hombre fornido, ojos azules hundidos entre arrugas en una cara atezada, con el pelo a cepillo en el que empezaban a aparecer las primeras canas, pero el bigote aún era arrogantemente peligroso.

—Charlie es mi favorito, mi favorito, mi favorito —cantó el capitán Hulse.

Se detuvo cuando el ruido se atenuó un poco. El joven teniente Amadeo se levantó, soltó una risilla y entonó una canción que todos conocían bien.

«Yo soy un catamontano,
y un paso fronterizo guardo,
y cada vez que fuera me aventuro
el frío me congela el c...»

—Coronel, señor, le pido perdón.

MacKenzie se giró y miró la cara del sargento Irwin. La expresión de aquel hombre le sorprendió.

—¿Sí?

»Un gran héroe, yo soy, un veterano condecorado:

¡La orden de la Flecha Púrpura, con racimos de pinas!»

—Acaba de llegar un mensaje, señor. El mayor Speyer quiere verle inmediatamente.

Speyer, al que no le gustaba emborracharse, se había ofrecido voluntario para quedarse de guardia aquella noche; de no ser así, los hombres hubiesen echado a suertes la guardia, como hacían siempre en los días de fiesta.

MacKenzie, al recordarlas últimas noticias recibidas de San Francisco, sintió un escalofrío.

Sin darse cuenta de que el coronel sacudía su pipa y se levantaba, el coro siguió.

«¡Aúllan los cañones! ¡Aúllan como borrachos!
Los cohetes silban, y las flechas zumban.
Entre andana y andana, apenas queda espacio.
¡Sácame de aquí y devuélveme al viejo y suave seno!
(¡Sí, sí, Tralará la!)»

Todos los catamontanos de pro estaban convencidos de que podían actuar mucho mejor estando borrachos, con el alcohol zumbándoles en los tímpanos, que sobrios.

MacKenzie ignoró el cosquilleo de sus venas; lo olvidó. Caminó en línea recta, hasta la puerta donde, con un gesto automático, sin detenerse, tomó del armero su arma. La canción le siguió mientras recorría el vestíbulo.

«De fantasía, no andan escasos nuestros ranchos.
Muerdes un bocadillo y su respuesta es un mordisco.
El café se hace del más fino estiércol de Sacramento.
Sin embargo, la salsa de tomate es buena en el combate para simular sangre.
(¡Coro!)
¡Retumban los tambores! ¡Turrututum!
Suenan los clarines como las trompetas de San Gabriel.»

Los candelabros del corredor estaban bastante separados unos de otros. En una grotesca oscuridad, retratos de antiguos comandantes observaban al sargento y al coronel con ojos ocultos. Allí las pisadas retumbaban con demasiado estrépito.

«Me han dado un flechazo en el culo.
Media vuelta y marcha atrás, héroe,
a toda prisa.
(¡Tralará, tralará!)»

MacKenzie, tras pasar por entre dos piezas móviles de artillería que flanqueaban una escalinata (capturadas en Rock Spring durante la guerra de Wyoming, una

generación atrás), subió las escaleras. En aquel fuerte, la distancia entre un sitio y otro era más de la que le gustaba a sus piernas, dada su edad. Pero el fuerte era viejo, se había ido construyendo poco a poco a lo largo de varias décadas. Tenía que ser muy grande, estaba excavado en el granito de la sierra y su posición era clave para la nación. Más de un ejército se había estrellado contra sus muros. Antes de la pacificación de las marchas de Nevada, más jóvenes de los que a MacKenzie le gustaba pensar habían salido de aquel lugar para morir frente a coléricos extranjeros.

Pero nunca ha sido atacado desde el Oeste. Dios mío, o lo que seas, evítanos eso, ¿quieres?

A aquella hora, la oficina de mando estaba vacía. La habitación donde tenía su escritorio el sargento Irwin estaba silenciosa: no había ayudantes garrapateando con sus plumas, ni mensajeros entrando y saliendo, ni mujeres poniendo una nota de color con sus vestidos mientras entraban para plantear al coronel algún problema del pueblo. Pero cuando abrió la puerta de la habitación interior, MacKenzie oyó el sonido del viento azotando la esquina del muro. La lluvia golpeaba el oscuro ventanal y descendía en arroyos que los candelabros oscurecían.

—Aquí está el coronel, señor —dijo Irwin con voz quebrada. Tragó saliva y cerró la puerta tras MacKenzie.

Speyer estaba junto a la mesa del comandante. Era una vieja y desvencijada mesa casi vacía: un tintero, un portacartas, un interfolio y una fotografía de Nora, que se había descolorido en los doce años transcurridos desde su muerte. El mayor era un hombre enjuto y alto, nariz aguilena y coronilla calva. Su uniforme siempre parecía arrugado. Pero era el individuo de más agudo ingenio que había entre los catamontanos, según opinión de MacKenzie; y, ¡Dios mío!, ¿cómo podía haber un hombre capaz de leer tantos libros como Phil? Oficialmente era el ayudante. En la práctica, el asesor principal.

—¿Qué pasa? —preguntó MacKenzie.

El alcohol no parecía haberle atontado, al contrario, le hacía percibir con mayor agudeza las cosas: el olor de los candelabros (¿cuándo dispondrían de un generador de bastante potencia que les permitiese utilizar luces eléctricas?), y el suelo duro y firme bajo sus pies, y la fisura que recorría el muro norte, y aquella estufa que apenas si era capaz de suavizar un poco el frío.

Adoptó un aire informal, metió los pulgares en el cinturón y se balanceó sobre los talones.

—Bueno, Phil, ¿qué pasa ahora?

—Un mensaje de San Francisco —dijo Speyer. Había estado doblando y desdoblado un trozo de papel, que le entregó.

—¿Cómo? ¿Por qué no se comunicaron por radio?

—El telegrama resulta más difícil de interceptar. Está en clave. Le pedí a Irwin que lo descifrara.

—Pero ¿qué tontería es ésta?

—Échale un vistazo, Jimbo, y lo sabrás. Además, es para ti, directo del cuartel general de Estado Mayor.

MacKenzie recorrió los garabatos de Irwin. Primero estaban las habituales formalidades de una orden, luego:

Por la presente, se le notifica que el Senado de los Estados Pacíficos de América ha aprobado una orden de destitución de Owen Brodsky, antiguo Juez de los Estados Pacíficos de América, por la que se le priva de su cargo. Desde las veinte horas del día de hoy, según la Ley de Sucesión, el antiguo vicejuez Humprey Fallon es juez de este país. Como la existencia de elementos disidentes constituye una amenaza pública, el Juez Fallon juzgó necesario declarara todo el país sometido a la ley marcial, lo que regirá a partir de las veintiuna horas del día de hoy. Se le dan, en consecuencia, las siguientes órdenes:

1. La noticia anterior debe mantenerse en estricto secreto hasta que se produzca la declaración oficial. Ningún individuo que tenga conocimiento de este mensaje por haber participado en su transmisión o por recibirlo, debe comunicárselo a nadie. Los que violen esta orden y los que reciban información serán sometidos inmediatamente a confinamiento y luego serán juzgados por un tribunal militar.

2. Debe requisar todas las armas y municiones, salvo un diez por ciento de parque, que debe seguir disponible, y poner el arsenal bajo estricta vigilancia.

3. Mantendrá usted a todos los hombres en la zona de Fuerte Nakamura hasta que sea usted relevado. Supuesto lo ocupará el coronel Simón Hollis, que mañana por la mañana saldrá de San Francisco con un batallón. Se prevé que llegue a Fuerte Nakamura en cinco días; debe usted cederle el mando en cuanto llegue. El coronel Hollis le indicará los oficiales y soldados que han de ser sustituidos por miembros de su batallón, que quedará integrado en el regimiento. Debe usted volver con esos hombres a San Francisco y presentarse al general brigadier Mendoza, en Nuevo Fuerte Baker. Para evitar provocaciones, estos hombres serán desarmados, dejándoseles tan sólo sus armas blancas de oficiales.

4. Para su particular información, le comunico que el capitán Thomas Daniel ha sido nombrado primer ayudante del coronel Hollis.

5. Se le recuerda una vez más que los Estados Pacíficos de América se hallan bajo la ley marcial por tratarse de un caso de emergencia nacional. Se exige una lealtad absoluta al gobierno legal. Cualquier conversación subversiva será severamente castigada. Todo el que dé ayuda o apoyo a la facción Brodsky incurrirá en traición y será castigado como corresponde.

Gerald O'Donnell, General, UPSA, CINC.

Los truenos rugían en los montes como artillería. MacKenzie tardó un rato en moverse, y lo hizo sólo para dejar el papel encima de la mesa. Le resultaba difícil determinar sus sentimientos; sólo podía hacerlo lentamente, saltando sobre aquella

vaciedad que empapaba su piel.

—Se atrevieron —dijo Speyer, con una voz neutra—. Realmente lo hicieron.

—¡Caramba!

MacKenzie alzó los ojos hacia los del mayor, Speyer desvió la mirada. La fijó en sus manos, con las que liaba un cigarrillo. Pero las palabras brotaron de él, ásperas y rápidas:

—Me imagino lo que sucedió. Los halcones de la guerra estaban forzando la destitución desde que Brodsky aceptó un compromiso en la disputa fronteriza con el Canadá Occidental. Y Fallon, claro, tiene sus propias ambiciones. Pero sus partidarios son minoría y él lo sabe. Al ser elegido vicejuez, los halcones se calmaron un poco, pero nunca hubiese conseguido ser juez por el camino normal. Además, no hay que olvidar que más del cincuenta por ciento del Senado lo componen sobrios y satisfechos jefes que no ven con buenos ojos que los Estados Pacíficos de América tengan la misión divina de reunificar el continente. No entiendo cómo ha podido aprobarse esta destitución en un senado legalmente reunido. Lo más natural sería que hubiesen votado contra Fallon.

—Pero no hay duda que el Senado se ha reunido, de que se convocó una sesión especial —dijo MacKenzie; tal como le sonaban las palabras, tenía la sensación de que era otro quien hablaba—. Lo dijeron en el informativo.

—Desde luego. Para ayer se había convocado una sesión que había de «discutir la ratificación del tratado con el Canadá Occidental». Pero los jefes están repartidos por todo el país, cada uno en su propia Estación. Tienen que *llegar* a San Francisco. Puede haber ausencias... Por ejemplo, si un puente del tendido ferroviario de Boise fuese volado, alrededor de una docena de los más firmes partidarios de Brodsky, no llegarían a tiempo... Así que el Senado puede tener quórum, pero pueden haber muchos más partidarios de Fallon y, aun así, quedar en clara mayoría los halcones. Además la convocatoria era para un día de fiesta, cuando los ciudadanos están más atentos. ¡Rápido, una destitución y un nuevo Juez!

Speyer terminó de liar su cigarrillo y se lo puso en los labios mientras buscaba una cerilla. Un músculo se agitó en su quijada.

—¿Estás seguro? —murmuró MacKenzie.

De un modo algo confuso aquel momento se parecía a aquel otro en que fue de visita a la ciudad Puget y le invitaron a una travesía en el yate del Guardián, y se vieron rodeados por la niebla. Todo parecía frío y ciego, y daba la sensación de que no podías agarrar nada entre las manos.

—¡Claro que no estoy seguro! —exclamó Speyer—. Nadie estará seguro hasta que ya sea demasiado tarde. —Agitó la caja de cerillas en su mano—: Bueno, también me he dado cuenta de que han nombrado un nuevo comandante en Jefe.

—Sí. Parece que quieren sustituir lo más antes posible a todos los que no les parecen de fiar, y a De Barros le había nombrado Brodsky. —La cerilla relampagueó con un chirrido infernal. Speyer aspiró hasta que sus mejillas se hundieron—. Tú y yo

incluidos, naturalmente. El regimiento será reducido al armamento mínimo para que a nadie se le ocurra la idea de oponer resistencia cuando llegue un nuevo coronel. Supongo que te habrás dado cuenta de que viene con todo un batallón por si acaso. De no ser así, podría coger un avión y estar aquí mañana.

—¿Por qué no en tren? —preguntó MacKenzie mientras olisqueaba el humo y buscaba su pipa. La cazoleta estaba caliente en el bolsillo de su capote.

—Es probable que tengan que dirigir todos los trenes hacia el norte, para conseguir tropas entre los jefes de allí y así impedir la revuelta. Los valles son bastante seguros, rancheros pacíficos y colonias Esper. Nadie se sublevará, nadie se atreverá a oponerse a los soldados de Fallon que van a cubrir los puestos avanzados de Eco y Donner. —Había un terrible sarcasmo en las palabras de sargento.

—¿Qué haremos?

—Supongo que Fallon ha dado su golpe siguiendo las formalidades legales; supongo que hubo quórum —dijo Speyer—. Nadie se pondrá de acuerdo sobre la constitucionalidad o inconstitucionalidad del hecho... Desde que Irwin lo descifró, no he dejado de leer una y otra vez este maldito mensaje. Se pueden leer muchas cosas entre líneas. Por ejemplo, yo creo que Brodsky está en libertad. Si estuviese detenido lo diñan, y no les preocuparía tanto la rebelión. Puede que sus fuerzas personales consiguiesen protegerle y ponerle a salvo a tiempo. Claro que, si está en libertad, le cazarán como a un conejo.

MacKenzie sacó su pipa pero olvidó que lo había hecho.

—Tom viene con nuestros sustitutos —dijo suavemente.

—Sí. Tu yerno. Fue un detalle inteligente, ¿no te parece? De gran astucia. Una especie de ofrenda por tu buena conducta, pero también una disimulada promesa de que tú y los tuyos nada tendréis que temer si tú cumples las órdenes. Tom es un buen chico, se mantendrá en su sitio.

—Éste no es su regimiento —dijo MacKenzie, e irguió los hombros—. Él quería la guerra contra el Canadá Occidental, desde luego. Es joven y... Durante las escaramuzas murieron muchos ciudadanos de este país, incluidos mujeres y niños.

—Bueno —dijo Speyer—, tú eres el coronel, Jimbo. ¿Qué vamos a hacer?

—¡Oh, Dios mío, no lo sé! Sólo soy un soldado. —La caña de la pipa se quebró entre los dedos de MacKenzie—. Pero nosotros no somos la milicia personal de ningún jefe; nosotros juramos defender la constitución.

—No entiendo por qué el hecho de que Brodsky haya cedido en algunas de nuestras pretensiones sobre Idaho sea motivo para destituirle. Yo creo que tenía razón.

—Bueno...

—El único nombre que se le puede dar a esta maniobra es el de golpe de Estado. Quizá no estés muy al corriente de los acontecimientos actuales, Jimbo, pero sabes tan bien como yo lo que significará que Fallon asuma la judicatura. Inmediatamente, se declarará la guerra contra el Canadá Occidental. Además, Fallon aboga por un

gobierno central fuerte. Encontrará medios de doblegar a las viejas familias de jefes. Muchos de ellos y de sus herederos morirán en el frente; volvemos a David y Unas. A otros les acusarán de conspiración con los partidarios de Brodsky, lo cual no será del todo falso, y los arruinarán a fuerza de sanciones. Se concederán grandes extensiones de tierra a las «comunidades Esper», para que su competencia económica hunda a más fincas. Además, las guerras mantendrán a los jefes fuera de sus tierras durante varios años, con lo cual no podrán supervisar sus asuntos, y así todo se irá al infierno. De ese modo marcharemos hacia la gloriosa meta de la Reunificación.

—Si la Central Esper le apoya, ¿qué podemos hacer? No quiero saber nada de sus armas psicológicas y tampoco puedo pedir a mis hombres que se enfrenten a ellas.

—Sabes que podrías pedirles a tus hombres que se enfrentasen a quien fuera, Jimbo, y lo harían. Los Cantos Rodados llevan cincuenta años a las órdenes de un MacKenzie.

—Sí, y yo pensaba que Tom algún día...

—Bueno, ya hemos hablado bastante. ¿Recuerdas la charla que tuvimos la semana pasada?

—Sí, claro.

—Podría recordarte también que la Constitución se escribió precisamente «para confirmar a las regiones independientes en sus antiguas libertades».

—¡Déjame solo! —gritó MacKenzie—. ¡Te aseguro que no sé lo que he de hacer! ¡Déjame solo!

Speyer guardó silencio, observándole a través de una pantalla de humo. MacKenzie paseó arriba y abajo un rato, las botas golpeando el suelo como los palillos de un tambor. Por último, tiró la pipa rota al otro lado de la habitación y la pipa se astilló.

—Está bien. —Tenía que empujar con fuerza las palabras para que quebrasen la tensión que sentía en su garganta y pudiesen salir al exterior—. Irwin es un buen hombre que sabe tener la boca cerrada. Dile que vaya a cortar la línea telegráfica a unas cuantas millas de aquí, ladera abajo, que lo haga de modo que parezca que ha sido la tormenta. Bien sabe Dios que el tendido se estropea bastante a menudo. Así que, oficialmente, no hemos recibido el mensaje del cuartel de Estado Mayor. Eso nos da unos días para entrar en contacto con el cuartel general de la Comandancia de la Sierra. No lucharé contra el general Cruikshank... Pero estoy bastante seguro de a qué lado se pondría él si hubiese una posibilidad. Mañana prepararemos la acción. No nos costará demasiado trabajo hacer volver grupas al batallón de Hollis, y necesitarán un tiempo para reunir fuerzas suficientes que luchen contra nosotros. Antes de eso, habrán caído ya las primeras nevadas y estaremos aislados durante todo el invierno. Gracias a los esquís y las raquetas podremos mantener el contacto con las otras unidades y organizar algo. Y luego, cuando llegue la primavera, veremos lo que pasa...

—Gracias, Jimbo. —El viento casi ahogó las palabras de Speyer.

—Me gustaría... Creo que es mejor que hable con Laura.

—Sí.

Speyer tocó el hombro de MacKenzie, en los ojos del mayor había lágrimas.

MacKenzie salió con paso marcial, ignorando a Irwin; bajó al vestíbulo, luego por otra escalera que había al fondo de éste, pasó por unas puertas flanqueadas por guardias cuyo saludo devolvió sin apenas darse cuenta, maquinalmente, y se dirigió a su propia sección situada en el ala sur.

Su hija se había acostado ya. Cogió un candelabro del gancho del que colgaba en su pequeño y oscuro gabinete y entró en su habitación. Ella había regresado allí, y su marido estaba en San Francisco.

Por un instante, MacKenzie no pudo recordar claramente por qué había enviado a Tom allí. Se pasó una mano por el rapado pelo, como para sacarse algo de la cabeza... Oh sí, para encargarse de una nueva partida de uniformes; en realidad, para quitarse al muchacho de encima hasta que la crisis política se hubiese pasado. Para su propio bien, Tom era demasiado honesto, admirador de Fallon y del movimiento Esper. Su locuacidad le había llevado a choques con los otros oficiales, que en su mayoría pertenecían a familias de jefes o familias de protegidos. El orden social existente había sido bueno para ellos. Pero Tom Danielis empezó de pescador en un pueblo azotado por el hambre y la pobreza de la costa de Mendocino. En los tiempos libres aprendió las tres R de un Esper local; una vez instruido se unió al ejército y se ganó su puesto a base de puro coraje e ingenio. Jamás había olvidado que los Espers ayudaban a los pobres y que Fallon prometía ayudar a los Espers. Además, guerra, gloria, reivindicación, democracia federal, éstos eran grandes sueños cuando se es joven.

Desde que ella la dejase el año anterior para casarse, la habitación de Laura había cambiado poco. Entonces sólo tenía diecisiete años. Aún quedaban objetos que habían pertenecido a una personilla de trenzas y blusa almidonada: un oso de felpa gastado de tanto achucharlo, una casa de muñecas que le había hecho su padre, un retrato de su madre hecho por un cabo que había tropezado con una bala en Lago Salado. ¡Oh, Dios mío, cada vez se parecía más a su madre!

Bajo la luz, el pelo oscuro extendido sobre la almohada se volvía oro. MacKenzie la movió suavemente, lo más suavemente que pudo. Ella se despertó al instante, y en ella él vio el terror.

—¡Papá! ¿Algo sobre Tom?

—Está bien.

MacKenzie dejó el candelabro en el suelo y se sentó al borde de la cama. Cuando tomó su mano, los dedos de Laura estaban fríos.

—No, no es verdad —dijo ella—. Te conozco muy bien.

—Aún no le ha pasado nada. Y espero que nada le pase.

MacKenzie cruzó los brazos. Ella era la hija de un soldado así que, en pocas palabras, tuvo que decirle la verdad; pero no fue lo bastante fuerte como para mirarla

mientras lo hacía. Cuando hubo terminado, se sentó, oyendo el murmullo monótono de la lluvia.

—Vas a sublevarte —murmuró ella.

—Voy a consultar con el Alto Mando de la Sierra y seguiré las órdenes de mis superiores —dijo MacKenzie.

—Tú sabes cuáles serán las órdenes en cuanto él sepa que tú le respaldas.

MacKenzie se encogió de hombros. Le empezaba a doler la cabeza. ¿Sería la resaca? Para poder dormir aquella noche aún necesitaría beber mucho. No, no podría dormir... Sí, tendría que dormir. Mañana formaría al regimiento en el patio y les hablaría desde el cañón de Black Hepzibah, como los MacKenzie de los Cantos Rodados hablaban siempre a sus hombres y...

Se sintió ridículo recordando un día en que él, Nora y aquella chica que tenía ante sí habían ido a remar a Lago Tahoe. El agua tenía el color de los ojos de Nora, era verde y azul, y la luz del sol flameaba sobre su superficie, pero estaba tan clara que podían verse las piedras del fondo; y parecía como si las propias profundidades de Laura brotasen ante él mientras ella arrastraba las manos en el agua, a popa. Su hija se quedó sentada pensando un rato antes de decir:

—Supongo que de nada servirá que intente convencerte.

Él negó con la cabeza.

—Bueno, entonces ¿puedo salir mañana temprano?

—Sí. Dispondré un coche.

—Olvídate de eso. Monto mejor que tú.

—Está bien. Pero te escoltarán un par de hombres. Quizá puedas convencer a Tom...

—No. No puedo. Por favor, papá, no me lo pidas.

Entonces le dio el último regalo que pudo:

—No me gustaría que te quedases, no estarías cumpliendo con tu deber. Dile a Tom que aún sigo considerándole el hombre más adecuado para ti. Buenas noches, patito.

Las palabras le habían salido demasiado deprisa y no podía dar marcha atrás. Cuando ella empezó a llorar, retiró aquellos brazos de su cuello y salió de la habitación.

—¡Pero yo no pensaba que hubiese una matanza así!

—Tal y como estaban las cosas, yo tampoco. Antes de que se logre el objetivo inmediato, me temo que todavía habrá más.

—Tú me dijiste...

—Te dije, te hablé de nuestras esperanzas, Mwyr. Sabes tan bien como yo que la Gran Ciencia sólo es exacta a la escala más amplia de la historia. Los acontecimientos individuales están sometidos a fluctuación estadística.

—¿No te parece que es un modo muy fácil de describir a seres sensibles que

agonizan en el barro...?

—Tú eres nuevo aquí. Una cosa es la teoría y otra los ajustes que imponen las necesidades prácticas. ¿Crees que no me duele ver que sucede lo que yo mismo he ayudado a planear...?

—Oh, lo sé, lo sé. Pero eso no me hace más fácil vivir con mi culpa.

—Vivir con tus responsabilidades, querrás decir.

—Ésa es tu expresión.

—No, no se trata de una artimaña semántica. La distinción es real. Tú has leído informes y visto películas, pero yo vine aquí con la primera expedición. Y llevo aquí más de dos siglos. Para mí su agonía no es ninguna abstracción.

—Cuando las descubrimos, todo era muy distinto. Las secuelas de sus guerras nucleares estaban aún horriblemente presentes... Era cuando ellos nos necesitaban, los pobres anarquistas hambrientos. Y nosotros, nosotros no hicimos nada más que observar.

—Eso es pura histeria. ¿Acaso nosotros podríamos intervenir a ciegas, sin saber nada de ellos, y pretender ser algo más que un simple elemento alterador? Un elemento cuyos efectos no habríamos podido predecir. Habría sido realmente un crimen, como un cirujano que iniciase una operación nada más ver al paciente, sin saber nada de su historia clínica y sin hacerle pruebas. Teníamos que dejarles seguir su propio camino mientras les estudiábamos en secreto. No te puedes hacer ni una idea de lo duro que tuvimos que trabajar para conseguir información y luego comprenderla. Ese trabajo todavía continúa. Hace sólo setenta años que sentimos la suficiente seguridad para introducir el primer factor nuevo en esta sociedad seleccionada. Si seguimos aprendiendo más se ajustará el plan. Quizás tardaremos aún mil años en terminar nuestra misión.

—Pero, mientras tanto, ellos se han recuperado bastante del desastre. Están encontrando sus propias soluciones a sus problemas. ¿Qué derecho tenemos nosotros a...?

—Empiezo a preguntarme, Mwyr, qué derecho tienes a exhibir el título de aprendiz de psicodinámico. Considera lo que en realidad significan sus «soluciones». La mayor parte del planeta aún está en estado de barbarie. Si este continente ha avanzado mucho en la recuperación, ha sido porque era el que tenía la más amplia distribución de herramientas y equipo técnico antes del desastre. Pero ¿qué estructura social se ha creado? Un amasijo de estados belicosos. Un feudalismo en el que la balanza del poder político, militar y económico está controlada por una aristocracia agraria, entre otros arcaísmos. A un mismo tiempo, se desarrolla una serie de idiomas y subculturas cuyas directrices son incompatibles. Una reverencia ciega a la tecnología heredada de la sociedad ancestral, sin controlar, les llevará finalmente a una civilización de la máquina tan demoníaca como la que se destrozó así misma hace tres siglos. ¿Te inquietas porque hayan matado a unos centenares de hombres debido a que nuestros agentes promovieron una revolución que no salió tal y como

esperábamos? Bueno tienes la palabra de la Gran Ciencia que, sin nuestra guía, la absoluta miseria de esta raza durante los próximos cinco mil años superaría en tres órdenes de magnitud cualquier dolor que nos veamos obligados a infligir.

—Sí. Por supuesto. Comprendo que estoy emocionado. Es difícil no estarlo al principio, supongo.

—Deberías dar gracias de que tu exposición inicial a las duras necesidades del plan fuese tan suave. Todavía ha de venir lo peor.

—Eso me han dicho.

—En términos abstractos. Pero considera la realidad. Un gobierno que ambicionase restaurar la vieja nación actuaría de modo agresivo, y se enzarzaría en prolongadas guerras con vecinos poderosos. Tanto directa como indirectamente, a través de la utilización de factores económicos que ellos son demasiado ingenuos para controlar, los aristócratas y propietarios se verían diezmados por esas guerras. La democracia anémica reemplazaría este sistema, dominada primero por un capitalismo corrupto, y después por la pura fuerza de quien se apoderase del gobierno central; pero no habría sitio alguno para el inmenso proletariado desplazado, los antiguos terratenientes ni los extranjeros incorporados por conquista. Ofrecerían suelo fértil a cualquier demagogo. El imperio soportaría una rebelión interminable, lucha civil, despotismo, decadencia e invasión exterior. ¡Oh, tendremos mucho de qué responder antes de terminar!

—¿Y tú crees que cuando veamos el resultado final se borrará la sangre de nuestras manos?

—No. Nosotros somos los que pagamos el precio más alto.

En la alta Sierra, la primavera es fría, húmeda, los bancos de nieve se funden en el lecho del bosque y en las gigantescas rocas, los ríos crecen hasta desbordar los cañones y una brisa encrespa los charcos de la carretera. El primer verde apunta en el chopo y parece infinitamente más tierno en contraste con pinos y abetos, que se yerguen oscuros hacia un cielo claro. Pasa un cuervo volando bajo, grup, grup, ¡cuidado con ese maldito halcón! Pero luego, cuando cruzas la línea donde terminan los árboles, el mundo se convierte en una vasta inmensidad gris azulina, con el sol ardiendo sobre las nieves que quedan y el viento resonando hueco en los oídos.

El capitán Thomas Danielis, artillería de campo, ejército regular de los Estados Pacíficos, echó su caballo a un lado. Era un joven moreno, delgado y chato. Tras él, resbalaba y maldecía un escuadrón, chorreando barro desde el casco a las botas, e intentando desatascar uno de los vehículos artilleros. El vehículo a motor de alcohol, era demasiado débil para algo más que mover las ruedas. La infantería pasaba abatida, caídos los hombros, agotados todos por la altura, por la noche pasada bajo la lluvia y por el peso del barro de sus botas. Su hilera serpeaba desde la curva de un risco que sobresalía como una proa por la tortuosa carretera arriba y pasado el borde, más allá. Una ráfaga de viento trajo un olor a sudor a las narices de Danielis.

Pero eran buenos muchachos, pensaba él. A pesar de estar sucios, deshechos, hacían todo cuanto podían. Aunque tuviese que asar al sargento de servicio, su propia compañía al menos aquella noche, iba a comer caliente.

Los cascos del caballo golpearon un bloque de antiguo hormigón que brotaba del barro. Ay si estuviesen en los antiguos tiempos..., pero los deseos no son realidades. Al otro lado de la cordillera, por aquella parte, se extendían tierras en su mayoría deshabitadas que los santos reclamaban, los santos que no eran ya una amenaza, aunque se continuase comerciando con ellos. Por eso, el ferrocarril terminaba en Hangtown y nunca se había considerado provechoso reparar las carreteras de la montaña. Por eso, la fuerza expedicionaria que se dirigía al área del Tahos había de cruzar bosques deshabitados y gélidas mesetas, Dios proteja a esos pobres bastardos.

Dios les proteja en Nakamura, también, pensó Danielis. Su boca se frunció, dio una palmada y arreó el caballo con innecesaria violencia. Cuando el animal galopó sobre la carretera hacia el punto más alto del borde, brotaron chispas de las herraduras. El sable iba golpeándole la pierna.

Sujetando las riendas, sacó sus prismáticos. Desde allí podía ver una confusa extensión de picachos y montes, donde sombras nebulosas flotaban sobre riscos y cerros, y en el fondo de la oscuridad de un cañón, y pasado éste, al otro lado. Brotaban bajo él ralos montoncillos de hierba pardusca, y una marmota despertó de su sueño invernal antes de tiempo, silbando entre la confusión de rocas. Aún no podía ver el castillo. En realidad, tampoco había esperado verlo. Conocía aquella zona... ¡Qué bien la conocía!

Sin embargo, cabía la posibilidad de hallar un destello de actividad hostil. Resultaba demasiado extraño avanzar tanto sin que se percibiese indicio alguno del enemigo, rastro de nadie; enviar patrullas en búsqueda de unidades rebeldes que no podían ser halladas; cabalgar con los músculos de los hombres siempre tensos, acosados por la flecha del enemigo emboscado que jamás aparecía. El viejo Jimbo MacKenzie no era de los que se sentaban pasivamente detrás de las murallas, y los Cantos Rodados no habían recibido aquel sobrenombre así porque sí.

Si Jimbo está vivo, ¿cómo puedo saberlo? Ese buitre puede ser el mismo que le haya sacado los ojos.

Danielis se mordió el labio y se obligó a mirar fijamente a través de los prismáticos. No pienses en MacKenzie, en como se reía y escandalizaba y se emborrachaba siempre más que tú, y a ti nunca te importó, en cómo se sentaba con las cejas fruncidas ante el tablero de ajedrez donde tú le ganabas diez partidas de cada diez, y a él le daba igual; piensa lo orgulloso y feliz que se sintió con la boda... No pienses en Laura, que intentó que tú no te enterases de que lloraba por la noche, que ahora llevaba una criatura en su vientre y despertaría sola en la casa de San Francisco, a causa de las pesadillas del embarazo.

Pobres diablos que suben hacia el castillo, ese castillo que ha destrozado a todos los ejércitos enviados contra él... Todos ellos tienen alguien en casa y muchos tienen

a alguien luchando en el bando rebelde. Mejor buscar huellas del enemigo y olvidarse de todo lo demás.

¡Espera! Danielis se irguió. Un jinete... Lo enfocó. *Es de los nuestros*. El ejército de Fallon añadía una banda azul al uniforme: *Un explorador que regresa*. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Pensó que lo mejor sería oír el mensaje de primera mano, pero el jinete estaba aún a una milla de distancia y el terreno obligaba a cabalgar con lentitud. No tenía prisa por interceptarle, así que continuó explorando el terreno.

Apareció un avión de reconocimiento, una desgarbada libélula en cuya cabeza propulsora resplandecía la luz del sol. Su tronar reverberaba en los muros rocosos, donde el eco lanzaba el ruido de peña a peña. Sin duda, se trataba de un instrumento auxiliar para exploraciones, que utilizaba una radio de comunicación de dos canales. Luego, el avión serviría de indicio a la artillería. No tenía ningún sentido utilizarlo como bombardero; el Fuerte Nakamura estaba protegido contra cualquier cosa que pudiese hacer la aviación, y podía muy bien derribar el aparato.

Danielis oyó ruido de pasos a sus espaldas. Caballo y hombre giraron al unísono. En su mano brilló la pistola.

La bajó.

—Oh, perdóname, *filósofo*.

El hombre de la túnica azul respondió con un movimiento de cabeza. Una sonrisa suavizaba su serio rostro. Tendría unos sesenta años, el pelo blanco y la piel arrugada, pero caminaba por aquellos riscos como una cabra montañesa. El símbolo del yin y el yan resplandecían en oro sobre su pecho.

—Te preocupas innecesariamente, hijo —dijo.

En sus palabras había una sombra de acento tejano. Los Espers obedecían las leyes del lugar donde viviesen, pero no reconocían como propia ninguna patria; sólo la de toda la humanidad, quizá, en último término, la patria de toda la vida que palpita en el universo espacio-temporal. Sin embargo, cuando la sede central de la Orden se instaló en San Francisco, cuando la ciudad se reconstruía afanosamente, entonces fue cuando los Estados Pacíficos ganaron enorme prestigio. Nadie había planteado ninguna objeción, más bien todo lo contrario al deseo del Gran Buscador de que el filósofo Woodworth acompañase, como observador, a la expedición. Ni siquiera el capellán había puesto objeciones. Al fin, la iglesia había comprendido que las enseñanzas de los Espers eran neutrales en lo que a la religión se refería.

Danielis forzó una sonrisa.

—¿Puedes echármelo en cara?

—No quiero echar en cara nada. Sólo aconsejar. Tu actitud no es útil. Así, lo único que haces es agotarte. Llevas combatiendo una batalla varias semanas antes de que empiece.

Danielis se acordó del apóstol al que invitó a su casa de San Francisco con la esperanza de que Laura encontrase un poco de paz. Su sonrisa era aún más fraternal:

«Sólo se debe llevar un plato cada vez». El recuerdo encendió un brillo astuto en los ojos de Danielis que, ásperamente dijo:

—Podría tranquilizarme si tú utilizases tus poderes para decirme lo que nos aguarda.

—Yo no soy ningún adepto, hijo. Todavía estoy demasiado enraizado en el mundo material. Alguien tiene que hacer el trabajo práctico de la Orden; algún día ya tendré oportunidad de retirarme y explorar mis fronteras interiores. Pero para eso hay que empezar temprano, y ser fiel a la promesa hasta el fin de la vida, para desarrollar los propios poderes. —Woodworth miró hacia los riscos, parecía mezclarse casi con su soledad.

Danielis vaciló, no deseaba quebrar aquella meditación. Se preguntó qué objetivo práctico perseguiría el filósofo con su viaje. ¿Volver con un informe más exacto que el que emociones indisciplinadas y sentidos no alterados pudiesen preparar? Sí, debía ser eso. Tal vez los Espers todavía se decidiesen a intervenir en aquella guerra. Aunque a regañadientes, la Sede Central había permitido que los aterradores poderes psíquicos se liberasen de cuando en cuando, si la Orden se veía seriamente amenazada. Para ellos el Juez Fallon era más favorable y mejor amigo que Brodsky o que el antiguo Senado de Jefes y la cámara de Diputados del pueblo lo había sido.

El caballo pateó y resopló. Woodworth miró de nuevo al jinete.

—Pero, ya que me lo preguntas —dijo—, te diré que no creo que vayas a conseguir gran cosa por aquí. Yo estuve con los Rangers, en mi tierra, antes de ver el Camino. Esta zona está vacía.

—¿Cómo podemos saberlo? —estalló Danielis—. Durante todo el invierno han podido hacer lo que quisiesen en las montañas, puesto que la nieve nos impedía llegar. Todos los exploradores que conseguimos introducir informaron que había mucha gente..., hace sólo dos semanas. ¿Qué es lo que han planeado?

Woodworth no contestó.

Brotó de Danielis, no pudo contenerlo, tuvo que tapar el recuerdo de Laura diciéndole adiós en su segunda expedición contra su propio padre, seis meses después de que regresase a casa de la primera destrozado:

—¡Si tuviésemos los medios necesarios! Unos cuantos vagones desvencijados y coches de motor; algo de aviación; la mayoría de nuestros trenes de suministro van tirados por mulas... ¿Qué movilidad nos permite eso? Lo que realmente me desquicia es que sabemos hacer las cosas que tenían en los antiguos tiempos. Tenemos libros y la información necesaria. Quizá más que en los antiguos tiempos. He visto al electroherrero de Fuerte Nakamura hacer unidades transmisoras con suficiente anchura de banda como para recibir ondas de televisión, no mayores que mi puño. He visto las publicaciones científicas, los laboratorios de investigación, de biología, química, astronomía, matemáticas. ¡Y todo sin utilizar!

—No es así —contestó suavemente Woodworth—. Como mi propia Orden, la comunidad intelectual se está haciendo supranacional. La imprenta, la radio, la

telescritura...

—Digo sin utilizar, sin utilizar para impedir que los hombres se maten entre sí porque no haya autoridad lo bastante fuerte para hacerles controlar su conducta. Sin utilizar para sacar al labriego de la esclavitud del arado de tracción animal y ponerle entre las manos el volante de un tractor. Tenemos el conocimiento, pero no podemos aplicarlo.

—Ya se aplica, hijo, donde no se necesita demasiada energía e instalación industrial. Recuerda que el mundo es mucho más pobre en recursos naturales que antes de que estallaran las Infiernobombas. Yo he visto las Tierras Negras, donde el fuego de la tormenta abatió los campos petrolíferos de Tejas. —La serenidad de Woodworth se quebró por un instante. Volvió la vista hacia los riscos.

—Hay petróleo en todas partes —insistió Danielis—. Y carbón, y hierro, uranio, todo cuanto precisamos. Lo que le falta al mundo es la organización necesaria para conseguirlo. Carece de ella totalmente. Así que llenaremos el Valle Central de cultivos que produzcan alcohol, para mantener en funcionamiento unos cuantos motores, e importaremos un poco del otro material distribuyéndolo a través de una cadena increíblemente ineficaz de intermediarios; y la mayoría se lo come el ejército. —Estiró la cabeza hacia aquella parte del cielo donde había cruzado el avión—. Ésa es una de las razones por las que tenemos que conseguir la Reunificación. Entonces podremos construir.

—¿Y las otras razones? —preguntó suavemente Woodworth.

—Democracia... Sufragio Universal... —Danielis tragó saliva—. Que padres e hijos no tengan de nuevo que luchar entre sí.

—Ésas son mejores razones —dijo Woodworth—. Lo bastante para que los Espers las apoyen. Pero en cuanto a esa maquinaria que deseas —meneó la cabeza—. Ahí te equivocas, así no pueden vivir los hombres.

—Quizá no —dijo Danielis—. Aunque mi propio padre no se habría encontrado invadido por el exceso de trabajo si hubiese tenido máquinas que le ayudasen... Oh, ya lo sé, lo primero es lo primero. Primero acabaremos esta guerra y después ya discutiremos. —Recordó al explorador, que ahora había desaparecido de su vista—. Discúlpame, *filósofo*, tengo que atender un asunto.

El Esper alzó una mano en señal de paz. Danielis correspondió con la suya y luego se alejó.

Chapoteando por la orilla de la carretera, vio al hombre que buscaba, a quien había parado el mayor Jacobsen. Este último, que debía haberle enviado, estaba junto a la línea de infantería. El explorador era un indio klamath, vestido con pieles de cabra y con un arco al hombro. Muchos de los distritos del norte eran más partidarios de los arcos y las flechas que de las armas de fuego. Era un arma más barata, no hacía ruido y, aunque tenía menos alcance, poseía el mismo poder de fuego que un rifle. En los viejos tiempos, en las épocas malas, antes de que los Estados Pacíficos formasen su unión, los arqueros que cubrían los senderos del bosque habían salvado más de

una ciudad de la conquista; y aún ayudaban a mantener aquella débil unión.

—Ah, capitán Danielis —saludó Jacobsen—. Llega usted justo a tiempo. El teniente Smith iba a informar de lo que encontró su destacamento.

—Y el avión —dijo Smith imperturbable—. Gracias a lo que el piloto nos dijo que había visto, tuvimos valor suficiente para ir hasta allí y cerciorarnos con nuestros propios ojos.

—¿Y bien?

—No hay nadie.

—¿Cómo?

—Han evacuado el fuerte y todos los asentamientos. No hay ni un alma.

—Pero... pero... —Jacobsen se controló—. Continúe.

—Exploramos el terreno lo mejor que pudimos. Parece que los no combatientes hace tiempo que se fueron. Supongo que utilizando trineos o esquís. Es posible que se dirigiesen hacia el norte para atrincherarse en una posición segura. Imagino que poco a poco se fueron llevando todas las cosas que podían. Por las huellas, se ve claramente que el regimiento, sus unidades de apoyo y la artillería de campo abandonaron el fuerte hace apenas tres o cuatro días. Por lo que pudimos ver, se dirigen ladera arriba, en dirección oeste.

—¿Y dónde estarán metidos? —Gruñó Jacobsen.

—Una ráfaga de viento golpeó a Danielis en la cara y agitó las crines de los caballos. A su espalda oyó el ruido de un lento chapoteo de unas botas, rechinar de ruedas, resoplar de motores, gemir de madera y metal, gritos y fustazos contra las pieles de las mulas. Pero todos esos sonidos parecían muy remotos. Un mapa creció ante él, bloqueando el mundo.

Durante todo el invierno, el Ejército Regular había tenido que luchar denodadamente. Desde los Alpes de Trinidad a Puget Sound, pues Brodsky había conseguido llegar a Monte Rainier, cuyo sentir le había proporcionado medios radiofónicos de difusión. Rainier estaba demasiado bien fortificado para ir contra él. Convencidos de que un usurpador amenazaba sus malditos fueros locales, los jefes y las tribus autónomas se habían alzado en armas. Sus protegidos combatían a su lado, únicamente porque no se había enseñado a los aldeanos más lealtad que la que profesaban a su patrón. El Canadá Occidental, temiendo lo que Fallon pudiese hacer en cuanto se le presentase la ocasión, enviaba ayuda a los rebeldes abiertamente.

Sin embargo, el ejército nacional era más fuerte; contaba con más material, mejor organización y, sobre todo, un ideal de futuro. Cinc O'Donnell había preparado una eficaz estrategia: concentrar las fuerzas leales en unos cuantos puntos, aplastar la resistencia, restaurar el orden y establecer bases en la región, pasando seguidamente a la próxima zona. El gobierno también controlaba toda la costa, valiéndose de unidades navales que vigilaban las actividades de los canadienses de Vancouver, y protegiendo las importantes rutas comerciales hawaianas. La mitad norte de Washington casi hasta la frontera de Idaho; el valle de Columbia; la California central

hasta Redding. El resto de las estaciones y ciudades rebeldes estaban aisladas entre sí en montañas, bosques y desiertos. Una jefatura tras otra cayó ante la presión de las tropas regulares, que derrotaban al enemigo paso a paso, cortándole los suministros y la esperanza. La única preocupación real había sido el mando de la sierra de Cruikshank, un ejército completo y no una banda de civiles y aldeanos, un gran ejército duro y disciplinado y con una dirección técnica. Aquella expedición contra Fuerte Nakamura no era más que una parte de lo que se presentaba, como una difícil campaña.

Pero ahora, los Cantos Rodados habían desaparecido. No ofrecían batalla. Eso significaba que también sus hermanos los Catamontanos habían evacuado. Uno no cede el ancla de un cabo que quieres conservar. ¿No es así?

—Estaban abajo en los valles —dijo Danielis; y sonó en sus oídos como una alucinación la voz de Laura, cuando cantaba: *abajo en el valle, en el valle llano*.

—¡Maldita sea! —exclamó el mayor, incluso el indio gruñó como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago—. No, no pueden estar allí. De ser así, nos hubiésemos dado cuenta.

Estira tu cabeza, oye golpear al viento. El viento azotaba las frías rocas.

—Existen muchos senderos forestales —dijo Danielis—. Si están acostumbrados al terreno la infantería y la caballería podrían utilizarlos. Y los Catamontanos lo están. Transportar vehículos, carros, cañones, resulta más lento y difícil, pero les basta con flanquearnos y situarse detrás de nosotros... y aplastarnos si intentamos seguir. Me temo que nos tienen rodeados.

—Pero la ladera este... —dijo Jacobsen con desvalimiento.

—¿Para qué? ¿Para qué quieres ocupar un montón de maleza? No, estamos atrapados aquí hasta que ellos se desplieguen en la llanura. —Danielis apretó con la mano el arzón de su silla hasta que los nudillos enrojecieron—. Juraría que ésa es la idea del coronel MacKenzie. Es su estilo. No hay duda.

—¡Pero entonces están entre San Francisco y nosotros! Y el grueso de nuestras tropas está en el norte...

Entre Laura y yo, pensó Danielis. Pero en voz alta dijo:

—Sugiero, mayor, que inmediatamente nos pongamos en contacto con el Mando Central. Y luego, lo mejor será que pongamos la radio. —De algún rincón de su interior sacó fuerzas, para alzar la cabeza. El viento azotó sus ojos—. Esto no tiene por qué ser un desastre. En realidad, cuando, los encontremos será más fácil batirlos en campo abierto.

Las rosas aman la luz del sol, las violetas el rocío, y los ángeles del cielo saben que te amo.

En invierno, en las llanuras de California las lluvias son abundantes. Ahora, ya estaban a punto de terminar. Hacia el norte, a lo largo de una carretera cuyo pavimento repiqueteaba bajo los cascos, cabalgaba MacKenzie cruzando un inmenso

bosque. Eucaliptos y robles franqueaban el camino, majestuosos con sus hojas nuevas. Tras ellos se extendía, a ambos lados, como un tablero de ajedrez, campos y viñedos, de intrincada textura, hasta las colinas distantes por la derecha y por arriba, más próximas a las paredes rocosas de la izquierda. Ya no se veían las casas de los campesinos libres que habían estado desparramadas por la zona. Aquel extremo del valle Napa pertenecía a la comunidad Esper de Santa Helena. Las nubes se agrupaban como blancos montes sobre la cordillera occidental. La brisa traía a MacKenzie un aroma de tierra labrada.

Tras él, marchaban los Cantos Rodados. El regimiento se mantenía siguiendo la carretera, tres mil botas cayendo al unísono con un ruido como de terremoto, y los cañones y los carros. Aunque, de momento no había peligro de ataque inmediato, la caballería unida a las fuerzas debe desplegarse. El sol brillaba en sus cascos y en las puntas de las lanzas.

MacKenzie tenía puesta toda su atención en lo que había ante él. Muros color ámbar y tejados de teja roja entre melocotoneros que desplegaban una cascada de rosados y blancos capullos. La comunidad era grande, se componía de varios miles de personas. Sintió una presión en los músculos del abdomen.

—¿Crees que podremos confiar en ellos? —preguntó, no por primera vez—. Por radio lo único que hemos conseguido es que aceptasen parlamentar.

Speyer, que cabalgaba a su lado, asintió.

—Espero que cumplan su palabra. Especialmente con nuestros muchachos ahí fuera. De cualquier modo, los Espers creen en la no violencia.

—Sí, pero si llega el caso de luchar..., sé que no son tan devotos como para guardar fidelidad a su creencia. La Orden no lleva tanto tiempo por aquí como para eso. Pero cuando hay tantos Espers juntos, forzosamente tiene que haber unos cuantos que hayan conseguido llegar a algún lado con sus malditos instrumentos psíquicos. No quiero que destrocen a mis hombres, o que los alcen en el aire y los dejen caer, o cualquier otra marranada semejante.

Speyer le lanzó una mirada de soslayo.

—¿Te dan miedo, Jimbo? —murmuró.

—¡Por supuesto que no! —MacKenzie se preguntó si mentía o no—. Pero no me gustan.

—Hacen mucho bien. Sobre todo entre los pobres.

—No lo dudo. No lo dudo. Sin embargo, un jefe decente se ocupa de sus propios protegidos, también nosotros tenemos iglesias y hospicios. No entiendo por qué no basta la simple caridad... Y además, con los beneficios que sacan de sus propiedades pueden permitírselo. Además no sé a qué conduce educar del modo que lo hacen a los huérfanos y pobres que recogen; de este modo lo único que consiguen es que luego los pobres no se conformen con la vida que han llevado antes.

—Ya sabes que lo que pretenden es orientarles hacia la llamada frontera interior. En el conjunto de la civilización norteamericana carece de interés. A no ser esos

notables poderes que han conseguido adquirir algunos Espers, y a que a menudo les envidio.

—¿Tú, Phil? —Gruñó MacKenzie a su amigo.

En la cara de Speyer se marcaron aún más las arrugas.

—Este invierno he ayudado a liquidar a un montón de compatriotas —dijo penosamente—. Mi madre, mi mujer y mis hijos están amontonados con los demás en la ciudad del Fuerte de Monte Lassen, y cuando nos dijimos adiós sabíamos que la despedida podría muy bien ser definitiva. En el pasado, también ayudé a liquidar a muchos otros hombres que jamás me habían causado directamente ningún daño. —Suspiró—. Me he preguntado muchas veces cómo debe ser la paz, tanto interior como exterior.

MacKenzie apartó de su pensamiento a Laura y a Tom.

—Claro que —continuó Speyer— la razón fundamental de que tú, y yo en realidad también, desconfíes de los Espers es que representan algo ajeno a nosotros. Algo que un día puede hacer cambiar la concepción de la vida en la que nos formamos. Por ejemplo, hace un par de semanas, en Sacramento, entré en el laboratorio de investigación de la universidad para ver lo que hacían. ¡Increíble! El soldado ordinario juraría que aquello no era más que brujería. Sin duda alguna, aquello tenía mucho más de brujería de lo que puede tener leer el pensamiento o trasladar, utilizando sólo su fuerza, objetos de un lugar a otro. Pero para ti y para mí es una hermosa y nueva maravilla.

»¿Y eso por qué? Porque el laboratorio es científico. Aquellos hombres trabajan con productos químicos, instrumentos electrónicos y partículas subvéricas. Eso es lo que se ajusta a la visión del mundo del americano culto. Pero la unidad mística de la creación... No, eso no va con nosotros. El único medio a través del cual podemos esperar conseguir la Unidad es renunciar a todo aquello en lo que hemos creído. A nuestra edad, Jimbo, la tuya o la mía, difícilmente un hombre accede a deshacerse de toda su vida y empezar partiendo de cero.

—Quizá sea así. —A MacKenzie se le desvanecía el interés por seguir hablando. La población estaba muy cerca ya.

Se volvió al capitán Hulse, que cabalgaba unos pasos detrás de ellos.

—Sin novedad —dijo—. Felicite usted al teniente coronel Yamaguchi y dígame que se haga cargo hasta que regresemos. Si ven algo sospechoso, que él actúe según su criterio.

—Sí señor.

Hulse saludó y dio la vuelta diestramente. No había ninguna necesidad de que MacKenzie repitiera aquello que había sido aceptado hacía mucho; pero él conocía bien la importancia de las formalidades. Puso el caballo al trote. A sus espaldas oyó el rumor de órdenes y gritos de los sargentos a sus pelotones.

Speyer se mantuvo al paso. MacKenzie había insistido en introducir a alguien más en la conversación. Probablemente su propio ingenio estuviese en inferioridad

frente a un Esper de alto nivel, pero quizá no el de Phil.

Esperaba que no hubiese ningún problema de diplomacia ni nada por el estilo. Para tranquilizarse, se concentró en la realidad del momento presente: los golpes de los cascos de las cabalgaduras, el subir y bajar de la silla bajo él, los músculos del caballo vibrando bajo sus muslos, el repiqueteo del cinturón de su sable, el limpio olor del animal... De pronto, recordó que aquélla era la clase de truco que los Espers recomendaban.

A diferencia de la mayoría de los pueblos y todas las estaciones de los jefes, ninguna de sus comunidades estaba amurallada. Los oficiales dejaron la carretera y descendieron por una calle entre edificios de columnatas. En ambas direcciones salían calles laterales. Sin embargo, la población no ocupaba una zona demasiado extensa. Estaba compuesta de grupos que vivían juntos, cofradías o superfamilias o como quisiera llamárselas. Aquella práctica provocaba cierta hostilidad hacia la Orden y gran cantidad de chistes verdes sobre ella. Pero Speyer, que tenía que saberlo, decía que allí no existía más relajo sexual que en el mundo exterior. La idea era desprenderse del ansia de posesión del yo frente al tú, y educar a los hijos como parte de un todo en vez de hacerlo en un plan insular.

Los muchachos, a centenares, estaban fuera, mirando desde los pórticos, con los ojos muy abiertos. Parecían sanos y, por debajo de un temor natural al invasor, se mostraban bastante contentos. Pero un poco solemnes, pensó MacKenzie, y todos con la misma túnica azul. Había entre ellos adultos que permanecían quietos y sin expresión. Al acercarse el regimiento, todos habían vuelto de los campos. El silencio era como una barricada. MacKenzie sintió que el sudor cosquilleaba en sus costillas. Cuando salió a la plaza central, respiraba jadeante.

En el centro de la plaza resplandecía una fuente, la pila, tallada en forma de loto. A su alrededor, se alzaban árboles floridos. La plaza quedaba definida por tres lados con grandes edificios que debían utilizarse como almacén. En el cuarto lado se alzaba una estructura más pequeña con aspecto de templo, rematada por una graciosa cúpula, que evidentemente era el centro de reunión. En su planta más baja se alineaban media docena de hombres con túnicas azules, cinco de ellos jóvenes vigorosos. El sexto era de mediana edad, y el símbolo del yin y el yan brillaba en su pecho. En sus vulgares rasgos había una implacable calma.

MacKenzie y Speyer pararon sus caballos. El coronel le dirigió un suave saludo.

—¿Filósofo Gaines? Soy MacKenzie, y éste es el mayor Speyer.

Se maldijo por actuar con tanta torpeza y se preguntó qué podía hacer con las manos. Los jóvenes entendían más o menos lo que hacían, le observaban con descarada hostilidad. Pero no era capaz de mirar a Gaines a los ojos. El jefe del poblado inclinó la cabeza.

—Bienvenidos, caballeros. ¿Queréis pasar?

MacKenzie desmontó, ató su caballo a una columna y se quitó el casco. Su gastado uniforme de un marrón rojizo parecía aún más raído y gastado en medio de

ellos.

—Gracias. Preferiría que todo fuese rápido.

—Desde luego; seguidme, por favor.

Tiesa la espalda, los jóvenes siguieron los pasos de sus mayores, cruzando un vestíbulo de entrada y luego un pequeño salón. Speyer miraba los mosaicos de las paredes.

—Todo esto es muy bonito —murmuró.

—Gracias —dijo Gaines—. Aquí está mi oficina.

Tras abrir una puerta de nogal soberbiamente tallada, invitó a los visitantes a pasar. Luego, cerró la puerta tras de sí y los acólitos quedaron esperando fuera.

La habitación era austera, entre las paredes encaladas no había más que una mesa, un anaquel de libros y unos taburetes. La ventana daba a un jardín. Gaines se sentó. Aunque incómodos en aquel ambiente, MacKenzie y Speyer hicieron lo mismo.

—Lo mejor es que vayamos directamente al asunto —farfulló el coronel.

Gaines no decía nada. Al fin, MacKenzie rompió el silencio y empezó a hablar.

—La situación es la siguiente. Nuestras fuerzas pretenden ocupar Calistoga, con la ayuda de destacamentos que hay al otro lado de las colinas. De ese modo controlaremos el Valle Napa y el Valle de la Luna... Al menos por la zona norte. El mejor lugar para estacionar nuestra ala este es esta zona. Pensamos instalar un campamento fortificado en aquel campo de allí. Lamento el daño que podemos causar a vuestros cultivos, pero seréis indemnizados en cuanto se restaure el legítimo gobierno. Y alimentos, medicinas... Debes comprender que este ejército necesita estas cosas, pero no queremos que nadie sufra pérdidas injustas, así que os daremos los recibos correspondientes. Bueno, como precaución, es preciso que acuartelemos unos cuantos hombres en la comunidad, para estar más o menos al tanto. Intervendrán lo menos posible. ¿De acuerdo?

—La Constitución de la Orden garantiza que estamos exentos de toda servidumbre militar —contestó Gaines reposadamente—. De hecho, ni un solo hombre armado tiene por qué cruzar los límites de un territorio de una comunidad Esper. Yo no puedo ser cómplice de un desacato a la ley, coronel.

—Si empiezas con triquiñuelas legales, filósofo —dijo Speyer—, entonces te recordaré que tanto Fallon como el Juez Brodsky han impuesto la ley marcial. Quedan en suspenso todas las disposiciones ordinarias.

Gaines sonrió.

—Si sólo puede haber un gobierno legítimo —dijo—, las proclamaciones del otro son, necesariamente, nulas e inválidas. Para un observador imparcial, todo parece indicar que el juez Fallon posee derechos más fuertes, especialmente si tenemos en cuenta que su bando controla una gran zona continua del país en vez de unas cuantas jefaturas dispersas.

—Ya no, ya no es así —replicó MacKenzie. Speyer le hizo un gesto para que se calmara.

—Me parece, filósofo, que durante las últimas semanas no has seguido el curso de los acontecimientos. Permíteme que te los resuma: El Comando de la Sierra lanzó una ofensiva contra los fallonistas descendiendo hasta la llanura. En la parte central de California no queda ya casi nadie que se nos oponga, así que la ocuparemos enseguida. Controlamos Sacramento, tendremos dominado el tráfico fluvial y ferroviario. Nuestras bases se extienden al sur más abajo de Bakerfield, con Yosemite y Cañón del Rey y lo suficientemente cerca para proporcionarnos buenos emplazamientos en los que instalar fuertes posiciones. Cuando hayamos consolidado este extremo norte de nuestro avance, las fuerzas fallonistas que hay alrededor de Redding quedarán atrapadas entre nosotros y los poderosos jefes que aún controlan las regiones de Trinidad, Shasta y Lassen. El hecho mismo de que estemos aquí ha obligado al enemigo a evacuar Valle Columbia, para poder defender San Francisco. Hoy todavía no se sabe qué lado tiene la última palabra en cuanto a dominio territorial.

—¿Y el ejército enviado a la Sierra contra vosotros? —preguntó con agudeza Gaines—. ¿Los habéis contenido?

MacKenzie frunció el ceño.

—No, eso no es ningún secreto. Salieron por el condado de Mother Lode y pasaron rodeándonos. Ahora están en Los Ángeles y en San Diego.

—Un adversario formidable. ¿Esperáis poder hacerles frente indefinidamente?

—Conseguiremos acabar con ellos —dijo MacKenzie—. Desde nuestra posición tendremos la ventaja de podernos comunicar entre nosotros. La mayoría de los pequeños propietarios están deseosos de colaborar con nosotros y nos informan de todo cuanto observan. Podemos concentrarnos en cualquier punto en que empiece a atacar el enemigo.

—Es una lástima que esta fértil tierra tenga que destrozarse también por causa de la guerra.

—Sí, ¿verdad?

—Nuestro objetivo estratégico resulta evidente —dijo Speyer—. Por el centro, hemos cortado las líneas de comunicación del enemigo, salvo por mar, lo cual no es muy satisfactorio para las tropas que operan en el interior. Les impedimos el acceso a buena parte de sus zonas de suministro de alimentos y manufactura, y, sobre todo, al punto central de su producción de alcohol para combustible. La base principal de nuestro propio bando son las jefaturas, unidades económicas y sociales que prácticamente se bastan por sí mismas. Dentro de muy poco estarán en mejores condiciones que ese ejército sin raíces con el que se enfrentan. Creo que, antes del otoño, el juez Brodsky estará de nuevo en San Francisco.

—Eso si vuestros planes tienen éxito —dijo Gaines.

—Eso es lo que nos preocupa. —MacKenzie se inclinó hacia adelante, con un puño sobre la rodilla—. Está bien, filósofo. Sé que preferirías que fuese Fallon el que estuviese arriba, pero espero que tengas el suficiente sentido común para no apoyar

una causa perdida. ¿Cooperarás con nosotros?

—La Orden no participa en asuntos políticos, coronel, salvo cuando ve amenazada su propia existencia.

—Bueno, no hay que ponerse así. Por «cooperar» quiero decir simplemente no interferir.

—Me temo que eso podría seguir considerándose cooperación. No podemos admitir asentamientos militares en nuestras tierras.

MacKenzie fijó su mirada en la cara de Gaines, un rostro cuyos rasgos parecían de granito por su rigidez e inmovilidad, y se preguntó si había oído bien.

—¿Estás ordenándonos que nos vayamos? —preguntó con un extraño tono en su voz.

—Sí —dijo el filósofo.

—¿Con nuestra artillería controlando el pueblo?

—¿Serías capaz de disparar tus cañones contra mujeres y niños, coronel? —preguntó Gaines. O contra Nora...

—¿Y podrías, además, enfrentarte con nuestros rayos psíquicos? —prosiguió el filósofo—. Te suplico que no lleses a la muerte a esos muchachos. —Gaines calló un instante y luego continuó—: Además, debería decirte que si pierdes tu regimiento pones en peligro a todo tu bando. Podéis desviaros de nuestras tierras y seguir hasta Calistoga.

Dejando atrás un nido fallonista, en medio de mis comunicaciones con el sur. MacKenzie apretó los dientes. Gaines se levantó.

—La discusión ha terminado, caballeros —dijo—. Tenéis una hora para salir de nuestras tierras.

MacKenzie y Speyer también se levantaron.

—El asunto aún no está resuelto —dijo el mayor; de su frente y su larga nariz brotaba el sudor—. Quiero aclarar esto un poco más.

Gaines cruzó la habitación y abrió la puerta.

—Acompañad a estos caballeros fuera —dijo a los cinco acólitos.

—¡No, por Dios! —gritó MacKenzie, llevándose una mano a la espada.

—Informad a los adeptos —dijo Gaines. Uno de los jóvenes se volvió. MacKenzie oyó el chap-chap de sus sandalias corriendo hacia el vestíbulo. Gaines hizo un gesto.

—Creo que haríais mejor en iros —dijo. Speyer estaba cada vez más rígido. Cerró los ojos. Los abrió de pronto:

—¿Informar a los adeptos? —balbució.

MacKenzie vio que la rigidez de Gaines se quebraba. Todo transcurrió en un confuso segundo. Su cuerpo actuó por él. Surgió la pistola de la funda al mismo tiempo que la de Speyer.

—Detén al mensajero, Jimbo —gruñó el mayor—. Yo mantendré quietos a estos pájaros.

Mientras se lanzaba en persecución del mensajero, MacKenzie se sorprendió pensando preocupado en el honor del regimiento. ¿Era justo abrir las hostilidades en un lugar donde entrabas a parlamentar? Pero Gaines había sido el que había roto las negociaciones...

—¡Detenedle! —gritó Gaines.

Los cuatro acólitos restantes entraron en acción. Dos de ellos bloquearon la salida. Los otros dos se colocaron a los lados.

—¡Dejad paso o dispararé! —gritó Speyer, pero ignoraron su advertencia.

MacKenzie no era capaz de disparar contra hombres desarmados. Golpeó al joven que tenía frente a él con el cañón de la pistola en los dientes. El Esper, con la cara ensangrentada, se echó hacia atrás. MacKenzie, de un empujón, echó a un lado al que se aproximaba por la izquierda. El tercero intentó bloquear la salida. MacKenzie le puso un pie detrás de los tobillos y le empujó. Cuando cayó, MacKenzie le dio una patada en la sien, lo bastante fuerte para atontarle, y saltó por encima de él.

El cuarto lo tenía detrás suyo. MacKenzie se giró para hacerle frente. Aquellos brazos que le cercaban, impidiéndole utilizar la pistola, tenían la fuerza de un oso. MacKenzie metió la palma de su mano izquierda bajo la nariz de su atacante y empujó hacia arriba. El acólito tenía que ceder. MacKenzie le dio con la rodilla en el estómago, se giró y salió corriendo.

Tras él no oyó mucha más conmoción. Phil debía haberlos sometido. MacKenzie cruzó el vestíbulo y entró en el salón de acceso. ¿Dónde estaba aquel maldito que se había escapado? Miró por la entrada hacia la plaza. La claridad le hirió en los ojos. Más que respirar, jadeaba, y notaba una punzada en el costado... No cabía duda, estaba haciéndose viejo.

Azules ropajes se agitaron saliendo de una calle. MacKenzie reconoció al mensajero. El joven señalaba hacia el edificio. MacKenzie percibió de un modo apagado palabras. Había con él siete u ocho hombres; eran más viejos y no llevaban ninguna señal en sus ropas... Pero MacKenzie conocía a un oficial de elevado rango nada más verlo. El acólito fue despedido. Los hombres a los que el joven había avisado cruzaron la plaza a largas zancadas.

El terror hizo que a MacKenzie se le hiciera un nudo en el estómago. Consiguió dominarlo. Un catamontano no sale huyendo, ni siquiera de alguien que puede destrozarle con una mirada. Sin embargo, nada podía hacer para evitar el desastre que se avecinaba. *Si ellos me liquidan, tanto mejor. Así no tendré que estar noches y noches despierto preguntándome cómo estará Laura.*

Los adeptos estaban casi en las escaleras. MacKenzie se aproximó a ellos. Con su pistola, hizo un arco en el aire.

—¡Alto! —En el silencio que pesaba sobre el pueblo su voz sonaba débil.

Los otros se detuvieron y le miraron al unísono. Les vio forzar un relajamiento gatuno, y sus rostros se convirtieron en viseras incoloras. Ni una palabra. Por último, MacKenzie no pudo soportar por más tiempo aquel silencio.

—Desde ahora, y de acuerdo con las leyes de la guerra, este lugar queda ocupado —dijo—. Volved a vuestras casas.

—¿Quién te ha nombrado nuestro jefe? —preguntó el más alto de los hombres. Su voz era uniforme pero de profundas resonancias.

—Lee en mi mente y descúbrelo —bromeó MacKenzie; *no, estás portándote como un chiquillo*—. Vuestro jefe está bien y seguirá estándolo mientras obedezca órdenes. Y vosotros igual. Aceptadlo.

—No queremos utilizar los poderes psíquicos para la violencia —dijo el mismo hombre que había hablado antes—. No nos obliguéis a hacerlo, por favor.

—Vuestro jefe envió a buscaros antes de que le hiciésemos nada —respondió MacKenzie—. Sin duda, lo que él pensaba era muy parecido a la violencia. Violencia a vuestro modo.

Los Espers intercambiaron miradas. El hombre alto asintió. Sus compañeros se alejaron lentamente.

—Me gustaría ver al filósofo Gaines —dijo el hombre alto.

—Muy pronto lo verás.

—¿Debo entender que está prisionero?

—Entiende lo que quieras. —Los otros Espers doblaban la esquina del edificio—. No quiero disparar. Vete antes de que tenga que hacerlo.

—Es extraño —dijo el hombre alto—. Ninguno de nosotros desea herir a un adversario que considera indefenso. Permíteme que te conduzca fuera de este territorio.

MacKenzie se humedeció los labios. El aire los había cortado.

—Si puedes echar un maleficio, adelante —le desafió—. Si no, lárgate.

—Bueno, no te impediré que te reúnas con tus hombres; parece el modo más fácil de conseguir que te vayas. Pero te advierto solemnemente que toda fuerza armada que intente entrar será aniquilada.

Supongo que verdaderamente sería mejor reunimos con los muchachos. Phil no puede estar eternamente conteniendo a esos tipos.

El hombre alto continuó hasta donde estaban los caballos.

—¿Qué caballo es el tuyo? —preguntó con voz suave.

Por lo que parece, el Todopoderoso debe estar deseando librarse de mí... ¡Fuego santo del infierno! ¡Tiene que haber una puerta trasera!

MacKenzie giró sobre sus talones. El Esper lanzó un grito. MacKenzie retrocedió a toda prisa cruzando la cámara de entrada. No, a la izquierda no, por ese camino sólo está la oficina, a la derecha... al volver esa esquina...

Ante él se extendía un largo vestíbulo. En el centro, haciendo curva, se elevaba una escalera. Los otros Esper estaban ya en ella.

—¡Alto! —dijo MacKenzie—. ¡Deteneos o disparo!

Los dos que iban a la cabeza aceleraron el paso escaleras arriba. Los demás se volvieron y se encaminaron de nuevo hacia abajo, hacia él.

Disparó cuidadosamente, quería herir, no matar. El vestíbulo retumbó con las explosiones. Uno tras otro fueron cayendo con balas en una pierna, en la cadera, en un hombro. Con blancos tan pequeños, MacKenzie falló algunos tiros. Cuando el hombre alto, el que quedaba, se aproximó por detrás, el percutor resonó en una recámara vacía.

MacKenzie sacó el sable y le golpeó con la hoja en la cabeza. El Esper se tambaleó. MacKenzie pasó ante él y corrió escaleras arriba. Las escaleras se retorcían como si fuesen las de una pesadilla. Pensó que su corazón estallaría.

Al final, una puerta de hierro se abría a un descansillo. Un hombre tanteaba con la cerradura. Los otros de las túnicas azules le atacaron.

MacKenzie metió el sable entre las piernas del Esper. Cuando el adversario dio un traspie, el coronel le encajó un gancho de izquierda en la mandíbula. El hombre fue a dar contra la pared y luego se desplomó. MacKenzie agarró la túnica del otro y le derribó tirando de ella.

—¡Vete! —masculló.

Todos se levantaron ya repuestos y le miraron. Él cortó el aire con el sable.

—De ahora en adelante, mataré —dijo.

—Vete a buscar ayuda, Dave —dijo el que intentaba abrir la puerta—. Yo le vigilaré.

El otro se encaminó con paso inseguro escaleras abajo; el primero estaba fuera del alcance del sable.

—¿Quieres que te destruyamos? —preguntó. MacKenzie giró el pomo de la puerta que tenía a su espalda, pero la puerta estaba cerrada con llave.

—No creo que puedas conseguirlo —dijo—. No sin lo que hay aquí.

El Esper pugnó por controlarse. Durante unos interminables minutos estuvieron esperando. Luego, empezó a oírse un ruido abajo. El Esper señaló:

—Sólo tenemos utensilios agrícolas —dijo—. Pero tú sólo tienes esa espada. ¿Te rendirás?

MacKenzie escupió en el suelo. El Esper continuó hacia abajo.

Entonces, aparecieron los atacantes. Por la algarabía que se oía tras ellos, posiblemente fuesen un centenar pero debido a la curva del pasillo, MacKenzie no podía ver más que a diez o quince. Eran peones, y llevaban las túnicas alzadas e instrumentos cortantes en las manos. Advirtió que el descansillo era demasiado grande para la defensa, así que avanzó hacia la escalera, donde sólo podían subir de dos en dos.

Una pareja armada con hoces con dientes de sierra encabezaba el asalto. MacKenzie paró un golpe y asestó una estocada. La espada tocó carne y rompió huesos. Corrió la sangre, increíblemente roja, incluso a la confusa luz que allí había. El hombre cayó al suelo con un grito. MacKenzie paró un golpe del otro. Metal contra metal: las armas quedaron trabadas. El brazo de MacKenzie se vio obligado a retroceder. Contempló una cara ancha curtida por el sol. Su mano abierta golpeó la

laringe del joven. El Esper cayó contra el que subía detrás y ambos se desplomaron escaleras abajo. Tardaron un rato en deshacer el lío y reanudar el ataque.

Una horquilla buscó el vientre del coronel. Éste logró cogerla con la mano izquierda, desviar las púas, y tajar los dedos que sostenían el mango. Silbó una guadaña en su costado derecho. Aunque pudo ver su propia sangre, no tuvo sensación de dolor. Una herida superficial, nada más. Esgrimía su sable a derecha e izquierda. La línea de ataque retrocedió ante su silbante amenaza. *Pero, Dios mío, noto las rodillas como caucho, no podré aguantarlo más de cinco minutos.*

Sonó un clarín y a continuación una descarga de fusilería. Los de la escalera se quedaron paralizados. Alguien gritó.

Los casos de los caballos repicaban en el suelo de la planta baja. Una voz bramó:

—¡Quietos todos! Tirad esas armas y bajad aquí. ¡Al primero que intente algo, lo fulmino!

MacKenzie bajó su sable y respiró. Apenas se dio cuenta de que los Esper habían desaparecido.

Cuando se sintió un poco mejor, se acercó a una de las ventanitas y miró al exterior. La caballería estaba en la plaza, pero no veía ni oía a la infantería.

Seguido por un sargento de ingenieros y varios soldados, llegó Speyer. Apresuradamente, el mayor se acercó a MacKenzie.

—¿Estás bien, Jimbo? ¡Te han herido!

—Un rasguño —dijo MacKenzie.

Estaba recuperando su fuerza, aunque esta recuperación no iba acompañada de ninguna sensación de victoria, sólo la certeza de la soledad. La herida comenzó a molestarle.

—No es nada, mira.

—Sí, no creo que te mueras de ésta. Está bien, ustedes abran aquella puerta.

Los ingenieros cogieron sus herramientas y se lanzaron sobre la cerradura con un vigor que debía provocar, en gran parte, el miedo.

—¿Cómo aparecisteis tan pronto, muchachos? —preguntó MacKenzie.

—Me dio la sensación de que tendríamos problemas —dijo Speyer—, así que en cuanto oí los disparos salté por la ventana y corrí hacia mi caballo. Fue inmediatamente antes de que esos campesinos te atacaran; vi como se reunían mientras me alejaba a caballo. Nuestra caballería llegó casi al momento, los otros no se quedaron muy atrás.

—¿Alguna resistencia?

—No, después de que disparamos unas descargas al aire. —Speyer miró hacia fuera—. Ahora lo tenemos todo bajo control absoluto. MacKenzie miró hacia la puerta.

—Bueno —dijo—. Me alegro de que se nos ocurriera traer armas cuando vinimos aquí. Parece como si sus adeptos se basasen realmente en esas viejas armas, ¿no? Y las comunidades Esper no deben tener armas. Al menos eso dicen sus estatutos...

Acertaste en tus sospechas, Phil, ¿cómo lo hiciste?

—Bueno, me pregunté por qué el jefe tenía que enviar un mensajero para comunicarse con tipos que afirman ser telepáticos. ¡Bueno, ya está!

La cerradura cedió. El sargento abrió la puerta. MacKenzie y Speyer entraron en el gran salón bajo la cúpula.

Caminaron por el salón un rato, en silencio, entre formas metálicas y sustancias difícilmente identificables. No había nada que les resultase familiar. MacKenzie se detuvo ante una hélice que sobresalía de un cubo transparente. Dentó de la caja se podía distinguir una oscuridad informe, de la que brotaban diminutos reflejos estelares.

—Yo imaginaba que los Espers podrían haber encontrado un escondrijo en el que hubiese un tesoro de los tiempos antiguos, de antes de las Infiernobombas —dijo con voz apagada—. Armas ultra-secretas que nunca habían podido usarse. Pero esto no parece nada importante, ¿verdad?

—Más bien al contrario —dijo Speyer—, a mí no me parece que estas cosas las hayan hecho seres humanos, ni mucho menos.

—¿Pero es que no entiendes? ¡Ellos ocuparon un poblado! Eso demuestra al mundo que los Espers no son invulnerables. Y para culminar la catástrofe, se apoderaron de su arsenal.

—Por eso no te preocupes. Esos instrumentos sólo pueden ser activados por los especialistas. Los circuitos sólo se abren en presencia de determinados ritmos encefálicos resultado de un condicionamiento. Ese mismo condicionamiento imposibilita a los llamados adeptos cualquier revelación sobre sus conocimientos a los no iniciados, les hagan lo que les hagan.

—Sí, lo sé muy bien. Pero yo no estaba pensando en eso. Lo que me preocupa es que la noticia pueda propagarse. Todo el mundo sabrá que los adeptos Esper no tienen grandes poderes psíquicos desconocidos, sino que, simplemente, tienen acceso a una ciencia física adelantada. Esto no sólo alentarán a los espíritus rebeldes, sino que, lo que es peor, provocará la deserción y la desilusión entre muchos miembros de la Orden, quizá en la mayoría.

—No de un modo inmediato. Dadas las condiciones actuales, las noticias viajan con lentitud. Además, Mwyr, tú subestimas la capacidad de la mente humana para ignorar datos que chocan con creencias establecidas.

—Pero...

—Está bien, supongamos lo peor. Supongamos que se pierde la fe y se desintegra la Orden. Eso significa un serio trastorno para el plan, pero no será algo irremediable. Los poderes paranormales son sólo una parte del montaje que consideramos lo bastante impactante como para actuar de motivador de un nuevo enfoque de la vida. Existen otros motivadores. Por ejemplo, la extendida fe en la magia entre las clases más ignorantes. Si es necesario, podemos empezar de nuevo, a partir de una base

diferente. La forma exacta del credo es lo que menos importa. Es sólo una máscara que oculta la auténtica estructura: un grupo social comunitario y antimaterialista, al que cada vez se inclinará más gente, simplemente por falta de otra cosa, cuando el futuro imperio se desmorone. Al final, la nueva cultura podrá eliminar, de hecho eliminará, todas las supersticiones que le dieron el impulso inicial.

—Como mínimo, significará una demora de cien años.

—En efecto. Ahora sería mucho más difícil introducir un elemento ajeno, cuando la sociedad autóctona ha desarrollado por sí misma firmes instituciones, de lo que lo era en el pasado. Sólo quiero que te convenzas de que la tarea no es imposible. En realidad, no me propongo que las cosas vayan tan lejos; es posible salvar a los Espers.

—¿Cómo?

—Debemos intervenir directamente.

—¿Ha sido computado eso como inevitable?

—Sí. La matriz da una respuesta categórica. Esto me gusta tan poco como a ti, pero la acción directa se presenta más a menudo de lo que se les suele decir a los neófitos en las escuelas. Sin duda, el procedimiento más elegante sería establecer esas condiciones iniciales en una sociedad, que ésta evolucionase de modo automático siguiendo las directrices deseadas. Además, esto nos mantendría ajenos ante el inquietante hecho de nuestra propia culpa en el derramamiento de sangre. Por desgracia, la Gran Ciencia no desciende a los detalles de la rutina diaria.

»En este caso en concreto, debemos ayudar a aplastar a los reaccionarios. Entonces, el gobierno actuará con tanta dureza con sus adversarios derrotados, que muchos de los que acepten la historia de lo que se encontró en Santa Helena no vivirán para propagarla. El resto... Bueno, se verán desacreditados por su propia derrota. Desde luego, la historia pervivirá durante mucho tiempo, y se hablará de ella aquí y allá. Pero ¿qué importancia puede tener eso? Los que crean en el Camino se sentirán fortalecidos en su fe, por el mismo proceso de desmentir tan horribles rumores. Como cada vez son más los individuos, tanto ciudadanos normales como Espers, que rechazan el materialismo, la leyenda parecerá cada vez más fantástica. Resultará evidente que algunos viejos inventaron la historia para explicar un hecho que ellos, en su ignorancia, eran incapaces de entender.

—Comprendo...

—No te sientes muy feliz aquí, ¿verdad Mwyr?

—No estoy seguro de ello. Todo está tan distorsionado.

—Alégrate de que no te enviaran a uno de los planetas realmente ajenos.

—Quizá lo hubiese preferido. Allí tendría que preocuparme del medio hostil. Así podría olvidarme de lo lejos que estaba de casa.

—Un viaje de tres años.

—No le quites importancia. Ten en cuenta que tres años a bordo de una nave espacial equivalen a cincuenta en tiempo cósmico. Y que no podemos esperar que a diario aparezca una nave de relevo, sino una vez cada siglo. Y... ten en cuenta que la

región que nuestras naves han explorado no es sino una parte mínima de la galaxia.

—Esa región explorada crecerá hasta que algún día abarque la galaxia entera.

—Sí, sí, lo sé. ¿Por qué crees tú que decidí hacerme psicodinámico? ¿Por qué crees que estoy aquí, aprendiendo a organizar el destino de un mundo al que no pertenezco? «Para crearla unión de los seres sensibles, para hacer avanzar a todas las especies un paso más hacia el control del universo por la materia viva». ¡Magnífico programa! Pero, según parece, en la práctica solamente se permite la libertad en ese universo a unas cuantas razas elegidas.

—No es así, Mwyr. Piensa en éstos a los que les estamos, como tú dices, organizando el destino. Piensa en cómo utilizaron la energía nuclear cuando la tenían. Al ritmo que van, la tendrán otra vez dentro de un siglo o dos. A partir de entonces, no tardarán mucho en construir naves espaciales. Incluso dando por sentado que durante ese período de tiempo se atenúen los efectos del contacto interestelar, esos efectos son acumulativos. ¿Para qué queremos entonces a esa horda de carnívoros suelta por la galaxia?

»No, primero hagamos que se civilicen interiormente; luego, ya veremos si podemos confiar en ellos. Si no, al fin serán felices en su propio planeta, con un sistema de vida estructurado para ellos por la Gran Ciencia. Recuerda que desde tiempo inmemorial aspiran a que la paz se imponga en la Tierra; pero eso es algo que nunca lograrán por sí solos. No pretendo ser muy buena persona, Mwyr. Sin embargo, este trabajo que hacemos consigue que no me sienta del todo inútil en el cosmos.

Al producirse muchas bajas, aquel año hubo rápidos ascensos. El capitán Thomas Danielis fue ascendido a mayor por su destacada participación en el sometimiento de los ciudadanos sublevados de Los Ángeles. Poco después, tuvo lugar la batalla de Maricopa, donde las fuerzas del gobierno fracasaron con grandes pérdidas en su tentativa de quebrar la tenaza de los rebeldes de la Sierra en el Valle de San Joaquín, y fue ascendido a teniente coronel. El ejército se encaminaba hacia el norte, moviéndose cautelosamente bajo las cordilleras de la costa, sospechando un ataque por el este en cualquier momento.

Pero los partidarios de Brodsky parecían estar demasiado ocupados reafirmando en sus recientes avances. El problema eran las guerrillas y la terca resistencia de las estaciones de jefes. Tras un choque particularmente duro, se detuvieron junto a Pinnacles a tomar aliento.

Danielis se abrió paso por entre el campamento, donde las tiendas se alineaban en apretadas hileras entre los cañones, y los hombres dormitaban, charlaban, jugaban y contemplaban fijamente el cielo azul y sereno. El aire era cálido, y llevaba un olor acre a humo de rancho, caballos, mulas, estiércol, sudor, grasa de botas. El verde de las colinas que se alzaban alrededor de aquel lugar iba adquiriendo la tonalidad marrón del verano. Estaba libre hasta que llegase la hora de la conferencia que el general había convocado, pero se sentía muy inquieto. *A estas alturas soy ya padre,*

pensó, y no he visto a mi hijo.

Aun así, tengo suerte, pensó. Aún conservo la vida y todos los miembros. Le asaltó el recuerdo de Jacobsen agonizando en sus brazos en Maricopa. Nunca había imaginado que un cuerpo humano contuviese tanta sangre. Pero quizás uno no fuese ya humano, cuando el dolor es tan grande que no se puede hacer nada más sino gemir hasta que llega la oscuridad.

Y yo solía pensar que la guerra era hermosa. Hambre, sed, agotamiento, terror, mutilación, muerte y siempre lo mismo, el aburrimiento royéndote y hundiéndote en la más ciega obediencia... Ya he tenido suficiente de todo eso. Cuando la guerra acabe me dedicaré a los negocios. Integración económica, cuando se derrumbe el sistema de los jefes; sí, habrá muchas salidas para un hombre de empuje, salidas decentes, sin necesidad de tener que empuñar un arma... Danielis comprendió que estaba repitiendo ideas sobre las que había pensado meses antes. Pero ¿qué otra cosa podía pensar?

Pasó junto a la gran tienda donde se interrogaba a los prisioneros. Un par de soldados conducían a un hombre a su interior. Era un tipo rubio, de aspecto corpulento y hosco. Llevaba el distintivo de sargento, pero aparte de esto, lo único que le quedaba del uniforme era la insignia de Warden Echevarry, jefe de aquella parte de las montañas costeras. Seguro que en tiempos de paz era leñador, pensó Danielis al verle; un soldado de un ejército privado siempre que pesase una amenaza sobre los intereses de Echevarry. Había sido capturado en el choque del día anterior.

Danielis siguió los pasos de aquel tipo por puro impulso. Entró en la tienda cuando el capitán Lambert, achaparrado tras la mesa portátil, terminaba los preliminares y parpadeaba en la subida oscuridad.

—¡Oh! —El oficial del servicio secreto hizo ademán de levantarse y dijo—: ¿Qué desea, señor?

—Siéntese —dijo Danielis—. Sólo pensé que me gustaría quedarme un rato para escuchar.

—Bien, intentaré que el espectáculo le resulte agradable. —Lambert volvió a sentarse y miró al prisionero, que estaba allí de pie, entre sus guardianes, con los hombros rígidos y las piernas separadas—. Ahora, sargento, nos gustaría saber unas cuantas cosas.

—Lo único que yo tengo que decir es mi nombre, mi rango y mi ciudad natal —masculló el prisionero—. Y eso ya lo saben.

—Bueno, eso es algo más que discutible. No eres un soldado extranjero, se trata de una sublevación contra el gobierno de tu mismo país.

—¡Eso es cierto! Yo soy un soldado de Echevarry.

—¿Y qué?

—Que para mí es juez quien diga Echevarry. Y él dice que es Brodsky. Así que los rebeldes sois vosotros.

—La ley ha sido alterada.

—Vuestro Fallón no tiene ningún derecho a cambiar las leyes. Especialmente las que integran la Constitución. No soy ningún ignorante, capitán. Asistí a la escuela. Y nuestro jefe nos lee todos los años la Constitución.

—Pero desde que se redactó la Constitución ha pasado mucho tiempo —dijo Lambert; su voz se hizo más aguda—. De todos modos, no voy a discutir contigo. ¿Cuántos escopeteros y cuántos arqueros hay en tu compañía?

Silencio.

—Podemos facilitarle mucho más las cosas —dijo Lambert—. No te pido que hagas nada que pueda considerarse traición. Lo único que quiero es que me confirmes cierta información que he recibido.

El prisionero negó colérico con la cabeza.

Lambert hizo un gesto. Uno de los soldados se puso tras el prisionero, le cogió del brazo y empezó a retorcérselo.

—Echevarry no me haría esto —dijo con los labios blancos.

—Claro que no —dijo Lambert—. Eres uno de los suyos.

—¿Acaso te crees que me gustaría ser sólo un número en alguna lista en San Francisco? ¡Yo soy un hombre de mi jefe! Lambert repitió el gesto. El soldado retorció más.

—Basta —gritó Danielis—. ¡Basta ya!

El soldado soltó el brazo del prisionero, evidentemente sorprendido por la orden. El prisionero suspiró débilmente.

—Me asombra usted, capitán Lambert —dijo Danielis; sentía que estaba enrojeciendo—. Si ésta es su forma habitual de actuar, tendrá que comparecer ante un tribunal militar.

—Por Dios, señor, no —dijo Lambert humildemente—. De veras. Pero es que... no quieren hablar. Casi ninguno. ¿Qué puedo hacer yo?

—Respetar las leyes de la guerra.

—¿Con rebeldes?

—Llévense a este hombre —ordenó Danielis. Los soldados se apresuraron a cumplir la orden.

—Lo siento, señor —murmuró Lambert—. Supongo..., supongo que he perdido a demasiados compañeros y no quiero que, por falta de información, caigan todavía más.

—Tampoco yo quiero que eso ocurra. —Danielis sintió un impulso compasivo. Se sentó en el borde de la mesa y empezó a liar un cigarrillo—. Pero, sabe, se trata de una guerra muy particular y, por tanto, por una curiosa paradoja, tenemos que ceñirnos a lo que dictan las normas con mucho más cuidado que en ningún otro caso.

—No entiendo del todo por qué, señor. Danielis terminó de liar el cigarrillo y se lo pasó a Lambert: ramo de olivo o algo parecido. Comenzó a liarse otro para él.

—Los rebeldes no son rebeldes por su propio impulso —dijo—. Son leales a una tradición que intentamos controlar y, en último término, destruir. Admitámoslo, el

jefe medio es un dirigente bastante bueno; es posible que descienda de algún salvaje que durante el caos se apoderó de su jefatura por métodos violentos, pero ahora la familia está integrada ya con la región que gobierna. Conoce la región, conoce a sus habitantes y representa en carne y hueso un símbolo de la comunidad, de sus costumbres y de su independencia básica. Si uno tiene algún problema, no tiene que pasar por toda una burocracia impersonal, sino que se limita a ir a hablar directamente con su jefe. Sus obligaciones están tan claramente definidas como las de sus súbditos y son bastante más absorbentes, para compensar de ese modo sus privilegios. Es quien conduce en la batalla y en las ceremonias que dan color y significado a la vida. Sus padres y los de sus súbditos han trabajado y jugado juntos durante doscientos o trescientos años. Todo el país está lleno de recuerdos de ellos. Jefe y súbditos, los dos, pertenecen a aquella tierra.

»Para que podamos elevarnos a un nivel más alto es preciso acabar con esto. No conseguiremos alcanzar ese nivel si nos ganamos el odio de todos. No somos un ejército de conquista; somos más bien como un cuerpo policial que intentase sofocar un motín en una ciudad. La oposición es una parte integrante de nuestra propia sociedad.

Lambert encendió una cerilla y le dio fuego. Danielis encendió el cigarrillo y luego concluyó:

—Y a un nivel más práctico, podría recordarle también, capitán, que las fuerzas armadas federales, aunque se unieran fallonistas y partidarios de Brodsky, no son demasiado cuantiosas. En realidad, poco más que un cuadro de oficiales. Somos una pandilla de jovenzuelos, campesinos fracasados, ciudadanos pobres, aventureros, gente que busca en su regimiento ese sentido de totalidad que por su educación esperan y no pueden encontrar en la vida civil.

—Me parece que es usted demasiado profundo para mí, señor —dijo Lambert.

—No se preocupe —dijo Danielis, con un suspiro—. Recuerde simplemente que hay muchos más hombres combatiendo fuera a los ejércitos enemigos que dentro. Si los jefes pudiesen establecer un mando unificado, acabarían con el gobierno de Fallón. Afortunadamente, todavía hay demasiado orgullo provincial y demasiada geografía entre ellos para que esto suceda... A menos que les hostiguemos y ultrajemos más allá del límite. Lo que queremos que piense el campesino ordinario, el pequeño propietario, e incluso el jefe normal es: «Bien, esos fallonistas no son tan malos chicos, y si aceptamos ponernos de su lado no vamos a perder mucho, y puede que ganemos algo a expensas de los que los combatan hasta el final». ¿Se da cuenta?

—Sssí, sí. Creo que sí.

—Es usted un tipo listo, Lambert. No tiene por qué pegar a los prisioneros para sacarles la información. Procure sonsacársela con habilidad.

—Lo intentaré, señor.

—Muy bien.

Danielis miró el reloj que, como por tradición, le habían dado junto con un sable

cuando le encomendaron su primera misión. (Objetos como éstos eran demasiado caros para el hombre normal; en la época de la producción en serie no había sido así; y quizá tampoco lo fuera en lo futuro).

—Tengo que irme. Ya nos veremos —se despidió Danielis.

Salió de la tienda sintiéndose un poco más alegre que cuando entró. *No hay duda de que soy un predicador nato*, admitió, y nunca puedo unirme a las payasadas en el comedor, y hay muchos chistes que me dejan totalmente indiferente; pero si logro engarzar unas cuantas ideas en el momento adecuado, me resulta muy agradable.

Llegó hasta él un rumor de música; al amparo de un árbol había varios hombres con un banjo, y cuando se dio cuenta estaba silbando lo que tocaban. Verdaderamente, resultaba agradable que todavía tuviesen ánimo para cantar, después de Maricopa y de una marcha hacia el norte cuyo objetivo todavía desconocían.

La tienda de conferencias era bastante grande, se la podía considerar un pabellón. Dos centinelas estaban apostados en la entrada. Danielis fue casi el último en llegar y se encontró con un puesto al fondo de la mesa, frente al brigadier general Pérez. El aire estaba cargado de humo y se oía el apagado rumor de la conversación, las caras estaban tensas.

Se hizo el silencio total cuando entró aquel hombre vestido con una túnica azul en el pecho, en la cual estaba el símbolo del yan y el yin. Danielis se quedó atónito al reconocer al filósofo Woodworth. Le había visto por última vez en Los Ángeles, y pensaba que se habría quedado en el centro Esper de allí. Debía haber llegado por conducto especial y por órdenes especiales.

Pérez se presentó. Ambos quedaron de pie, bajo las miradas de los oficiales.

—Caballeros, tengo importantes noticias —dijo Pérez con absoluta tranquilidad—. Debéis considerar un honor el encontraros aquí. Significa que, según mi criterio, puede confiarse, en primer lugar, en vuestra absoluta discreción respecto a lo que vais a oír y, en segundo, en que llevaréis a buen término una vital operación sumamente difícil.

Danielis se sorprendió al darse cuenta de que faltaban varios individuos que, por su rango, deberían estar allí.

—Repito —dijo Pérez—, cualquier quiebra de secreto puede destruir todo el plan. En ese caso, la guerra se prolongaría durante meses o incluso durante años. Ya sabéis lo mala que es nuestra situación. También sabéis que será todavía peor cuando se agoten nuestras reservas de los suministros que el enemigo ahora nos intercepta. Podemos incluso ser vencidos. No creáis que por decir esto soy un derrotista, sólo soy realista. Podríamos perder la guerra.

»Por otra parte, si este nuevo plan se lleva a efecto, este mismo mes podremos acabar con el enemigo definitivamente.

Hizo una pausa para darles tiempo a asimilar sus palabras y luego continuó:

—El plan ha sido elaborado por el Estado Mayor Central conjuntamente con la Sede Central Esper de San Francisco hace tan sólo unas semanas. Por eso es por lo

que nos dirigimos al norte... —Dejó que se apagaran las exclamaciones de sorpresa que recorrieron la mesa—. Como ya sabéis, la Orden Esper es neutral en conflictos políticos, pero también sabéis que se defiende cuando la atacan. Y, probablemente, estéis al corriente de que los rebeldes la han atacado. Se han apoderado del asentamiento del Valle Napa y desde entonces se han dedicado a difundir falsos rumores sobre la Orden. ¿Querría usted hablar sobre el asunto, filósofo Woodworth?

El hombre de la túnica azul asintió con un gesto. Luego, dijo fríamente:

—Nosotros tenemos medios propios de descubrir las cosas; podríamos llamarlo servicio secreto. Así que puedo darles un informe completo de los hechos. Santa Helena fue asaltada en un momento en que la mayoría de sus adeptos estaban fuera, ayudando a organizar una nueva comunidad recién fundada en Montana.

¿*Cómo podían viajar tan rápido?* se preguntó Danielis. ¿*Teleportación, tal vez?*

—La verdad es que no sé si el enemigo lo sabía o si, sencillamente, les acompañó la suerte. Lo cierto es que cuando los dos o tres adeptos que quedaban llegaron y les advirtieron que se marcharan, estalló la lucha y los adeptos fueron asesinados antes de poder actuar. —Sonrió—. No pretendemos ser inmortales, salvo en el sentido en que toda cosa viva lo es. Ni infalibles, tampoco. Así que ahora Santa Helena está ocupada. No pretendemos tomar medidas inmediatas al respecto, porque mucha gente de la comunidad podría resultar perjudicada.

»En cuanto a los cuentos que el mando enemigo ha estado difundiendo... En fin, admito que yo haría lo mismo si tuviese una oportunidad así. Todo el mundo sabe que un adepto puede hacer cosas que ninguna otra persona puede hacer. Los soldados que comprendan que han hecho un mal a la Orden estarán aterrados ante la idea de una venganza sobrenatural. Ustedes son hombres cultos, y saben que no hay nada sobrenatural en ello, que se trata sólo de utilizar los poderes que la mayoría de nosotros poseemos en estado latente. También saben que la Orden es contraria a toda venganza, pero el soldado raso común no piensa igual y sus oficiales tienen que restaurarles la moral de algún modo. Así que preparan un aparato y les explican que los adeptos utilizaban, en realidad, una tecnología avanzada. Muy avanzada, desde luego, pero que no deja de ser una serie de máquinas que pueden ponerse en funcionamiento como todas las máquinas. Y eso es todo.

»Aun así, se trata de una amenaza para la Orden; y, de ningún modo, podemos permitir que un ataque contra los nuestros quede impune. Así que la Sede Central Esper ha decidido ayudar a vuestro bando. Cuanto más pronto acabe la guerra, será mejor para todos.

Un suspiro recorrió la mesa, y también unos cuantos juramentos exaltados. Danielis sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. Pérez alzó una mano.

—No tan deprisa, por favor —dijo el general—. Los adeptos no van a dedicarse a abatir al enemigo con sus poderes psíquicos en nuestro beneficio. Para ellos ya ha sido bastante duro decidirse a hacer lo que han aceptado hacer. Yo, en fin, comprendo que el desarrollo personal de cada Esper se retrasará varios años a causa de esta

violencia. Están haciendo un gran sacrificio.

»Según les dictan sus reglas, pueden utilizar sus poderes parapsíquicos para defender una de sus poblaciones contra un ataque. Muy bien... Un asalto a San Francisco se considerará como un asalto a su Sede Central, sus cuarteles generales para todo el mundo.

La intuición de lo que vendría ahora cegaba a Danielis. Apenas si pudo oír a Pérez que continuó seca y minuciosamente:

—Repasemos la situación actual. Ahora el enemigo controla más de la mitad de California, Idaho y todo Oregón. Y buena parte de Washington. Nosotros, este ejército, estamos utilizando el último acceso por tierra a San Francisco que nos queda. El enemigo no ha intentado aún interceptarlo, porque las tropas que hemos traído del norte, los que no están en el campo actualmente, forman una guarnición ciudadana bastante fuerte que puede salir a atacarle. Y ellos están recogiendo demasiados triunfos en otras partes para aceptar el coste de esta operación.

»Y tampoco pueden atacar la ciudad con cierta esperanza de éxito. Aún dominamos Puget Sound y los puertos del sur de California. Nuestros barcos nos pueden traer las suficientes municiones y alimentos que precisamos. Su poder naval es muy inferior al nuestro. Principalmente, tienen goletas donadas por jefes de las zonas costeras, que operan con base en Portland. Podrían interceptar algún convoy de vez en cuando, pero hasta ahora no lo han intentado porque no les merece la pena; llegarían otros mejor escoltados. Y, por supuesto, no pueden penetrar en la bahía, puesto que tenemos artillería y cohetes emplazados a ambos lados de Golden Gate; lo único que pueden hacer es mantener algunas comunicaciones marítimas con Hawái y Alaska.

»Sin embargo, el objetivo último del enemigo es San Francisco, y es lógico que así sea... Se trata de la sede del gobierno y de la industria, el corazón del país.

»Así pues, el plan es el siguiente. Nuestro ejército debe enfrentarse de nuevo con el Comando de la Sierra y sus milicias auxiliares, trabando batalla en San José. Se trata de una maniobra perfectamente lógica. Si triunfa, dividiríamos en dos sus fuerzas de California. Sabemos que ya están concentrando hombres previendo precisamente esta maniobra.

»No vamos a ganar. Libraremos una dura batalla y luego retrocederemos. Ésa es la parte más dura: fingir una grave derrota, convencer de ello incluso a nuestras propias tropas, y aun así mantenernos en buen orden. Sobre este punto debemos concretar muchos detalles.

»Retrocederemos hacia el norte, península arriba, en dirección a San Francisco. El enemigo se verá obligado a perseguirnos. Les parecerá un regalo del cielo la posibilidad de destruirnos y llegar a las murallas de la ciudad.

»Cuando hayan entrado lo bastante en la península, con el océano a la izquierda y la bahía a la derecha, les desbordaremos por el flanco y les atacaremos por retaguardia. Los adeptos Espers estarán allí para ayudarnos. De pronto, se

encontrarán atrapados entre nosotros y las defensas terrestres de la capital. Lo que los adeptos no barran, lo barreremos nosotros. Del Comando de la Sierra sólo quedarán unas cuantas guarniciones; el resto será una operación de limpieza.

»Es un plan inteligente. Y, como todos los que lo son, es muy difícil de ejecutar. ¿Estáis preparados para hacer este trabajo?

Danielis no unió su voz a la de los otros. Estaba pensando con demasiada concentración en Laura.

Hacia el norte y hacia la derecha había lucha. De cuando en cuando, retumbaba el cañón, o se oía una descarga de fusil, la hierba y los robles retorcidos por el viento que crecían en las laderas estaban cubiertos de humo. Pero al fondo, junto a la costa, sólo se oía el oleaje, el soplar del viento y el silbar de la arena entre las dunas.

MacKenzie cabalgó a lo largo de la playa, donde el terreno era más favorable y la vista más amplia. La mayor parte de su regimiento estaba situado tierra adentro. Pero se trataba de una zona accidentada, de terreno áspero, bosques, restos de antiguas viviendas, que hacían que la marcha fuese lenta y difícil. En otros tiempos, antes de que la tormenta de fuego que siguió al estallido de la Infiernobomba arrasase todo, aquella zona había estado densamente poblada. La reducida población que ahora la habitaba no podía aprovechar aquel suelo estéril. No parecía siquiera que hubiese enemigos cerca de aquella ala izquierda del ejército.

Los Cantos Rodados no habían recibido orden de ocupar tal posición por este motivo. Podrían haber ocupado el centro, como los que estaban ahora en él haciendo retroceder al enemigo hacia San Francisco. Ya habían luchado bastante en aquella guerra, cuando operaban junto a Calistoga ayudando a expulsar a los fallonistas del norte de California. El trabajo se había hecho tan concienzudamente que ahora sólo se necesitaba allí una pequeña fuerza para controlar la zona. Casi todo el Comando de la Sierra se había reunido en Modesto, encontrándose con el ejército enemigo que avanzaba hacia el norte. La batalla se entabló junto a San José, y el enemigo se vio obligado a retroceder aparatosamente. En un día o dos, la ciudad blanca aparecería ante sus ojos.

Y allí, el enemigo nos hará frente, *pensaba MacKenzie*, reforzado por la guarnición de la ciudad. Y habrá que bombardear sus posiciones; quizá tengamos que tomar la ciudad calle por calle. Laura, hija mía, cuando acabe todo, ¿estarás aún viva?

Por supuesto, puede que las cosas no sucedan así. Puede que mi plan resulte y que ganemos fácilmente... ¡qué terrible es ese «puede»!

Juntó sus manos en una palmada que sonó como un disparo de pistola.

Speyer le miró. La familia del mayor estaba segura; había podido incluso visitarles en Monte Lassen, cuando acabó la campaña del norte.

—Esto es duro —dijo.

—Es duro para todos —dijo MacKenzie con sorda cólera—. Es una guerra asquerosa.

Speyer se encogió de hombros.

—No es diferente al resto de las guerras, salvo que esta vez los ciudadanos de los Estados Pacíficos de América están en el lado que recibe y en el que da.

—Sabes muy bien que nunca me ha gustado esto.

—¿A qué hombre en su sano juicio le gusta?

—Cuando quiero un sermón lo pido.

—Perdona —dijo Speyer, con sinceridad.

—Yo también te pido perdón —dijo MacKenzie, instantáneamente arrepentido—. Tengo los nervios a flor de piel. ¡Maldita sea! Incluso creo que me apetece que se inicie un combate.

—No me sorprendería que fuese pronto. Todo esto no me da muy buena espina.

MacKenzie miró a su alrededor. A la derecha, el horizonte estaba rodeado de colinas tras las cuales se extendía la baja pero maciza cordillera de San Bruno. De vez en cuando, podía verse uno de sus propios escuadrones, a pie o a caballo. En el cielo ronroneaba un avión. Pero había bastantes puntos donde protegerse. En cualquier instante aquello podía ser un infierno... Aunque, eso sí, un infierno forzosamente pequeño, rápidamente reducido con obuses o bayonetas, con pocas bajas. (¡Maldita sea! Cada uno de los que componían esas escasas bajas era un hombre muerto, con mujeres e hijos para llorarle, o un hombre que contemplaba un fragmento de su brazo, o un hombre con los ojos y la cara destrozados por una explosión; pero ¿qué clase de pensamientos eran aquéllos?).

Como si buscase consuelo, MacKenzie dirigió su mirada hacia la izquierda. El océano ondulaba con un tono gris verdoso, resplandeciendo a lo lejos, alzándose y rompiendo en un fragor de blancas crestas más cerca de tierra. Aspiró el olor a sal y a algas. Sobre las revueltas arenas volaban algunas gaviotas. No se veía ninguna vela ni el humo de la chimenea de ningún vapor... Sólo un vacío. Los convoyes de Puget Sound a San Francisco y los barcos rápidos de los jefes de la costa estaban a millas más allá del horizonte.

Así era como debía ser. Quizás en alta mar las cosas se estuviesen desarrollando de un modo feliz. Sólo se podía probar, y esperar con fe... Había sido sugerencia suya, James MacKenzie hablando en la conferencia convocada por el general Cruikshank entre las batallas de Maricopa y San José. El mismo James MacKenzie que había propuesto por primera vez que el Comando de la Sierra bajase de los montes y que había descubierto el tremendo engaño de los Espers, y había logrado minimizar ante sus hombres el hecho de que detrás del fraude había un misterio en el que daba miedo pensar. Su nombre perduraría en el tiempo, se cantarían baladas sobre aquel coronel durante quinientos años.

Todo eso él no lo sentía. James MacKenzie sabía que, en el mejor de los casos, no era más inteligente que la media, y que ahora se sentía embotado por el cansancio y aterrado pensando en el destino de su hija. Respecto a sí mismo, le acosaba el miedo a ciertas medidas mutiladoras. Tenía que emborracharse muchas veces para conciliar el sueño. Se afeitaba porque un oficial debe mantener las apariencias, pero era

totalmente consciente de que si no tuviese un ordenanza para hacerlo estaría tan mal afeitado como cualquier soldado raso. Su uniforme estaba descolorido y deshilachado. Su cuerpo hedía y le picaba. Tenía unas tremendas ganas de fumar, pero había problemas en el comisariato y debían contentarse con poder tener comida. Sus triunfos se reducían a tareas dispersas, remiendos llevados a cabo en la total confusión, o a marchas y ataques como aquéllos, deseando únicamente que aquel infierno terminase. Un día cualquiera, gasasen o perdiesen, su cuerpo se desmoronaría (podía sentir cómo la maquinaria iba desarticulándose, sentía punzadas artríticas, jadeaba al respirar, se quedaba dormido en medio de un trabajo), y su final sería tan indigno y solitario como el de todos los otros seres humanos. ¿Un héroe? ¡Qué estúpida burla!

Su atención volvió a fijarse en el momento presente. Detrás de él iba un sector del regimiento que acompañaba a la artillería playa adelante, unos mil hombres con vehículos artilleros, furgones, carros tirados por mulas, unos cuantos camiones y un valioso vehículo acorazado. Formaban una parda masa coronada de cascos, en difusa formación, fusiles y arcos dispuestos. La arena amortiguaba el ruido de sus pisadas, de modo que sólo se oía el oleaje y el silbar del viento. Pero cuando el viento cesaba, MacKenzie captaba la melodía del cuerpo de hechiceros: una docena de individuos atezados, viejos, indios la mayoría, que llevaban las varas mágicas y silbaban a coro el Canto Contra las Brujas. No confiaba gran cosa en la magia, pero cuando llegaba a él aquel rumor sentía escalofríos.

Todo está en orden, *insistió*. Lo conseguiremos.

Luego: Pero Phil tiene razón. Todo esto parece muy extraño. El enemigo debería haber luchado para conseguir una vía de retirada en dirección sur e impedir que les encajonásemos.

El capitán Hulse se acercó al galope. Hubo un revuelo de arena cuando detuvo el caballo.

—Informe de patrulla, señor.

—¿Sí? —MacKenzie se dio cuenta de que casi había gritado—. Adelante.

—A unos seis kilómetros en dirección noroeste se ha observado una considerable actividad del enemigo. Parece como si una tropa se dirigiese hacia nosotros.

MacKenzie se irguió.

—¿No tiene usted nada más concreto que eso?

—Hasta el momento no, señor; el terreno es muy accidentado.

—¡Que hagan un reconocimiento aéreo de la zona, por amor de Dios!

—Sí, señor. Enviaré también más exploradores.

—Ahí los tenemos, Phil.

MacKenzie se dirigió hacia el camión de la radio. Llevaba un pequeño receptor en la alforja, pero San Francisco había estado interfiriendo constantemente todas las transmisiones y se necesitaba un equipo muy potente para captar y transmitir señales, aunque sólo fuese a unos cuantos kilómetros de distancia. Las patrullas debían

servirse de mensajeros para comunicarse.

Se dio cuenta de que la zona quemada desaparecía. En el interior de la península, más hacia el norte, había carreteras decentes donde se habían asentado nuevas poblaciones. El enemigo, que todavía controlaba aquella zona, podía utilizarlas para efectuar movimientos rápidos.

Si ellos hacen retroceder su centro y nos atacan por los flancos, estaremos en posición inferior.

Una voz del cuartel del alto mando, apenas audible entre los zumbidos y pitidos, confirmó la captación del informe, y comunicó lo que se sabía del resto de las zonas. Constantes maniobras a derecha y a izquierda, sí, parecía como si los fallonistas fuesen a intentar un ataque. Pero podía tratarse sólo de una estratagema. Hasta que se aclarase la situación, el cuerpo principal del ejército de la Sierra debía seguir donde estaba. Los Cantos Rodados debían resistir un tiempo por sí solos.

—Lo haremos.

MacKenzie volvió a encabezar su columna. Speyer, al oír la orden, asintió con un gesto sombrío.

—Es mejor que estemos preparados, ¿no te parece?

—Sí, desde luego.

Cuando uno tras otro fueron pasando los oficiales ante él, MacKenzie se perdió en un enorme tumulto. Había que reagrupar a las secciones más dispersas. Era preciso defender la playa y el terreno elevado que quedaba inmediatamente encima.

Se escurrían los hombres, relinchaban los caballos, traqueteaban en su avance los cañones. El aeroplano de exploración regresó en vuelo lo suficientemente bajo para una transmisión. No había duda, se iniciaba un ataque; era difícil calcular el volumen de las fuerzas atacantes, pues el terreno estaba cubierto de árboles, pero podría muy bien tratarse de una brigada.

MacKenzie, con su estado mayor y sus correos, se colocó en la cima de un cerro. Tras él se extendía una línea artillera, hasta la costa. La caballería aguardaba tras ellos, las lanzas relumbrando, con una compañía de infantería de apoyo. El mar atronaba con sus propios cañonazos, y las gaviotas comenzaron a agruparse como si supiesen que muy pronto tendrían carne en abundancia.

—¿Crees que podremos rechazarles? —preguntó Speyer.

—Seguro —dijo MacKenzie—. Si descienden a la playa, les tendremos directamente a tiro, y atacaremos además su línea frontal. Si viniesen por más arriba, en fin, éste es un ejemplo de libro de texto de terreno apto para la defensa. Claro que si avanzan con más tropas cruzando nuestras líneas más al interior, quedaremos aislados; pero de momento eso no debe preocuparnos.

—Creo que pretenden rodear nuestro ejército y atacarnos por la retaguardia.

—Yo también lo creo. Aunque no es demasiado hábil por su parte. Igual podemos aproximarnos a San Francisco combatiendo hacia atrás y hacia adelante.

—A menos que la guarnición de la ciudad salga.

—Ni siquiera así. Las fuerzas están más o menos igualadas, y nosotros tenemos más municiones y combustibles. Además, contamos con la ayuda de muchas milicias de jefes que están acostumbradas a la guerra desorganizada en terreno montañoso.

—Si conseguimos derrotarles... —Speyer apretó los labios.

—Adelante —dijo MacKenzie.

—Nada.

—¿Cómo que no? Estabas a punto de recordarme el paso siguiente: ¿Cómo tomaremos la ciudad sin que se produzcan grandes pérdidas en ambos bandos? Bueno, da la casualidad de que sé que tenemos una carta escondida que podremos jugar a última hora y que podrá ayudarnos.

Speyer apartó su compasiva mirada de MacKenzie. Sobre el cerro se hizo el silencio.

Tardó aún algún tiempo en aparecer el enemigo. Primero se destacaron unos cuantos jinetes al fondo de las dunas, luego toda la masa de tropas brotó de las quebradas, colinas y bosques. Alrededor de MacKenzie revoloteaban los informes. Una fuerza poderosa, casi el doble de la nuestra, pero con poca artillería; además, probablemente tengan escasez de combustible, con lo que dependerán mucho más que nosotros de la tracción animal en el momento de transportar su equipo. Evidentemente, van a lanzarse a la carga, arriesgándose a sufrir muchas bajas, con el fin de poder llegar a una lucha a sable y bayoneta con la artillería de los Cantos Rodados. Teniendo esto en cuenta, MacKenzie dio órdenes.

Las tropas enemigas formaron a más o menos un kilómetro y medio de distancia. Gracias a los prismáticos, MacKenzie pudo reconocerlos, las bandas rojas de los Caballos de Madera, y el pendón verde y oro de los Dagos ondeaban por el azote del viento del mar. En otros tiempos, había servido en ambos regimientos. Era una traición recordar que Ives era partidario de utilizar la formación en cuña y usar este dato contra él...

Un vehículo blindado enemigo y unas cuantas piezas artilleras, piezas ligeras arrastradas por caballos, resplandecían metálicamente bajo la luz del sol.

Sonaron agudos clarines. La caballería fallonista bajó las lanzas e inició el trote. A medida que avanzaban, fueron ganando velocidad, pasaron del trote al galope, hasta que la tierra comenzó a retemblar bajo ellos. Luego inició su avance la infantería, con los cañones a los flancos. El vehículo blindado avanzaba entre la primera y la segunda línea de infantería. Curiosamente, no tenía ningún lanzacohetes en la parte superior ni se veían cañones sobresaliendo de las ranuras. Aquéllas eran buenas tropas, pensó MacKenzie, que avanzaban en cerrada formación con aquella especie de oleaje recorriendo las filas, todo un indicio de veteranía. Le resultaba odioso lo que iba a suceder. Sus líneas de defensa aguardaban inmóviles en la arena. De las colinas, donde estaban situados morteros y fusileros, brotó una descarga. Un jinete cayó de su caballo atravesado por una bala, y un soldado de infantería se agarró el vientre y se desplomó de rodillas; sus compañeros continuaron avanzando y

cubrieron de nuevo su hueco. MacKenzie miró hacia sus cañones, los hombres los estaban preparando. Esperad a que el enemigo esté a tiro... ¡Ahora! Yamaguchi, situado junto a la línea de artilleros, alzó su sable y su hoja brilló al descender. Bramaron los cañones. Estalló el fuego entre el humo, saltó la arena, y la metralla cayó sobre las tropas atacantes. Inmediatamente, los artilleros iniciaron las maniobras necesarias para cargar de nuevo sus piezas, manteniendo el ritmo firme de tres rondas por minuto que conservaba en perfecto estado los cañones y destrozaba a los ejércitos. Los caballos bramaban enredados en sus propias entrañas sangrientas, pero no habían caído muchos. La caballería de los Caballos de Madera continuaba a todo galope. Ahora, sus primeras líneas estaban tan próximas que, gracias a sus prismáticos, MacKenzie vio una cara rojiza, pecosa, un muchacho de un rancho convertido en soldado, con la boca deformada por un grito.

Los arqueros situados tras la línea de artillería iniciaron su tarea. Silbaron las flechas hacia el cielo, andanada tras andanada, pasaron sobre las gaviotas y descendieron luego hacia la playa. Las llamas y el humo rugían mordiendo la hierba de la colina, destrozando los bosquecillos de roble. En la arena había hombres tendidos, algunos aún se movían, cual insectos que hubiesen sido pisoteados. La artillería del flanco izquierdo del enemigo se detuvo, tomó posición, y empezó también a hacer fuego. Inútil... Pero ¡Dios mío, aquel oficial tenía coraje! MacKenzie vio que las líneas atacantes se agitaban. Un ataque de su propia caballería e infantería, al fondo de la playa les obligaría a reagruparse.

—Preparados para avanzar —dijo por su transmisor.

Vio a sus hombres dispuestos. El cañón bramó de nuevo.

El vehículo acorazado que avanzaba con los atacantes se detuvo. Algo se estremeció como para que se oyese por encima de las explosiones. Una pantalla blanquiazul recorrió la colina más próxima. MacKenzie cerró los ojos, cegado. Cuando los volvió a abrir, vio que los matorrales ardían. Un Canto Rodado salió de su posición, aullando, con las ropas incendiadas. Se lanzó sobre la arena y comenzó a revolcarse en ella. En aquella parte de la playa se alzó una gigantesca ola, con una cresta de unos seis metros de altura, que batió la colina.

El soldado que había salido ardiendo de su posición se desvaneció en la avalancha que enterró a sus cantaradas.

—¡Una carga psi! —gritó alguien, con una voz débil y horrorizada, entre el caos y el temblar de las llamas—. Los Espers...

Inmediatamente al sonido de un clarín, la caballería de la Sierra se lanzó al ataque. Pasados sus propios cañones, los jinetes cayeron sobre el desparramado enemigo... Y caballos y jinetes se alzaron en el aire, arrastrados por un gigantesco e invisible torbellino para caer nuevamente a tierra, destrozados. La segunda línea de ataque se disolvió. Los caballos reculaban, pateaban en el aire, daban la vuelta y huían en todas direcciones.

Se oyó un terrible zumbido. MacKenzie veía el mundo como a través de una

niebla, como si su mirada tuviese que traspasar un cristal opaco. Otro resplandor cruzó las colinas, esta vez más arriba, achicharrando soldados.

—Nos barrerán —dijo Speyer, con un tono sordo que se alzaba y caía en las oleadas del aire—. En cuanto se produzca la estampida entre nuestras fuerzas, ellos se reagruparán.

—¡No! —gritó MacKenzie—. ¡Los adeptos deben estar en aquel vehículo blindado! Vamos.

En total confusión, la mayor parte de su caballería había retrocedido para confundirse con la artillería. La infantería permanecía inmóvil, pero a punto de desencadenarse una fuga masiva. MacKenzie miró a su derecha y vio que el enemigo también estaba confuso, también para ellos debía haber sido una terrible sorpresa, pero en cuanto se recuperasen de ella avanzarían, y nada podría detenerles... Fue como si otro hombre espolease su montura. El animal se debatía, espumeante, lleno de pánico. Tiró con fuerza de las bridas haciéndole girar y le clavó brutalmente las espuelas en los flancos. A la carrera, bajó por la loma hacia dónde estaban los cañones.

Cuando llegó ante las bocas de los cañones, tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para detener el caballo. Había un hombre muerto aunque no tenía señal alguna de herida. MacKenzie desmontó de un salto. Su caballo huyó. Pero no tenía tiempo para preocuparse por eso. ¿Dónde estaba el ayudante?

—¡Venga aquí! —Su grito se perdió en el tumulto.

De pronto, apareció otro hombre a su lado, Speyer, que cogió un proyectil y lo introdujo en el cañón. MacKenzie enfocó la mira telescópica calculando por puro tanteo e intuición. Vio el vehículo de los Espers entre los muertos y los heridos. A aquella distancia parecía demasiado pequeño para ser capaz de asolar acres.

Speyer le ayudó a enfocar el cañón. Disparó. El cañón bramó y escupió fuego. El proyectil fue a caer a unos metros del objetivo, demasiado corto. Salió un chorro de arena y de fragmentos de metal. Speyer tenía ya cargado el siguiente. MacKenzie apuntó y disparó. Esta vez el tiro había sido largo, aunque no demasiado. El vehículo se tambaleó. El impacto podría haber herido a los Espers que estaban dentro; las ráfagas PSI se habían paralizado. Pero era preciso dar en el blanco antes de que el enemigo consiguiera reorganizarse de nuevo.

Corrió hacia el vehículo acorazado de su propio regimiento. La puerta estaba abierta, los soldados habían huido. Se sentó en el puesto del conductor. Speyer cerró la puerta y pegó su cara al periscopio del lanzacohetes. MacKenzie lanzó el coche hacia adelante. La bandera que llevaba en el techo ondeaba al viento.

Speyer apuntó con el lanzacohetes y apretó el dispositivo de fuego. El proyectil recorrió los metros que mediaban con una llamarada y explotó. El otro vehículo dio una vuelta de campana. Teñí a un agujero abierto a un lado.

Si los muchachos se agrupan y avanzaran ahora... Bueno, aunque no lo hagan, estoy perdido de todos modos. MacKenzie detuvo su vehículo, abrió la puerta y salió.

Se acercó al otro vehículo, que ahora sólo era un montón de metales retorcidos y renegridos. Se introdujo entre ellos, entre humo y hedores.

Dentro había dos Espers. El conductor estaba muerto, un trozo de metal le había atravesado el pecho. El otro, el adepto, gemía entre sus inhumanos instrumentos, la cara cubierta de sangre. MacKenzie echó a un lado el cadáver y le quitó la túnica. Agarró un tubo curvado de metal y salió del vehículo. Speyer estaba aún en su vehículo acorazado, disparando las ametralladoras contra los enemigos que intentaban aproximarse. MacKenzie subió por la escalerilla del vehículo destrozado, y se puso de pie en el centro. Agitó la túnica azul en una mano y el arma cuyo uso desconocía en la otra.

—¡Venid, hijos míos! —gritó, dirigiéndose a sus hombres—. ¡Les hemos eliminado ya! ¿Qué más queréis? ¿Que os sirvamos el desayuno en la cama también?

Una bala silbó junto a su oído, pero ni siquiera le rozó. La mayoría de los soldados enemigos, tanto de caballería como de infantería, se habían quedado paralizados. Ante aquel impresionante silencio no pudo determinar con claridad si lo que oía era el oleaje o la sangre corriendo por sus venas.

De nuevo, se oyó un clarín. Triunfante, el cuerpo de hechiceros silbaba; sus tam tam atronaban. Una línea irregular de su infantería comenzó a avanzar hacia él. Luego le siguieron otras. La caballería se unió a ellos, hombre a hombre y unidad a unidad, situándose a los flancos. Los soldados descendían a la carrera por las lomas humeantes.

MacKenzie saltó a la arena y se dirigió hacia su vehículo acorazado.

—Volvamos —le dijo a Speyer—. Al fin tendremos una batalla.

—¡Cállate! —dijo Tom Danielis.

El filósofo Woodworth le miró fijamente. La niebla impregnaba todo el bosque, ocultando el terreno y sumergiendo a la brigada en un vacío grisáceo a través del cual llegaba un apagado rumor de hombres, caballos y ruedas, un sonido aislado e infinitamente pesado. El aire estaba frío y la ropa pesaba mucho sobre la piel.

—¡Señor! —exclamó el mayor Lescarbault. Los ojos muy abiertos en aquel rostro escuálido reflejaban sorpresa.

—¿Te sorprende que le diga a un importante Esper que deje de croar sobre un tema que ignora completamente? —replicó Danielis—. Pues bien, ya era hora de que alguien lo hiciese.

Woodworth recuperó su compostura.

—Lo único que yo digo, hijo, es que debemos agrupar a nuestros adeptos y atacar a los partidarios de Brodsky por el centro —dijo recriminatoriamente—. ¿Qué hay de malo en eso?

Danielis apretó los puños.

—Nada, salvo que eso puede provocar un desastre mucho mayor del que nos habéis hecho sufrir ya.

—Sólo hemos tenido un par de descalabros —contestó Lescarbault—. Nos han

hecho retroceder por el oeste, pero conseguimos rodear su flanco aquí, junto a la bahía.

—Con el resultado global de que su cuerpo principal giró, nos atacó y nos partió por la mitad —replicó Danielis—. Los Espers nos han servido de muy poco desde que..., desde que los rebeldes saben que necesitan vehículos para transportar sus armas, y que pueden matarlos. La artillería puede centrarse en sus posiciones, o pueden disponer grupos de incursión que ataquen y huyan, dejándolos muertos; o, simplemente, el enemigo puede dispersarse por todos los puntos en que sepan que hay Espers. ¡Carecemos de los adeptos suficientes!

—Por eso, propongo que los reunamos en un grupo que sea lo bastante numeroso como para resistir —dijo Woodworth.

—Y lo bastante embarazoso para resultar inútil —replicó Danielis.

No podía disimular su irritación al saber que durante toda su vida, la Orden había estado engañándole. Sí, pensaba que aquél era el motivo, el verdadero motivo de su amargura. No le molestaba tanto que los adeptos no hubiesen podido derrotar a los rebeldes (fracasando, básicamente, en la tentativa de abatir su empuje y sus ánimos), sino el hecho de que los adeptos sólo fuesen un instrumento de alguien, y que todas las amables y voluntariosas almas de todas las comunidades Esper fuesen sólo peones con los que alguien jugaba.

Deseaba ardientemente volver junto a Laura; hasta entonces no había tenido ninguna oportunidad de verla... Laura y el niño eran la única realidad honesta que aquel mundo nebuloso le había dejado. Logró controlarse y continuó, más calmado:

—Los adeptos, los que sobrevivan, no nos serán de gran ayuda para la defensa de San Francisco. Un ejército libre de movimientos en el campo puede combatirlos de un modo u otro, pero vuestras..., vuestras armas pueden rechazar un ataque contra las murallas de la ciudad. Así que allí es donde debéis estar.

Posiblemente aquello era lo más acertado que podía hacer. No llegaba mensaje alguno de la mitad norte del ejército fallonista. Seguramente se habría retirado hacia la capital, sufriendo graves pérdidas en el camino. Las interferencias en la radio persistían, impidiendo tanto sus comunicaciones como las del enemigo. Tenía que actuar, bien retrocediendo hacia el sur, bien abriéndose camino combatiendo hasta la ciudad. Esto último parecía lo más aconsejable. No creía que Laura tuviese mucho que ver con aquella elección.

—Yo no soy un adepto —dijo Woodworth—. No puedo establecer una comunicación mental con ellos.

—Quieres decir que no puedes utilizar tu equivalente de la radio —dijo brutalmente Danielis—. Bueno, tenemos un adepto en reserva. Que él transmita la orden.

Woodworth vaciló.

—Espero —dijo—, espero que entienda que esto fue una sorpresa también para mí.

—Oh, sí, claro, filósofo —terció Lescarbault. Woodworth tragó saliva.

—Sigo fiel al Camino y a la Orden —dijo ásperamente—. ¿Qué otra cosa puedo hacer? El Gran Buscador ha dicho que cuando termine todo esto nos dará una clara y completa explicación. —Movi6 la cabeza—. Está bien, hijo, haré lo que pueda.

Mientras la túnica azul desaparecía por entre las tinieblas, Danielis sintió compasión de aquel hombre. Fue dando sus órdenes con tono severo.

Poco a poco, sus fuerzas iban reagrupándose y avanzando. Estaba con la Segunda Brigada; el resto se hallaba esparcido por la península en los fragmentos en que los rebeldes les habían dividido. Danielis esperaba que los adeptos, también dispersos, se unieran a él en su marcha a través de la cordillera de San Bruno, y condujesen a otros hasta él. Pero la mayoría vagaban desmoralizados y, sin duda, se rendirían a los primeros rebeldes que se presentaran.

Cabalgaba junto a las primeras líneas, por un camino lleno de barro que culebreaba sobre las altas tierras. El casco le pesaba muchísimo. El caballo vacilaba, agotado por (¿cuántos días?) marchas, retiradas, batallas, escaramuzas, raciones escasas o nulas, calor, frío, miedo, tierras desoladas. En cuanto llegaran a la ciudad se ocuparía de que aquella pobre bestia recibiese el oportuno tratamiento. Que todas aquellas pobres bestias que iban tras él lo recibiesen, después de tanto caminar y luchar y caminar de nuevo hasta que se les velaban los ojos de fatiga.

Ya tendremos tiempo en San Francisco para descansar. La ciudad es inexpugnable, las murallas, la artillería y las armas de los Espers nos protegerán de los ataques que nos lancen desde tierra, y tendremos el mar a la espalda que nos hará llegar los suministros necesarios. Podremos reponer fuerzas, reagruparnos, pedir tropas frescas de Washington y también del sur. Pueden venir por barco. La guerra aún no está decidida. Dios está de nuestra parte. Me pregunto si alguna vez todo esto terminará.

Y entonces, ¿vendrá Jimbo MacKenzie a vernos, se sentará junto al fuego y empezará a contar chistes sobre lo que hicimos? ¿O hablará de otra cosa, de cualquier otra cosa? Si no, la victoria resultaría demasiado cara.

Sin embargo, con lo que hemos descubierto quizá no lo resulte. Individuos que no son de esta planeta. ¿Quién sino podría haber construido esas armas? Aunque tenga que torturarles para conseguirlo, los adeptos hablarán.

Pero Danielis recordaba las historias que se contaban en las cabañas de los pescadores en su niñez, después del oscurecer, cuando los espectros penetraban en las mentes de los hombres. Antes del holocausto se contaban leyendas sobre las estrellas, esas leyendas aún pervivían. No sabía si sería capaz de volver a mirar el cielo de la noche sin estremecerse.

Esta maldita niebla...

Oyó los cascos de un caballo. Danielis hizo ademán de sacar su sable. Pero se trataba de un explorador de los suyos, que alzó su empapado brazo como saludo.

—Coronel, fuerzas enemigas vienen hacia aquí. Están a unos dieciséis kilómetros.

Es una fuerza grande.

Así que tendremos que luchar ahora.

—¿Cree usted que nos han localizado?

—No, señor. Van en dirección este a lo largo de la cordillera.

—Lo más probable es que quieran ocupar las ruinas de Cantlestick Park —murmuró Danielis; estaba demasiado cansado para sentirse nervioso—. Es una buena posición. Está bien, cabo —dijo, volviéndose a Lescarbault para darle instrucciones.

La brigada se agrupó en una masa informe. Salieron patrullas. La información se transmitió al resto de la tropa, y Danielis elaboró un plan que tenía que resultar. No quería exponerse a un enfrentamiento decisivo; quería atacar al enemigo lateralmente y disuadirle de emprender la persecución. Tenía que preservar cuantos más hombres posibles para la defensa de la ciudad y la posterior contraofensiva.

Lescarbault regresó junto a Danielis.

—¡Señor! ¡Ya no hay interferencias en la radio!

—¿Qué? —Danielis pestañeó, sin entender del todo.

—Sí, señor. He estado utilizando mi pequeño transmisor. —Lescarbault alzó la muñeca a la que iba sujeto su pequeño aparato transmisor y receptor—. Lo he estado utilizando para transmitir a corta distancia, para dar órdenes a los jefes de batallón. Las interferencias cesaron hace un par de minutos, se oye con toda claridad.

Danielis aproximó la muñeca de Lescarbault hasta su propia boca.

—Oigan, oigan, equipo de radio, aquí el comandante en jefe. ¿Me escuchan?

—Sí, señor —respondió una voz.

—Por alguna razón acaban de desaparecer las interferencias en la ciudad. Quiero escuchar las instrucciones militares generales.

—Sí, señor.

Una pausa, mientras los hombres hablaban entre sí y se oía el sonido de los invisibles arroyos. Un espectro nebuloso pasó ante Danielis. De su casco caían gotas de agua que empapaban su cuello. Las crines del caballo colgaban empapadas.

Como el grito de un insecto, oyó de pronto:

—¡... aquí inmediatamente! ¡Todas las unidades que estén en el campo deben regresar a San Francisco inmediatamente! ¡Nos están atacando por mar!

Danielis soltó el brazo de Lescarbault. Miró al vacío mientras aquella voz seguía clamando y clamando.

—... bombardeando Potrero Point. Los muelles están llenos de tropas. Están preparándose para un desembarco...

Los pensamientos de Danielis corrían más que sus palabras. Era como si realmente existiese la percepción extrasensorial, como si estuviese contemplando aquella querida ciudad y sintiendo en su propia carne las heridas que infligían a ella. Lo más seguro es que no hubiese niebla en Golden Gate, de no haber sido así hubiera sido imposible dar una descripción tan detallada. Bueno, probablemente hubiese algunas concentraciones de niebla bajo los restos oxidados del puente, como bancos

de nieve, frente al agua verdeazul y al brillante cielo. Pero la mayor parte de la bahía estaba despejada. En la orilla opuesta se alzaban los cerros de Eastbay, con el verde de los jardines y el resplandor de las villas; y Marín se alzaría hacia el cielo, al otro lado del estrecho, dominando los tejados, las murallas y las elevaciones de San Francisco. Parecía imposible que el convoy hubiese pasado por entre las defensas costeras sin que le hubiesen aplastado. Se trataba de un convoy insólitamente grande y llegaba a deshora; pero de todos modos, eran los grandes cascos familiares, las blancas velas, y las ocasionales chimeneas humeantes, que alimentaban a la ciudad. Había dado explicaciones pretextando un encuentro con barcos enemigos; y la flota había penetrado en la bahía, por donde San Francisco no estaba amurallada. Luego, destaparon los cañones y de las bodegas salieron hombres armados.

Sí, esas goletas piratas se apoderaron de un convoy. Utilizaron en su beneficio las interferencias, las crearon y utilizaron las nuestras, con lo cual quedó ahogado cualquier tipo de advertencia. Tiraron por la borda los suministros y embarcaron las milicias de los jefes. Un espía o un traidor debió facilitarles las señales de reconocimiento. Ahora tienen la capital a su merced, la guarnición es muy escasa y apenas si quedan adeptos en la sede central Esper, y los serranos llegarán a presionar por la puerta sur, y Laura estará sin mí.

—¡En marcha! —gritó Danielis.

Apresuradamente su brigada le siguió. Avanzaban con una ferocidad desesperada que les hizo adentrarse en las posiciones del enemigo y luego los disgregó en grupos separados. Luchaban en medio de la niebla, a cuchillo y a sable. Pero Danielis, que dirigía el ataque, había recibido ya el impacto de una granada en el pecho.

Al este y al sur, en la zona del puerto y en la hendidura del muro de la península, todavía se luchaba. Cabalgando más arriba, MacKenzie vio los sectores oscurecidos por el humo que el viento esparció para mostrar las ruinas de lo que habían sido casas. Llegó hasta el rumor de las descargas de fusilería. Pero el resto de la ciudad brillaba intacto, tejados y blancas paredes en unas cuantas calles, con las torres de las iglesias alzándose como mástiles en el cielo, la Federal House en Nob Hill y la Watch Tower en Telegraph Hill, tal como lo recordaba de sus visitas cuando era niño. La bahía brillaba, increíblemente bella.

Pero no había tiempo para admirar el panorama, ni para preguntarse dónde estaría Laura. El ataque a Twin Peaks debía ser rápido, ya que seguramente la Sede Central Esper ofrecería resistencia.

Speyer dirigía a la mitad de los Cantos Rodados por la avenida que ascendía por el lado opuesto de aquella gran pendiente. (Yamaguchi había muerto en la playa). El propio MacKenzie se encargaba de avanzar por el otro lado. Los cascos de las cabalgaduras repiqueteaban a lo largo de Portola, entre mansiones cerradas a cal y canto; rechinaban y traqueteaban los cañones, resonaban las botas en el pavimento, se deslizaban los mocasines, resonaban las armas, los hombres respiraban pesadamente

y el batallón de hechiceros silbaba espantando a desconocidos demonios. Pero el silencio aplastaba aquel ruido, atrapaba sus ecos y los disolvía. MacKenzie recordó pesadillas en las que huía por un pasillo sin fin. *Aunque ellos no nos atacasen*, pensó sombríamente, *tendremos que hacernos con su sede antes de que estallen nuestros nervios*.

El bulevar Twin Peaks se desviaba de Portola y ascendía por la derecha en pronunciada pendiente. Terminaban las calles; sólo hierbas silvestres cubrían las casi sagradas colinas, hasta la cima donde se alzaban los recintos prohibidos a todos, salvo a los adeptos. Aquellos dos rascacielos iridiscentes que se alzaban como chorros de cristal habían sido edificadas en unas semanas durante la noche. Algo parecido a un sollozo estremeció la espalda de MacKenzie.

—Corneta, toque señal de avance. ¡En doble fila!

Igual que el grito de un niño, el clamor del clarín se elevó y luego se desvaneció. El sudor empañaba los ojos de MacKenzie. Si fracasaba y resultaba muerto, no importaría demasiado... Después de todo lo que había sucedido... Pero el regimiento, el regimiento...

Las llamas, el color del infierno, se alzaron a través de la calle. Hubo un silbido y un retumbar. El pavimento quedó cuarteado, fundido, humeaba y apestaba. MacKenzie detuvo el caballo en seco. *Es sólo un aviso. Pero, si tienen suficientes adeptos para liquidarnos, ¿por qué habrían de molestarse en asustarnos?*

—¡La artillería, abran fuego!

Los cañones sonaron unísonamente con las piezas ligeras y también los de calibre setenta y cinco motorizados, fuera de sus emplazamientos en Alemany Gate. Con estruendo, los proyectiles cortaban el aire, se estrellaron contra los muros.

Rígido, MacKenzie esperó otra ráfaga de los Espers, pero esa ráfaga no llegó nunca. ¿Habían acabado con el último puesto defensivo con la primera andanada? En las alturas se aclaró el humo y MacKenzie vio que los colores que se combinaban en la torre estaban muertos y que las heridas habían abierto brecha mostrando una estructura increíblemente frágil. Era como ver los huesos de una mujer a la que hubiese asesinado con sus propias manos.

¡Pero, de todos modos, hay que darse prisa! Dio unas cuantas órdenes y dirigió a la caballería y a la infantería cuesta arriba. La artillería se quedó donde estaba, disparando y disparando con histérica furia. Cuando los fragmentos incendiados se desparramaron por la ladera, la seca hierba comenzó a arder. A través de las nubes de las explosiones, MacKenzie pudo ver desplomarse el edificio. Pedazos enteros de fachada se desprendían y caían a tierra. El esqueleto del edificio vibró abatido por un golpe directo, y rechinando su metálica agonía, se derrumbó.

¿Qué era lo que quedaba en pie en el interior?

No había estancias separadas, ni plantas, sólo jácenas, enigmáticas máquinas, y de cuando en cuando, un globo aún brillando como un pequeño sol. La estructura encerraba algo casi tan alto como el edificio, una columna delicada y resplandeciente,

casi como el casco de un cohete, pero increíblemente grande.

Su nave espacial, *pensó MacKenzie*. Sí, claro, los antiguos habían empezado a construir naves espaciales, y nosotros siempre pensamos que podríamos volver a hacerlo algún día. Sin embargo, esto.

Los arqueros lanzaron un grito tribal. Escopeteros y jinetes se unieron a él, exaltados y jubilosos. Era como el aullido de un animal de presa. ¡Por Satanás, hemos azotado a las propias estrellas! Cuando llegaron a la cima cesó el fuego y sus gritos ahogaron el rumor del viento. Sentían el humo acre como sangre en sus narices.

Entre los escombros, se veían algunos Espers con sus túnicas azules muertos. Una media docena de supervivientes se dirigían hacia la nave. Un arquero apuntó hacia ellos. Aunque su flecha rebotó en el tren de aterrizaje, eso hizo que los Espers se detuvieran. Los soldados se dirigían hacia ellos para capturarlos.

MacKenzie se acercó a caballo. Junto a la máquina había algo escondido que no era humano. Su sangre era de un violeta profundo. *Cuando la gente haya visto esto, se habrá acabado la Orden*. No tenía ya sensación de que hubiesen conseguido un triunfo. En Santa Helena había llegado a apreciar lo fundamentalmente buenos que eran los creyentes.

Pero aquél no era el momento de las lamentaciones, ni de preguntarse lo terrible que podía ser el futuro con el hombre liberado al fin de aquella farsa. El edificio que había en la otra cima aún seguía intacto. Tenía que consolidar allí su posición y luego, si era necesario, ayudar a Phil.

Sin embargo, el transmisor dijo:

—Ven y únete a mí, Jimbo. La lucha ha terminado.

Mientras cabalgaba solo hacia donde estaba Speyer, vio ondear la bandera de los Estados Pacíficos en el mástil del rascacielos.

Los guardias apostados en la puerta parecían asustados y nerviosos. MacKenzie desmontó y entró. El vestíbulo era una temblequeante fantasía de colores y arcos, a través de los cuales cruzaban los hombres como enanos. Un soldado le condujo al fondo del vestíbulo. Era evidente que aquel edificio lo habían utilizado como cuartel general, sede de oficinas y lugar de almacenaje, y para otros propósitos menos comprensibles... Había una habitación cuya puerta había sido volada con dinamita. Los fluidos murales abstractos estaban descoloridos, rayados y chamuscados. Cuatro raídos soldados apuntaban con sus armas a los dos seres a quienes Speyer estaba interrogando.

Uno estaba derrumbado sobre algo que podría considerarse un escritorio. Cubría su rostro de ave con manos de siete dedos y las alas rudimentarias se estremecían con los sollozos. *Así que son capaces de llorar*, pensó MacKenzie, asombrado, y sintió un súbito deseo de coger a aquel ser entre sus brazos y ofrecerle todo el consuelo que fuese capaz de darle.

El otro permanecía erguido, con una túnica de metal trenzado. Sus grandes ojos de topacio miraban a los de Speyer desde una altura de más de dos metros, y la voz

convertía sus palabras en música.

—... una estrella tipo G situada a unos cincuenta años luz. Es casi invisible sin telescopio, aunque no en este hemisferio.

La cara hirsuta y descarnada del mayor se adelantó como para picotear.

—¿Cuándo esperáis refuerzos?

—No vendrá otra nave hasta dentro de un siglo, y sólo traerá personal. Estamos aislados por el espacio y el tiempo; son pocos los que pueden venir a trabajar aquí, a intentar construir un puente de mentes que cruce ese golfo...

—Sí. —Speyer asintió prosaicamente—. El límite de la velocidad de la luz. Eso imaginé. Si es que dices la verdad.

Aquel ser se estremeció.

—No me queda otro remedio que decir la verdad, y rezar para que podáis entendernos y ayudarnos. La venganza, la conquista o cualquier otra forma de violencia en gran escala es imposible, habiendo tanto tiempo y espacio por medio. Nuestra labor se ha centrado en la mente y en el corazón. Ni siquiera ahora es demasiado tarde. Los detalles más importantes pueden mantenerse ocultos... ¡Escuchadme, en nombre de vuestros hijos!

Speyer hizo un gesto a MacKenzie.

—¿Todo bien? —dijo—. Cogimos a todo un grupo. Hay unos veinte vivos, éste es el jefe. Parece que son los únicos que hay en la Tierra.

—Cuando hablamos sobre ello tú y yo, e intentamos descifrar las claves que teníamos —dijo el coronel, su tono y sus sentimientos eran igual de mortecinos—, sospechábamos que no podían ser muchos. Tenían que ser pocos puesto que, de lo contrario, hubieran actuado más abiertamente.

—Escuchadme, por favor —suplicó el ser—. Vinimos aquí movidos por el amor. Nuestro sueño era conducirlos..., que os condujeseis vosotros mismos hacia la paz y la plenitud... Oh, sí, nosotros ganaríamos también con eso, tendríamos otra raza con la que, algún día, podríamos conversar como hermanos. Pero hay muchas razas en el universo. Si queremos dirigir vuestro futuro es, sobre todo, por vuestro propio bien.

—Esa idea de controlar la historia no la habéis inventado vosotros precisamente —masculló Speyer—. De vez en cuando en la Tierra hemos tenido esa misma idea. La última vez que lo intentamos nos llevó a las Infiernobombas. ¡No, gracias!

—¡Pero nosotros *sabemos!* La Gran Ciencia predice con absoluta certeza...

—¿Predijo esto? —Speyer extendió una mano indicando la estancia ennegrecida y chamuscada.

—Hay fluctuaciones. Somos muy pocos para controlar minuciosamente a tantos salvajes, pero ¿es que no deseáis que acabe la guerra y que acaben todos vuestros viejos sufrimientos? Os ofrezco eso en vuestro beneficio porque me ayudéis hoy.

—Vosotros habéis conseguido que se iniciase una guerra bastante dura y cruel —dijo Speyer. El ser se retorció los dedos.

—Eso fue un error. El plan sigue en pie, es el único medio de llevar a vuestro

pueblo a la paz. Yo, que he viajado de un sistema solar a otro, me postro a vuestros pies y os pido...

—¡Basta ya! —gritó Speyer—. Si os hubieseis presentado abiertamente, como gente honrada, os hubiésemos escuchado. Incluso es posible que hubiésemos seguido vuestros consejos. Pero no, vuestra forma de hacer el bien tenía que ser sutil y artera. Vosotros sabíais lo que nos convenía. Nosotros no teníamos derecho a opinar sobre el asunto. ¡Dios mío, nunca he visto tanta arrogancia!

El ser levantó la cabeza.

—¿Les diríais a los niños toda la verdad?

—Les decimos todo lo que puedan entender.

—Vuestra cultura infantil no está preparada para asimilar estas verdades.

—¿Quién os da el derecho para que nos llaméis niños, aparte de vosotros mismos?

—¿Cómo sabes tú que eres adulto?

—Intentando hacer tareas de adulto y descubriendo que puedo hacerlas. Estoy de acuerdo en que nosotros, los humanos, cometemos muchos errores, pero son nuestros errores. Y con ellos aprendemos, vosotros sois los que no aprendéis, vosotros y esa maldita ciencia psicológica de la que tanto os ufanáis, que pretende que toda mente se ajuste a una estructura que ella pueda clasificar y comprender.

»Queréis restablecer el estado centralizado, ¿verdad? ¿Nunca os habéis parado a pensar en que quizá el feudalismo sea lo que mejor se ajuste al hombre? Un lugar que puedas llamar tuyo, y a que pertenezcas, y del que formes parte. Una comunidad con honor y tradición, la posibilidad del individuo de tomar decisiones con peso; un baluarte de libertad frente a los poderes centrales, que siempre desean acaparar más y más poder, un millar de formas distintas de vivir. Aquí, en la Tierra, hemos construido siempre superpaíses, y luego siempre los hemos vuelto a fragmentar. Creo que esa idea está equivocada. Quizá venga siendo hora ya de que intentemos algo mejor. Podríamos intentar un mundo formado de pequeños estados, lo bastante bien enraizados para que no se uniesen para formar una nación y lo bastante pequeños para que no pudiesen hacerse mucho daño entre sí... Elevándose lentamente por encima de las pequeñas rencillas, pero manteniendo sus identidades. Quizá pudiésemos entonces resolver algunos de ellos... ¡Por nosotros mismos!

—Nunca lo conseguiréis —dijo el ser—. Os destruiréis otra vez.

—Eso es lo que tú crees, yo pienso de otro modo. Tenga razón quien la tenga, creo que este universo es demasiado grande para que ni tú ni yo podamos hacer predicciones. En la Tierra elegiremos libremente, por nosotros mismos. Antes muertos que domesticados.

»Todos sabrán la verdad sobre este caso en cuanto el Juez Brodsky vuelva a hacerse cargo del poder. O tal vez antes. El regimiento se enterará hoy. La ciudad mañana. De este modo evitaremos que a alguien se le ocurra ocultar otra vez la verdad. Para cuando llegue vuestra próxima nave espacial, estaremos prevenidos; a

nuestro modo, sea el que sea.

El ser se tapó la cabeza con un pliegue de la túnica. Speyer se volvió a MacKenzie. Tenía la cara húmeda.

—¿Quieres... decir algo... Jimbo?

—No —murmuro MacKenzie—. No se me ocurre nada. Aunque no creo que tengamos que luchar más aquí instalaremos el puesto de mando. Parece que aquí todo ha terminado ya.

—Sin duda —Speyer resopló entrecortadamente—, las tropas enemigas tendrán que rendirse en todas partes, no tienen ya nada por lo que luchar. Muy pronto podremos empezar a reconstruir.

La casa tenía patio, la decoración de las paredes era a base de rosas. La vida todavía no había vuelto a la calle. Bajo la amarilla claridad del sol, reinaba el silencio. Una doncella acompañó a MacKenzie hasta la puerta trasera y luego se fue. El coronel caminó hacia Laura, sentada en un banco, situado bajo un sauce. Mientras se aproximaba, ella le observó, sin levantarse. Una de sus manos descansaba sobre una cuna.

Él se detuvo sin saber qué decir. ¡Qué delgada estaba!

Entonces, ella habló, tan bajo que apenas podía oírla:

—Tom ha muerto.

—Oh, no.

La oscuridad vaciló ante sus ojos.

—Me enteré anteayer, cuando algunos de sus hombres regresaron a casa. Lo mataron en San Bruno.

MacKenzie no se atrevió a sentarse junto a ella en el banco, pero las piernas ya no podían sostenerle. Se sentó sobre las losas y vio curiosas formas en la disposición de éstas. No podía mirar a otro sitio.

La voz de ella resonó sobre él, uniforme, monótona.

—¿Crees que merecía la pena? No sólo Tom, sino todos los otros que murieron por una cuestión simplemente política.

—Estaba en juego mucho más que eso —dijo él.

—Sí, me enteré por la radio. De todos modos, aún no puedo admitir que mereciese la pena. Lo he intentado con todas mis fuerzas, pero no soy capaz de admitirlo.

No tenía ni fuerzas para defenderse.

—Quizá tengas razón, patito. No sé qué decirte.

—No lo siento por mí —dijo ella—, aún tengo a Jimmy. Pero a Tom le engañaron por completo.

Inmediatamente, MacKenzie comprendió que en la cuna había un niño, y que debía coger a su nieto y pensar en cosas sobre su futuro. Pero se sentía demasiado vacío.

—Tom quiso que le pusiese tu nombre —dijo ella.

¿De verdad, Laura? dijo para sus adentros. Y en voz alta añadió:

—¿Y que vas a hacer ahora?

—Ya encontraré algo.

Se obligó a mirarla. El crepúsculo incendiaba las hojas del sauce sobre ella y brillaba en su cara, que se volvía hacia aquel niño que él no podía ver.

—Vuelve a Nakamura —dijo.

—No; a cualquier otro sitio menos allí.

—Siempre te gustaron las montañas —balbuceó él—. Nosotros...

—No —le miró a los ojos—. No se trata de ti, papá, no eres tú. Pero no quiero que Jimmy se convierta en soldado —vaciló—. Estoy segura de que algunos de los Espers seguirán actuando, desde una nueva base, aunque con los mismos objetivos; creo que debemos unirnos a ellos. Debemos creer en algo distinto de lo que mató a su padre. Y trabajar por convertirlo en algo real. ¿No estás de acuerdo?

MacKenzie se levantó bruscamente.

—No sé —dijo—. Nunca fui un pensador... ¿Puedo verlo?

—Oh, papá...

Se acercó y miró a aquella pequeña criatura dormida.

—Si vuelves a casarte —dijo— y tienes una hija, ¿querrás ponerle el nombre de su madre?

Vio que Laura inclinaba la cabeza y juntaba las manos. Rápidamente dijo:

—Tengo que irme ya. Si no te importa, me gustaría volver a verte, mañana o más adelante.

Entonces ella se echó en sus brazos y empezó a sollozar. Él le acarició el pelo y murmuró, como había hecho tantas veces cuando era niña:

—Quieres volver a las montañas, ¿verdad? Son también tu país, tu tierra, el lugar al que perteneces.

—Nunca sabrás cuanto lo deseo.

—Entonces, ¿por qué no vienes? —le preguntó él. Su hija se irguió.

—No puedo —dijo—. Tu guerra ha terminado. La mía acaba de empezar.

Como había sido él quien había iniciado aquella conversación, sólo pudo decir:

—Espero que la ganes.

—Quizá en un millar de años... —No pudo continuar.

Cuando la dejó era ya de noche. Aún no había electricidad suficiente en la ciudad, así que las farolas de las calles estaban apagadas y las estrellas brillaban sobre todos los tejados. A la luz de las linternas, la patrulla que esperaba para acompañar a su coronel al cuartel tenía un aire lobuno. Le saludaron y cabalgaron tras él, con los rifles a punto; pero no se oía más que el repicar metálico de las herraduras.

1965 - 23ª Convención Londres

Soldado, no preguntes

Gordon R. Dickson

En algunos aspectos, Gordon Dickson es un hombre heroico. Una vez recibí uno de sus libros de bolsillo por correo con una tarjeta adjunta que me pedía que lo leyese detenidamente y le indicase todas las cosas del libro que me pareciesen mal, para que así, la próxima vez, pudiese mejorar su estilo.

¡Y esto es heroico!

Pero también es estúpido, y me desentendí de ello. ¡Podía sentar un precedente!

Dejé mi posición muy clara. Siempre que alguien lee uno de mis libros y encuentra un error o defecto, le agradezco que me guarde el secreto. No quiero saberlo. Cuando yo pido crítica, lo único que quiero es aplauso. ¡Espero que quede claro!

Además, Gordie tiene esa capacidad del héroe literario de ser incólume a la bebida fuerte que, en ocasiones, le obligan a ingerir sus queridos y cordiales amigos. Cuando pasa esto, lo único que sucede es que su aureola general de benevolencia resplandece un poco más.

El verano pasado, Lester del Rey, uno de los pesos moscas de nuestro campo (en proporciones físicas, no en talento), parecía muy triste y yo me sentía preocupado, pues Lester es uno de mis favoritos, incluso cuando habla, que suele ser casi siempre.

—¿Qué pasa, Lester? —le pregunté.

—Que intenté emborrachar a Gordie —me contestó él.

—Lester —dije, sorprendido—, pero si abultas la mitad que él.

—Casi lo conseguí —dijo.

Casi murió, es lo que debería haber dicho.

Pero mi recuerdo más agudo de Gordie está relacionado con la Convención de Detroit de 1959. Robert Bloch estaba tan ocupado por presentarme a alguna chica que yo no conociese, que sospeché que allí pasaba algo. Logré localizarla la chica y he de reconocer que me quedé asombrado. Medía casi un metro ochenta. Era hermosa, y Anita Ekberg a su lado parecía Audrey Hepburn. Comprendí todo inmediatamente. Presentarme y después de una profunda mirada, yo debía caer en muda catalepsia, destruyendo así totalmente mi reputación de viejo verde.

A duras penas pude controlarme y me acerqué a la joven dignamente, me

presenté tembloroso, y le pedí que colaborase conmigo en una pequeña comedia. Siendo yo tan afable como bello, aceptó.

Así, cuando Bob Bloch nos presentó, tranquilamente, me acerqué a ella y chasqué los dedos. Ella rodeó con su brazo mi cintura, me echó hacia atrás (era mucho más grande y más fuerte que yo y tenía que jugar el papel principal) y nos besamos. Fue el tema principal de todas las conversaciones durante la Convención.

Con aquella hermosa ventaja a mi favor, lo lógico sería pensar que no tendría rival. ¿Verdad que sí?

¡Pues no! El maldito Gordie Dickson intervino y me dejó aislado en algún punto de las regiones árticas.

Lo extraño es que se lo perdono. También él es encantador, comprendéis... Aunque, eso sí, de un modo totalmente distinto.

Soldado, no preguntes, ni ahora ni nunca, adonde van a guerrear tus banderas...

I

Al salir de la nave espacial en Santa María, la ligera brisa producida por la mayor presión de la atmósfera de la nave a mis espaldas era como la mano de la oscuridad que me empujaba hacia el oscuro y lluvioso día. Llevaba mi capa de reportero que me cubría. Aunque, estaba rodeado de un húmedo frío, no penetraba en mí. Yo era como la desnuda espada de mis antepasados, afilada en una piedra, envuelta y oculta en la manta escocesa, y llevada por fin al encuentro para el que había estado guardada, esperando durante más de tres años.

Un encuentro bajo la fría lluvia de primavera. La sentía, fría como la sangre vieja en mis manos e insípida en mis labios. En lo alto, el cielo parecía triste, las nubes corrían hacia el este. La lluvia caía sin cesar.

Mientras bajaba la escalerilla exterior, el sonido de la lluvia parecía el repiquetear de tambores. Todas las gotas celebrando su propio fin sobre el obstinado hormigón que rodeaba todo el lugar. El hormigón se extendía desde la nave en todas direcciones, ocultando la tierra, tan desnudo y limpio como la última página de un libro de cuentas antes del último ingreso. Al fondo, como una lápida sepulcral, se podía ver la terminal del espacio-puerto. Las cortinas de agua que nos separaban se atenuaban y se espesaban como el humo de una batalla, pero no podían ocultarla totalmente a mi vista.

La lluvia era la misma que cae en todos los lugares y en todos los mundos. Del mismo modo había llovido en Atenas, en la Vieja Tierra, cuando tan sólo era un muchacho, en la oscura y desdichada casa del tío que me crió cuando murieron mis padres, en las ruinas del Partenon, mientras yo miraba desde la ventana de mi dormitorio.

Mientras bajaba las escalerillas de aterrizaje, oía su sonido. Repiqueteaba a mis espaldas sobre la gran nave que entre las estrellas me había transportado desde la Vieja Tierra a este mundo, el segundo de los más pequeños, este pequeño planeta terraformado bajo los soles Procyon... Repiqueteaba huecamente sobre la cartera de Credenciales que se deslizaba por el transportador a mi lado. Ahora, aquella cartera no significaba nada para mí, ni mis papeles ni las Credenciales de Imparcialidad que durante seis años había llevado conmigo y que tanto trabajo me habían costado ganar. Todo aquello no me importaba tanto como el nombre del hombre que debería encontrar expidiendo vehículos de tierra a la salida del campo. Es decir, si era realmente el hombre del que me habían hablado mis informadores de la Tierra. Y si ellos no habían mentado...

—... ¿Su equipaje, señor?

Cuando llegué al final de la escalerilla abandoné mi ensimismamiento. El oficial de desembarcos me sonrió. Era mayor que yo, aunque parecía más joven. Al sonreír, algunas gotas de lluvia se desprendieron y cayeron como lágrimas desde el borde de su visera marrón a la hoja que sujetaba.

—Envíelo al Complejo de los Amigos —dije—. Cogeré la cartera de Credenciales.

Cogiendo la cartera del transportador, me dispuse a salir. El hombre que vestía uniforme de expedidor y que estaba junto al primer vehículo de tierra de la fila se ajustaba a la descripción.

—¿Nombre, señor? —dijo—. ¿Negocios en Santa María? Si a mí me lo habían descrito, yo tenía que haberle sido descrito a él. Pero estaba dispuesto a complacerle.

—Tam Olyn —dije—. Residente de Vieja Tierra y representante de la Red Intermundial de Noticias. He venido para cubrir el conflicto Exótico-Amistoso.

Tras coger mis papeles de la cartera se los entregué.

—Bien, señor Olyn —dijo, al tiempo que me los devolvía mojados por la lluvia. Se volvió para abrir la puerta del coche que había a su lado y conectó el piloto automático—. Siga recto por la autopista hasta San José. Conecte el automático en los límites de la ciudad y el coche le llevará al Complejo de los Amigos.

—De acuerdo —dije—. Un momento.

Se volvió. Su rostro era joven y agraciado, con un pequeño bigote; me miraba con una ligera turbación.

—¿Señor?

—Ayúdeme a entrar en el coche.

—Oh, lo siento, señor. —Se acercó rápidamente—. No me había fijado en su pierna...

—La humedad la entumece —dije.

Adaptó el asiento y yo metí la pierna izquierda por detrás del soporte del volante. Se dispuso a volverse.

—Un momento —le dije, ya había perdido la paciencia—. Es usted Walter Imera, ¿no es así?

—Sí, señor —dijo él con voz débil.

—Míreme —le dije—. Tiene usted cierta información para mí, ¿no es así?

Lentamente, se volvió para mirarme. Su rostro estaba pálido.

—No, señor.

Esperé un largo momento, sin apartar mis ojos de él.

—Está bien —dije al fin, sujetando la puerta del coche—. Supongo que sabe usted que de todos modos conseguiré la información, y ellos creerán que me la facilitó usted.

Su bigotillo empezó a parecer escarchado.

—Espere... —dijo.

—¿Para qué?

—Mire —dijo—, debe entenderlo. La información de ese tipo no forma parte de sus noticias, ¿no? Yo tengo una familia...

—Y yo no la tengo —dije, no sentía compasión por él.

—Pero usted no lo comprende. Me matarían. En Santa María el Frente Azul se ha

convertido en ese tipo de organización. ¿Por qué quiere usted saber cosas sobre ellos? Yo no entendí que usted se propusiera...

—De acuerdo —dije, intentando agarrar la puerta del coche.

—Espere... —Tendió hacia mí una mano en la lluvia—. ¿Cómo sé yo que usted puede conseguir que me dejen en paz si se lo digo?

—Cualquier día, ellos pueden volver al poder aquí —dije—. Ni siquiera los grupos políticos clandestinos quieren ponerse a mal con la Red Interplanetaria de Noticias. —Intenté cerrar la puerta una vez más.

—De acuerdo —se apresuró a decir él—. De acuerdo. Tiene que ir usted a Nuevo San Marcos. A la tienda de joyeros de Wallace Street. Está inmediatamente después de Joseph's Town, donde está el Complejo de los Amigos adonde tiene usted que ir. —Se pasó la lengua por los labios—. ¿Les hablará de mí?

—Sin duda —dije mirándole. Sobre el cuello del uniforme azul, al lado derecho, pude ver unos centímetros de una fina cadena de plata, brillando contra la pálida piel. El crucifijo que colgaba de ella estaría bajo la camisa—. Los soldados Amigos llevan ya dos años aquí. ¿Cómo los considera la gente?

Sonrió un poco. Estaba recobrando el color.

—Oh, como a cualquiera —dijo—. Sólo es cuestión de entenderlos. Ellos han seguido sus propios caminos.

Sentí el dolor en mi pierna rígida, donde los doctores habían extraído la aguja del rifle hacía tres años, en Nueva Tierra.

—Sí, los han seguido —dije—. Cierre la puerta.

La cerró y me marché.

En el panel de instrumentos del coche había una medalla de San Cristóbal. Un soldado Amigo la habría arrancado y la habría tirado, o bien habría cogido otro coche. Así que me complací en dejarla donde estaba, aunque para mí tampoco significaba nada, igual que para el soldado. No era sólo por Dave, mi cuñado, y por los otros prisioneros a los que habían matado en Nueva Tierra. Sencillamente hay deberes que conllevan un pequeño elemento de placer. Desaparecidas las ilusiones de la infancia, cuando sólo quedan los deberes, placeres como éstos son bien recibidos. Cuando todo está dicho y hecho, los fanáticos no son peores que los perros rabiosos. Pero los perros rabiosos han de ser destruidos; es simplemente cuestión de sentido común.

Es inevitable que tras un tiempo en la vida, uno vuelva al sentido común. Cuando los locos sueños de justicia y progreso han muerto y se han enterrado, cuando al fin se apaciguan las dolorosas luchas internas, entonces lo mejor es ser mudo, inanimado e inflexible, como la hoja de una espada afilada en una piedra. La lluvia a través de la cual se transporta esa espada para ser utilizada no la mancha, ni tampoco la sangre en la que finalmente es bañada. Lluvia y sangre son iguales para el hierro afilado.

Durante media hora viajé por entre colinas boscosas y campos labrados. Bajo la lluvia, los surcos de los campos eran negros. Aquel negro me parecía mejor que

cualquier otra sombra que hubiera visto. Finalmente, llegué a las inmediaciones de San José.

El piloto automático del coche me condujo por una típica ciudad de Santa María, pequeña y pulcra, de unos cien mil habitantes. Salimos a una zona despejada, más allá de la cual se alzaban los macizos muros de hormigón de un complejo militar.

Al llegar a la puerta, un soldado Amigo detuvo el coche, empuñando un rifle negro de resorte. Abrió la portezuela de mi izquierda.

—¿Tiene asuntos aquí?

Su voz sonaba chillona y nasal. Los herretes de clase remataban su cuello. Sobre ellos, su rostro de cuarentón era enjuto y estaba surcado de arrugas. Rostro y manos, sus únicas partes descubiertas, contrastaban abiertamente con el negro del traje y del rifle.

Abrí la cartera que llevaba a mi lado y le entregué mis papeles.

—Mis credenciales —dije—. Estoy aquí para ver a su capitán general en funciones, el comandante Jamethon Black, de las Fuerzas Expedicionarias.

—Muévase hacia allá, entonces —dijo nasalmente—. Debo acompañarle.

Me retiré.

Entró en el coche y se puso al volante. Cruzamos la entrada y bajamos por una pequeña calle. Al fondo de la calle pude ver una plaza interior. Los muros de hormigón a ambos lados de la estrecha calle devolvían el eco de nuestro paso. Oía voces de mando, a medida que nos acercábamos a la plaza se oían mejor. Cuando por fin llegamos a ella, vi a los soldados que estaban formados en filas para su servicio de mediodía, bajo la incesante lluvia.

El soldado Amigo bajó del coche y fue hacia la puerta de lo que parecía ser una oficina, a un lado de la plaza. Contemplé a los soldados que seguían en formación. Permanecían en posición de presentar armas, la posición de respeto en condiciones de campaña; y mientras los miraba, el oficial que estaba frente a ellos, de espalda al muro, les recordaba la letra de su Himno de Batalla.

Soldado, no preguntes, ni ahora ni nunca,

Adonde van a guerrear tus banderas.

Las legiones anarquistas nos tienen cercados.

¡Golpea! ¡Y no te preocupes del golpe!

Desde mi asiento, intenté no escuchar. No había acompañamiento musical, ni decoración ni símbolos religiosos, excepto la pequeña forma de la cruz blanqueada sobre el muro gris tras el oficial. En la oscuridad, el coro de voces masculinas se alzaba y caía lentamente, triste himno que solamente les prometía dolor, sufrimiento y tristeza. Al final, la última fila plantó su chillona oración por la muerte en combate, y descansaron.

Un sargento ordenó que se disolvieran mientras el oficial retrocedía, pasando junto a mi coche sin mirarme, y cruzaba la puerta por la que había desaparecido mi guía. Cuando pasó junto al coche, me fijé en que era joven.

Al momento, el guía vino a buscarme. Cojeando ligeramente con mi pierna rígida, le seguí a una habitación interior con las luces encendidas sobre una sola mesa. El joven oficial se levantó e inclinó la cabeza cuando la puerta se cerró a mis espaldas. Sobre las solapas de su uniforme lucía los descoloridos galones de comandante.

Al dejar sobre la mesa mis credenciales, delante de él, la luz me dio de lleno en los ojos, cegándome. Retrocedí y parpadeé ante su borroso rostro. Cuando volví a ver con claridad aquel rostro, por un momento me pareció como si fuera más viejo, más desagradable, entretejido y surcado por las arrugas de años de fanatismo.

Luego, mis ojos volvieron a tener una visión completamente clara y le vi realmente como era. Moreno, delgado, con la delgadez de la juventud más que con la del hambre. No era el rostro quemado en mi memoria. Sus rasgos eran regulares hasta el punto de ser bellos, sus ojos cansados y ensombrecidos; y vi la recta y cansada línea de su boca sobre la inmóvil rigidez controlada de su cuerpo, más pequeño y más ágil que el mío.

Sin mirarlas, cogió las credenciales. Torció un poco la boca, seca y cansinamente en las comisuras.

—Seguramente, señor Olyn —dijo—, tiene usted otro montón de autorizaciones de los Mundos Exóticos para entrevistar a los soldados mercenarios y a los oficiales que han alquilado en Dorsai y en otros mundos para luchar contra los Elegidos de Dios en la Guerra, ¿verdad?

Sonreí. Me complacía verlo tan fuerte, el placer de destrozarle era así mayor.

II

Desde los aproximadamente tres metros que nos separaban, lo contemplé. El oficial Amigo que había asesinado a los prisioneros en Nueva Tierra también había hablado de Elegidos de Dios.

—Si mira debajo de los papeles dirigidos a usted —dije—, lo encontrará. La Red de Noticias y su gente son imparciales. No tomamos partido.

—Justo —dijo el joven rostro moreno que tenía enfrente—, tomar partido.

—Sí, Comandante —dije—. Eso es justo. Aunque a veces no se sabe dónde está lo justo. Ahora usted y sus tropas son invasores en el mundo de un sistema planetario que sus antepasados jamás colonizaron. Y frente a usted están las tropas mercenarias contratadas por dos mundos que no sólo residen bajo los soles de Procyon, sino que tienen el compromiso de defender a los mundos más pequeños de su sistema, uno de los cuales es Santa María. No estoy seguro de que la razón *esté* de su parte.

Sacudió ligeramente la cabeza y dijo:

—Esperamos poca comprensión de los no elegidos. Apartó su mirada de mí para dirigirla a los papeles que tenía en la mano.

—¿Le importa que me siente? —le pregunté—. Tengo una pierna dolorida.

—De ningún modo —dijo, y señaló una silla que había junto a su mesa.

Cuando yo me senté, también él lo hizo. Miré los papeles que había en la mesa ante él y vi, a un lado, una figura de una de las altas iglesias sin ventanas que construyen los Amigos. Era una prueba legítima el que la poseyera, pues en el primer término de la imagen había tres personas: un anciano, una mujer y una joven de unos catorce años. Los tres mostraban un parecido familiar con Jamethon Black. Al dejar de mirar mis credenciales, me vio contemplándolos; y su mirada se desvió momentáneamente a la fotografía, separándose de nuevo de ella como si la protegiera.

—Entiendo qué me piden —dijo, atrayendo de nuevo mi mirada hacia él—, que le proporcione colaboración y facilidades. Encontraremos alojamiento para usted aquí. ¿Necesita un coche y un conductor?

—Gracias —dije—. Ese coche comercial que hay afuera me servirá, y yo mismo puedo conducirlo.

—Como quiera. —Separó los papeles dirigidos a él, me devolvió el resto y se inclinó sobre una rejilla que había en la mesa—: Sargento.

—Señor —respondió rápidamente la rejilla.

—Alojamiento para un civil. Asignación de aparcamiento para un vehículo civil, personal.

—Sí, señor.

La voz de la rejilla se apagó.

Jamethon Black me miró, parecía que estuviera esperando que me marchara.

—Comandante —dijo, guardando de nuevo mis credenciales en la cartera—, hace

dos años, los ancianos de las Iglesias Unidas en Armonía y Asociación declararon que el gobierno planetario de Santa María les debía ciertos balances de crédito, así que enviaron una expedición aquí para ocupar y exigir el pago. De aquella expedición, entre hombres y equipo, ¿qué ha evacuado usted?

—Eso, señor Olyn —dijo él—, es información estrictamente militar.

—Sin embargo —dije cerrando la cartera—, usted, con el rango regular de comandante, es jefe en funciones del resto de su expedición. Ese puesto debe ser ocupado por alguien que tenga cinco grados más que usted. ¿Espera la llegada de un oficial de esa graduación que tome el mando?

—Me temo que esa pregunta debe formularla usted al Cuartel General de Armonía, señor Olyn.

—¿Espera usted refuerzos de personal y otras provisiones?

—Si los esperara —dijo con voz átona—, tendría que considerarlo también como información secreta.

—¿Sabe usted que se comenta mucho que su Estado Mayor en Armonía ha decidido que esta expedición en Santa María es una causa perdida? Pero para evitar el descrédito, prefieren dejar que le destrocen a usted aquí en lugar de retirarlo junto con todos sus hombres.

—Entiendo —dijo.

—¿No va a molestarse en hacer ningún comentario?

Su joven rostro, moreno e inexpresivo, ni se inmutó.

—No cuando se trata de rumores, señor Olyn.

—Entonces, una última pregunta: cuando la ofensiva de primavera de las fuerzas mercenarias Exóticas empiece a avanzar contra usted, ¿piensa retirarse hacia el oeste o rendirse?

—Los Elegidos de Dios en la Guerra nunca se rinden —dijo—. Ni abandonan ni son abandonados por sus Hermanos en el Señor. —Se levantó—. He de volver a mi trabajo, señor Olyn.

Yo también me levanté. Era más alto que él, más viejo y de constitución más recia. Únicamente su compostura casi inhumana le capacitaba para mantener la apariencia de ser igual o mejor que yo.

—Tal vez cuando disponga usted de más tiempo volvamos a hablar —dije.

—Seguramente.

A mis espaldas, oí que la puerta de la oficina se abría.

—Sargento —dijo, hablando al pasar a mi lado—, ocúpese del señor Olyn.

El sargento al que se me había encomendado me instaló en un pequeño cubículo de hormigón con una sola ventana alta, un catre y un armario. Me dejó solo un momento y volvió con un pase firmado.

—Gracias —le dije al coger el pase—. ¿Dónde puedo encontrar el Cuartel General de las Fuerzas Exóticas?

—Según nuestras últimas noticias, señor —dijo—, se halla a noventa kilómetros

al este. Nuevo San Marcos.

El sargento era tan alto como yo, pero, como la mayoría de ellos, unos cinco años más joven, con una inocencia que contrastaba con el extraño aire de control que todos tenían.

—San Marcos. —Le miré—. Supongo que los hombres alistados saben que su Cuartel General en Armonía ha decidido no malgastar reemplazos con ustedes.

—No, señor —dijo él. Por su reacción, mi comentario podría haberse referido a la lluvia. Aquellos muchachos eran aún fuertes e íntegros—. ¿Algo más?

—No —respondí—. Gracias.

Se marchó. Salí para subir al coche y recorrí noventa kilómetros hacia el este, hacia Nuevo San Marcos. Tardé unos tres cuartos de hora en llegar. No fui directamente al Cuartel General Exótico, tenía otros asuntos que resolver.

Estos asuntos me llevaron a Wallace Street. Allí, bajando tres peldaños el nivel de la calle y cruzando una puerta oscura, llegué a una estancia amplia y pobremente iluminada llena de estanterías de cristal. Allí, al fondo de la tienda, tras la última estantería, había un viejecito al que vi observando atentamente mi capa y mi insignia de corresponsal cuando me acerqué más.

—¿Señor? —dijo cuando me detuve ante él. Su extrañamente suave rostro contenía unos viejos y pequeños ojos grises que me miraron.

—Creo que usted sabe lo que represento —dije—. Todos los mundos conocen los Servicios de Noticias. No estamos interesados en política local.

—¿Señor?

—Descubrirá de todos modos cómo averigüé su dirección —seguí sonriéndole—, así que le diré que fue gracias al expendedor de autos del espacio-puerto, llamado Imera. Le prometí protección por decírmelo; apreciaríamos que siguiera sano y salvo.

—Me temo... —Puso sus manos sobre la tapa de cristal del mostrador, estaban veteadas por los años—. ¿Quería usted comprar algo?

—Estoy dispuesto a pagar por la información —dije. Retiró las manos del mostrador.

—Señor —suspiró ligeramente—, me temo que se ha equivocado de tienda.

—Es posible —dije yo—, pero su tienda puede servir. Supondremos que es la tienda correcta y que yo estoy hablando con un miembro del Frente Azul.

Movió lentamente la cabeza y se apartó del mostrador.

—El Frente Azul es ilegal —dijo—. Adiós, caballero.

—Un momento, he de decirle algunas cosas antes.

—¡Entonces, lo siento! —Se retiró hacia unas cortinas que cubrían una puerta—. No le puedo escuchar. Nadie vendrá a esta habitación con usted, caballero, mientras siga hablando de ese modo.

Se deslizó entre las cortinas y desapareció. Recorrí con la mirada la amplia y vacía estancia.

—Bueno —dije, alzando un poco el tono—, supongo que tendré que hablar con

las paredes. Estoy seguro de que las paredes pueden oírme.

Me detuve. No se oía sonido alguno.

—Está bien —dije—. Soy corresponsal, y todo lo que me interesa es información. Nuestra valoración de la situación militar aquí en Santa María —y en esto decía la verdad— indica que el cuartel general central ha abandonado a las Fuerzas Expedicionarias de los Amigos, que pronto se verán desbordadas por las Fuerzas Exóticas, tan pronto como el terreno se seque lo bastante para permitir el transporte de equipo pesado.

Seguía sin haber respuesta, pero ya sabía que estaba escuchándome y mirándome.

—En consecuencia —seguí diciendo, y en esto mentí, aunque ellos no podrían averiguarlo—, consideramos imprescindible que el Comando de Amigos se ponga en contacto con el Frente Azul. El asesinato de dirigentes enemigos figura expresamente entre las violaciones del Código de los Mercenarios y los Artículos de Guerra Civilizada..., pero los civiles harían lo que los soldados no pudieran hacer.

Seguía sin producirse movimiento o sonido alguno más allá de las cortinas.

—Un representante de noticias —dije— lleva Credenciales de Imparcialidad. Usted sabe la consideración de que gozan esas credenciales. Sólo quiero hacer algunas preguntas, las respuestas se considerarán confidenciales...

Esperé un minuto más. Seguía sin haber respuesta. Me volví y recorrí la amplia estancia hasta la entrada, y salí. Hasta que no alcancé la calle no permití que me embargara y abrigara la sensación de triunfo.

Tragarían el anzuelo. Los de su calaña siempre lo hacen. Busqué mi coche y me dirigí al Cuartel General de los Exóticos.

Llegué al Cuartel General de los Exóticos, fuera de los límites de la ciudad. Allí, se hizo cargo de mí un oficial mercenario llamado Janol Marat. Me condujo a una sección del edificio principal. El ambiente era de actividad, seguro y animado. Estaban bien armados, bien entrenados. Después de los Amigos aquello me pareció excelente. Así se lo hice saber a Janol.

—Tenemos un jefe de Dorsai y le ganamos en número a la oposición —me sonrió. En su rostro, largo y muy curtido, se marcaban profundas arrugas cuando plegaba los labios—. Eso da gran optimismo a todos. Además, si gana nuestro jefe, será ascendido. Vuelta a los Exóticos y rango de estado mayor y, definitivamente, lejos del campo de batalla. Para nosotros, ganar es un buen negocio.

Yo reí y él me secundó.

—Pero dígame más —le pedí—. Quiero argumentos que pueda utilizar en las historias que envíe a Red de Noticias.

—Bien —respondió al saludo de un suboficial que se cruzó con nosotros, un cassida por su aspecto—. Supongo que podría usted mencionar lo típico, el hecho de que nuestros jefes exóticos no se permiten utilizar la violencia y, en consecuencia, siempre son más generosos cuando se trata de pagar hombres y equipo. Y el Nexo Exterior, es decir, el Embajador Exótico en Santa María, sabe...

—Ya sé.

—Sustituyó al anterior hace tres años. De cualquier forma, es algo especial, incluso para alguien de Mará o Kultis. Si significa algo para usted, le diré que es un experto en cálculos ontogénicos. Es todo cuanto se me ocurre. Aquí está la Oficina del Comandante. Es Kensie Graeme.

—¿Graeme? —repetí, ceñudo. Me había pasado un día en La Haya buscando a Kensie Graeme antes de venir, pero quería saber la opinión que Janol tenía de él—. Me resulta familiar. —Llegamos al edificio de oficinas—. Graeme...

—Probablemente está usted pensando en otro miembro de la misma familia. —Janol tragó el anzuelo—. Donal Graeme, un sobrino. El que no hace mucho realizó solo la proeza de atacar Newton con un puñado de naves de Freiland. Kensie es tío de Donal. No tan espectacular como el joven Graeme, pero seguro que le caerá mejor que el sobrino. Kensie ha conseguido el atractivo de dos hombres.

Me miró, volviendo a sonreír ligeramente.

—¿He de suponer que quiere decir algo especial con eso? —le pregunté.

—Exacto —asintió Janol—. Su propio atractivo, y también el de su hermano gemelo. Visite a Ian Graeme si va alguna vez a Bauvain, allí está la Embajada Exótica, al este de aquí. Ian es un hombre oscuro.

Entramos en la oficina.

—No puedo acostumbrarme al modo en que parecen relacionarse tantísimos Dorsai —dije yo.

—Yo tampoco. Supongo que es porque en realidad no son muchos. El mundo Dorsai es pequeño, y los que lo forman sólo viven unos cuantos años. —Janol se detuvo junto a un hombre sentado ante una mesa—. ¿Podemos ver al Viejo, Hari? Éste es un hombre de la Red de Noticias.

—Supongo que sí. —El otro miró el tablero de señales que había en su mesa—. Con él está el embajador, pero sale en este momento. Pasen.

Janol me guió por entre unas mesas. Antes de que llegáramos a allí, en la parte posterior de la estancia se abrió una puerta y salió un hombre de rostro apacible, mediana edad, pelo blanco muy corto y vistiendo una túnica azul. Parecía extraño, pero no ridículo, especialmente después de que uno mirara sus extraños ojos color avellana.

Era un Exótico.

Del mismo modo que conocía a Padma, conocía a los Exóticos. Les había visto en Mará y Kultis, sus mundos de origen. Un pueblo entregado a la no violencia, místicos, pero místicos no prácticos, maestros de lo que se conocía como «ciencias extrañas», una docena de mágicas hermanastras de la psicología, la sociología y los campos humanísticos de investigación.

—Señor —dijo Janol a Padma—, le presento...

—Tam Olyn, lo sé —dijo Padma suavemente. Me sonrió y, por un momento, sus ojos parecieron una luz que me cegó—. Lamento lo de su cuñado.

Me quedé completamente helado. Estaba dispuesto a seguir caminando, pero me quedé totalmente inmóvil, mirándole.

—¿Mi cuñado? —pregunté.

—El joven que murió cerca de Castlemain, en Nueva Tierra.

—Ah, sí —dije con los labios rígidos—. Me sorprende que lo sepa usted.

—Lo sé por usted, Tam. —Una vez más, los ojos color avellana de Padma parecieron emitir luz—. Hay entre nosotros una ciencia llamada ontogenia gracias a la cual calculamos las probabilidades de las acciones humanas en situaciones presentes y futuras. Durante un tiempo, usted ha sido un factor importante. —Sonrió—. Por eso, aquí y ahora esperaba conocerle. Le hemos calculado en nuestra situación actual aquí en Santa María, Tam.

—¿Lo han hecho? —dije—. Eso es interesante.

—Pensé que lo sería —dijo suavemente Padma—. Especialmente para usted, a un periodista como usted te resultaría interesante.

—Así es —dije—. Parece como si usted supiera más que yo sobre lo que voy a hacer aquí.

—Hemos hecho cálculos al respecto —dijo Padma con su suave voz—. Venga a verme en Blauvain, Tam, y se lo mostraré.

—Así lo haré —dije.

—Será muy bien recibido.

Padma hizo una inclinación. Su túnica azul acarició el suelo cuando se volvió y salió de la estancia.

—Por aquí —me indicó Janol, cogiéndome del brazo. Caminé titubeante, como si acabara de despertar de un profundo sueño—. El comandante está aquí.

Maquinalmente, le seguí a una oficina interior. Cuando cruzamos la puerta la persona a quien quería ver, se levantó. Era un hombre alto y enjuto con uniforme de campo, corpulento y de rostro sonriente y franco bajo un cabello negro y ligeramente rizado. Una efusión extraordinaria pareció irradiar de él —algo extraño en un dorsai— cuando se levantó para saludarme y su fuerte mano de largos dedos engulló la mía en un apretón.

—Pase —dijo—. Permítame prepararle una copa. Janol —añadió, dirigiéndose al oficial mercenario de Nueva Tierra—, no es preciso que se quede, puede ir a almorzar. Y diga a los de la oficina exterior que hagan un alto.

Tras saludar, Janol se fue. Mientras, Graeme se volvía hacia un pequeño aparador que había tras su mesa, me senté. Y, por vez primera en tres años, bajo la influencia de aquel combatiente, fuera de lo común que tenía delante mío, una cierta paz invadió mi espíritu. Con alguien como él de mi lado, no perdería.

III

—¿Credenciales? —preguntó Graeme cuando los dos estuvimos sentados con los vasos de *whisky* dorsai (que es muy buen *whisky*) en las manos.

Le entregué mis papeles. Les echó una ojeada, separando las cartas de Sayona, el Nexo de Kultis, al «Comandante de las Fuerzas de Campo de Santa María». Los examinó, y los dejó a un lado. Me devolvió la cartera de las Credenciales.

—¿Se detuvo en San José primero? —preguntó. Negué con la cabeza. Me miró a la cara, y contemplé su propio rostro tranquilo.

—No le gustan los Amigos —dijo.

Sus palabras me dejaron sin aliento. Había venido dispuesto a buscar la oportunidad para decírselo. Fue demasiado repentino. Desvié la mirada. No me atrevía a contestar directamente. No podía. Si me ponía a hablar sin pensarlo bien, podía haber mucho o muy poco que decir. Así que me contuve.

—Si hago algo durante el resto de mi vida —dije pausadamente—, será hacer cuanto esté a mi alcance para arrancar de la comunidad de seres humanos civilizados a los Amigos y todo cuanto ellos representan.

Volví a mirarle. Estaba allí sentado, con un codo apoyado en la mesa, mirándome.

—Ésa es una actitud muy rígida, ¿no?

—No más que la de ellos.

—¿Lo cree así? —me pregunto seriamente—. Yo no lo diría.

—Creí —dije yo—, que usted era uno de los que estaban luchando contra ellos.

—Claro que sí —dijo sonriendo—. Pero tanto unos como otros somos soldados.

—No creo que ellos piensen del mismo modo. Movié la cabeza ligeramente.

—¿Qué le hace decir eso? —dijo.

—Los he visto —respondí—. Me cogieron en el frente en las líneas Castlemain, Nueva Tierra, hace tres años. —Palmeé mi rodilla rígida—. Me hirieron y no podía navegar. Los cassidianos que me rodeaban empezaron a retirarse, eran mercenarios y las tropas que luchaban contra ellos eran Amigos alquilados como mercenarios.

Me detuve y tomé un trago de *whisky*. Cuando volví a posar el vaso en la mesa, Graeme no se había movido, parecía estar esperando.

—Había un joven cassidiano, un soldado raso —dije—. Yo estaba haciendo una serie de artículos sobre un aspecto muy particular de la campaña. Le elegí como ayudante. Era una elección natural. Vea... —Bebí de nuevo, vacié el vaso y continué—: Mi hermana más pequeña había ido a Cassida hacia dos años contratada como contadora, y se había casado con él. Era mi cuñado.

En silencio, Graeme cogió el vaso de mi mano y me lo llenó de nuevo.

—En realidad, no era militar —dije—. Estaba estudiando mecánica dinámica y le quedaban unos tres años. Pero sus resultados no fueron muy buenos en las pruebas competitivas en la época en que Cassida debía un balance contractual de tropas a Nueva Tierra —respiré profundamente—. En fin, para abreviar esta larga historia,

acabó en Nueva Tierra en la misma campaña que yo estaba cubriendo. Debido a las series que yo estaba escribiendo, me fue asignado. Los dos pensamos que era un buen trato para él, que de ese modo estaría más seguro.

Bebí un poco más de *whisky*.

—Pero —continué—, ya sabe, siempre hay una historia mejor, un poco más profunda, en la zona de combate. Un día en que las tropas de Nueva Tierra estaban en retirada llegamos al frente. A mí una aguja me atravesó la rodillera. Pero los Amigos avanzaban y las cosas se estaban poniendo muy interesantes. Los soldados que nos rodeaban se dirigieron rápidamente hacia la retaguardia, pero Dave intentó alejarme de todo aquello pensando que los Amigos me freirían antes de que se dieran cuenta de que era un no combatiente. Bueno —volví a respirar profundamente—, las tropas de tierra de los Amigos nos cogieron. Nos llevaron hasta donde tenían a la mayoría de prisioneros y nos dejaron allí un tiempo. Luego, un suboficial, uno de sus fanáticos, un soldado alto y famélico, aproximadamente de mi edad, llegó con órdenes de que tenían que volver a formar para otro ataque.

Me detuve y tomé otro trago. Pero no pude saborearlo.

—Eso significaba que no podían dejar que ninguno de sus hombres se quedara vigilando a los prisioneros. Tendrían que liberarlos por detrás de las líneas de los Amigos. El suboficial dijo que aquello 00 resultaría. Tenía que asegurarse de que los prisioneros no les comprometieran.

Graeme seguía mirándome.

—Yo no entendía. Ni siquiera lo comprendí cuando los otros Amigos se opusieron. —Deje mis gafas junto a mí sobre la mesa, y miré la pared de la oficina, viéndolo todo de nuevo tan claramente como si lo viera a través de una ventana—. Recuerdo cómo se puso el suboficial. Vi sus ojos. Como si los que se oponían le hubieran insultado. «¿*Son Elegidos de Dios?*», les gritó, «¿*Son de los Elegidos?*».

Miré a Kensie Graeme, seguía inmóvil, mirándome, sosteniendo el vaso en su manaza.

—¿Entiende? —le dije—. Era como si por el hecho de que los prisioneros no fueran Amigos, dejaran de ser humanos. Como si pertenecieran a un orden inferior y fuera totalmente justo matarlos. —Me estremecí repentinamente—. ¡Y lo hicieron! Me senté allí, apoyado en un árbol, a salvo por mi uniforme de corresponsal, y vi cómo les fusilaban. A todos. ¡Me senté allí y miré a Dave, y él me miró a mí, allí sentado, cuando el suboficial le disparó!

De pronto me callé. No había pretendido contarle todo de aquel modo. Pero es que hasta entonces no había podido contarle a nadie lo desvalido que me había sentido. Y algo en Graeme me había hecho pensar que él podría entenderme.

—Sí —dijo tras un breve silencio. Cogió mi vaso y volvió a llenarlo—. Esas cosas son terribles. ¿Descubrieron al suboficial y lo juzgaron según el Código de los Mercenarios?

—Sí, pero para entonces ya era demasiado tarde.

Moviendo la cabeza, miró la pared que había a mis espaldas.

—Por supuesto, todos no son iguales.

—Pero lo cierto es que hay los suficientes para ganarse esa reputación.

—Debo reconocer que, desgraciadamente, es así. Bien —me sonrió débilmente—, intentaremos que cosas como éstas no ocurran en esta campaña.

—Dígame algo —le espeté, colocando mi vaso sobre la mesa—. Cosas como éstas, tal como dice usted, ¿suponen la forma habitual de actuar de los Amigos?

Percibí que algo había cambiado en la atmósfera de la habitación.

Hubo una breve pausa antes de que me contestara. Sentí que el corazón me latía lentamente, y esperé que hablara.

Finalmente habló.

—No, no siempre actúan así.

—¿Por qué no? —dije.

Aquella sensación tan especial en la habitación se hizo más intensa. Comprendí que había ido demasiado rápido. Había estado allí sentado hablándole como a un hombre y olvidando todo lo que además era. Ahora empezaba a olvidar que era un hombre y a considerarle un dorsai, un individuo tan humano como yo mismo, pero entrenado y educado toda su vida, durante generaciones, para otro fin. No se movió, ni cambió el tono de su voz, ni nada parecido. Pero, en cierto sentido, parecía haberse separado de mí, hacia una tierra más alta, más fría, más pétrea, en la que, arriesgándome, yo sólo podía aventurarme.

Entonces recordé lo que se decía de su pueblo, de la gente de aquel pequeño mundo frío y de montañas pedregosas: que si los dorsai decidían retirar a sus hombres de los servicios de todos los demás mundos y desafiar a aquellos mundos, la fuerza conjunta del resto de la civilización no podría hacerles frente. En realidad, nunca había creído que fuese cierto. Ni siquiera había pensado mucho en ello. Pero en aquel momento, allí sentado, debido a lo que estaba ocurriendo en la habitación, lo entendí claramente. Tuve la absoluta seguridad de que era verdad; y, entonces, él contestó a mi pregunta:

—Porque —dijo Kensie Graeme— eso está específicamente prohibido por el artículo dos del Código de los Mercenarios.

De pronto se echó a reír y aquello que yo había sentido en el ambiente de la habitación desapareció. Volví a respirar.

—Bueno —dijo él, poniendo su vaso vacío sobre la mesa—, ¿qué le parece si nos acompaña en el Comedor de Oficiales para tomar algo?

Cené con ellos y la velada fue muy agradable. Me ofrecieron albergue por aquella noche, pero decidí regresar al frío y triste complejo cercano a San José, donde lo único que me esperaba era la fría y amarga satisfacción de estar entre mis enemigos.

Alrededor de las once crucé la entrada del complejo y aparqué justo en el momento en que una figura salía y se dirigía al cuartel general de Jamethon. Unos focos sobre los muros cuya luz se perdía en el húmedo pavimento, era toda la

iluminación de la plaza. Por un momento no reconocí la figura; luego vi que se trataba de Jamethon.

Había pasado a cierta distancia de mí, pero salí del coche y fui a su encuentro. Se detuvo cuando me vio acercarme.

—Señor Olyn —dijo suavemente.

En la oscuridad, yo no podía distinguir la expresión de su cara.

—Tengo que hacerle una pregunta —dije, sonriendo en la oscuridad.

—Es tarde para hacer preguntas.

—Ésta no nos hará perder mucho tiempo —dije, esforzándome por captar la expresión de su rostro, pero estaba completamente en sombras—. He estado visitando el campamento Exótico. Su jefe es un dorsai. Supongo que lo sabe usted, ¿no?

—Sí.

Apenas pude distinguir el movimiento de sus labios.

—Estuvimos hablando. Surgió una cuestión que pensé que sería adecuado preguntársela a usted, comandante. ¿Ordena usted siempre a sus hombres que maten a los prisioneros?

Se hizo entre nosotros un extraño y breve silencio. Luego respondió:

—El asesinato o abuso de prisioneros de guerra —dijo, sin ningún tono en su voz—, está prohibido por el artículo dos del Código de Mercenarios.

—Pero usted no es mercenario aquí, ¿verdad? Ustedes son tropas nativas al servicio de su Iglesia Verdadera y de sus Ancianos.

Continuaba esforzándome, sin conseguirlo, por descifrar la expresión de su rostro oculto entre las sombras. Las palabras parecían brotar lentamente, el tono de voz tan tranquilo como siempre.

—Señor Olyn —dijo—, Mi Señor me ha designado como su siervo y como dirigente entre sus hombres de guerra. En ninguna de las dos cosas le fallaré.

Tras decir eso se volvió, su rostro aún entre sombras, fuera de mi vista, dio la vuelta por detrás de mí y desapareció.

Una vez solo, me dirigí a mi habitación, me desvestí y me tendí en el duro y estrecho catre que me habían adjudicado. En el exterior, la lluvia había cesado al fin. A través de mi ventana abierta, sin vidrio, podía ver unas cuantas estrellas.

Durante un rato tomé nota mentalmente de lo que tenía que hacer al día siguiente, antes de disponerme a dormir. El encuentro con Padma, el Nexo Exterior, me había causado una gran impresión. Pensé en sus seudocálculos de los actos humanos con reservas, aunque me había sentido incitado a saber más sobre ellos. Tendría que averiguar más sobre lo que su ciencia ontogénica sabía y lo que podía predecir. Si fuera necesario, tendría que averiguarlo por el propio Padma. Pero empezaría por recurrir a las fuentes de información habituales.

Consideré que a nadie se le ocurriría pensar en que un hombre como yo pudiera destruir una cultura que abarcaba las poblaciones de dos mundos. Nadie, excepto quizás un Padma. Lo que yo sabía, podía haberlo descubierto con sus cálculos. Y era

que los mundos Amigos de Armonía y Asociación estaban a punto de tomar una decisión que significaría vida o muerte para su forma de vida. Algo muy insignificante podría desequilibrar la balanza.

Un nuevo viento soplaba entre las estrellas.

Cuatrocientos años antes, todos habíamos sido hombres de la Tierra... de la Vieja Tierra, el planeta madre, mi lugar de origen. Un pueblo.

Luego, con el movimiento hacia nuevos mundos, la raza humana se había «astillado», para usar un término Exótico. Cada pequeño fragmento social y cada tipo psicológico se había separado por sí mismo y se había unido a otros semejantes a él, progresando hacia tipos especializados. Hasta que llegamos a tener media docena de fragmentos de tipos humanos: el guerrero en los dorsai, el filósofo en los mundos Exóticos, el científico en Newton, Cassida y Venus, y así sucesivamente.

Con el aislamiento se habían creado tipos específicos. Más tarde, la creciente intercomunicación entre los mundos más jóvenes, ahora establecidos, y un índice en constante crecimiento de avance tecnológico, había forzado la especialización. El comercio entre mundos era el comercio de mentes expertas. Los generales de Dorsai se intercambiaban con psiquiatras de los Exóticos. Los hombres de comunicaciones como yo, de la Vieja Tierra, por diseñadores de naves espaciales de Cassida. Y de ese modo había sido durante los últimos cien años.

Pero ahora, los mundos estaban convergiendo. De nuevo, la economía estaba fundiendo a la raza en un todo. La batalla que se libraba en cada mundo tenía como objeto obtener las mayores ventajas de tal fusión, intentando conservar lo más posible de sus propios estilos.

El compromiso era necesario. Pero la rígida e inflexible religión Amistosa lo prohibía, con lo que se había creado muchos enemigos. En otros mundos, la opinión pública se manifestaba abiertamente en contra de los Amigos. Los desacreditaban, hablaban mal de ellos públicamente, no les permitían alquilar sus soldados. De ese modo, perderían el equilibrio comercial que necesitaban para contratar especialistas expertos entrenados por los medios especiales de otros mundos y que necesitaban para mantener sus dos mundos pobres en recursos naturales vivos. Finalmente, morirían.

Igual como había muerto el joven Dave, lentamente, en la oscuridad.

... Ahora, invadido por la oscuridad, mientras pensaba en ello, el recuerdo se alzó ante mí una vez más. Era mediodía cuando nos hicieron prisioneros, pero cuando llegó el suboficial con órdenes de avanzar para nuestros guardianes el sol casi se había puesto.

Cuando se marcharon, cuando todo acabó y me quedé solo, revolví entre los cuerpos muertos y entre ellos encontré a Dave. Todavía respiraba. Tenía una herida en el cuerpo, sangrándole, y yo no podía detener la hemorragia.

Aunque después me dijeron que de nada habría servido detenerla, entonces me parecía que sí. Así que lo intenté. Finalmente, renuncié, para entonces ya era bastante

de noche. Simplemente lo sostuve entre mis brazos, y sólo cuando empezó a quedarse frío supe que estaba muerto. Fue entonces cuando empecé a convertirme en lo que mi tío siempre había intentado hacer de mí. Interiormente me sentí muerto. Dave y mi hermana hubieran sido mi familia, la única familia que yo había albergado esperanzas de conservar. Y en su lugar, lo único que podía hacer era permanecer allí sentado en la oscuridad, sosteniéndole, oyendo la sangre de su empapada ropa caer gota a gota, lentamente, sobre las multiformes hojas muertas de encina que cubrían el suelo.

Ahora permanecía en el cuartel Amistoso, recordando, incapaz de dormir. Al cabo de un rato, oí soldados marchando, formando en la plaza para el servicio de medianoche.

Atento a sus movimientos, me eché boca arriba. Su marcha cesó al fin. La única ventana que había en la habitación estaba sobre la cama, en la pared contra la que se apoyaba el lado izquierdo de mi catre. No tenía cristal, y el aire nocturno, con todos sus sonidos, entraba a placer, junto con la difusa luz de la plaza, que dibujaba un pálido rectángulo sobre la pared opuesta. Durante un rato contemplé aquel rectángulo y escuché a los soldados de la plaza; oí al oficial de servicio guiarlos en la oración por el valor. Después, cantaron nuevamente su Himno de Batalla, y esta vez lo escuché del principio al fin.

Soldado, no preguntes, ni ahora ni nunca,
Adonde van a guerrear tus banderas,
Las legiones anarquistas nos tienen cercados.
¡Golpea! ¡Y no te preocupes del golpe!
Gloria, honor, alabanza y provecho.
Sólo son juguetes de valor decorativo.
Ofrece tu trabajo sin preguntar,
Entrega la arcilla humana a la tierra.
Sangre, tristeza y dolor sin límites.
Son parte de todos nosotros.
Empuña la desnuda espada, desafiante.
Con alegría en la desolación de la batalla.
De este modo, nosotros, soldados ungidos,
Compareceremos al fin ante el Trono,
Bautizados en nuestras heridas, sangrando,
Confirmados en nuestro Señor, ¡único!
Después se dirigieron cada uno a su habitación.

Continué allí tendido, oyendo el silencio de la plaza y la rítmica descarga de un canalón fuera, junto a mi ventana, cuyas innumerables gotas caían lentamente, tras la lluvia, una a una, en la oscuridad.

IV

Desde el día en que llegué, no volvió a llover más. Poco a poco, los campos se secaron. Pronto estarían dispuestos para soportar el peso del equipo bélico pesado de superficie, y todos sabían que entonces los Exóticos iniciarían la ofensiva de primavera. Mientras llegaba el momento, las tropas de los Exóticos y de los Amigos se entrenaban.

Las semanas siguientes las dediqué a mi trabajo periodístico. Principalmente recogí datos generales y pequeñas historias sobre los soldados y los nativos. Tenía que enviar despachos y así lo hice. Un corresponsal es tan bueno como lo sean sus contactos; yo tenía contactos en todas partes, excepto entre las tropas Amistosas. Éstas se mantenían a distancia, aunque yo hablaba con muchos de sus soldados. Se resistían a mostrar temor o recelo. Había oído que estos soldados estaban, por lo general, mal entrenados y las tácticas suicidas de sus oficiales hacían que las tropas tuvieran que renovarse continuamente con nuevos reclutas. Los que entonces quedaban eran los restos de la Fuerza Expedicionaria que en un principio debió ser seis veces superior. Todos eran veteranos, aunque la mayoría tenían poco más de veinte años. Sólo de vez en cuando, entre los suboficiales, y más a menudo entre los oficiales, veía el prototipo del suboficial que había ordenado el fusilamiento de los prisioneros en Nueva Tierra. Aquí los hombres de este tipo parecían rabiosos, lobos grises mezclados con comedidos y bien educados perros jóvenes que acababan de dejar de ser cachorros.

Era una tentación creer que sólo era lo que yo había decidido destruir.

Para combatir esa tentación, me decía a mí mismo que Alejandro el Grande había mandado expediciones contra las tribus y gobernado en Pella, capital de Macedonia, y ordenado matar a hombres cuando tenía dieciséis años. Aun así, los soldados Amistosos seguían pareciéndome jóvenes. No podía evitar compararlos con los adultos y expertos mercenarios de las fuerzas de Kensie Graeme, Pero los Exóticos, obedeciendo sus principios, no contratarían tropas reclutadas ni soldados que por su propia y libre voluntad no vistieran uniforme.

Entre tanto, no había sabido nada del Frente Azul. Al cabo de dos semanas ya tenía mis propios contactos en Nuevo San Marcos, y a principios de la tercera uno de estos contactos me informó que la tienda de joyeros de Wallace Street había cerrado sus puertas, había bajado las persianas y vaciado la gran habitación de existencias e instalaciones, y se había trasladado o dejado el negocio. Eso era todo cuanto yo necesitaba saber.

Durante los días siguientes, permanecí cerca de Jamethon Black, y a finales de esa tercera semana, mi vigilancia se vio recompensada.

El viernes por la noche, a las diez en punto, cuando me encontraba en un paso estrecho justo sobre mi alojamiento y bajo el paso de centinelas del muro, vi a tres civiles, a todas luces del Frente Azul, que bajaban en un coche que se había detenido

en la plaza y entraban en la oficina de Jamethon.

Estuvieron allí aproximadamente una hora. Cuando se marcharon, me fui a dormir. Aquella noche dormí a pierna suelta.

Cuando a la mañana siguiente, temprano, me levanté, había correo para mí. Por correo espacial había llegado un mensaje desde la Tierra del director de Red de Noticias, en el que me felicitaba personalmente por mis despachos. Tres años antes, esto hubiera significado muchísimo para mí. Ahora, sólo me preocupaba que consideraran que la situación allí era lo bastante importante como para decidir enviar personal extra que me ayudara. Tenía que hacer lo posible para que eso no pasara. No podía arriesgarme a que mandaran a otros periodistas que fueran testigos de lo que iba a hacer.

Subí al coche y, por la autopista, me dirigí al este, hacia Nuevo San Marcos y el Cuartel General Exótico. Las tropas Amistosas ya estaban en el campo. Dieciocho kilómetros al este de San José una patrulla de cinco soldados jóvenes sin ningún suboficial al mando, me detuvo. Me reconocieron.

—En nombre de Dios, señor Olyn —dijo el primero que llegó al coche, inclinándose para hablarme por la ventanilla izquierda que estaba abierta—. No puede usted seguir.

—¿Puedo saber la razón? —pregunté.

Se volvió y me indicó un pequeño valle entre dos colinas boscosas, a nuestra izquierda.

—Reconocimiento táctico en marcha.

Miré. Entre las boscosas laderas, el pequeño valle, de unos cien metros de anchura, se extendía y se retorció hasta desaparecer a mi derecha. En el linde de las boscosas laderas, donde se unían en vega abierta, había lilos con flores de varios días. La misma vega era verde y clara, con la hierba nueva de principios de verano y el blanco y morado de las lilas, y las multiformes encinas más allá de los lilos se perfilaban cubiertas de pequeñas hojas nuevas.

En medio de todo esto, en el centro del prado, unas figuras vestidas de negro se movían de un lado a otro con calculadores, midiendo las posibilidades de muerte desde cada ángulo. Por algún motivo, en el centro de la vega habían colocado estacas de señalización: una sola estaca, luego una estaca frente a aquélla con dos estacas a cada lado, y otra estaca más en hilera ante éstas. Más lejos, había otra estaca sola, tirada, como si hubiera caído sobre la hierba y la hubiesen desechado.

De nuevo, miré el joven rostro inclinado del soldado.

—¿Dispuestos a derrotar a los Exóticos? —pregunté. Lo tomó como si hubiera sido una pregunta franca y seria, sin percatarse del deje de ironía en mi voz.

—Sí, señor —dijo con seriedad.

Le miré a él y a los otros que le acompañaban.

—¿Nunca piensan en que pueden perder?

—No, señor Olyn —contestó moviendo la cabeza con solemnidad—. Ningún

hombre que vaya a luchar por el Señor pierde. —Vio que yo no estaba convencido de ellos y se dedicó a intentar convencerme fervorosamente—. Él ha puesto su mano sobre sus soldados..., y lo único posible para ellos es la victoria, o a veces la muerte. ¿Y qué es la muerte?

Miró a sus compañeros, y todos ellos asintieron.

—¿Qué es la muerte? —corearon.

Les miré. Estaban allí preguntándome y preguntándose unos a otros qué era la muerte, como si de lo que hablaran fuera de algún trabajo duro pero necesario.

Aunque tenía una respuesta para ellos, opté por guardármela. Muerte era un suboficial, uno de su propia clase, dando órdenes a soldados, como ellos mismos, de asesinar prisioneros. Eso era muerte.

—Llame a un oficial —dije—. Mi pase me permite seguir por aquí.

—Lo lamento, señor —dijo el que había estado hablando conmigo—, pero no podemos dejar nuestros puestos para llamar a un oficial. Pronto vendrá uno.

Imagué lo que significaría «pronto» y acerté. Eran más de las doce cuando llegó un oficial para ordenarles que almorzaran y para permitirme seguir.

El sol estaba ya bajo cuando llegué al Cuartel General de Kensie Graeme; las largas sombras de los árboles se proyectaban sobre el terreno. Aun así, era como si el campamento acabara de despertar. No necesitaba tener mucha experiencia para percatarme de que los Exóticos estaban iniciando el avance contra Jamethon.

Encontré a Janol Marat, el comandante de Nueva Tierra.

—Tengo que ver al coronel Graeme —le dije.

Denegó con la cabeza, pese a que ahora nos conocíamos bien.

—Ahora no, Tam, lo siento.

—Janol —dije—, no se trata de ninguna entrevista. Es un asunto de vida o muerte. De eso se trataba. Tengo que ver a Kensie. Me miró fijamente. Y yo a él.

—Espere aquí —dijo.

Estábamos en la oficina del cuartel general. Salió y estuvo fuera unos cinco minutos. Yo me quedé allí, escuchando el tic-tac del reloj de pared. Luego regresó.

—Por aquí —me indicó.

Una vez en el exterior, me guió por entre los edificios de plástico hacia una pequeña estructura medio oculta entre unos árboles. Al cruzar la entrada principal comprendí que aquél era el alojamiento personal de Kensie. Tras pasar por una pequeña sala de estar, llegamos a una especie de dormitorio-baño. Kensie acababa de salir de la ducha y estaba poniéndose el traje de costumbre. Me miró con curiosidad. Luego desvió la mirada hacia Janol.

—Muy bien, comandante —dijo—. Ya puede volver a sus deberes.

—Señor —dijo Janol, sin mirarme. Saludó y se fue.

—Muy bien, Tara —dijo Kensie, poniéndose unos pantalones de uniforme—. ¿De qué se trata?

—Sé que está listo para avanzar —dije.

Me miró un tanto irónicamente mientras cerraba la presilla de la cintura de los pantalones. Aún no se había puesto la camisa y en aquella pequeña habitación parecía un gigante de irresistible fuerza. Su cuerpo estaba curtido como madera oscura y los músculos cruzaban su pecho y hombros como bandas lisas. Su vientre estaba hundido y los músculos de sus brazos se encogían y se distendían cuando los movía. De nuevo noté en él la característica especial de los dorsai. No era sólo su fuerza y su tamaño físico. Ni siquiera era el hecho de que se tratara de una persona entrenada ya desde el nacimiento para la guerra, educado para la batalla. No. Era algo vivo pero intangible, la misma cualidad distintiva que puede encontrarse en los Exóticos puros como Padma, o en algunos investigadores newtonianos o cassidianos. Algo superior al hombre común, que era como una serenidad, un sentido de convicción donde radicaba aquella peculiaridad tan completa que le situaba por encima de toda debilidad, que le hacía intangible, inalcanzable. Imaginé la ligera sombra oscura de Jamethon Black enfrentándose a un hombre como aquél. La idea de cualquier victoria para Jamethon era inconcebible, algo totalmente imposible.

Pero el peligro siempre existía.

—De acuerdo. Le diré a qué he venido —le dije a Kensie—. He descubierto que Black está en contacto con el Frente Azul, un grupo político nativo terrorista que tiene el cuartel general en Blauvain. Tres de sus miembros le visitaron la noche pasada, yo mismo lo vi.

Kensie recogió su camisa y metió uno de sus largos brazos en una manga:

—Ya sé —dijo. Le miré fijamente.

—¿No comprende? —dije—. Son asesinos. Ése es su negocio. Y tanto a ellos como a Jamethon Black les vendría muy bien deshacerse de usted.

Metió el otro brazo en la manga.

—Lo sé —dijo—. Quieren que el actual gobierno de Santa María caiga y hacerse ellos con el poder... Pero mientras el dinero de los Exóticos nos llegue para mantener la paz aquí, eso no es posible.

—Ellos no contaban con la ayuda de Black.

—¿Acaso cuentan ahora con ella? —preguntó, sujetando el cierre de la camisa entre el pulgar y el índice.

—Los Amigos están desesperados —dije—. Aunque mañana mismo les llegaran refuerzos, Jamethon sabe cuáles son sus posibilidades estando usted listo para el avance. Las Convenciones Bélicas y el Código de Mercenarios pueden declarar fuera de la ley a los asesinos, pero usted y yo conocemos a los Amigos.

Kensie me miró con sorpresa y cogió su chaqueta.

—¿Los conocemos? —dijo. Nuestras miradas se encontraron.

—¿No? —pregunté.

—Tam. —Se puso la chaqueta y se la abotonó—. Mi oficio consiste en conocer a los hombres contra quienes he de luchar. Pero ¿qué le hace creer a usted que los conoce?

—También es mi oficio —dije—. Quizá lo haya olvidado usted, soy periodista y la gente es mi oficio.

—Pero usted no es de ninguna utilidad para los Amigos.

—¿Seguro? —dije—. He estado en todos los mundos. He visto a newtonianos y cassidianos con la cabeza en las nubes, pero si uno les tira lo bastante fuerte de las mangas puede volverlos a la realidad. He visto Exóticos como Padma en sus tretas mentales de salón, y a freilandeses, tan exageradamente formalistas. Los he visto de mi propio mundo, de Vieja Tierra, y de Coby y de Venus e incluso de Dorsai, como usted. Y puedo decirle que todos ellos tienen algo en común. En el fondo, todos son humanos. Todos y cada uno de ellos son humanos, todos se han especializado en cierta forma valiosa.

—¿Y los Amigos no?

—Fanatismo —dije—. ¿Eso es valioso? Es exactamente lo contrario. ¿Qué tiene de bueno, incluso de tolerable, la fe ciega, sorda, estúpida e irreflexiva que no permite que un hombre razone por sí mismo?

—¿Cómo sabe usted que ellos no razonan? —preguntó Kensie, que ahora me miraba de frente.

—Quizás algunos de ellos lo hagan —dije—. Quizá los jóvenes, antes de que el veneno haya tenido tiempo de hacerles efecto. ¿De qué sirve eso mientras existe la cultura?

En la habitación se hizo un repentino silencio.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó Kensie.

—La cuestión de los asesinos —respondí—. Demuestre que Jamethon Black ha violado las Convenciones de la Guerra poniéndose de acuerdo con ellos para matarle a usted, y puede usted ganar Santa María para los Exóticos sin disparar un solo tiro.

—¿Y cómo podría hacerlo?

—Por mediación mía —contesté—. He conseguido establecer un canal de información con el grupo político que representa a los asesinos. Permítame llegar a ellos como su representante y ofrecer más que Jamethon. Puede ofrecerles el reconocimiento del actual gobierno. Si pudiera usted limpiar el planeta de Amigos de un modo tan fácil, Padma y el actual gobierno de Santa María le apoyarían. Me miró. Su rostro era totalmente inexpresivo.

—¿Y qué supone que conseguiría yo con todo esto? —preguntó.

—Testimonio jurado de que han sido alquilados para asesinarle. Testificarían tantos como hiciera falta.

—Ningún Tribunal de Investigación Planetaria creería a gente como ésa —objeto Kensie.

—Ah —dije, y no pude evitar sonreír—. Pero a mí, como Representante de la Red de Noticias, me creerían cuando respaldara palabra por palabra todo el testimonio.

De nuevo se hizo el silencio. Su rostro permanecía inexpresivo.

—Entiendo —dijo.

Pasó junto a mí y se dirigió al salón. Yo le seguí. Se dirigió al teléfono, pulsó un botón y habló hacia una pantalla gris, sin imagen.

—Janol —dijo.

Dio la espalda a la pantalla, cruzó la habitación hacia una vitrina de armas y empezó a ponerse el equipo de combate. Se movió con cautela y ni miraba ni hablaba en mi dirección. Después de unos minutos, la puerta de la calle se abrió y entró Janol.

—¿Señor? —dijo el oficial freilandés.

—El señor Olyn permanecerá aquí hasta nuevas órdenes.

—Sí, señor —dijo Janol.

Graeme se fue.

Me quedé mudo, mirando la puerta tras la que había desaparecido. No podía creer que él violara las Convenciones hasta el punto de no Sólo menospreciarme sino ponerme prácticamente bajo arresto para evitar que siguiera interviniendo en la situación.

Me volví hacia Janol. Me miraba con una especie de extraña simpatía en su largo y oscuro rostro.

—¿Está el embajador en el campamento? —pregunté.

—No —dijo avanzando hacia mí—. Ha vuelto a la embajada Exótica de Blauvain. Ahora pórtese bien y siéntese, ¿quiere? Podemos pasar las próximas horas de un modo agradable.

Estábamos el uno frente al otro. Le golpeé en el estómago.

Cuando era posgraduado a nivel universitario había practicado el boxeo. No menciono esto para presentarme como un héroe musculoso, sino para explicar por qué mi primera reacción fue atizarle un golpe en el estómago y no en la mandíbula. Seguramente Graeme habría descubierto el punto de fuera de combate sin pensarlo siquiera, pero yo no era dorsai. La parte bajo el tórax de un hombre es relativamente larga, blanda, fácil de alcanzar y, en general, bastante adecuada para los principiantes. Y yo sabía algo de puñetazos.

A pesar del golpe, Janol no estaba inconsciente. Cayó al suelo y quedó allí doblado, con los ojos aún abiertos. Pero no estaba en condiciones de levantarse inmediatamente. Me volví y salí rápidamente del edificio.

El campamento bullía. Nadie me paró. Cogí de nuevo el coche y cinco minutos después ya me encontraba a salvo en la oscura carretera hacia Blauvain.

V

La distancia entre Nuevo San Marcos y Blauvain, y la embajada de Padma era de cuatrocientos kilómetros. En situación normal los podía haber hecho en seis horas, pero se había hundido un puente y tardé catorce.

Eran más de las ocho de la mañana siguiente cuando irrumpí en la mezcla de parque y edificio que era la embajada.

—Padma —dije—. ¿Está aún...?

—Sí, señor Olyn —dijo la recepcionista—. Está esperándole. Sonrió, envuelto en su túnica morada. No me preocupó. Me sentía francamente complacido de que Padma todavía no hubiera salido hacia las zonas del conflicto.

La recepcionista me llevó ante la presencia de un joven exótico que dijo ser uno de los secretarios de Padma. Me guió durante un corto trecho y me presentó a otro secretario, de mediana edad esta vez, con el que pasé por varias estancias y luego por un largo pasillo, doblamos una esquina, más allá de la cual dijo que estaba la entrada a la zona de oficinas en la que Padma estaba trabajando en aquellos momentos. Luego me dejó.

Seguí la dirección indicada. Pero al cruzar la entrada no encontré una estancia sino otro pasillo. Aterrado, entonces comprendí. Creí ver a Kensie Graeme avanzando hacia mí... Kensie, pensando en el asesinato.

Pero el hombre que me había parecido Kensie, se limitó a mirarme unos instantes y desvió la vista. Entonces comprendí.

Obviamente, no era Kensie, era el hermano gemelo de Kensie, Ian, comandante de las fuerzas de Garison para los Exóticos, en Blauvain. Caminaba en mi dirección a grandes pasos. Y yo empecé de nuevo a caminar hacia él, sin estar del todo tranquilo hasta que nos cruzamos.

Dudo que nadie hubiera avanzado hacia él de aquel modo, sintiéndose tan impresionado como lo estaba yo. De los comentarios que había hecho Janol, yo había deducido que Ian era el inverso de Kensie. Y no en un sentido militar, puesto que ambos eran magníficos ejemplos de oficiales dorsai, sino en lo que a su carácter se refiere.

Desde el primer momento, Kensie me había impresionado profundamente, con su carácter jovial y su cordialidad, oscurecida a veces por el hecho de ser dorsai. Cuando no estaba directamente presionado por los asuntos militares, parecía todo luz; uno podía calentarse en su presencia igual que podía hacerlo al sol; Ian, su doble físico, que avanzaba hacia mí como un Odin de dos ojos, era todo sombra.

Al fin, ante mi teoría la leyenda dorsai hecha realidad. Allí estaba el hombre inflexible de corazón de hierro y alma oscura y solitaria. En la poderosa fortaleza de su cuerpo, aquello que constituía la esencia de Ian vivía tan aislado como un ermitaño en una montaña. Era el solitario y feroz hombre de las tierras altas de sus lejanos antepasados.

En Ian no imperaba ni la ley ni la ética, sino la confianza de la palabra dada, la lealtad de clan y el deber de la lucha sangrienta. Era un hombre que sería capaz de cruzar el infierno para pagar una deuda, para bien o para mal; y en aquel momento, mientras avanzaba hacia mí, y cuando finalmente le reconocí, agradecí a todos los dioses que no tuviera ninguna deuda conmigo.

Nos cruzamos y él dobló una esquina.

Entonces recordé que había oído rumores de que la oscuridad que le rodeaba sólo se desvanecía en presencia de Kensie. De que realmente era la otra mitad de su hermano gemelo. Y que si alguna vez perdía la luz que la ciaró presencia de Kensie derramaba sobre él, se vería condenado para siempre a su propia oscuridad.

Era algo que, más tarde, cuando le recordara avanzado hacia mí en aquel momento, yo evocaría.

Entonces lo olvidé penetrando en otra estancia que parecía un pequeño conservatorio, donde vi el afable rostro y el blanco cabello corto de Padma, que vestía una túnica amarillo claro.

—Pase, señor Olyn —dijo, levantándose—, y acompáñeme.

Se volvió y cruzó un arco de purpúreos capullos de clemátides. Le seguí hasta un pequeño patio ocupado casi por completo, con la forma elíptica de un vehículo aéreo de cuatro plazas. Padma se sentó en uno de los asientos frente a los controles. Sujetó la puerta para que yo pasara.

—¿Adónde vamos? —pregunté al entrar en el vehículo. Tocó el panel del piloto automático y la nave se elevó en el aire. La dejó a su propio control y giró su asiento para mirarme.

—Al cuartel general del coronel Graeme en el campo —me respondió.

Cuando ganamos altura y empezamos a avanzar horizontalmente sus ojos eran de color castaño claro, parecían absorber la luz del sol que penetraba por el transparente techo del vehículo. Pero me era del todo imposible leer en aquellos ojos o en la expresión de su rostro.

—Entiendo —dije—. Naturalmente sé que una llamada desde el cuartel general de Graeme le llegaría mucho antes de lo que lo hice yo desde el mismo punto por vehículo de superficie. Pero espero que no esté usted pensando en permitirle raptarme ni nada parecido. Como periodista, estoy protegido por mis Credenciales de Imparcialidad y también por las autorizaciones de Amigos y Exóticos. Y no pueden considerarme responsable de las conclusiones que Graeme sacó tras la conversación que ambos tuvimos esta mañana... *solos*.

En el asiento de su vehículo aéreo, Padma seguía frente a mí. Sus manos reposaban unidas sobre su regazo, pálidas sobre la túnica amarilla, mostrando los fuertes tendones bajo la piel.

—Si usted me acompaña ahora no es por decisión de Kensie Graeme, sino por mi propia decisión.

—Quiero saber por qué —dije resueltamente.

—Porque —dijo él, con parsimonia—, es usted muy peligroso. —Y siguió allí sentado, mirándome con ojos resueltos. Esperé a que dijera algo más, pero no lo hizo.

—¿Peligroso? —dije—. ¿Peligroso para quién?

—Para el futuro de todos nosotros.

Le miré fijamente. Luego me eché a reír. Estaba irritado.

—¡Basta ya! —dije colérico.

Lentamente movió la cabeza sin apartar en ningún momento sus ojos de mí. Aquellos ojos me desconcertaban. Inocentes y francos como los de un niño, pero a través de ellos yo no podía llegar hasta el hombre.

—Bien —dije—. Dígame, ¿por qué soy peligroso?

—Porque quiere usted destruir una raza, y sabe cómo hacerlo.

Por un momento, se hizo el silencio. El vehículo surcaba el aire sin hacer el más mínimo ruido.

—Es una extraña idea —dije lenta y sosegadamente—. Me pregunto de dónde la ha sacado.

—De nuestros cálculos ontogénicos —dijo Padma, hablando tan sosegadamente como yo mismo lo había hecho—. Y no es una idea, Tam. Bien lo sabe usted.

—Oh, sí —dije—. Ontogenia. Iba a averiguar lo que es eso.

—Ya lo hizo, ¿no es así, Tam?

—¿Sí? —dije—. Supongo que sí. Pero según recuerdo no lo entendí del todo. Es algo sobre la evolución.

—Ontogenia —dijo Padma—, es el estudio del efecto de la evolución sobre las fuerzas recíprocas de la sociedad humana.

—¿Soy yo una fuerza interactuante?

—Por el momento, y durante los últimos años, sí —respondió Padma—. Y posiblemente lo seguirá siendo durante algunos años más. Pero tal vez no.

—Eso suena casi a amenaza.

—En cierto sentido lo es. —Los ojos de Padma absorbieron la luz cuando yo los miré—. Es usted tan capaz de destruirse a sí mismo como de destruir a los demás.

—Me repugnaría hacerlo.

—Entonces —dijo Padma—, será mejor que me escuche.

—Claro, faltaría más —dije yo—, mi oficio es ése, escuchar. Dígamelo todo sobre la ontogenia..., y sobre mí mismo.

Manipuló algo en los controles, y de nuevo giró su asiento para situarse frente a mí.

—La raza humana —dijo Padma— experimentó una explosión evolutiva en el momento histórico en el que la colonización interestelar se hizo posible. —Seguía mirándome. Yo mantenía una expresión atenta—. Esto fue debido a razones derivadas del instinto racial que aún no hemos catalogado por completo, pero que en esencia era de naturaleza autoprotectora.

Yo busqué en el bolsillo de mi chaqueta.

—Quizá fuera conveniente que tomara algunas notas —dije.

—Si quiere hacerlo... —dijo Padma inmutable—. Como resultado de aquella explosión surgieron culturas que, individualmente, se dedicaron a facetas aisladas de la personalidad humana. La faceta combativa fueron los dorsai. La faceta que sacrificaba totalmente el individuo a una u otra fe, fueron los Amigos. La faceta filosófica creó la cultura Exótica, a la cual pertenezco. Llamamos a estas culturas: Culturas Astilla.

—Oh, sí —dije—. Sé algo de las Culturas Astilla.

—Sabe usted algo de ellas, Tam, pero no las conoce.

—¿No las conozco?

—No —dijo Padma—, porque usted, como todos nuestros antepasados, es de la Tierra. Es usted un hombre viejo, de gama completa. Los pueblos Astilla son evolutivamente más avanzados que usted.

De pronto, me invadió una amarga ira.

—Oh, me temo que no entiendo lo que quiere decir.

—Porque no quiere hacerlo —dijo Padma—. Si quisiera, tendría que admitir que eran diferentes de usted y que tenían que ser juzgados mediante diferentes normas.

—¿Diferentes? ¿Cómo?

—Diferentes en el sentido de que todo pueblo Astilla, incluido el mío, comprende instintivamente, mientras que el hombre de gama completa tiene que extrapolar para imaginar. —Padma se desvió un poco en el asiento—. Se hará una idea, Tam, si imagina que un miembro de la cultura Astilla es un hombre como usted mismo, pero con una monomanía que le impulsa a ser un tipo determinado de persona. Pero con esta diferencia: en lugar de que todas las partes de su yo mental y físico fuera de los límites de esa monomanía fueran ignoradas y atrofiadas, tal como lo fueron en usted...

Le interrumpí:

—¿Por qué específicamente en mí?

—En todo hombre de espectro completo —dijo Padma sosegadamente—. Estas partes, en lugar de ser atrofiadas, se alteraron para conformar y alterar la monomanía, de modo que el resultado no es un hombre enfermo, sino un hombre sano aunque diferente.

—¿Sano? —dije, viendo de nuevo al suboficial Amigo de Nueva Tierra mentalmente.

—Sano como cultura. No como individuos de esa cultura ocasionalmente lisiados, sino como cultura.

—Lo siento —dije—. No lo creo.

—Claro que sí, Tam —dijo Padma suavemente—. Inconscientemente lo cree, porque está usted planeando aprovecharse de la debilidad que una cultura como ésta ha de tener para destruirla.

—¿Y qué debilidad es ésta?

—La debilidad obvia que es opuesta a toda fuerza —dijo Padma—. Las culturas Astilla no son viables.

Aunque me sentía sinceramente desconcertado, tenía que disimular.

—¿No viables? ¿Quiere decir que no pueden vivir por sí mismas?

—Claro que no —dijo Padma—. Enfrentada a una expansión en el espacio, ante el desafío de un medio diferente la raza humana reaccionó intentando adaptarse a él. Se adaptó probando por separado todos los elementos de su personalidad para ver cuál de ellos sobreviviría mejor. Ahora que todos esos elementos, las Culturas Astilla, se han adaptado y sobrevivido, les ha llegado el momento de integrarse de nuevo para producir un humano más fuerte y orientado hacia el universo.

El vehículo empezó a descender, nos aproximábamos a nuestro destino.

—¿Qué tiene que ver todo eso conmigo? —pregunté por último.

—Si destruye usted una de las culturas Astilla, no podrá adaptarse por sí misma como lo haría un hombre de espectro completo y morirá. Así, cuando la raza se integre nuevamente en un todo, ese valioso elemento se habrá perdido para ella.

—Tal vez no se pierda —dije suavemente.

—Será una pérdida vital —dijo Padma—. Y puedo demostrárselo. Usted, como hombre de espectro completo, posee un elemento de cada Cultura Astilla. Si es capaz de admitir esto, puede identificarse incluso con aquéllos a quienes quiere destruir. Puedo demostrárselo con pruebas. ¿Quiere verlas?

La nave tocó tierra. La puerta de mi lado se abrió. Salí con Padma y encontré a Kensie esperándonos.

Miré a Padma y luego a Kensie, que me pasaba la cabeza a mí y el doble a Padma. Kensie me devolvió la mirada sin ninguna expresión concreta. Sus ojos no eran los ojos de su hermano gemelo, pero precisamente entonces, por alguna razón, no podía conseguir que nuestras miradas se encontraran.

—Soy periodista —dije—. Por supuesto, mi mente es libre.

Padma se volvió y empezó a caminar hacia el edificio del cuartel general. Kensie se unió a nosotros y creo que Janol y algunos otros nos seguían detrás, aunque preferí no cerciorarme. Kensie, Padma y yo nos dirigimos al interior de la oficina, donde por primera vez había visto a Graeme. Sobre la mesa de Graeme había una carpeta. La cogió, sacó una fotocopia de algo y me la entregó cuando me acerqué.

La cogí. No cabía la menor duda de su autenticidad.

Se trataba de un comunicado del Ilustre Anciano, el oficial de más edad del gobierno unido de Armonía y Asociación, dirigido al Jefe de Guerra Amigo del Centro X de Defensa de Armonía. Estaba fechado dos meses antes, y estaba escrito sobre una hoja de molécula única de la que no podía borrarse nada de lo escrito.

En nombre de Dios, se le comunica:

Que, puesto que parece ser voluntad de Dios que nuestros Hermanos en Santa María no consigan éxito alguno, se ordena que de aquí en adelante no les sean

enviados refuerzos, personal, ni provisiones. Pues si nuestro Capitán nos designa la victoria, sin duda la conquistaremos sin más gastos. Y si Su Voluntad es que no la conquistemos, entonces sería impiedad desperdiciar los bienes de las Iglesias de Dios en un empeño por frustrar Su Voluntad.

Además se ordena que a nuestros Hermanos en Santa María no se les haga saber que no recibirán más ayuda, para que así puedan dar testimonio de su fe en la batalla como siempre, y las Iglesias de Dios no se desalienten.

Atienda este mandato, en nombre del Señor:

Por orden de quien es llamado...

Ilustre Anciano Entre los Elegidos.

Tras leerlo, alcé la vista del papel, Graeme y Padma me miraban.

—¿Cómo ha llegado esto a sus manos? —pregunté—. No, lógicamente no me lo dirá.

Me sudaban las manos, por lo que la hoja satinada resbalaba entre mis dedos. La sujeté con firmeza, y hablé deprisa para que no apartaran la mirada de mí:

—Pero ¿y qué? Ya sabíamos esto. Todos sabían que el Ilustre les había abandonado. Esto sólo lo reafirma. ¿Por qué molestarse en enseñármelo?

—Pensé —dijo Padma—, que le conmoviera un poco. Quizá lo suficiente para que viera las cosas de un modo diferente.

—No dije que no fuera posible —repuse—. Un periodista adopta siempre una postura razonable. Por supuesto —escogí cuidadosamente mis palabras—, si pudiera estudiarlo...

—Yo había esperado que lo hiciera —dijo Padma.

—¿Esperado?

—Si profundiza en ello y verdaderamente comprende lo que quiere decir el Ilustre, entendería a todos los Amigos de otro modo. Su opinión sobre ellos cambiaría.

—No lo creo así —dije—. Pero...

—Permítame pedirle que al menos lo intente —dijo Padma—. Llévase el comunicado.

Permanecí un momento indeciso, mientras Padma me miraba de frente y Kensie descollaba tras él, luego me encogí de hombros y me guardé la hoja de molécula en el bolsillo.

—De acuerdo, me lo llevaré a mi alojamiento y meditaré sobre él. Tengo un vehículo de tierra por aquí en algún sitio, ¿no? —dije, mirando a Kensie.

—A diez kilómetros —dijo Kensie—. Pero le será imposible llegar hasta allí. Nosotros estamos avanzando para el ataque, y los Amigos hacen maniobras para salir a nuestro encuentro.

—Utilice mi vehículo aéreo —dijo Padma—. Las banderas de la embajada serán una ayuda.

—De acuerdo —dije.

Abandonamos la oficina y nos dirigimos hacia el vehículo aéreo. Janol estaba en la oficina exterior. Pasé junto a él y me miró fríamente. No le censuré. Caminamos hasta el vehículo aéreo y entré en él.

—Cuando llegue, puede enviarme el vehículo de vuelta —dijo Padma cuando yo cruzaba la sección de entrada superior del vehículo—. Es un préstamo que le hace la Embajada, Tam. No me preocuparé por él.

—Hace bien —dije—, no necesita preocuparse.

Cerré la sección y pulsé los controles.

Aquel vehículo era una maravilla. Tan ligero como un pensamiento, se alzó en el aire y en un segundo estaba a un kilómetro de altura, muy lejos del lugar de partida. Intenté tranquilizarme del todo antes de hurgar en el bolsillo y sacar el comunicado.

Lo miré. Todavía me temblaba un poco la mano al sujetarlo.

Por fin estaba en mi poder. Aquello era lo que había buscado desde el principio. Y el mismo Padma había insistido en que me lo llevara.

Era la palanca, la palanca de Arquímedes que movería no un mundo sino catorce. Y llevaría a la extinción a los Pueblos Amigos.

VI

Me estaban esperando. Cuando aterricé en la plaza inferior del Complejo de los Amigos, cuatro hombres con los negros rifles dispuestos me rodearon.

A simple vista eran los únicos que quedaban, parecía que Black había sacado de allí a todos los demás hombres de su remanente de una unidad de combate. Reconocí a aquellos cuatro hombres, implacables veteranos. Uno era el suboficial que había estado en la oficina aquella primera noche que yo regresé del campamento de los Exóticos y entré para hablar con Black y le pregunté si alguna vez había ordenado a sus hombres matar a los prisioneros. Otro era un jefe de tropa de cuarenta años, el rango de oficial más bajo, pero que actuaba como general de división, lo mismo que Black, comandante, estaba actuando como coronel de las fuerzas expedicionarias, puesto equivalente al de Kensie Graeme. Los demás soldados eran suboficiales. Los conocía a todos. Ultrafanáticos. Y ellos me conocían a mí. Nos conocíamos mutuamente.

—Tengo que ver al comandante —dije, nada más salir, antes de que ellos empezaran a acribillarme con sus preguntas.

—¿Para qué asunto? —preguntó el jefe de tropa—. Ni este vehículo aéreo ni usted tienen nada que hacer aquí.

—Tengo que ver la comandante Black inmediatamente —dije yo—. No estaría aquí, en un vehículo con las banderas de la Embajada Exótica, si no fuera necesario.

No podían pensar que mi motivo para ver al comandante Black no fuera importante, y yo lo sabía. Discutieron un poco, pero yo seguí insistiendo en ver al comandante. Por último, el jefe de tropa me acompañó hasta la oficina en la que siempre había esperado para ver a Black.

Jamethon Black estaba solo en su oficina. Estaba poniéndose su equipo de combate, igual como había visto antes hacerlo a Graeme. En Graeme, las armas y los adornos parecían juguetes. En la frágil estructura de Jamethon, parecían casi excesivamente pesados para que pudiera soportarlos.

—Señor Olyn —dijo.

Cruzando la habitación me acerqué a él y saqué de mi bolsillo el comunicado. Se giró un poco para mirarme, atándose las correas y haciendo resonar ligeramente armas y correas al volverse.

—¿Va usted a salir en campaña contra los Exóticos? —pregunté.

Movió la cabeza afirmativamente. Nunca antes había estado yo tan cerca de él. Desde el fondo de la habitación, habría creído que mostraba su habitual fría expresión, pero a pocos pasos de él, pude ver el agotado fantasma de una sonrisa rozar las comisuras de los labios de aquel rostro joven y oscuro.

—Ése es mi deber, señor Olyn.

—Su deber de un modo muy relativo —dije yo—, ya que sus superiores en Armonía le han borrado a usted de los libros.

—Ya le he dicho —dijo él sosegadamente—, que los Elegidos no son traicionados en el Señor.

—¿Está usted totalmente seguro de eso? —le pregunté. Pude ver una vez más aquella leve sombra de una sonrisa cansada.

—En este tema, señor Olyn, yo soy más experto que usted.

Le miré fijamente a los ojos. Aunque tranquilos, estaban agotados. Desvié la mirada hacia el lugar de la mesa en el que seguía la figura de la iglesia, el anciano, la mujer y la muchacha.

—¿Su familia? —pregunté.

—Sí —respondió.

—Creí que en un momento como éste pensaría usted en ellos.

—Pienso en ellos con cierta frecuencia.

—A pesar de eso, va usted a salir ahora para que le maten.

—A pesar de eso —repuso él.

—¡Naturalmente! —dije yo—. ¡Lo hará! —Aunque había llegado tranquilo y perfectamente controlado, ahora era como si hubiera saltado el tapón que mantenía oculto todo lo que me había guardado para mí desde la muerte de Dave. Empecé a temblar—. Porque todos los Amigos son así de hipócritas. Son ustedes tan falsos, tan descarados en sus falsedades, que si alguien les arrancara esas hipocresías no quedaría nada. ¿Quedaría algo? Usted prefiere morir antes que admitir que cometer un suicidio como éste no es lo más glorioso del universo. Preferiría usted morir antes que admitir que está usted tan lleno de dudas y tan asustado como cualquiera.

Di unos pasos hacia él. No se movió.

—¿A quién intenta usted engañar? —le increpé—. ¿A quién? Igual que la gente de otros mundos, yo también le comprendo a usted. Sé que usted sabe la falsedad que enmascaran sus Iglesias Unidas. Sé que usted sabe que la forma de vida que usted canta con su voz nasal no es la que usted proclama que es. Sé que su Ilustre Anciano y su pandilla de santurrones no son más que un hatajo de avarientos tiranos a quienes no les importa nada la religión ni cualquier otra cosa con tal de conseguir lo que quieren. Sé que usted lo sabe... ¡y haré que lo admita!

Puse el comunicado ante sus narices.

—¡Léalo!

Retrocedí, terriblemente tembloroso mientras le contemplaba.

Durante unos instantes estudió el comunicado, mientras yo contenía la respiración. Su rostro seguía inmutable. Luego me devolvió el papel.

—Puedo llevarle a ver a Graeme —dije—. Con el vehículo del embajador podemos cruzar las líneas. Puede usted hacer efectiva la rendición antes de que se dispare un solo tiro.

Movió la cabeza. Me estaba mirando de un modo especialmente directo, con una expresión que yo no podía entender.

—¿Quiere decir que... no?

—Será mejor que se quede aquí —dijo—. Ese vehículo, a pesar de las banderas de la embajada, puede ser atacado. Volviéndose, se alejó de mí hacia la puerta.

—¿Adónde va? —le grité. Me planté ante él y volví a colocar el comunicado ante sus ojos—. Esto es real. ¡No puede cerrar los ojos ante esto!

Se detuvo y me miró. Luego, con una mano sujetó mi puño y me obligó a retirar mano, brazo y comunicado. Aunque finos sus dedos eran mucho más fuertes de lo que yo pensaba, así que dejé caer el brazo, pese a que no era aquello lo que yo pretendía.

—Sé que es auténtico. Debo aconsejarle que no vuelva a interponerse en mi camino, señor Olyn. Ahora he de irme. Pasó a mi lado y se dirigió a la puerta.

—¡Es usted un hipócrita! —le grité.

Siguió caminando. Tenía que detenerle. Cogí la figura de encima de su mesa y la arrojé contra el suelo.

Se volvió como un gato y miró los fragmentos.

—¡Eso es lo que está usted haciendo! —le grité, señalando los trozos.

Sin decir nada, se agachó y recogió uno a uno los trozos con sumo cuidado. Luego se los guardó en el bolsillo y se levantó y, por último, alzó su cara para mirarme. Y cuando vi sus ojos, se me cortó la respiración.

—Si mi deber —dijo, en voz baja y controlada— en este momento no fuera...

Se calló. Sus ojos estaban fijos en los míos; y vi como el ansia homicida que había en ellos se transformó en algo parecido al asombro.

—Usted —dijo, suavemente—. ¿Usted no tiene *ninguna* fe?

De nuevo había hablado, pero lo que dijo me contuvo. Me quedé como si me hubieran golpeado en el estómago, sin fuerza para pronunciar las palabras. Él me miraba fijamente.

—¿Qué le hizo pensar —preguntó—, que ese comunicado me haría cambiar de idea?

—¿Es que no lo ha leído? —dije—. El Ilustre escribió que eran ustedes una causa perdida, y que no les darían más ayuda. Y nadie debía comunicárselo temiendo que, al saberlo, pudiera usted rendirse.

—¿Es así como lo interpreta usted? —preguntó—. ¿De ese modo?

—¿De qué otra forma podría interpretarlo?

—Tal como está escrito. —Ahora estaba erguido frente a mí y sus ojos no dejaban de mirarme—. Lo ha leído usted sin fe, olvidando el Nombre y la Voluntad del Señor. El Ilustre Anciano no escribió que fuéramos a ser abandonados aquí, sino que ya que nuestra causa era claramente dolorosa, nos dejaban en las manos de nuestro Capitán y nuestro Dios. Y escribía después que no nos lo dijeran, para que nadie se sienta tentado a una vana y especial búsqueda de la corona de mártir. Mire, señor Olyn. Está ahí abajo, en blanco y negro.

—¡Pero eso no es lo que él quería decir! ¡Eso no es lo que él quería decir!

Movió la cabeza.

—Señor Olyn, no puedo dejar que siga en tal error.

Le miré fijamente, pues era simpatía lo que veía en su cara. Simpatía hacia mí.

—Es su propia ceguera la que le engaña a usted —dijo—. No ve nada, y por eso cree que tampoco nadie puede ver. Nuestro Señor no es sólo un hombre, sino todas las cosas. Es por eso por lo que en nuestras iglesias no tenemos adornos, desdeñando toda pantalla pintada entre nosotros y nuestro Dios. Escúcheme, señor Olyn, las iglesias solamente son tabernáculos de la tierra. Nuestros Ancianos y Dirigentes, aunque son Elegidos y Ungidos, no dejan de ser hombres mortales. A ninguna de estas cosas o personas hemos de atender en nuestra fe, sino a la auténtica voz de Dios en nuestro interior.

Hizo una pausa. Por algún motivo, yo no podía hablar.

—Supongamos que fuera como dice usted —continuó él, todavía con más amabilidad en sus palabras—. Supongamos que todo lo que dice usted fuese cierto y que nuestros Ancianos no fueran más que insaciables tiranos y nosotros mismos fuéramos abandonados aquí por su egoísta voluntad, dedicados a cumplir un objetivo falso y vano. No. —Jamethon alzó la voz—. Permítame atestiguar como si hablara sólo por mí mismo. Supongamos que pudiera usted darme pruebas de que todos nuestros Ancianos mentían, que nuestro mismo Contrato era falso. —Su rostro se alzó hacia el mío y su voz me acusaba de que todo era falsedad y perversión, y que en ninguna parte entre los Elegidos, ni siquiera en casa de mi padre, había fe ni esperanza—. Si pudiera usted demostrarme que ningún milagro podía salvarme, que ni un alma estaba de mi lado, y que los contrarios eran todas las legiones del universo, incluso entonces, *yo solo*, señor Olyn, tal como se me ha ordenado, seguiría adelante hasta el fin del universo, hasta la culminación de la eternidad. Porque sin mi fe no soy nada, pero con ella, ¡no fuerza capaz de detenerme!

Dejó de hablar y se volvió. Le contemplé mientras atravesaba la habitación y cruzaba la puerta.

Me quedé allí, inmóvil, como clavado al suelo, hasta que me llegó desde la plaza el sonido de un vehículo aéreo militar despegando.

Salí entonces de mi parálisis y corrí fuera del edificio.

Cuando llegué a la plaza, el vehículo militar acababa de despegar. Pude ver a Black y a sus cuatro implacables subalternos en el interior. Y les grité:

—Todo eso está bien para vosotros, pero ¿y vuestros hombres? Sabía que no podían oírme. Incontenibles lágrimas corrían por mi rostro, pero, de todos modos, seguí gritándoles:

—¡Estáis asesinando a vuestros hombres para demostrar vuestras creencias! ¿No podéis escuchar? ¡Estáis asesinando a hombres indefensos!

Indiferente a mis gritos, el vehículo militar se dirigió rápidamente hacia el oeste y el sur, donde les esperaban las fuerzas de combate. Y los macizos muros de hormigón y los edificios que rodeaban el vacío recinto devolvieron mis palabras con un eco profundo, salvaje y burlón.

VII

Aunque debería haber ido al espacio-puerto, me dirigí al vehículo aéreo y regresé cruzando las líneas, buscando el Centro del Mando de Combate de Graeme.

En aquel momento, mi propia vida me interesaba tan poco como a un Amigo. Creo que recibí uno o dos impactos, a pesar de que el vehículo llevaba banderas de la Embajada. Por fin localicé el Centro de Mando y descendí.

Al salir del vehículo, me rodearon reclutas. Les enseñé mis Credenciales y me dirigí a la pantalla de combate que había sido colocada al aire libre, a la sombra de unas altas acacias. Graeme, Padma y todo su estado mayor se agrupaban a su alrededor, observando los movimientos de sus tropas y las de los Amigos de los que se daban información. Contiguamente se daba un análisis de los movimientos en voz baja. Del centro de comunicaciones situado a pocos metros, llegaba un flujo constante de información.

El sol se filtraba a través de los árboles. Era casi mediodía y el día era claro y cálido. Durante un buen rato, nadie se percató de mi presencia. Luego, separándose de la pantalla, Janol captó mi presencia, a un lado, junto a la forma chata de una computadora de táctica.

Se puso serio y continuó con lo que estaba haciendo. Pero mi aspecto debía de ser horrible ya que, al cabo de un rato, se acercó con un vaso y lo colocó sobre la computadora.

—Beba eso —dijo fríamente, y se alejó.

Cogí el vaso y al descubrir que era *whisky* dorsai me lo bebí de un trago. Aunque no pude saborearlo, sin duda me sentó bien, pues en pocos minutos el mundo empezó a ordenarse de nuevo a mi alrededor y yo volví a pensar.

Me acerqué a Janol.

—Gracias.

—Está bien.

No me miró, continuaba fijando toda su atención en los papeles que tenía sobre la mesa delante suyo.

—Janol —dije—. Dígame qué está pasando.

—Véalo usted mismo —dijo, sin desviar su atención de sus papeles.

—No puedo verlo por mí mismo. Usted lo sabe. Mire..., siento lo que hice, pero éste también es mi trabajo. ¿No puede usted decirme lo que está pasando ahora y pelearse luego conmigo?

—Usted sabe que no puedo pelear con civiles. —Luego su rostro se relajó—. Muy bien —dijo, irguiéndose—. Venga.

Me condujo hasta la pantalla de combate, donde estaban Padma y Kensie, y me señaló una especie de pequeño triángulo de oscuridad entre dos serpenteantes líneas de luz. Otros puntos y formas luminosos lo cercaban.

—Éstos —señaló las dos líneas anguiliformes— son los ríos Macintok y Sarah, el

lugar de su confluencia, aproximadamente a quince kilómetros a este lado de San José. Es un terreno bastante alto, colinas llenas de escondites, bastante abiertas entre sí. Buen territorio para instalar una defensa inexpugnable, pero mal lugar para quedar atrapado en él.

—¿Por qué?

Señaló las dos líneas de los ríos.

—Retroceda hasta aquí y se encontrará colgando en altas escarpaduras sobre el río. No hay ninguna posibilidad de pasar al otro lado, ni hay defensas para tropas en retirada. El resto del camino es, casi todo, tierra de cultivo, desde las otras orillas de los ríos hasta San José.

Su dedo retrocedió desde el punto en que se unían las líneas de los ríos, pasó la pequeña zona de oscuridad hasta las formas circundantes y los círculos de luz.

—Por otro lado, desde nuestra posición, el acceso a ese territorio también es por campo abierto: estrechas fajas de terreno agrícola alternan con una serie de pantanos y ciénagas. Si relegamos la batalla a ese lugar, la situación para ambos generales es difícil. El primero que tenga que retroceder enseguida tendrá problemas.

—¿Van a atacar ustedes?

—Depende. Black envió por delante su blindaje ligero. Ahora él está retrocediendo hacia terreno alto, entre los dos ríos. Nosotros somos muy superiores en fuerza y en equipo. No hay razón para que no vayamos tras él, ya que él solo se ha metido en la trampa.

Janol se interrumpió.

—¿No hay razón? —pregunté.

—Desde un punto de vista táctico no. —Janol frunció el ceño al mirar la pantalla—. A menos que nos viésemos obligados a retroceder de improviso, no tendríamos problemas. Y no retrocederíamos a menos que él, súbitamente, consiguiera alguna gran ventaja táctica que nos impidiera permanecer allí.

Contemplé su perfil.

—¿Cómo perder a Graeme? —dije yo.

Me miró ceñudo.

—Ese peligro no existe.

Se armó cierto revuelo entre la gente que nos rodeaba. Ambos nos volvimos y miramos.

Estaban todos apiñados alrededor de la pantalla. Nos unimos a la multitud y, mirando entre los soldados de dos de los oficiales del estado mayor de Graeme, en la pantalla vi la imagen de una pequeña vega herbosa cercada por boscosas colinas. En el centro del prado flotaba la bandera Amistosa, su fina cruz blanca sobre fondo negro junto a una larga mesa sobre la hierba. A ambos lados de la mesa había sillas plegables, pero sólo una persona, un oficial Amigo, parecía estar esperando al otro lado de la mesa. Había lilos a todo lo largo del borde de las boscosas colinas donde se alzaban fresnos y encinas hasta el linde del prado; y los capullos de lavándula estaban

empezando a oscurecerse y ennegrecerse, pues pronto acabaría su temporada. Veinticuatro horas habían logrado todo aquel cambio. A la izquierda de la pantalla pude ver el gris hormigón de una autopista.

—Conozco ese lugar —empecé a decir, volviéndome hacia Janol.

—¡Calle! —dijo, alzando un dedo.

A nuestro alrededor, todo el mundo guardaba silencio. Arriba, casi frente a nuestro grupo, se oía una sola voz.

—... es una mesa de conversaciones.

—¿Han llamado? —dijo la voz de Kensie.

—No, señor.

—Bien, vamos a ver.

Hubo un revuelo. El grupo se disolvió y vi que Kensie y Padma se encaminaban hacia la zona en la que estaban aparcados los vehículos aéreos. Esquivando la gente, fui a toda prisa tras ellos.

Oí a Janol que gritaba algo a mis espaldas, pero no le hice caso. Alcancé a Kensie y a Padma, que se volvieron.

—Quiero ir con ustedes —dije.

—Está bien, Janol —dijo Kensie, mirando detrás de mí— puede dejarle con nosotros.

—Sí, señor.

Pude oír a Janol dando la vuelta y marcharse.

—¿Así que quiere usted venir conmigo, señor Olyn? —dijo Kensie.

—Conozco ese lugar —le dije—. Precisamente hoy pasé por allí. Los Amigos estaban tomando medidas tácticas en toda esa vega y en las colinas de ambos lados. No estaban preparando conversaciones para una tregua.

Kensie me miró durante un largo rato, como si él también estuviera tomando ciertas medidas tácticas.

—Venga, entonces —dijo. Se volvió hacia Padma y le dijo—: ¿Se quedará usted aquí?

—Es zona de combate. Prefiero no quedarme. —Padma volvió su liso rostro hacia mí—: Buena suerte, señor Olyn —dijo, y se alejó.

Durante unos segundos contemplé la túnica amarilla deslizarse sobre el césped, luego me volví para ver a Graeme dirigirse al vehículo aéreo militar más próximo. Me apresuré a seguirle.

Éste era un vehículo de combate, y no de lujo como el del embajador, y Kensie no lo elevó a un kilómetro de altura, sino que hizo que el vehículo serpeará entre los árboles a unos pocos metros del suelo. Los asientos estaban juntos. Su gran estructura desbordaba el suyo, empujándome. A cada movimiento que él hacía en los controles, yo sentía la culata de su pistola de resorte clavarse en mi costado.

Finalmente, llegamos al borde del triángulo boscoso rodeado de colinas ocupado por los Amigos, y subimos una loma al abrigo de las multiformes encinas llenas de

brotos nuevos.

Había muchas encinas y estaban muy juntas. Entre sus troncos, como columnas, el suelo estaba ennegrecido y cubierto de las formas oscuras de las hojas muertas. Poco antes de llegar al pico de la colina, nos encontramos con una unidad de tropas de los Exóticos que descansaban esperando recibir órdenes de avance. Kensie salió del vehículo y devolvió el saludo del jefe de unidad.

—¿Ha visto usted esas mesas que han colocado los Amigos? —preguntó Kensie.

—Sí, Comandante. Y su oficial está todavía allí. Si llega usted hasta la cima podrá verlo a él y el mobiliario.

—Bien —dijo Kensie—. Quédese aquí con sus hombres. El periodista y yo vamos a echar un vistazo.

Se abrió paso colina arriba entre las encinas. Cuando llegamos arriba de todo contemplamos unos cincuenta metros más de árboles y la vega. A unos doscientos metros estaba la mesa, justo en el centro, y la inmóvil figura negra del oficial Amigo, de pie, al otro lado.

—¿Qué piensa de esto, señor Olyn? —preguntó Kensie, mirando colina abajo entre los árboles.

—¿Por qué nadie le ha disparado? —pregunté. Me miró de soslayo.

—Hay tiempo suficiente para dispararle antes de que pueda ponerse a cubierto —dijo—. Si es que tenemos que dispararle. Eso no era lo que yo quería saber. Usted ha visto al comandante de los Amigos hace poco. ¿Le dio a usted la impresión de que estaba dispuesto a rendirse?

—¡No! —dije.

—Entiendo —dijo Kensie.

—Usted no cree realmente que él quiere rendirse. ¿Qué es lo que le hace pensar tal cosa?

—Generalmente, las mesas de conversaciones se colocan para una discusión de términos entre fuerzas antagónicas —dijo él.

—Pero ¿acaso le ha pedido a usted que se reúna con él?

—No. —Kensie contempló la inmóvil figura del oficial Amigo bajo la luz del sol—. Podría ir contra sus principios solicitar conversar, pero no el conversar... si es que nos encontramos frente a frente en la mesa.

Se volvió e hizo una seña. El jefe de unidad que había estado esperando se acercó.

—¿Señor? —le dijo a Kensie.

—¿Hay alguna fuerza de los Amigos en aquellos árboles del otro lado del camino?

—Sólo cuatro hombres, señor. Los hemos podido detectar con toda claridad y precisión. No intentan ocultarse.

—Entiendo. —Hizo una pausa—. Soldado.

—¿Señor?

—Sería conveniente ir hasta allí y preguntarle a ese oficial Amigo de qué se trata

todo esto.

—Sí, señor.

Mientras el jefe de unidad bajaba la pendiente entre los árboles con piernas rígidas, nosotros nos quedamos allí observándolo. Cruzó el prado, pareció hacerlo muy lentamente, y se acercó al oficial de los Amigos.

Permanecieron frente a frente. Aunque hablaban, era imposible oír lo que decían. La ligera brisa que soplaba hacía que la bandera con la fina cruz blanca se moviera. Luego, el soldado se volvió y subió la colina de regreso junto a nosotros.

Se detuvo frente a Kensie y saludó:

—Comandante —dijo—. El Comandante de las tropas de los Elegidos de Dios se reunirá con usted en el campo para discutir una rendición. —Se detuvo para tomar aliento—. Debe usted asomarse al borde de los bosques de enfrente y acercarse a la mesa.

—Gracias, soldado —dijo Kensie. Miró más allá de su oficial, hacia el campo y la mesa—. Creo que voy a bajar.

—Él no se propone eso —dije yo.

—Sargento —dijo Kensie—. Tenga dispuestos a sus hombres justo bajo la cima de la pendiente, en la parte posterior. Si se rinde, insistiré en que inmediatamente venga conmigo a este lado.

—Sí, señor.

—Que todo este asunto se haga sin una petición formal para parlamentar, es posible que se deba a que él quiere rendirse primero y después dar la noticia a sus tropas. Así que prepare a sus hombres. Si Black quiere presentarse a sus hombres con un hecho consumado, nosotros no le abandonaremos.

—No va a rendirse —dije yo.

—Señor Olyn —dijo Kensie volviéndose hacia mí—, le sugiero que regrese al otro lado de la colina. El sargento se encargará de que esté a salvo.

—No —repliqué—. Yo también bajaré. Si es una charla para estudiar los términos de una rendición, no hay posibilidad de un enfrentamiento y yo tengo perfecto derecho a estar allí. Si no lo es, ¿por qué baja usted?

Durante un instante, Kensie me miró de modo extraño.

—Muy bien —dijo—. Acompáñeme.

Dimos la vuelta y bajamos la pendiente entre los árboles. A cada paso, las suelas de nuestras botas se hundían hasta el talón. Al pasar entre los lilos, olí el dulce y lánguido aroma, ahora casi muerto, de sus flores marchitas.

En línea recta con la mesa, cruzando el prado, avanzaban cuatro figuras en negro al tiempo que avanzábamos nosotros. Uno de ellos era Jamethon Black.

Kensie y Jamethon se saludaron.

—Comandante Black —dijo Kensie.

—Sí, Comandante Graeme. Estoy en deuda con usted por reunirse aquí conmigo —dijo Jamethon.

—Es mi deber, y un placer, Comandante.

—Desearía discutir los términos de una rendición.

—Puedo ofrecerle —dijo Kensie— los términos usuales relativos a tropas en su posición según el Código de los Mercenarios.

—No me ha entendido usted bien, señor —dijo Jamethon—. Es su rendición lo que he venido a discutir aquí.

La bandera chasqueó.

De pronto, vi a los hombres de negro midiendo el campo tal como había visto que lo hacían el día anterior. Habían estado exactamente donde estábamos nosotros ahora.

—Me temo que el malentendido es mutuo, Comandante —dijo Kensie—. Mi posición táctica es superior y su derrota es segura. No tengo ninguna necesidad de rendirme.

—¿No se rendirá?

—No —dijo Kensie con violencia.

Súbitamente, vi los cinco postes en la posición en que estaban ahora los suboficiales y oficiales de los Amigos y Jamethon, y el poste caído frente a ellos.

—¡Cuidado! —grité a Kensie, pero fui demasiado lento.

Las cosas ya habían empezado a suceder. El sargento se había situado delante de Jamethon y los cinco estaban sacando las armas.

De nuevo, oí un chasquido de la bandera y el sonido de su batir pareció prolongarse un buen rato.

Fue entonces cuando, por primera vez vi a un hombre de Dorsai en acción. La reacción de Kensie fue tan rápida que parecía como si hubiera leído la mente de Jamethon un instante antes de que los Amigos empezaran a buscar sus armas. Cuando sus manos tocaron las armas, ya estaba él en movimiento, lanzándose sobre la mesa con la pistola de resorte en la mano. Pareció volar directamente hacia el sargento y ambos cayeron juntos, pero Kensie siguió corriendo. Se separó del sargento que ahora yacía inmóvil en la hierba. Se puso de rodillas, hizo fuego, y se lanzó hacia adelante, girando de nuevo.

El suboficial que estaba a la derecha de Jamethon cayó. Jamethon y los dos restantes se volvieron intentando no perder de vista a Kensie. Los dos se lanzaron por delante de Jamethon. Sus armas ya no apuntaban. Kensie se detuvo como si hubiera tropezado con un muro de piedra, se puso en cuclillas y disparó dos veces más. Los dos Amigos cayeron, uno a cada lado.

Ahora, Jamethon estaba frente a Kensie; Jamethon tenía su pistola en la mano y le apuntaba con ella. Disparó, y una luz azul surcó el aire, pero Kensie había vuelto a tirarse al suelo. Tendido de lado sobre la hierba, apoyado en un codo, pulsó el gatillo de su pistola de muelle dos veces.

El arma de Jamethon se combó en su mano. Ahora, retrocedió hasta la mesa y sacó su mano libre para apoyarse en ella. Hizo otro esfuerzo por alzar su arma, pero no lo consiguió. El arma cayó de su mano. Se inclinó sobre la mesa, girándose a

medias, y su rostro miró en mi dirección. Su expresión seguía siendo tan controlada como siempre, pero esta vez pude notar algo diferente en sus ojos cuando miró a los míos y me reconoció. Era algo extrañamente similar a la mirada que un hombre le dedica a su contrario al que acaba de vencer y que, para empezar, nunca había significado amenaza alguna. Una leve sonrisa rozó las comisuras de sus finos labios, como una sonrisa de triunfo interior.

—Señor Olyn —susurró.

Tras esto, la vida se borró de su rostro y cayó junto a la mesa.

La tierra que pisaba se vio sacudida por explosiones próximas. Desde la cresta de la montaña, el sargento al que Kensie había dejado allí estaba lanzando bombas de humo entre nosotros y el lado de la vega que ocupaban los Amigos. Una barrera gris de humo se iba alzando entre nosotros y la ladera más lejana, separándonos del enemigo. Se elevó hacia el cielo azul, como una barrera insondable, y bajo ella sólo quedábamos Kensie y yo.

En el rostro muerto de Jamethon había una leve sonrisa.

VIII

Aquel mismo día, presencié la rendición de las tropas de los Amigos. Era la única situación en la que sus oficiales se sentían justificados haciéndolo.

Ni siquiera sus Ancianos esperaban que los subalternos defendieran una situación creada por un comandante de campo muerto por razones tácticas que previamente no había explicado a sus oficiales. Y las tropas restantes merecían más que los cargos de indemnización que pedirían por ellos los Exóticos.

No esperaré a los convenios. No tenía nada que esperar. Por un momento, la situación en aquel campo de batalla había estado suspendida como una ola grandiosa e irresistible sobre todas nuestras cabezas, encrespándose, retorciéndose y ondulándose para caer con un impacto que retumbaría en todos los mundos del Hombre. Ahora, repentinamente, ya no estaba sobre nosotros. Lo único que quedaba era un agobiante silencio, guardado en los archivos del pasado.

No había nada para mí. Nada.

Si Jamethon hubiera conseguido matar a Kensie —aunque como resultado hubiera conseguido una rendición, prácticamente sin sangre, de las tropas Exóticas—, yo podría haber hecho algo perjudicial con el incidente de la mesa de conversaciones. Pero sólo lo había intentado; y al fallar, había muerto. ¿Quién podría despertar hostilidad contra los Amigos por ello?

Como un hombre que camina en sueños, preguntándose las razones, tomé la nave de regreso a la Tierra.

De nuevo en la Tierra, hablé con mis editores y les dije que no estaba en buena forma física; con sólo mirarme me creyeron. Me tomé un permiso indefinido en el trabajo, y me dediqué a investigar febrilmente en la Biblioteca del Centro de la Red de Noticias, en La Haya, entre montañas de escritos y material de referencia sobre los Amigos, los Dorsai y los mundos Exóticos. ¿Para qué? No lo sabía. También miraba los despachos de Santa María sobre los acuerdos. Mientras hacía todo eso, bebía demasiado.

Tenía el desagradable sentimiento de un soldado condenado a muerte por faltar a su deber. Entonces, en los despachos de noticias llegó la información de que el cuerpo de Jamethon se enviaría a Armonía para ser enterrado allí; y de pronto comprendí que era aquello lo que yo había estado esperando. El homenaje de los fanáticos al fanático que con cuatro secuaces había intentado asesinar al solitario general enemigo bajo una bandera de tregua. Todavía cabía la posibilidad de escribir algo.

Después de afeitarme, ducharme y arreglarme un poco, me fui a ver a mis superiores para pedirles que me enviaran a Armonía a cubrir el entierro de Jamethon.

Las felicitaciones del director de la Red de Noticias que me había enviado a Santa María anteriormente me sirvieron de ayuda. Mis superiores inmediatos aún lo recordaban y accedieron a mis peticiones.

Al cabo de cinco días estaba en Armonía, en una pequeña ciudad llamada Recuerdo del Señor. Aunque los edificios de la ciudad eran de hormigón y plástico, evidentemente habían resistido muchos años. El pedregoso y ralo terreno que rodeaba la ciudad había sido labrado como los campos de Santa María. Pero la tenue y firme negrura de los campos en la humedad de la lluvia era del mismo color que los uniformes de los Amigos.

Cuando empezaban a llegar las primeras personas, llegué a la iglesia. Bajo las oscuras bóvedas, el interior de la iglesia estaba demasiado oscuro para poder ver por dónde iba, porque los Amigos no permiten ventanas ni luz artificial en los interiores de sus casas de culto. La luz gris, el viento frío y la lluvia pertinaz entraban por el frente sin puertas de la iglesia. A través de la única abertura rectangular del techo de la iglesia, se filtraba la pálida luz sobre el cuerpo de Jamethon, colocado en una plataforma sobre caballetes. Habían colocado una cubierta transparente para proteger el cuerpo de la lluvia, que estaba acanalada y corría hasta un desagüe del muro posterior. Pero tanto el anciano que dirigía el servicio fúnebre, como cualquiera que se acercara para mirar el cuerpo, quedaban expuestos al cielo y al temporal.

Me puse en la fila de gente que, lentamente, avanzaba por la nave central y que llegaba hasta el cuerpo. A derecha e izquierda, las barreras en las que la congregación permanecía durante el servicio se perdían en la oscuridad. Las altas vigas quedaban ocultas en la negrura. No había música; sólo el bajo murmullo de las voces rezando a uno y otro lado, individualmente, mezclándose en una especie de susurro de tristeza. Al igual que Jamethon, toda aquella gente era muy oscura, pues eran de extracción norafricana. Negro sobre negro, se mezclaban y se perdían a mi alrededor en la oscuridad.

Llegué junto a Jamethon y pasé a su lado. Estaba tal como yo lo recordaba. Ni la muerte había tenido el poder de cambiarle. Yacía boca arriba, con las manos a los costados, y sus labios eran tan firmes y rectos como siempre. Lo único diferente era que ahora sus ojos estaban cerrados.

Debido a la humedad, la pierna me dolía y cojeaba un poco. Al alejarme del cuerpo, sentí que me tocaban el codo. Me volví rápidamente. Para pasar desapercibido no me había puesto el uniforme de corresponsal, iba vestido de civil.

Bajé la mirada hacia el rostro de la joven de la figura en la mesa de Jamethon. A la húmeda luz gris, su rostro tenía algo de la vidriera de una antigua catedral de Vieja Tierra.

—Le han herido —me dijo, en voz baja—. Sin duda, usted es uno de los mercenarios que le conoció en Newton antes de que fuera destinado a Armonía. Sus padres, que son también los míos, se alegrarían en el Señor viéndole a usted.

Una ráfaga de lluvia impulsada por el viento penetró por la abertura del techo y me envolvió, y su helado contacto me hizo estremecer, helándome hasta los huesos.

—No —dije—. No estoy herido. No le conocía. Rápidamente me volví, para alejarme abriéndome paso por entre la multitud.

Después de dar unos quince pasos, comprendí lo que estaba haciendo y aflojé la marcha. La muchacha ya se había perdido en la oscuridad de los cuerpos que quedaban a mi espalda. Con más tranquilidad, me encaminé hacia el fondo de la iglesia, donde quedaba un pequeño espacio antes de empezar las primeras filas de barreras. Permanecí allí, viendo llegar a la gente. No paraban de llegar, caminando con sus ropas negras, las cabezas inclinadas y hablando o rezando en voz baja.

No me moví de donde estaba, un poco por detrás de la entrada, medio aterido y con la mente embotada, con el frío rodeándome y con el agotamiento que había traído de la Tierra. La voz zumbó a mi alrededor. Allí, de pie, estaba casi dormido. No podía recordar por qué había venido.

La voz de la muchacha surgió de la confusión, haciéndome recobrar de nuevo el pleno conocimiento.

—... lo negó, pero estoy segura de que es uno de los mercenarios que estuvieron con Jamethon en Newton. Cojea y sólo puede ser un soldado que ha sido herido.

La voz era la de la hermana de Jamethon, utilizaba una jerga distinta de la que había empleado para hablar conmigo. Desperté por completo y la vi junto a la entrada, a sólo unos pasos de donde yo estaba, hablando con dos ancianos a quienes reconocí por la foto de Jamethon. Una flecha gélida del más puro horror me atravesó.

—¡No! —Casi les grité—. No le conozco. Nunca le conocí y... ¡No entiendo de qué están hablando ustedes!

Di media vuelta y salí corriendo por la entrada de la iglesia, hacia la lluvia protectora.

Corrí unos veinte metros. Luego, cuando ya no oí pasos a mis espaldas, me detuve.

Estaba solo en campo abierto. El día era incluso más oscuro y, súbitamente, la lluvia arreció. Todo se oscureció a mi alrededor con un velo trémolo y tamborileante. Miraba hacia el aparcamiento y no podía ver los vehículos de tierra que allí había. Sin duda, ellos no podrían verme desde la iglesia. Alcé la cabeza hacia el aguacero y dejé que la lluvia golpeará mis mejillas y mis párpados.

—¿Así que no le conocía usted? —dijo una voz a mis espaldas. Las palabras parecieron partirme en dos; me sentí como debe sentirse un lobo acorralado. Me giré con furia.

—¡Sí! ¡Le conocía! —exclamé.

Ante mí estaba Padma, con una túnica azul que, al parecer, no se mojaba con la lluvia. Sus manos vacías, que jamás en su vida habían sujetado un arma, estaban unidas ante él. Pero mi parte buena sabía que, con respecto a mí, él estaba armado y era un cazador.

—¿Usted? —dije sorprendido—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Se calculó que usted estaría aquí —dijo Padma, tranquilamente—. Así que también yo estoy aquí. Pero ¿por qué está usted aquí, Tam? Entre toda esa gente, casi seguro que habrá algunos fanáticos que habrán oído los rumores del campamento y lo

de su responsabilidad en el asunto de la muerte de Jamethon y la rendición de los Amigos.

—¡Rumores! —dije—. ¿Quién los inició?

—Usted —dijo Padma—, con sus actos en Santa María. —Me miró fijamente—. ¿No sabía usted que arriesgaba su vida viniendo hoy aquí?

Abrí la boca para negarlo, pero entonces comprendí que lo había sabido.

—¿Qué pasará si alguien les grita ahora —dijo Padma—, que Tam Olyn, el periodista de la campaña de Santa María, está aquí de incógnito?

Le miré con cólera, exteriorizando mi instinto lobuno.

—¿Podría compaginarlo usted con sus principios Exóticos si lo hiciera?

—Estamos engañándonos —dijo Padma sosegadamente—. Alquilamos soldados para que luchen por nosotros, no por ningún precepto moral, sino porque nuestra perspectiva emocional desaparecería si nos viéramos implicados.

Ya no sentía ningún temor, sólo me invadía un sentimiento vacío y duro.

—Entonces, llámeles —dije.

Los extraños ojos avellana de Padma me contemplaron a través de la lluvia.

—Si eso fuera todo cuanto se necesitaba —dijo Padma—, les habría mandado recado, no habría sido necesario que viniera yo en persona.

—¿Por qué vino? —En mi garganta, la voz se quebró—. ¿Por quién se preocupa usted, por mí o por los Exóticos?

—Aunque nos preocupamos por todos los individuos —dijo Padma—, lo que más nos preocupa es la raza. Y usted sigue siendo una amenaza para la raza. Es usted un idealista, Tam, entregado a un fin destructivo. Como en otras ciencias, existe la ley de la conservación de la energía, según la norma de causa-y-efecto. En Santa María, sus impulsos destructivos se vieron frustrados. Ahora, esos impulsos pueden interiorizarse y destruirle a usted o exteriorizarse contra toda la raza humana.

Me reí y escuché la crueldad de mi risa.

—¿Qué va usted a hacer al respecto? —pregunté.

—Demostrarle que el cuchillo que usted empuña hiere la mano que lo empuña al igual que aquello contra lo que se alza. Tengo noticias para usted, Tam. Kensie Graeme ha muerto.

«¿Muerto?» pareció murmurar la incesante lluvia que caía y, súbitamente el lugar de aparcamiento se volvió irreal.

—Hace cinco días le asesinaron tres hombres del Frente Azul en Blauvain.

—¿Asesinado? —musité—. ¿Por qué?

—Porque la guerra había acabado —dijo Padma—. Porque la muerte de Jamethon y la rendición de las tropas de los Amigos sin los preliminares de una guerra que destrozara el campo, dejó a la población civil favorablemente dispuesta hacia nuestras tropas. Porque el Frente Azul se encontró mucho más lejos del poder de lo que nunca antes había estado, como resultado de esta buena disposición. Su esperanza era que con la muerte de Graeme provocarían en sus tropas el deseo de

tomar represalias contra la población civil, de modo que el gobierno de Santa María se viera obligado a enviarlos a sus mundos, quedándose sin ninguna protección ante el Frente Azul.

Le miré fijamente.

—Todas las cosas están interrelacionadas —dijo Padma—. Kensie estaba propuesto para un puesto burocrático importante en Mará o Kultis. Él y su hermano Ian no habrían vuelto al campo de batalla durante el resto de su vida profesional. A causa de la muerte de Jamethon, que permitió la rendición sin lucha de sus tropas, se creó una situación que llevaría al Frente Azul a asesinar a Kensie. Si usted y Jamethon no se hubieran unido en Santa María, y Jamethon hubiera ganado, Kensie aún estaría vivo. Así lo demuestran nuestros cálculos.

—¿Jamethon y yo?

El aliento se secó en mi garganta, y la lluvia arreció.

—Usted fue el factor que ayudó a Jamethon a encontrar esa solución —dijo Padma.

—¡Yo le ayudé! —dije—. ¿Yo lo hice?

—Él le reconoció —dijo Padma—. Comprendió la amargura de la venganza, quebró la superficie que usted creía ser, y llegó hasta el fondo idealista, tan profundamente arraigado en usted que ni siquiera su tío pudo extirparlo.

La lluvia resonaba entre nosotros. Pero cada una de las palabras de Padma me llegaba a través de ella con toda claridad.

—¡No le creo! —grité—. ¡No creo que hiciera nada parecido!

—Le dije —continuó Padma—, que no apreciaba usted en su justa medida los progresos de nuestras Culturas Astilla. La fe de Jamethon no era de las que se debilitan por cosas externas. Si usted hubiera sido realmente como su tío, él ni siquiera le hubiera escuchado. Le hubiera despachado como a un desalmado; pero le consideró a usted un poseso. Como a un hombre de Satán.

—¡No lo creo! —grité.

—Sí que lo cree —replicó Padma—. No le queda otro remedio que creerlo. Pues sólo por tal motivo pudo Jamethon hallar su solución.

—¡Solución!

—Era un hombre dispuesto a morir por su fe. Pero como comandante, le resultaba difícil aceptar que sus hombres fueran a morir sin otra causa justificada. —Padma me miraba, y la lluvia se atenuó por un momento—. Pero usted le ofreció lo que él reconoció como la elección del diablo: su vida en este mundo, si rendía su fe y sus hombres, para evitar el conflicto que acabaría con su muerte y la de ellos.

—¿Qué estúpida idea era ésa? —pregunté. En la iglesia habían cesado los rezos, y una sola voz, fuerte y profunda, había iniciado el sepelio.

—Nada estúpida —dijo Padma—. En cuanto comprendió esto, su reacción fue simple. Todo cuanto tenía que hacer era empezar negando todo lo que ofrecía Satán. Tenía que empezar por la necesidad absoluta de su propia muerte.

—¿Y era eso una solución? —Intenté reírme, pero mi garganta estaba inmovilizada.

—Era la única solución —dijo Padma—. Una vez que lo decidí, inmediatamente se dio cuenta de que la única situación en la que sus hombres aceptarían rendirse sería con él muerto y se veían en una posición insostenible por razones que solamente él había conocido.

Las palabras golpeaban duramente en mi cerebro.

—¡Pero él no se proponía morir! —repliqué.

—Lo dejó en las manos de su Dios —dijo Padma—. Lo dispuso de modo que sólo un milagro pudiera salvarle.

—¿De qué está usted hablando? —Le miré fijamente—. Preparó mía mesa con una bandera de tregua. Cogió a cuatro hombres...

—No había bandera. Los hombres eran ancianos, buscadores del martirio.

—¡Cogió a cuatro! —dije yo—. Cuatro y uno hacen cinco. Cinco contra uno. Yo estaba junto a la mesa y pude verlo perfectamente.

Cinco contra...

—Tam.

Aquella sola palabra me detuvo. Repentinamente empecé a sentir miedo. No quería oír lo que estaba a punto de decir. Temía saber lo que él estaba a punto de decirme; lo que había sabido desde hacía ya mucho tiempo. Y no quería oírlo, no quería oírle decirlo. La lluvia se intensificó aún más, caía sobre nosotros y sobre el cemento despiadadamente. Pero su intensidad no impedía que oyera implacablemente todas y cada una de sus palabras.

Igual que la lluvia, la voz de Padma empezó a musitar en mis oídos, y me invadió esa sensación de flotar desvalido que acompaña a la fiebre.

—¿Creyó usted por un momento que Jamethon se engañaba a sí mismo? Era un producto de una Cultura Astilla. Reconoció a otro en Kensie. ¿Cree usted que se le ocurrió pensar que, salvo un milagro, él y cuatro ancianos fanáticos podrían matar a un hombre armado, alerta y, prevenido de los Dorsai, *un hombre como Kensie Graeme*? ¿Antes de que les disparara y les matara a ellos?

A ellos... A ellos... A ellos...

Durante aquel oscuro y lluvioso día recorrí un largo camino. Aquellas palabras me empujaban como la lluvia y el viento tras las nubes y, al fin, me llevaron hasta aquella tierra alta, dura y pedregosa que vislumbré cuando le pregunté a Kensie Graeme si había permitido matar a prisioneros Amigos. Siempre había evitado ir a aquella tierra, pero al fin había llegado a ella. Y recordé...

Desde el principio, en mi interior, había sabido que el fanático que había asesinado a Dave y a los otros no era la imagen de todos los Amigos. Jamethon no era un asesino ocasional. Yo había intentado verle como si lo fuese para así ocultar mi propia vergüenza, mi propia autodestrucción. Durante tres años me había estado mintiendo. No había sentido lo que decía haber sentido con la muerte de Dave.

Allí sentado, bajo aquel árbol, viendo morir a Dave y a los otros, viendo al suboficial vestido de negro matarles con su ametralladora... Pero en ese momento, mi pensamiento no había sido aquél con el que había justificado tres años buscando una oportunidad para acabar con alguien como Jamethon y destruir a los pueblos Amigos.

Mi pensamiento no había sido *¿qué está haciendo, qué está haciendo con esos inocentes y desvalidos hombres!* Ningún pensamiento tan noble había pasado por mi mente. Un único pensamiento había invadido mi mente y mi cuerpo en aquel instante. Y, sencillamente había sido: *¿Volverá esa arma contra mí cuando acabé con ellos?*

De nuevo volví a la realidad lluviosa de aquel día. La lluvia estaba amainando y Padma me sujetaba. Al igual que me había pasado con Jamethon, me sorprendió la fuerza de sus manos.

—Déjeme ir —musité.

—¿Adónde irá usted, Tam? —preguntó Padma.

—A cualquier sitio —murmuré—. Escaparé de ello. Me largaré a cualquier lugar y me libraré de ello. Desistiré.

—Un acto —dijo Padma, dejándome marchar—, tiene constantes y sucesivas repercusiones. Nunca cesan los efectos de una causa. No puede marcharse ahora, Tam. Lo único que puede hacer es cambiar de partido.

—¡Partidos! —exclamé. La lluvia amainaba deprisa—. ¿Qué partidos? —Le miré ebriamente.

—El partido de su tío es uno —dijo Padma—. Y el lado opuesto, que es el suyo... y que es también el nuestro.

Ahora apenas llovía y el día estaba aclarando. La luz del sol se esforzaba por abrirse paso entre las nubes e iluminó el espacio que nos separaba.

—Además, existen dos fuertes influencias que nosotros, los Exóticos, relacionamos con el esfuerzo del hombre por evolucionar. Sabemos que actúan como poderosas individualidades únicas, pero no podemos calcularlas ni comprenderlas todavía. Una parece impulsar y otra frustrar el proceso evolutivo. Y sus influencias pueden rastrearse al menos hasta la primera aventura del hombre en el espacio desde la Tierra. Moví la cabeza.

—No lo comprendo —susurré—. No es asunto mío.

—Lo es. Lo ha sido toda su vida. —Por un momento, los ojos de Padma se iluminaron—. Se introdujo una fuerza en la norma en Santa María, en la forma de unidad protegida por pérdida personal y orientada hacia la violencia. Ése fue usted, Tam.

De nuevo intenté negar con la cabeza, pero sabía que él tenía razón.

—Está usted bloqueado en su esfuerzo —dijo Padma—, pero la ley de conservación de energías no podría negarse. Cuando se vio usted frustrado por Jamethon, su fuerza, transmutada, dejó la norma en la unidad de otro individuo, protegido por el daño personal y orientado hacia el efecto violento sobre la estructura.

Le miré fijamente y me humedecí los labios.

—¿Qué otro individuo?

—Ian Graeme.

Le miré asombrado.

—Ian descubrió, en la habitación de un hotel de Blauvain, a los tres asesinos de su hermano. Los mató con sus propias manos y con sus muertes calmó a los mercenarios y frustró al Frente Azul. Pero luego dimitió y se fue a Dorsai. Ahora es él quien ha cargado con el sentimiento de pérdida y amargura que le agobiaba a usted cuando fue a Santa María, —Padma hizo una pausa y añadió suavemente—: Él tiene un gran potencial causal para un determinado fin que todavía no podemos calcular.

—Pero... —Miré a Padma—. ¿Quiere usted decir que soy libre!

Padma movió la cabeza.

—Quiero decir que está usted cargado con una fuerza diferente —dijo él—. Recibió usted todo el impacto y la carga del autosacrificio de Jamethon.

Su mirada parecía cargada de una cierta simpatía y, pese al sol, empecé a temblar.

Aquello era cierto. No podía negarlo. Jamethon, dando su vida por una creencia, cuando yo había arrojado toda creencia ante el rostro de la muerte, me había fundido y cambiado igual que el rayo funde y cambia la hoja de la espada alzada a la que golpea. No podía negar lo que me había sucedido a mí.

—No —dije, temblando—. Nada puedo hacer al respecto.

—Sí puede —dijo Padma sosegadamente—. Podrá. Separó las manos que un momento antes había unido.

—Ahora se ha cumplido el fin para el que calculamos que debía encontrarme aquí con usted —dijo—. El idealismo básico persiste en usted. Ni siquiera su tío pudo extirparlo. Sólo pudo atacarlo, de forma que la amenaza de muerte en Nueva Tierra pudiera volverlo contra sí mismo por un tiempo. Ahora se ha forjado usted como es debido, en la fragua de los acontecimientos de Santa María. Reí y al hacerlo, me dolió la garganta.

—No me siento bien —dije.

—Dese tiempo —dijo Padma—. Curarse lleva tiempo. Antes de ser útil, el nuevo crecimiento tiene que endurecerse como un músculo. Ahora comprende usted mucho mejor la fe de los Amigos, el coraje de los Dorsai, y parte de la fuerza filosófica para el hombre por la que trabajamos los Exóticos.

Se detuvo y me sonrió. Una risa casi traviesa.

—Debería haberlo comprendido hace mucho, Tam —dijo—. Su trabajo es el trabajo del traductor... Entre lo viejo y lo nuevo. Su trabajo preparará la mente de las personas de todos los mundos, por un igual gama completa y Cultura Astilla, para el día en que los elementos de la raza se combinen en una nueva casta. —Su sonrisa desapareció y su rostro se entristeció—. Vivirá usted para ver mucho más que yo. Adiós, Tam.

Se volvió. Le vi caminar a través del brumoso y brillante aire, se dirigía hacia la iglesia, de la que surgía la voz del orador, que anunciaba ahora el himno final.

Torpemente, también yo me volví, fui hacia donde estaba el coche y subí a él. Casi no llovía y el cielo se despejaba rápidamente. La tenue lluvia parecía caer más benignamente; y el aire era nuevo y fresco.

Una vez en la carretera del espacio-puerto, tras abandonar la zona de aparcamiento, abrí las ventanillas del coche. A través de la ventanilla de mi lado me llegaron, desde la iglesia las voces entonando el himno final.

Cantaban el Himno de Batalla de los soldados Amigos. Mientras me alejaba por la carretera, sus voces parecían seguirme. No lentas y plañideras como en la tristeza y en la despedida, sino firmes y triunfales, como una canción en labios de quienes toman una nueva ruta al comienzo de un nuevo día.

Soldado, no preguntes, ni ahora ni nunca,
Adonde van a guerrear tus banderas.

La canción me siguió mientras me alejaba. Y cuando me perdía en la distancia, las voces parecieron fundirse hasta sonar como una sola cantando imperiosa. En lo alto, las nubes se quebraban. Con los rayos del sol, los trozos de cielo azul eran como luminosas banderas ondeando, como las banderas de un ejército avanzando eternamente hacia tierras desconocidas.

Mientras avanzaba hacia donde se fundían en cielo abierto, los contemplé. Durante un buen rato, mientras me dirigía al espacio-puerto y a la nave de la Tierra que esperaba bajo el sol, oí la canción.

1966 - 24ª Convención Cleveland

«¡Arrepiéntete, Arlequín!» dijo el señor Tic-Tac

Harlan Ellison

Harlan es deslumbrante. Tiene la lengua más rápida y aguda de toda la ciencia ficción. Y, lo que es más, sabe judo, karate y mover las piernas como un boxeador. Consigue tener setenta y dos kilos de nervios, tendones y músculos en un cuerpo que pesa, en total, cuarenta y ocho kilos.

No me pregunten cómo lo hace, pero es capaz de pelear con tres matones (que no sean del campo de la ciencia ficción), que sean mayores que él y salir vencedor.

Pero es deportivo: sólo se mete con aquellas personalidades de la ciencia ficción que se han ganado la reputación de ser capaces de cuidarse de sí mismas. ¿Se metería alguna vez con Gordie Dickson, cuya arma principal en el combate de personalidades es una sonrisa encantadora? ¿Se metería con Larry Niven, cuya única defensa contra el mundo hostil es un fruncimiento del ceño algo asombrado?

¡Nunca!

¿Saben con quién se mete?

Conmigo, conmigo sí que se mete.

Desde el otro extremo de un enorme salón de baile me divisa, y puedo verle poco a poco acercándose a mí. ¿Piedad? No sabe lo que significa esa palabra.

Por ejemplo, puede descubrir cualquier cambio, por mínimo que sea, en mi cintura, sólo porque ésta tiene una especie de carácter expansivo. Le repito constantemente que necesito todo ese sitio para guardar mi excedente de cerebro y él se dedica a hacer comentarios obscenos acerca de dónde sería mejor que lo guardase. ¿Y saben cuál es la excusa que utiliza? ¡Dice que yo me burlo de su estatura!

¡Jamás lo he hecho! ¿Soñaría siquiera alguna vez en decir que sólo mide 1,57 metros? (Oh, él lo niega, pero eso es lo que mide, si se pone de puntillas). Ni hablar, en lugar de bromear sobre su estatura, he dicho un millón de veces (y además en público) que el que Harlan sea bajito no es cosa de broma.

Esto me hace recordar a Harlan cuando era aún más joven de lo que es ahora, cuando era un simple fan y estaba mucho más delgado y enanito. Acostumbraba a corretear de un lado a otro de las Convenciones tan deprisa como el mercurio y todo el mundo debía tener cuidado en no tropezar con él.

Todo el mundo sabía que era especial. Todo el mundo sabía que llegaría lejos. El problema era qué hacer con él mientras tanto.

Entonces, no pudimos averiguarlo. Pero creo que, poco a poco, hemos logrado saberlo.

De modo que, en una Convención, hace aproximadamente un año del momento en que estoy escribiendo esto, apareció un joven de unos 16 años. Era delgado, agudo, muy confiado en sí mismo, locuaz, y tenía un CI que parecía de 200.

Un grupo de nosotros nos miramos temerosamente y alguien dijo:

—Es otro Harlan Ellison.

Y otro, cuyo nombre no voy a mencionar excepto para decir que se trataba de Robert Silverberg, comentó: «Matémosle ahora mismo».

Siempre hay quienes preguntan: ¿qué es lo que pasa? Para aquellos que necesitan preguntar, para quienes necesitan las cosas detalladas, quienes desean saber «dónde pasa», ahí va esto:

La masa de los hombres sirve al Estado principalmente, no como hombres, sino como máquinas, con sus cuerpos. Son el ejército permanente, y la milicia, los carceleros, los policías y guardias, y los grupos llamados a las armas por el jefe local para ayudarle a ejercer su autoridad, etcétera. En la mayoría de los casos no existe el libre ejercicio del criterio o del propio sentido moral, sino que se sitúa al nivel de la madera, la tierra y las piedras; de este modo, pueden fabricarse hombres de palo que servirían de igual manera a este propósito. Una actitud como ésta respeta tanto a los hombres de paja como a un montón de estiércol. Los hombres tienen el mismo valor que los caballos y los perros. Sin embargo, incluso éstos reciben por lo general la estimación que corresponde a los buenos ciudadanos. Otros —como la mayoría de los legisladores, políticos, juristas, ministros y funcionarios— sirven al Estado básicamente con sus mentes; y como rara vez son capaces de establecer distinción moral alguna, lo mismo pueden servir, sin pretenderlo, al Diablo que a Dios. Unos pocos, un escaso puñado, compuesto por héroes, patriotas, y mártires y reformadores en el más elevado sentido de la palabra, y hombres a secas, sirven al Estado también con sus conciencias y de este modo necesariamente se oponen a él, por lo que, por regla general, éste les trata como a enemigos.

HENRY DAVID THOREAU

Desobediencia civil.

Éste es el meollo de la cuestión. Y ahora, comenzad por el medio, y sabed luego el comienzo; que el fin ya se os dará por sí solo.

Debido a que era el mundo que era, el mundo que ellos habían permitido que *fuese*, durante meses sus actividades no trascendieron a la alarmada atención de Los Que Mantenían La Máquina En Suave Funcionamiento, los que vertían la superiorísima manteca en las palancas y muelles de la cultura. Eso no sucedió hasta que se hizo evidente que, fuese como fuese, de algún modo él se había convertido en una notabilidad, en una celebridad, puede que incluso en un héroe para lo que las Autoridades o los Círculos Oficiales etiquetaban insoslayablemente como «un sector emocionadamente perturbado del populacho». Hasta ese momento, no había prestado atención al señor Tic-Tac y su maquinaria legal. Pero, también para entonces, y debido a ser el mundo que era, y a no disponer ellos de medios para prever o predecir qué iba a suceder, habían permitido que él cobrase una exacta realidad. Ahora tenía forma y sustancia. (Posiblemente, una tensión patógena, tiempo ha extinta, rebrotaba ahora súbitamente en un sistema donde había sido olvidada la inmunidad).

Se había convertido en una personalidad, en algo que ellos habían filtrado,

eliminado del sistema hacía muchas décadas. Pero ahí estaba aquello, y ahí estaba él, una personalidad imponente. En ciertos círculos de la clase media una cosa así era considerada como algo repugnante, ostentación vulgar, anárquico, vergonzoso. En otros, era sólo motivo de risas contenidas, en aquellas capas de la sociedad que se consideran a sí mismas sometidas a unas formas y un ritual, a ciertas normas, prejuicios y conveniencias. Pero abajo, ¡ah, abajo!, allí donde el pueblo siempre está necesitado de santos y pecadores, su *panem et circenses*, sus héroes y villanos, se le consideraba un Bolívar, un Napoleón, un Robin Hood, un Jesús.

En la cúspide —en el sutil entretejido de la membrana de lo social, donde cada temblor y vibración amenaza con descolgarse, como en una nave a la deriva, a las banderas de sus mástiles, a la riqueza, al poder y a los títulos— se le consideraba como una amenaza, un hereje, un rebelde, una desgracia, un peligro. Se le conocía en todas las esferas sociales, pero las reacciones que verdaderamente contaban eran las que surgían o muy arriba o muy en el fondo. En la cúspide y en la misma base.

Por lo tanto, su expediente, su tarjeta registradora del tiempo y su cardioplaca fueron llevados al despacho del señor Tic-Tac.

El señor Tic-Tac era un hombre a menudo silencioso y tranquilo siempre y cuando las cosas marchasen de acuerdo con el horario. Además, pasaba el metro noventa con creces.

Incluso en el corazón mismo de la jerarquía, donde se generaba el miedo, aunque raramente se sufría, se le conocía como el señor Tic-Tac. Pero nadie era capaz de decírselo a su máscara.

A nadie se le llamaba con un nombre odiado, un apodo aborrecido, al menos no cuando ese hombre, tras su máscara, es capaz de revocar los minutos, las horas, los días, las noches y los años de la vida de cada uno. A su máscara se le conocía como el Patrón Cronometrador.

—Esto es *lo que es* —dijo el señor Tic-Tac, con auténtica suavidad—, pero *no quién es*. La tarjeta registradora que tengo en mi mano izquierda lleva inscrito un nombre, pero es el nombre de *lo que es*, y no de *quién es*. También la cardioplaca que tengo en mi mano derecha tiene inscrito un nombre, pero no *del* nombrado sino de cómo es llamado. Así, antes de que yo pueda efectuar la debida revocación, es preciso que sepa quién es eso que es.

A su personal, a todos los «hurones», a todos los «logreros», a todos los «esbirros», a todos los «comisionados», y hasta a los «correvediles», el señor Tic-Tac les preguntó:

—¿Quién es el Arlequín?

Esta vez no había suavidad en sus palabras. En ocasiones y según el horario, se mostraba enfadado.

Sin embargo, aquél había sido el discurso más largo que le había oído pronunciar seguido, el personal, los hurones, los logreros, los esbirros, pero no los correvediles, quienes, generalmente, no solían hallarse cerca, pero incluso ellos se marcharon para

descubrir...

¿Quién es el Arlequín?

Por encima del tercer nivel de la ciudad, en la zumbante plataforma del bastidor de aluminio de la embarcación aérea —no era más que un patinete hecho de un modo chapucero—, estaba él, agachado, mirando abajo, al pulcro alineado mondriano de los edificios.

De algún lugar próximo llegaba, el metronómico sonido, «izquierda-derecha-izquierda» del turno obrero de las 2.47 de la tarde, que entraba con sus zapatos de lona, de suela de goma, por la planta Timkin de cojinetes de rodillos. Exactamente un minuto después, oyó el sonido «derecha-izquierda-derecha» del turno de las 5 de la mañana que salía para volver a su casa.

Una sonrisa de duende pícaro se dibujó en sus bronceadas facciones marcando, por un momento, dos hoyuelos. Luego, rascándose su mata de pelo color castaño rojizo, se encogió de hombros para sus adentros como si se mofara de lo que a continuación iba a suceder. Impulsó hacia adelante la palanca de mando, de modo que la nave empezó primero a planear para luego descender. Pasó rozando una calzada rodante con la expresa pretensión de arrugar los faralás de las damas, al tiempo que, metiéndose los pulgares en los pabellones de un par de enormes orejas, sacaba la lengua y no cesaba en su tapa... tapa... tapa... Una de las damas sobresaltada, dio un brinco y luego cayó, lanzando una lluvia de paquetes en todas direcciones. Otra se mojó de pies a cabeza, y una tercera empezó a dar bandazos, obligando a sus servidores a acudir a sostenerla, con lo que su paseo quedó interrumpido hasta que fue posible resucitarla de su pasajero desmayo. Era una pequeña diversión.

Luego, salió remolineando en errante brisa. Ja, ja, ja...

Al bordear la cornisa del edificio del Estudio del Movimiento del Tiempo, vio a los componentes del turno que, precisamente en aquel momento, entraban en la calzada rodante. Con un movimiento preciso y sin perder en ningún momento el equilibrio, iban subiendo lateralmente a la calzada (en imagen casi reminiscente de una película del antediluviano 1930) y avanzaban a través de la tira de movimiento de avestruz hasta que se les alineaba en la tira rápida.

Una vez más, se dibujó en su rostro una sonrisa de duende travieso, con lo que mostró que le faltaba una muela en la parte izquierda de la dentadura. Se zambulló, se abatió y se deslizó sobre la embarcación aérea, soltando las pinzas que mantenían cerradas las repletas fiambreras domésticas que guardaban el momento de ser rápidamente vaciadas. Al hacerlo, la embarcación aérea pasó en vuelo rasante sobre los obreros de la fábrica, y ciento cincuenta mil dólares de pastillas de gelatina se abatieron como una cascada sobre la tira rápida.

¡Pastillas de gelatina! Millones y millones de purpúreas, amarillas y verdes, y de regaliz, de uva, de frambuesa y de menta, y redondas, suaves y crujientes por fuera y blandas por dentro, cayeron como las gotas de lluvia sobre las cabezas, hombros y

cascos de los obreros de la Timkin, retintineando en la acerca y botando y rodando bajo los pies. El firmamento superior se vio cubierto por todos los colores de la alegría, de la infancia, de las fiestas y de las vacaciones, en ducha, en aguacero, en torrente, abigarrado y dulce, penetrando, inundando un universo de cordura y orden metronómico con la novedad extravagante de un cuchillo.

Los obreros del turno chillaron y rieron empujándose unos a otros y rompiendo filas. Las pastillas se introdujeron en el mecanismo de las calzadas rodantes, inmediatamente después de lo cual se produjo un espantoso sonido triturador que era como el de un millar de uñas raspando montones de pavimentos encerados, seguido por toses y farrulleo. Y luego, todas las tiras rodantes se detuvieron y sus ocupantes salieron despedidos por doquier, dando traspies y siendo proyectados acá y allá y acullá, sin que por ello dejaran de reír y de hacer estallar en sus bocas pastillas de gelatina de todos los colores. Era una fiesta, un desenfreno, una juerga. Pero...

El turno se retrasó siete minutos.

Llegaron a casa siete minutos más tarde.

El horario-norma estaba desquiciado en siete minutos.

Debido a los deslices por las calzadas rodantes, los contingentes habían sufrido una demora de siete minutos.

Había golpeado la primera ficha de dominó de la ringlera y, una tras otra, todas las demás habían caído.

El sistema había sufrido una interrupción, un quebranto de siete minutos. Era algo insignificante que no valía la pena tenerse en cuenta. Pero en una sociedad en la que reinaba el orden, la unidad, la prontitud, la precisión de un reloj, la atención de éste, la reverencia, el respeto y el acatamiento a los dioses del paso del tiempo; en una sociedad como ésa, aquel hecho insignificante resultaba ser un auténtico desastre.

Por lo tanto, se le ordenó que se presentara ante el señor Tic-Tac.

Todos los canales de la red de comunicaciones emitieron la orden. Se le decía que estuviese allí a las 7, hora exacta. Estuvieron esperando, pero no apareció hasta las diez treinta, y entonces se limitó a cantar una cancioncilla sobre la luz de la Luna en un lugar del que nadie había oído hablar antes, llamado Vermont. Acto seguido, desapareció de nuevo. Pero todos habían estado esperándole desde las siete, y eso ocasionó un endiablado desbarajuste en sus horarios. La cuestión seguía planteada: ¿Quién es el Arlequín?

Pero la pregunta *no formulada* (lo que verdaderamente importaba), era: ¿Cómo pudimos llegar a esta situación en la que un chisgarabís burlón puede perturbar toda nuestra vida económica y cultural por el valor de ciento cincuenta mil dólares de pastillas de gelatina?

¡Pastillas de gelatina, por Dios! ¡Es una locura! ¿Dónde habría obtenido el dinero para comprar ciento cincuenta mil dólares de pastillas de gelatina? Sabían que costaban esa cantidad porque habían destinado a su averiguación todo un equipo de Analistas de Situación, y se habían precipitado a la calzada rodante para hacer barrer

y valorar las pastillas y determinar la especie de los hallazgos que quebrantaban y entorpecían sus planificados horarios, (retrasando al menos un día, todo el curso vital). ¡Pastillas de gelatina! ¿Pastillas... de gelatina? Pero... un segundo, un segundo contabilizado, ¡si nadie había elaborado aquellas pastillas desde hacía más de cien años!

Ésta sí que es una cuestión importante que, con toda probabilidad, jamás tendrá una explicación satisfactoria. Pero, de todos modos, ¿cuántos problemas quedan sin resolver?

El grueso de la cuestión ya lo conocéis. Vamos ahora con el comienzo. Así empieza. Un sillón de despacho. Día por día, vuelta a empezar cada día. A las 9.00: apertura de la correspondencia. 9.15: reunión con la comisión asesora de planteamiento. 10.30: discusión sobre establecimiento de mapas de progreso con la Junta Legislativa. 11.15: rogativa por la lluvia. 12.00: comida. *Y suma y sigue.*

«Lo siento, señorita Grant, pero la hora para las entrevistas termina a las 2.30, y ya son casi las cinco. Lamento su retraso, pero el reglamento es el reglamento. Tendrá usted que esperar al próximo año para solicitar de nuevo la beca». *Y suma y sigue.*

«No pude esperar, Fred. Tenía que estar en Pierre Cartain a las 3.00, y dijiste que me esperarías bajo el reloj de la terminal a las 2.45, y como no estabas allí, tuve que marcharme. Siempre te retrasas, Fred. Si hubieses estado allí, nos habríamos repartido el asunto, pero tal como fue, me tuve que encargar yo solo...». *Y suma y sigue.*

«Muy estimados señor y señora Ateerley: con referencia a la constante tardanza de su hijo Gerald, siento manifestarles que nos vemos obligados a excluirle de la escuela, a menos que pueda ser instituido algún método más seguro que garantice su asistencia a tiempo a las clases. A pesar de que es un estudiante ejemplar y sus notas son elevadas, su constante burla de las normas horarias, hace imposible mantenerlo en un sistema en el que otros muchachos son capaces de llegar a donde están, siempre que acudan a su debido tiempo». *Y suma y sigue.*

USTED NO PUEDE VOTAR A MENOS QUE ACUDA A LAS URNAS A LAS 8.45 DE LA MAÑANA.

«No me importa que el guión sea bueno, ¡lo necesito para el jueves!».

LA HORA DE CIERRE ES A LAS DOS.

«Llegó usted tarde, el puesto ya está concedido. Lo siento».

SU SALARIO HA SIDO REDUCIDO EN VEINTE MINUTOS DE TIEMPO PERDIDO.

«¡Dios qué hora es, tengo que darme prisa!».

Y suma y sigue. Sigue. Sigue, va, va, va, va, tic-tac, tic-tac, tictac... Y un buen día el tiempo deja de ser nuestro servidor, nosotros somos quienes le servimos, convirtiéndonos en esclavos del horario, adoradores del curso del sol, confiados a una vida condicionada por restricciones, debido a que el sistema no funcionaría a no ser

que nos ajustásemos estrictamente al horario.

Hasta que el retraso se convierte en algo más que una simple inconveniencia. Se convierte en un pecado. Y luego en delito. Y después en crimen.

PROMULGACIÓN DE 15 DE JULIO DE 2389: Con efectividad a partir de las 12.00, medianoche, el despacho del Patrón Cronometrador requerirá que todos los ciudadanos entreguen sus tarjetas registradoras y cardioplacas para su examen y revisión. De acuerdo con lo establecido por el Decreto 557-7-SGH-999, que rige la revocación de tiempo per cápita, se sintonizarán las cardioplacas correspondientes a sus detentores que...

Habían ideado un método para reducir la duración de la vida de una persona: si un individuo se retrasa diez minutos, son diez minutos los que pierde de su vida. Una hora de retraso supone una reducción proporcionalmente mayor. Si alguien persiste en la tardanza, puede verse sorprendido con que un domingo por la noche le presenten un comunicado del Patrón Cronometrador manifestándole que su tiempo se ha consumido y que, además ha de ser «despachado» al mediodía del lunes, por lo que... «le agradeceremos que disponga usted todos sus asuntos, señor».

De este modo, gracias a un simple expediente científico (utilizando un procedimiento científico conservado celosamente secreto en el despacho del señor Tic-Tac) se mantenía el sistema. Era lo único que se podía hacer; después de todo, era lo patriótico. Era preciso que se recordaran los horarios. Después de todo, también había una guerra en marcha.

Pero ¿no la hubo siempre?

—Eso es verdaderamente estúpido —dijo el Arlequín, cuando la bella Alicia le mostró el anuncio—. Estúpido y sumamente improbable. Después de todo, no estamos en la época de los desesperados. Un póster de ¡«Se busca»!

—Me parece que hablas con mucho énfasis —dijo Alicia.

—Lo siento —dijo humildemente el Arlequín.

—No es preciso que lo lamente, siempre dices «lo siento». Tener semejante sentido de culpabilidad, Everett, francamente es muy triste.

—Lo siento —repitió él, plegando luego los labios, lo cual hizo que momentáneamente se marcaran los hoyuelos. No había querido decir aquello, y entonces añadió—: He de salir de nuevo, tengo algo que *hacer*.

Alicia dejó rápidamente su taza de café sobre la mesa.

—¡Oh, por el *amor* de Dios, Everett! ¿No es posible que te quedes en casa ni una sola noche? ¿Has de estar siempre fuera con ese horrible traje de payaso, corriendo por ahí y molestando a la gente?

—Soy... —comenzó él.

No pudo continuar de modo que se encasquetó el gorro de bufón sobre la mata de pelo castaño rojizo con un tenue tintinear de cascabeles. Se levantó y dejó su taza de café en el limpiador-secador.

—Tengo que irme —dijo por fin.

Ella no hizo ninguna observación, se limitó a sacar una hoja del buzón automático, la leyó y se la tendió.

—Por supuesto, trata de ti. Eres ridículo.

Rápidamente, él leyó el comunicado en el que se decía que el señor Tic-Tac estaba intentando localizarle. No le importaba, no, para llegar tarde de nuevo. Ya en la puerta, se volvió, voceando petulantemente:

—¡Tú también hablas con demasiado énfasis!

Alicia dirigió sus lindos ojos hacia lo alto.

—¡Eres ridículo! —repitió.

El Arlequín salió dando un portazo.

Se oyó el suave repiqueteo de unos nudillos y Alicia fue, con expresión exasperada, a abrir la puerta. Allí estaba él.

—Regresaré hacia las diez y media, ¿de acuerdo? —dijo.

Ella puso una cara lastimera.

—¿Por qué me dices esto? ¿Por qué? ¡Ya sabes que te retrasarás! ¡Lo sabes! Siempre llegas tarde. Así que, ¿por qué me dices estupideces? —dijo cerrando la puerta.

En el exterior, el Arlequín movió la cabeza con un gesto de asentimiento como para sí mismo. *Tiene razón. Siempre tiene razón. Llegaré tarde. Siempre llego tarde.*

Se encogió de hombros y se fue, para llegar tarde una vez más.

Había prendido los fuegos artificiales y se podía leer: a las ocho en punto de la tarde asistiré a la Convocatoria Internacional Médica.

Las letras habían ardidido en el espacio y, naturalmente, las autoridades estaban esperándole. Daban por supuesto que llegaría con retraso. Pero para su sorpresa llegó veinte minutos antes de lo acordado mientras ellos estaban tendiendo sus telas de araña para atraparle y reducirle. Llegó soplando un enorme cuerno, asustándoles y enervándoles de tal modo, que sus húmedas telas de araña cayeron sobre ellos y les izaron pataleando y gritando, muy arriba sobre el piso del anfiteatro. Mientras reía el Arlequín no cesaba de pedir disculpas. Los médicos, reunidos en el solemne cónclave, rugieron ante las carcajadas y aceptaron las excusas del Arlequín con inclinaciones y ademanes exagerados. Todos aquellos que pensaban que el Arlequín era alguien con anhelos de fantasía lo celebraron alegremente; todos excepto las autoridades que habían sido enviadas hasta allí por el despacho del señor Tic-Tac, y que pedían de manera parecida a sacos izados en el muelle al costado de un mercante, es decir, del piso del anfiteatro, de la manera más indecorosa posible.

En otro lugar de la misma ciudad en el que el Arlequín ponía en práctica sus «actividades» (aquí no las hemos relatado todas, nos hemos limitado a aquéllas que ilustran el poder y la importancia del señor Tic-Tac) un hombre llamado Marshall Delahanty recibió del despacho del señor Tic-Tac una nota de «cese». Un ordenanza

de uniforme gris, con la tradicional expresión de sentimiento inundándole la cara, le entregó la notificación a la señora Delahanty. Incluso antes de abrirla sabía de qué se trataba. Cualquiera que en aquellos días recibiese una nota como aquélla, sabía el contenido antes de leerla. Jadeó y sostuvo la nota entre sus dedos como si se tratase de una plaquita de cristal infectada de botulismo y destinada al microscopio. Rezó para que no fuese para ella. «Que sea para Marsh», pensó con brutal realismo, «o para uno de los chicos, pero no para mí, por favor, Dios amado, no para mí». Acto seguido abrió el comunicado; *era* para Marsh. Una mezcla de horror y alivio la inundó. Otro jinete más de entre los de la tropa había sido alcanzado por el proyectil.

—¡Marshall! —chilló—. ¡Marshall! ¡El fin, oh, Dios! Marshall, ¿qué vamos a hacer? ¡Marshall, Dios mío!...

Aquella noche, en su hogar se oyó el sonido del desgarró y del miedo, y el hedor de la locura subió por la chimenea. No había nada absolutamente nada que pudiera hacer para huir de ello.

(Aun así, Marshall Delahanty intentó escapar. Al día siguiente a hora temprana, llegado el momento del «cese», se hallaba en las profundidades de un bosque a trescientos kilómetros y los funcionarios del señor Tic-Tac borraron su cardioplaca. Mientras corría, Marshall Delahanty cayó desmayado, su corazón se detuvo y su sangre se secó en su curso hacia el cerebro, se encontró muerto. Y eso fue todo. En el mapa del sector que había en el despacho del Patrón Cronometrador, se apagó una luz, mientras se registraba la notificación para su reproducción. El nombre de Georgette Delahanty fue inscrito en las nóminas de subsidios hasta que se pudiera volver a casar, lo cual estaba consignado al pie de la nota y era todo cuanto se precisaba para puntualizar, a excepción del detalle de que aquello era lo que hubiese sucedido al Arlequín si alguna vez el señor Tic-Tac descubría su verdadero nombre).

Aquel jueves el nivel de tiendas de la ciudad estaba inundado con los colores de los compradores. Mujeres con jersey color canario y hombres con chaquetillas parecidas a las tirolesas de cuero verde, muy ajustadas, pero con amplios pantalones bombachos.

Cuando hizo su aparición el Arlequín en la concha todavía en construcción del Centro de Eficiencia Compradora llevando el cuerno entre sus risueños labios de duende travieso, todos se volvieron hacia él y le miraron. Él les espetó:

—¿Por qué permitís que os den órdenes? ¿Por qué les dejáis que os digan que os apresuréis y os escabulláis como hormigas y cobayas? ¡Disfrutad de vuestro tiempo! ¡Paseaos tranquilamente un rato! ¡Disfrutad de los rayos del sol, de la brisa, dejad que la vida os lleve a vuestro propio paso! ¡No seáis esclavos del tiempo, ésa es una terrible y lenta manera de morir! ¡Abajo el señor Tic-Tac!

—¿Quién es ese chiflado? —se preguntaban unos compradores a otros—. ¿Quién es? Seguro que por su culpa me retrasaré y luego tendré que echar a correr...

Una orden dirigida a la cuadrilla de Construcción del Centro de Compras llegó

del despacho del Patrón Cronometrador. Se les ponía en aviso que el peligroso criminal, conocido como el Arlequín, se encontraba en la punta de su capitel, y que se requería urgentemente su ayuda para apresarlo. Los obreros se negaron argumentando que perderían tiempo en su cuadro de marcha de construcción, pero el señor Tic-Tac logró tirar de los debidos hilos de la trama gubernamental y se les ordenó que dejaran su trabajo para capturar a aquel mentecato que estaba allá arriba, en el capitel, con su cuerno. De ese modo, una docena larga de fornidos obreros comenzaron a trepar por el andamiaje y la estructura en dirección al Arlequín.

Una vez pasado el desastre inicial (en el cual, gracias al cuidado del Arlequín por la seguridad personal de todos, nadie había resultado herido), los obreros intentaron reagruparse y volver al asalto. Pero era ya demasiado tarde, el Arlequín se había esfumado. No obstante, había conseguido llamar la atención de la muchedumbre y el ciclo de ventas había quedado desbaratado por varias horas. Por si eso era poco, las necesidades de adquisición del sistema estaban disminuyendo, por lo que se tomaron las medidas necesarias para acelerar el ciclo durante el resto del día. Pero el sistema continuaba atascándose y acelerándose; vendieron demasiados artículos de una clase y muy pocos de otra, lo cual suponía que se había alterado la tasa de consumo individual, provocando que se enviaran cajas y más cajas de restos de serie a los almacenes, que generalmente sólo admitían una caja cada tres o cuatro horas. Los embarques quedaron atascados y los transportes se colapsaron y, por último, incluso las industrias de los patines se vieron afectadas.

—¡No volváis hasta haberlo atrapado! —dijo el señor Tic-Tac en tono tranquilo y dominante—. Es extremadamente peligroso.

Emplearon lo indecible: perros, sondas, borraduras de cardioplasmas, soborno. Emplearon, ¿qué es lo que no emplearon? Emplearon hasta la intimidación, el tormento y la tortura. Emplearon confidentes, policías, registros y arrestos, argucias y falacias. Emplearon el incentivo de ascensos y mejoras, mañas y tretas. Emplearon la tradición. Emplearon a un detective infalible, pero que no sirvió de mucho. Emplearon a doctores especializados, técnicas de criminología. Y, ¡qué diablos!, por fin consiguieron atraparlo.

Después de todo, se llamaba Everett C. Marsh, y no era gran cosa, excepto que se trataba de un hombre que carecía del sentido del tiempo.

—¡Arrepiéntase, Arlequín! —dijo el señor Tic-Tac.

—¡Váyase a la porra! —replicó despectiva y burlescamente el Arlequín.

—En total, usted ha registrado un retraso de sesenta y tres años, cinco meses, tres semanas, dos días, doce horas, cuarenta y un minuto, cincuenta y seis segundos con tres, seis, uno, uno microsegundos. Ha estado acostumbrado a hacer lo que ha querido; lo que le ha venido en gana. Voy a eliminarle.

—Márchese a meterle miedo a otro. Prefiero estar muerto antes que vivir en un mundo estúpido con un espantajo como usted.

—Es mi tarea.

—Está demasiado enfrascado en ella. Usted es un tirano, no tiene ningún derecho a dar órdenes a la gente y matarla si se retrasa.

—Usted no es capaz de amoldarse. No puede ajustarse. No puede encajar.

—Desáteme y le encajaré un puñetazo en la boca.

—Es usted un inconformista.

—Eso no acostumbra a ser una felonía.

—Ahora sí que lo es. Viva en el mundo que le rodea.

—Lo odio, es un mundo terrible.

—No todos piensan de ese modo. La mayoría prefiere el orden y disfrutar con él.

—Pues yo no, ni tampoco la mayoría de la gente que yo conozco.

—Eso no es cierto. ¿Cómo cree usted que lo atrapamos?

—No me interesa saberlo.

—Una muchacha llamada Alicia nos dijo quién era usted.

—Eso es mentira.

—Es verdad. Usted la enerva. Ella quiere atemperarse, conformarse... Voy a eliminarle.

—Entonces hágalo ya y deje de discutir conmigo.

—Pues no, no voy a eliminarle a usted.

—¡Usted es un idiota!

—¡Arrepiéntase, Arlequín! —repitió el señor Tic-Tac.

—¡Váyase al cuerno!

Así pues, fue enviado a Coventry y sometido a tratamiento. En 1948 habían hecho exactamente lo mismo con Winston Smith, aunque nadie sabe nada sobre el particular. Pero las técnicas son verdaderamente muy antiguas, y así se las aplicaron a Everett C. Marsh. Y un buen día, al cabo de un tiempo, el Arlequín apareció en la red de comunicación, con su expresión de duende travieso y sus hoyuelos y sus ojos brillantes, y en absoluto acordes con la idea de un lavado de cerebro, y dijo que había estado equivocado, que verdaderamente era una gran cosa el conformismo, atemperarse, amoldarse y estar de acuerdo con el horario. Todos se quedaron mirándole fijamente en las pantallas públicas que cubrían un bloque entero de la ciudad, y se dijeron para sí mismos: «Bien, después de todo era un estafalario. Si ésta es la manera como funciona el sistema, sigamos; de nada sirve luchar contra el municipio o el Estado, o, en este caso, contra el señor Tic-Tac».

De este modo fue destruido Everett C. Marsh, verdaderamente fue una pérdida importante a tenor de lo que, antaño, dijo Thoreau. No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos; y en toda revolución mueren injustamente unos cuantos, pero así ha de ser, así es como sucede, y si se efectúa un cambio, por pequeño que sea, entonces parece que ha valido la pena. O para decirlo con toda lucidez:

—Oh, dispéñeme, señor; yo, oh, no sé cómo, oh, decírselo, pero tuvo usted tres minutos de retraso. El horario, oh, se halla un tanto desacompañado... —Sonrió

borreguilmente.

—¡Eso es ridículo! —murmuró el señor Tic-Tac tras su máscara—. ¡Ponga a la hora su reloj!

Y seguidamente entró en su despacho rem..., rem..., rem...

1967 - 25ª Convención Nueva York

El último castillo

Jack Vance

De nuevo debo meterme con Jack.

Sabiendo que Jack Vance había ganado dos premios Hugo y yo no lo conocía se me planteaba un terrible dilema. Tenía que descubrir algo sobre él, algo significativo. De nada servía decir que Jack Vance vivía en California y que tenía aproximadamente mi edad y mi porte (que, por supuesto, es extraordinario). Yo quería algo más.

¿Qué hacer? Muy sencillo, descolgar el teléfono y llamar a Robert Silverberg. Aunque eso significaba interrumpirle en su trabajo, su método de trabajo es parecido al mío, le haría un favor porque comprendo que él lucha con su máquina de escribir. (La máquina de escribir lo único que hace es gritarle, ella tiene teclas sensibles y él dedos fríos).

—Háblame de Jack Vance, Bob —le dije.

Así lo hizo y yo escuché y escuché, hasta que por fin Bob dijo:

—En cierto aspecto es poco comunicativo. Es decir, le encanta hablar del trabajo, pero cuando le pregunté si le había influido más Kafka o Dunsany, cambió de tema.

Quedé encantado, inmediatamente supe que Jack Vance era un buen chico. Odio a esos escritores que tienen una terrible influencia de Kafka o de Franz Dunsany... grandes exhibicionistas. Personalmente, me han influido tipos como Nat Schachner, Clifford Simak y John Campbell, hijo.

Allá por los años treinta, leía yo ciencia ficción. Alguien con ambiciones de escribir ciencia ficción debía leer ciencia ficción. Yo no perdí el tiempo leyendo a Proust o a Tolstoi ni a todos esos pomposos griegos.

Y estoy seguro de que tampoco Jack Vance lo perdió. ¡Buen chico Jack! Somos tú y yo solos contra el mundo.

I

Cuando aquella tormentosa tarde de verano estaba llegando a su fin y el sol consiguió asomarse entre jirones de oscuras nubes, Castillo Janeil fue abatido, y toda su población exterminada.

Prácticamente hasta el último momento, las facciones de los distintos clanes del castillo estuvieron discutiendo el modo de afrontar debidamente el Destino. Por su parte, los caballeros de mayor prestigio y dignidad prefirieron ignorar del todo aquella innoble circunstancia y continuar con sus habituales ocupaciones sin alterar en absoluto su ritmo de vida. Por la suya, algunos cadetes desesperados hasta la histeria cogieron las armas, dispuestos a resistir el asalto final. Sin embargo, una cuarta parte del total de la población esperó pasivamente, casi feliz, para expiar los pecados de la raza humana.

Pero al fin, la muerte llegó para todos por igual. Y todos extrajeron de su agonía cuanta satisfacción podía deparar semejante circunstancia, esencialmente despiadada. Los soberbios, sentados, hojeando sus bellos libros, o discutiendo las cualidades de una esencia de un siglo de antigüedad o acariciando a su phane favorita, murieron sin llegar a admitir la realidad. Los fanáticos subieron por la cenagosa ladera que, contrariando toda lógica, descollaba sobre los muros de defensa de Janeil. Casi todos quedaron enterrados entre la escurridiza grava, pero algunos lograron alcanzar la cima y dispararon, acuchillaron, apuñalaron, hasta que también ellos fueron alcanzados por un disparo, aplastados por los casi vivos vehículos energéticos, acuchillados o apuñalados. Los afligidos esperaron en la clásica postura de expiación, arrodillados, la cabeza inclinada, y perecieron, según ellos creían, en un proceso en el que el pecado humano era la realidad y los meks símbolos. Al fin, todos murieron: caballeros, damas y phanes en los pabellones; los aldeanos en los establos. De todos cuantos habían habitado Janeil, sólo sobrevivieron los pájaros, desmañadas criaturas, torpes y broncas, a las que nada les decía ni el orgullo ni la fe, a quienes les preocupaba más la integridad de sus pellejos que la dignidad de su castillo.

Cuando los meks alcanzaron los muros de defensa, los pájaros abandonaron sus refugios. Al alejarse volando hacia el este, hacia Hagedorn, ahora ya convertido en el último castillo de la Tierra, proferían estridentes insultos.

Al poco de terminar la masacre de Sea Island, hacía cuatro meses, habían aparecido los meks en el parque, delante de Janeil.

Mientras subían a torres y galerías, recorriendo el Paseo del Ocaso, un total de dos mil damas y caballeros de Janeil, apostados en murallas y muros, contemplaban los movimientos de los dorados guerreros. No había una actitud inequívoca, se podía apreciar desde una divertida indiferencia hasta un petulante desdén, todo ello con un fondo de duda y temor. Los diferentes estados de ánimo eran resultado de tres circunstancias distintas: su propia civilización, extremadamente sutil, la seguridad

que la muralla de Janeil les proporcionaba, y el hecho de que no podían pensar en hacer nada que pudiera alterar las circunstancias.

Había pasado ya mucho tiempo desde que los meks de Janeil se habían marchado para unirse a la revuelta. Tras su marcha, sólo quedaron phanes, aldeanos y pájaros, que formaban lo que habría sido la parodia de una fuerza de ataque.

Por el momento, una fuerza como aquélla no parecía ser necesaria. Janeil se consideraba inexpugnable. Las murallas, de sesenta metros de altura, eran de roca fundida incrustada en un entramado de una aleación de acero plateado. El castillo estaba abastecido, gracias a acumuladores solares, de la energía suficiente para todas sus necesidades y, en caso de emergencia, podían sintetizarse, a partir de bióxido de carbono y vapor de agua, los alimentos y, del mismo modo, el jarabe para phanes, pájaros y aldeanos. Pero semejante necesidad ni siquiera se consideraba. Janeil era un lugar autosuficiente y seguro, aunque podrían surgir algunas circunstancias nada deseables si se rompía la maquinaria y no había meks que la repararan. Entonces, la situación sería molesta, pero en absoluto desesperada. Durante el día, los caballeros que así lo quisieron, sacaron fusiles de energía y rifles deportivos, matando a tantos meks como les permitía su situación.

Al oscurecer, los meks empujaron vehículos energéticos y excavadoras y empezaron a alzar un dique alrededor de Janeil.

Sin comprender, los habitantes del castillo miraron hasta que el dique alcanzó los quince metros de altura y el lodo empezó a cubrir los muros. Entonces se hizo evidente el horrible propósito de los meks y de la indiferencia se pasó a un lúgubre temor.

Todos los caballeros de Janeil eran eruditos en por lo menos un campo del saber. Unos habían estudiado a fondo las ciencias físicas, otros eran teóricos matemáticos. Algunos de los primeros, ayudándose de un destacamento de aldeanos que realizaría el esfuerzo físico, intentaron poner en funcionamiento el cañón de energía. Desgraciadamente, el cañón no se había conservado en buen estado, teniendo algunas piezas oxidadas o estropeadas. Si alguien hubiese tenido un mínimo conocimiento de la nomenclatura mek o de su sistema de depósitos, hubiera sido fácil sustituir las piezas deterioradas por otras nuevas de los talleres mek del segundo subnivel. Warrick Madency Arban (es decir, Arban, de la familia Madency, del clan Warrick) sugirió que un grupo de aldeanos registrara el almacén. Pero en vista de la limitada capacidad mental de los aldeanos no se consiguió nada, y todo el plan de restaurar el cañón de energía se truncó.

Con fascinación, la nobleza de Janeil contemplaba cómo se amontonaba el lodo a su alrededor. El verano se acercaba a su fin, y en un día tormentoso, lodo y piedras alcanzaron la cima de los muros de defensa, sobrepasándolos y cayendo sobre patios y galerías. Janeil pronto quedaría enterrado y todos sus ocupantes perecerían asfixiados.

Fue entonces cuando un grupo de jóvenes e impulsivos cadetes, con más arrojo

que dignidad, tomaron las armas y se lanzaron loma arriba. A pesar de que los meks les lanzaban barro y piedras, unos cuantos alcanzaron la lomera y allí lucharon en una especie de furiosa exaltación.

El combate duró unos quince minutos, quedando la tierra empapada de lluvia y sangre. Durante un glorioso instante, los cadetes limpiaron la lomera. Si la mayoría de sus compañeros no hubieran perecido bajo la graba, nada hubiera ocurrido. Pero los meks se reagruparon y atacaron de nuevo. Quedaron diez hombres. Luego seis, cuatro, uno y finalmente ninguno. Los meks bajaron por la loma, treparon sobre los almenajes y, con terrible furor, mataron a todos los ocupantes de Janeil. Durante setecientos años residencia de gallardos caballeros y graciosas damas, Janeil era ahora una cascada vacía, sin vida.

Erguido como un espécimen en una vitrina de museo, el mek era una criatura semejante al hombre, nativa de un planeta de Etamin. Su correosa piel bronceada tenía un brillo metálico, como si acabara de ser engrasada. Las púas que le sobresalían de la nuca y el cuello brillaban como el oro, y de hecho estaban cubiertas de una película conductora de cromo-cobre. Sus órganos sensoriales se situaban en el lugar que el hombre tiene el oído; su rostro (uno se asustaba siempre si se topaba con un mek en un pasadizo) era de músculo corrugado, de aspecto similar a un cerebro humano al descubierto. Su «boca» una especie de hendidura vertical irregular en la base de su «cara», era un órgano atrofiado, debido a la bolsa de jarabe que se había introducido bajo la piel que cubría sus hombros. Y los órganos digestivos, utilizados en un principio para extraer el alimento de la vegetación pantanosa en descomposición, se habían atrofiado. Por regla general, el mek no vestía ropa alguna, salvo cuando llevaba puesto un delantal de trabajo o un cinturón de herramientas. A la luz del sol su rugosa piel bronceada tenía un aspecto bellísimo. Éste era el mek solitario, una criatura por naturaleza tan capacitada como el hombre, posiblemente más, debido a su enorme cerebro, que también funcionaba como un transmisor-receptor. Trabajando en masa, entre miles, parecía menos admirable, menos competente: un híbrido de subhombre y cucaracha.

Algunos sabios, especialmente D. R. Jardine de Morninglight y Salonson de Tuang, consideraron al mek blando y flemático, pero Claghorn, de Castillo Hagedorn, pensaba de otra forma. Según Claghorn, las emociones del mek eran diferentes de las emociones humanas, y el hombre sólo las podía comprender vagamente. Tras diligente investigación, Claghorn consiguió aislar unas doce emociones mek.

A pesar de haber investigado, la revuelta de los mek fue una sorpresa total, tanto para Claghorn, D. R. Jardine y Salonson como para todos los demás. ¿Por qué?, se preguntaban todos. ¿Cómo podía un grupo, durante tanto tiempo sumiso, haber urdido un plan tan asesino?

La respuesta más lógica era, a la vez, la más simple: al mek le ofendía la servidumbre y odiaba a los terrestres que le habían arrancado de su entorno natural.

Quienes estaban en contra de esta teoría argumentaban que ésta proyectaba emociones y actitudes humanas en un organismo no humano, que los meks sólo tenían motivos de gratitud hacia los caballeros que les habían librado de las condiciones de Etamin Nueve. A lo que los del primer grupo inquirían: «¿Quién es el que proyecta ahora actitudes humanas?». Y a menudo la réplica de sus oponentes era: «Puesto que nadie lo sabe con absoluta certeza, una proyección resulta tan absurda como cualquier otra».

II

Situado en la cima de un negro risco de diorita, Castillo Hagedorn daba al sur a un ancho valle. Más grande y majestuoso que Janeil, Hagedorn estaba rodeado por una muralla circular de kilómetro y medio y de unos cien metros de altura que lo protegía. Los parapetos se alzaban un total de trescientos metros sobre el valle, con torres, torretas y nidos de observación incluso más altos. Los lados este y oeste del despeñadero caían en picado hasta el valle. Las pendientes norte y sur, algo menos pronunciadas, estaban escalonadas, y en sus terrazas se cultivaban peras, alcachofas, vides y granadas. Del valle partía un camino que rodeaba el despeñadero y entraba por la puerta a la plaza central. Delante se alzaba la gran Rotonda, con las altas Casas de las veintiocho familias a ambos lados.

En el lugar que ahora ocupaba la plaza, se alzó el castillo original en otros tiempos, construido inmediatamente después del regreso de los hombres a la Tierra. Los diez Hagedorn habían reunido a gran número de aldeanos y meks para construir las nuevas murallas, tras demoler el viejo castillo. Las veintiocho Casas databan de esta época, quinientos años atrás.

Debajo de la plaza estaban los tres niveles de servicio: establos y garajes en el fondo, a continuación los talleres de los meks y sus viviendas; luego las diversas despensas, almacenes y tiendas especiales: panadería, cervecería, lapidario, arsenal, depósito, y otras.

El actual Hagedorn, vigesimoséptimo de la dinastía, era un Claghorn de los Overwhele. Su elección había sido una sorpresa para todos. Había sorprendido porque O. C. Charle, antes de su elección, era un caballero de presencia nada notoria; su elegancia, talento y erudición no pasaban de ser corrientes. Nunca se había destacado por ninguna idea original. Físicamente, estaba bien proporcionado, su rostro era huesudo y cuadrado, de pequeña y recta nariz, generosa frente y alargados ojos grises. En general, su expresión era un tanto abstraída (sus detractores la calificaban de «vacía»). Pero con un simple parpadeo, o una contracción de sus tupidas cejas, se convertía de pronto en una expresión dura e inflexible, de lo cual O. C. Charle, o Hagedorn, no era consciente.

Aunque el cargo contenía poca o ninguna autoridad formal, en cambio suponía una penetrante influencia, y el estilo de caballero que fuera Hagedorn afectaba a todos. Precisamente por eso, la elección de Hagedorn era una cuestión de suma importancia, que se veía sometida a numerosísimas consideraciones. Raro era el candidato que no hubiera cometido alguna incongruencia o torpeza, analizada con desconcertante candor. Aunque por ello el candidato no pudiese ganarse el resentimiento, inevitablemente se rompían las amistades, aumentaban los rencores, se empañaban las reputaciones. La elección de O. C. Charle significó un compromiso entre dos facciones de Overwhele, en cuyo clan había recaído el privilegio de

elección.

Los caballeros entre los cuales O. C. Charle representaba un compromiso eran muy respetados, aunque se distinguían por actitudes básicamente diferentes ante la existencia. El primero era el inteligente Garr, de la familia Zumbel. Ejemplificaba las virtudes tradicionales de Castillo Hagedorn: era un gran conocedor de esencias, vestía con exquisito gusto, sin la más leve desviación o pliegue de la característica roseta Overwhele. Combinaba con dignidad descuido y sagacidad. Su réplica fulguraba con brillantes alusiones y giros; podía citar cualquier obra literaria importante. Cuando se excitaba, su ingenio era extraordinariamente mordaz. Tocaba con destreza el laúd de nueve cuerdas, por lo que con mucha frecuencia era solicitado en la Exhibición de Antiguos Tabardos. Era un anticuario de indiscutible prestigio, conocía la localización de todas las ciudades importantes de Vieja Tierra y, durante horas, podía disertar sobre la historia de los tiempos antiguos. Su experiencia militar no tenía equivalente en Hagedorn, y era sólo emulada por D. K. Magdah, de Castillo Delora, y quizá por Brusham de Tuang. ¿Defectos? ¿Imperfecciones? Pocos podrían citarse: excesiva puntilliosidad, que podría tomarse por irritabilidad; intrépida obstinación, que podría considerarse crueldad.

O. Z. Garr jamás podría ser tachado de desabrido o irresoluto, y su valor personal estaba fuera de discusión. Dos años antes, un grupo de nómadas se había aventurado en Valle Lúcame, matando campesinos, robando ganado y llegando incluso a disparar una flecha contra el pecho de un cadete Isseth. Inmediatamente O. Z. Garr reunió una compañía de meks, los cargó en una docena de vehículos energéticos y se lanzó a la persecución de los nómadas dándoles alcance al fin cerca de río Drene, junto a las ruinas de la Catedral Worster. Los nómadas resultaron ser inesperadamente fuertes y experimentados, y no se contentaron con huir. Durante la lucha, O. Z. Garr se comportó ejemplarmente, dirigiendo el ataque desde el asiento de su vehículo, junto al cual permanecían dos meks, con escudos para cubrirle de las flechas.

Con la derrota de los nómadas concluyó el conflicto. Dejaron veintisiete cadáveres envueltos en negros capotes y esparcidos por el campo, mientras que sólo veinte meks perdieron la vida.

Claghorn, jefe de la familia Claghorn, era el oponente de O. Z. Garr en la elección. Como ocurría con Garr, las exquisitas distinciones de la sociedad Hagedorn eran para Claghorn tan normales como nadar lo es para un pez.

Aunque tan erudito como O. Z. Garr, no era, ni mucho menos, tan polifacético. Su principal campo del saber era los meks, su fisiología, formas lingüísticas y normas sociales. La conversación de Claghorn era más profunda, aunque menos amena y no tan mordaz como la de O. Z. Garr. En raras ocasiones empleaba los extravagantes tropos y alusiones que caracterizaban las discusiones de Garr, prefería el estilo discursivo prácticamente desnudo de adornos. Claghorn no mantenía phanes. Las cuatro Flores Sutiles emparejadas de Garr eran maravillas de deleite, y en las

presentaciones de éste en Antiguos Tabardos, rara vez eran eclipsadas.

El contraste principal entre los dos hombres radicaba en su perspectiva filosófica. O. Z. Garr, tradicionalista, ejemplar ferviente de su sociedad, suscribía sus dogmas sin reservas. Ni dudas ni sentimientos de culpa le acosaban; no deseaba alterar las condiciones que permitían vivir con grandes riquezas a más de dos mil caballeros y damas. Claghorn, aunque no era en modo alguno un expiacionista, manifestaba abiertamente su disgusto por el curso general de la vida de Castillo Hagedorn, y argumentaba tan plausiblemente que muchos se negaban a escucharle, escudándose en que se sentían incómodos. Poco a poco fue creciendo un intangible malestar, y Claghorn contaba con muchos e influyentes partidarios.

Cuando llegó el momento de la votación, ni O. Z. Garr ni Claghorn lograron el apoyo suficiente. Finalmente, el cargo recayó en un caballero que ni en sus más optimistas cálculos lo había esperado. Un caballero honorable y digno, pero sin demasiado prestigio, carente de locuacidad e igualmente de vivacidad; afable y contrario a llevar un asunto a una conclusión desagradable: O. C. Charle, el nuevo Hagedorn.

Al cabo de seis meses, durante las horas oscuras que preceden al alba, los meks de Hagedorn evacuaron sus viviendas y se fueron, llevándose vehículos de energía, herramientas, armas y equipo eléctrico. No cabía duda de que aquel acto se había estado planeando durante mucho tiempo, pues, simultáneamente, los meks de los otros ocho castillos se habían marchado del mismo modo.

Igual que en todos los demás sitios, la primera reacción en Castillo Hagedorn fue de sorpresa e irritación. Más tarde, cuando se pensó en las consecuencias de aquel acto, el sentimiento fue de horror y calamidad.

Para deliberar sobre el asunto, el nuevo Hagedorn, los jefes de clan y algunos otros notables designados por el Hagedorn se reunieron en la cámara de consejos. Alrededor de una gran mesa cubierta de terciopelo se sentaron: Hagedorn a la cabecera, Xanten e Isseth a su izquierda; Overwhele, Aure, y Beaudry a su derecha; luego los demás, entre ellos O. Z. Garr, L. K. Linus, A. G. Bernal, un teórico matemático de gran prestigio, B. F. Wyas, un anticuario igualmente sagaz que había identificado los emplazamientos de muchas ciudades antiguas: Palmyra, Lubeck, Eridu, Zanesville, Burton-on-Trent y Massilia entre otras. Completaban el consejo algunos ancianos de familias: Marune y Baudune de Aure; Quay, Roseth e Idelsea, de Xanten; Uegus de Isseth, Claghorn de Overwhele.

Durante diez minutos, todos ellos guardaron silencio, disponiéndose mentalmente y realizando el acto silencioso de ajuste psíquico conocido como «intresión».

Al fin, Hagedorn habló:

—El castillo se ha visto súbitamente despojado de sus meks. No hace falta decir que esta difícil situación debe resolverse lo antes posible. Estoy seguro de que, en esto, todos estamos de acuerdo.

Miró a todos y cada uno de los allí reunidos. Todos ellos adelantaron las tablillas de marfil que indicaban su conformidad... Todos excepto Claghorn, que, sin embargo, tampoco alzó su tablilla para manifestar su disconformidad.

Isseth, un caballero hosco de pelo blanco, de gran belleza pese a sus setenta años, habló con voz grave:

—No veo motivo de reflexión o demora. Lo que tenemos que hacer es evidente. Aunque todos sabemos que los aldeanos son poco aptos para formar una fuerza armada, debemos reunirlos, equiparlos con sandalias, blusones y armas, de forma que no nos desacrediten, y ponerlos a las órdenes de un buen jefe: O. Z. Garr o Xanten. Los pájaros pueden localizar a los desertores, los seguiremos y ordenaremos a los campesinos que les den una buena tunda y los traigan de vuelta a casa.

Xanten, de treinta y cinco años, increíblemente joven para ser jefe de clan, y conocido revolucionario, meneó la cabeza.

—La idea es atractiva, pero utópica. Por muy entrenados que estén los aldeanos no resistirán a los meks.

Sin duda, aquella observación era acertada. Los aldeanos, pequeños andromorfos originariamente de Spica Diez, no eran tan tímidos como incapaces de cometer un acto ruin.

Un hosco silencio cayó sobre los reunidos. Finalmente, O. Z. Garr habló:

—Esos perros se han llevado nuestros vehículos de energía; de otra forma, iría tras ellos y enviaría a esos pillos de vuelta a punta de látigo^[1].

—Algo que no está claro —dijo Hagedorn—, es el asunto del jarabe. Naturalmente, se llevaron todo el que pudieron. ¿Y qué pasará cuando se les acabe? ¿Morirán de hambre? ¿Les es posible volver a su dieta original? ¿Cuál era, fango? Eh, Claghorn, tú eres el experto en la materia. ¿Pueden volver los meks a su dieta original?

—No —dijo Claghorn—. Los órganos del adulto están atrofiados. Si se iniciara la dieta con un cachorro, probablemente sobreviviría.

—Eso es lo que suponía.

Hagedorn miró ominosamente sus manos unidas, intentando disimular su carencia absoluta de cualquier plan constructivo.

En el quicio de la puerta, apareció un caballero, con el azul oscuro de Beaudry. Hizo una genuflexión, alzó la mano derecha y saludó.

Hagedorn se puso en pie.

—Adelante, B. F. Robarth. ¿Qué nuevas traes? —le preguntó, puesto que la genuflexión del recién llegado indicaba que traía noticias.

—Se trata de un mensaje radiado desde Halcyon. Los meks han atacado. Han incendiado la fortaleza y les han atacado. La radio ha dejado de emitir hace un minuto.

Todos se volvieron, algunos se pusieron de pie de un salto.

—¿Asesinados? —graznó Claghorn.

—Estoy seguro de que en este momento Halcyon ya no existe. Mientras los demás hablaban sobre las terribles noticias con voces cargadas de horror, Claghorn miraba fijamente al vacío. De nuevo, Hagedorn tuvo que poner orden en la asamblea.

—Sin lugar a dudas, nos hallamos en una situación extrema. Quizá sea la más grave de toda nuestra historia. Soy sincero al decir que no puedo sugerir ningún plan de contraataque.

Overwhele inquirió:

—¿Y qué hay de los otros castillos? ¿Están seguros?

Hagedorn se volvió hacia B. F. Robarth.

—¿Podrá establecer contactos de radio con los otros castillos y preguntar en qué situación se encuentran?

Xanten dijo:

—Los demás son tan vulnerables como Halcyon, Sea Island y Delora en particular, y también Maraval.

Claghorn salió de su ensueño:

—En mi opinión, hasta que el levantamiento quede sofocado, las damas y caballeros de estos lugares deberían considerar la posibilidad de refugiarse en Janeil o aquí.

Los demás le miraron con sorpresa y confusión. O. Z. Garr inquirió sosegadamente:

—¿Puede usted imaginar a la nobleza de esos lugares huyendo para refugiarse de la engreída fanfarronada de unos seres inferiores?

—Desde luego que sí, puede que deseen sobrevivir —respondió cortésmente Claghorn.

Caballero en las postrimerías de la mediana edad, Claghorn era rechoncho, fuerte, de cabello algo canoso, magníficos ojos verdes y un aire que sugería gran fuerza interior bajo austero control.

—Por definición, huir implica cierta merma de la dignidad —empezó a decir—. Si O. Z. Garr puede sugerir una forma elegante de alejarse del peligro, me encantaría conocerla, y creo que a todos nos interesaría, pues en los días venideros puede servirnos a todos de consuelo.

Antes de que O. Z. Garr pudiera replicar, intervino Hagedorn:

—Atengámonos a los hechos. Confieso que no puedo adivinar cómo acabará todo esto. Los meks se han manifestado como asesinos. ¿Cómo podemos tomar de nuevo a asesinos a nuestro servicio? Pero si no lo hacemos, viviremos en unas condiciones de austeridad hasta que localicemos y entrenemos una nueva fuerza de técnicos.

—¡Las naves espaciales! —exclamó Xanten—. ¡Hemos de pensar en ellas inmediatamente!

—¿Qué pasa? —preguntó Beaudry, un caballero de pétreo rostro—. ¿Qué significa eso de «pensar en ellas»?

—Debemos protegerlas para que no sufran ningún daño. Representan nuestro vínculo con los Mundos Patrios. Es probable que los meks de mantenimiento no hayan abandonado los hangares, ya que si su propósito es exterminarnos, querrán privarnos de las naves espaciales.

—¿Acaso pretendes dirigirte con un grupo de aldeanos a los hangares y tenerlos bajo rígido control? —preguntó O. Z. Garr, en tono un tanto altanero.

Una larga historia de rivalidad y mutuo desdén existía entre él y Xanten.

—Puede que ésa sea nuestra única esperanza —dijo Xanten—. Pero ¿cómo puede uno luchar valiéndose de un grupo de aldeanos? Mejor será que vaya a los hangares a explorar. Mientras tanto, tú y algunos más con experiencia militar os podéis encargar de reclutar y entrenar una milicia de aldeanos.

—En cuanto a eso —declaró O. Z. Garr—, espero a saber cuál es la resolución de nuestras deliberaciones. Si se decide que ésta es la mejor vía a seguir, naturalmente me entregaré de lleno a la tarea. Si tus aptitudes personales se ven más realizadas espionando las actividades de los meks, espero que seas lo bastante generoso como para hacer lo mismo.

Los dos caballeros se miraron con ferocidad.

Un año antes, su enemistad había estado a punto de acabar en duelo; Xanten, un caballero alto, gallardo, increíblemente activo, estaba dotado de un gran talento natural, pero se mostraba excesivamente proclive a la absoluta elegancia. Los tradicionalistas le consideraban «sthross», con lo cual indicaban una actitud oscurecida por una casi imperceptible negligencia y falta de pundonor: que no era precisamente la mejor cualidad para un jefe de clan.

La respuesta de Xanten a O. Z. Garr fue suavemente cortés:

—Me encantaría llevar a cabo tal tarea. Puesto que el tiempo juega un papel esencial, me arriesgaré a que me tachen de precipitado y partiré ahora mismo. Espero estar de vuelta mañana para informar.

Se levantó, hizo una ceremoniosa inclinación a Hagedorn, un saludo general a toda la asamblea, y abandonó la cámara.

III

Se dirigió hacia Esledune House, en cuyo treceavo nivel tenía un apartamento. Las cuatro habitaciones estaban amuebladas al estilo conocido como Quinta Dinastía, posterior a una época de la historia de los Planetas Domésticos de Altair, de donde la raza humana había regresado a la Tierra.

Aramita era su actual consorte, dama de la familia Onwane. En aquellos momentos no estaba en el apartamento, lo cual complació a Xanten. De haber estado, le hubiera acosado a preguntas y habría despreciado su argumentación, prefiriendo sospechar una cita en su heredad. Para decirlo todo, estaba aburrido de Aramita y tenía motivos para creer que a ella le ocurría lo mismo respecto a él, tal vez su elevado rango no le había dado la oportunidad de realizar tantas esplendorosas funciones sociales como las que ella esperaba. No habían criado ningún niño. De una unión anterior, Aramita había tenido una hija que le había sido adjudicada. Su segundo hijo debía ser adjudicado a Xanten, impidiéndole engendrar otro niño^[2].

Asistido por un joven aldeano, se quitó el traje amarillo de consejo y se puso los calzones amarillo oscuro de caza con aderezos negros, chaqueta negra, botas negras. Se puso una gorra de piel negra en la cabeza, se echó al hombro una bolsa en la que guardaba las armas: un puñal y un fusil energético.

Tras salir del apartamento, llamó el ascensor y bajó hasta el arsenal del primer nivel donde, normalmente, le habría atendido un mek. Ahora, con gran disgusto, Xanten se vio obligado a pasar tras el mostrador y revolver aquí y allá. Los meks se habían llevado la casi totalidad de los rifles deportivos, los eyectores de perdigón y los rifles de energía pesados. Aciaga circunstancia, pensó Xanten. Por último, encontró un látigo de acero, postas de repuesto para su rifle, un par de granadas y un monocular de gran potencia.

De nuevo en el ascensor, subió hasta el nivel superior, pensando con tristeza en la larga subida cuando se estropeará el mecanismo y no hubiera meks a mano para encargarse de su reparación. Pensó en la ira apoplética de los tradicionalistas rígidos como Beaudry y otros parecidos y rió entre dientes. ¡Les esperaban días llenos de acontecimientos!

Paró en el nivel superior, tras atravesar los muros de defensa, siguió hasta la sala de radio. Si todo siguiera su curso normal, tres especialistas mek estarían allí sentados, conectados al aparato mediante cables insertados en sus púas, escribiendo los mensajes que llegaban. Pero ahora, B. F. Robarth estaba de pie ante el mecanismo, moviendo con inseguridad los diales, la boca torcida en un gesto de deprecación y disgusto por el trabajo.

—¿Alguna noticia más? —preguntó Xanten.

B. F. Robarth le contempló con gesto agrio.

—Los del otro extremo no parecen estar mucho más familiarizados con este

maldito embrollo que yo. Oigo voces. Creo que los meks están atacando Castillo Delora.

Claghorn había entrado en la habitación detrás de Xanten.

—¿He oído bien? ¿Ha desaparecido Castillo Delora?

—Todavía no, Claghorn, pero no tardará mucho. Los muros de Delora son poco más resistentes que la arcilla.

—¡Repugnante situación! —murmuró Xanten—. ¿Cómo pueden, unas criaturas sensibles, llevar a cabo tanta maldad? Después de tantos siglos, qué poco sabíamos de ellos en realidad. —A medida que hablaba, comprendía lo indiscreto de su observación; Claghorn había dedicado mucho tiempo al estudio de los meks.

—El acto no es asombroso —replicó escuetamente Claghorn—. Se ha producido miles de veces en la historia humana.

Un tanto sorprendido de que Claghorn utilizara la historia humana como referencia para un caso que implicaba subespecies, Xanten preguntó:

—¿Nunca te diste cuenta de este aspecto malvado en la naturaleza mek?

—No. Nunca. Realmente nunca.

Claghorn parecía excesivamente susceptible, pensó Xanten, aunque era del todo comprensible. Cuando Claghorn disertó durante la elección de Hagedorn, la doctrina básica no era, ni mucho menos, simple, y Xanten ni la comprendía ni apoyaba totalmente lo que consideraba sus fines. Pero, evidentemente, la revuelta de los meks había hecho ceder el suelo bajo los pies de Claghorn. Probablemente, para amarga satisfacción de O. Z. Garr, que vería respaldadas sus teorías tradicionalistas.

Claghorn dijo concisamente:

—La vida que hemos llevado no podía durar eternamente. Lo verdaderamente asombroso es que durara todo lo que ha durado.

—Tal vez —dijo Xanten con tono lastimero—. Bueno, no importa, todo cambia. ¿Quién sabe? Tal vez los aldeanos estén planeando envenenar nuestros alimentos... Tengo que irme.

Hizo una inclinación a Claghorn, que le devolvió una leve inclinación de cabeza, y a B. F. Robarth. Luego salió de la habitación.

Subió por la escalera de caracol que conducía a los corrales, donde vivían los pájaros en un total desorden, entregados al juego de riñas, una especie de ajedrez cuyas normas resultaban incomprensibles para todos los caballeros que habían intentado comprenderlas.

Había aproximadamente unos cien pájaros en Castillo Hagedorn, que eran atendidos por un grupo de aldeanos, hacia quienes los pájaros demostraban gran desconsideración. Eran criaturas parlanchinas y deslumbrantes, de color azul, amarillo y rojo, con largos cuellos, vibrantes cabezas inquisitivas y una natural irreverencia que ningún tipo de disciplina o autoridad podía someter.

Cuando vieron a Xanten, emitieron un coro de groseras burlas:

—¡Alguien quiere que le demos un paseo! ¡Vaya incordio! ¿Por qué los

autoungidos de dos pies no se dejan crecer sus propias alas? Amigo mío, jamás te fíes de un pájaro. ¡Te elevaremos hasta el cielo y luego te dejaremos caer sobre tu propio trasero!

—¡Callaos! —gritó Xanten—. Necesito seis pájaros rápidos y silenciosos para una misión importante. ¿Hay alguno capaz de hacer un trabajo así?

—¡Pregunta que si hay alguno capaz! ¡Y todos llevamos una semana sin volar! ¿Silencio? Te daremos silencio, amarillo y negro.

—Entonces, vamos. Tú. Tú. Tú, el de ojos de sabio. Y tú. Y tú, el del ala alzada. Y tú, el del pompón verde. Preparaos.

Los pájaros que Xanten había elegido burlándose, protestando e insultando a los aldeanos, entregaron sus bolsas de jarabe para que se las llenaran y luego volaron hasta el asiento de mimbre en el que Xanten, les estaba esperando.

—Vamos a la estación espacial de Vincenne —les dijo Xanten—. Volad alto y en silencio, hay enemigos fuera. Nuestra misión es averiguar el daño que han sufrido las naves espaciales, si es que han sufrido alguno.

—Entonces, ¡a la estación!

Todos los pájaros llevaban una tira de cuerda atada a un armazón sobre la cabeza. La silla fue alzada con un tirón calculado para que Xanten rechinara los dientes, e iniciaron el vuelo, riendo, maldiciéndose unos a otros por no llevar más carga; pero no tardaron en acomodarse a la tarea encomendada y volaron con un aleteo coordinado de sus treinta y seis alas. Xanten se sintió aliviado cuando cesó el parloteo. Volaron en silencio hacia el sur, a una velocidad de ochenta o noventa kilómetros por hora.

La tarde tocaba a su fin. El antiguo campo, que había sido escenario de tantas idas y venidas, de tantos triunfos y tantos desastres, estaba entrelazado por largas sombras negras. Mirando hacia abajo, Xanten pensó que aunque la estirpe humana era nativa de aquel terruño, y que aunque sus más inmediatos antepasados habían conservado sus propiedades durante setecientos años, la Tierra aún parecía un mundo extraño.

El motivo no era en absoluto ni misterioso ni paradójico. Después de la Guerra de las Seis Estrellas y durante tres mil años, la Tierra había sido un páramo, sin más población que un reducido grupo de gentes miserables que, de algún modo, habían sobrevivido al cataclismo, convirtiéndose en nómadas semibárbaros. Después, setecientos años atrás, unos señores ricos de Altair, impulsados tanto por el descontento político como por el capricho, habían decidido regresar a la Tierra. Ése era el origen de las nueve grandes fortalezas, de la nobleza que las habitaba y de los equipos de andromorfos especializados.

Ahora, Xanten sobrevolaba una zona en la que un anticuario había realizado excavaciones, dejando al descubierto una plaza cuyas baldosas eran de piedra blanca, un obelisco roto y una estatua derribada. Por algún extraño juego de asociación, la escena estimuló la mente de Xanten a evocar una asombrosa visión, tan simple, y a la vez tan grandiosa, que miró a su alrededor en todas direcciones, con ojos nuevos. Esa

visión era la Tierra repoblada con hombres, el campo cultivado, los nómadas rechazados hacia el páramo.

En aquel momento, la imagen era forzada y Xanten, contemplando los suaves contornos de la vieja Tierra bajo él, pensó en la revuelta mek que había alterado su vida de un modo tan asombroso y repentino.

Hacía ya mucho tiempo que Claghorn insistía en que ninguna civilización humana duraba eternamente, con el corolario de que cuanto más compleja fuese tal civilización, mayor era su susceptibilidad al cambio.

En este caso, la continuidad de setecientos años en castillo Hagedorn —tan artificial, extravagante e intrincada como podía ser la vida— resultaba, en sí misma, algo asombroso. Claghorn había ampliado su tesis. Puesto que el cambio era inevitable, defendía que la nobleza debía encargarse de amortiguar el impacto anticipándose a los cambios y controlándolos. Esta doctrina había sido duramente atacada. Los tradicionalistas criticaban las ideas de Claghorn como falacias, citando la estabilidad de la vida del castillo como prueba de su viabilidad. Al principio, Xanten se había inclinado de un lado, luego del otro, no llegando a sentirse emocionalmente comprometido con ninguna causa. En realidad, el tradicionalismo de O. Z. Garr era lo que le había hecho inclinarse hacia las ideas de Claghorn.

Los actuales acontecimientos parecían dar la razón a Claghorn. Finalmente el cambio había llegado, y su impacto había sido de violencia y dureza máximas.

Desde luego, todavía había interrogantes en el aire. ¿Por qué habían elegido los meks concretamente aquel momento para la revuelta? Durante quinientos años las condiciones no habían cambiado perceptiblemente, y los meks jamás habían dado muestras de descontento, en realidad, no habían manifestado ningún tipo de sentimientos, aunque lo cierto es que nadie se había molestado nunca en preguntarles, salvo Claghorn.

Los pájaros viraron hacia el este, evitando las Montañas Ballarat, al oeste de las cuales se encontraban las ruinas de una gran ciudad que jamás había sido identificada satisfactoriamente. Abajo se extendía Valle Lucerne, en otros tiempos fértil terreno de labranza. Si se concentraba la mirada, a veces se podía distinguir el contorno de las diversas propiedades. Al frente, se podía ver los hangares de las naves espaciales, donde los técnicos mek mantenían cuatro astronaves, propiedad conjunta de Hagedorn, Janeil, Tuang, Morninglight y Maraval, aunque, debido a diversas razones, las naves nunca se usaban.

El sol se estaba poniendo. La anaranjada luz centelleaba y flameaba sobre los metálicos muros. Xanten dio instrucciones a los pájaros:

—Bajad describiendo círculos y posaos bajo aquellos árboles, pero volad bajo, para que nadie pueda vernos.

Abatidos sobre las alas extendidas, los pájaros torcieron adelantando los seis cuellos desmañados hacia el suelo. Xanten estaba preparado para el impacto, puesto que parecía que los pájaros eran incapaces de posarse suavemente cuando

transportaban a un caballero. Cuando la carga consistía en algo que personalmente les interesaba, no se movía ni una hoja con la sacudida.

Expertamente, Xanten mantuvo el equilibrio en vez de caerse y rodar, que era lo que pretendían los pájaros.

—Todos tenéis jarabe —les dijo—. Descansad, no hagáis ruido y no os peleéis. Si no estoy de vuelta mañana al ponerse el sol, regresad a Castillo Hagedorn y decid que me han matado.

—¡No hay cuidado! —gritaron los pájaros—. ¡Esperaremos siempre! Por lo menos hasta mañana al ocaso. Si te acecha el peligro, si te ves angustiado, llámanos. ¡Cuando nos irritamos somos feroces!

—¡Ojalá eso fuera cierto! —dijo Xanten—. Los pájaros son unos consumados cobardes, todo el mundo lo sabe. Pero aprecio la intención. Recordad mis instrucciones, y ¡sobre todo silencio! No me gustaría que por vuestro alboroto me atraparan y apuñalaran.

Los pájaros emitieron gruñidos de indignación.

—¡Injusticia! ¡Injusticia! Somos silenciosos como el rocío.

—Bueno.

Para evitar que le siguieran gritando, Xanten se alejó deprisa.

IV

Tras cruzar la floresta, salió a una vega en cuya parte más alejada, quizás a unos cien metros, se hallaba la parte posterior del primer hangar. Se detuvo para pensar.

En aquel asunto intervenían varios factores. Primero, los meks de mantenimiento podían no tener aún conocimiento de la revuelta, debido a la estructura metálica que les aislaba del contacto radiofónico. Pensándolo un poco, era algo poco probable, al considerar el cuidadoso plan urdido por los meks. Segundo, los meks actuaban como un organismo colectivo puesto que estaban en constante comunicación con sus hermanos. El conjunto funcionaba mejor que sus partes y el individuo no era propenso a la iniciativa. Por tanto, probablemente la vigilancia no fuese excesiva. Tercero, si esperaban que alguien intentase acercarse, necesariamente tendrían que vigilar más estrechamente la ruta que él se proponía tomar.

Xanten prefirió permanecer oculto durante otros diez minutos, esperando que el sol poniente brillase a sus espaldas, y así cegara a cualquiera que pudiera estar vigilando.

Pasaron los diez minutos. Los hangares, bañados por la luz del sol, se alzaban largos, altos, y en completo silencio.

En la vega, la alta y dorada hierba se agitaba e inclinaba por una fresca brisa.

Tras respirar profundamente, Xanten sopesó su bolsa, preparó sus armas, siguió adelante, sin que ni siquiera se le ocurriese arrastrarse por la hierba.

Llegó a la parte posterior del hangar más próximo sin novedad. Pegó el oído al metal y no oyó nada. Caminó hacia la esquina, mirando a todos los lados: no había rastro alguno de vida. Se encogió de hombros. Parecía que todo estaba bien, así que se dirigió a la puerta.

El sol poniente proyectaba una sombra negra delante de él mientras caminaba junto al hangar. Llegó a la puerta que daba a la oficina del hangar. No iba a conseguir nada teniendo miedo, así que empujó la puerta y entró.

Las oficinas estaban vacías. Las mesas, ante las que durante siglos se habían sentado subordinados, para calcular facturas y cuentas de embarque, ahora estaban vacías, brillantes y sin polvo. Las computadoras y bancos de información, esmalte blanco, cristal, interruptores blancos y rojos, tenían la apariencia de haber sido instalados el día anterior.

Xanten se encaminó a la lámina de cristal que dominaba el suelo del hangar, ensombrecido bajo la mole de la nave.

Aunque sobre el suelo del hangar, en montones e hileras, había elementos y piezas de montaje del mecanismo de control de la nave, no vio ningún mek. Los paneles de servicios estaban muy abiertos, mostrando de dónde se habían sacado las piezas.

Xanten abandonó la oficina y entró en el hangar. La nave espacial había sido desmantelada, la habían desmontado completamente. Xanten contempló las hileras de

piezas. Algunos sabios de los diversos castillos eran expertos en teoría de transferencia espacio-tiempo; S. X. Rosenhox de Maraval había deducido incluso una serie de ecuaciones que, traducidas a mecánica, eliminaba el engorroso Efecto Hamus. Pero ni un solo caballero, aunque fuera tan desmemoriado para con el honor personal como para rebajarse a coger una herramienta, sabría cómo reemplazar, conectar y ajustar los mecanismos apilados en el suelo del hangar.

¿Cuándo se había realizado aquel maléfico trabajo? Resultaba imposible saberlo. Xanten regresó a la oficina, salió de nuevo al crepúsculo y caminó hasta el siguiente hangar. Tampoco allí había meks. Allí también habían vaciado la nave espacial de sus mecanismos de control. Xanten se dirigió al tercer hangar; se encontró con la misma situación.

En el cuarto hangar consiguió captar débiles sonidos de actividad. Entró en la oficina y miró por el panel de vidrio hacia el hangar: los meks trabajaban allí con su habitual economía de movimiento, en un casi total y sospechoso silencio.

Xanten, cansado ya de su recorrido a través de la floresta, se enfureció ante la fría destrucción de su propiedad. Se lanzó hacia el hangar. Palmeándose el muslo para llamar la atención, gritó con voz ronca:

—¡Volved a poner las piezas en su sitio! ¿Cómo osáis, sabandijas, actuar de este modo?

Los meks giraron sus vacíos semblantes, le estudiaron a través de sus racimos de lentes a cada lado de sus cabezas.

—¿Qué? —bramó Xanten—. ¿Vaciláis?

Sacó su látigo de acero, que habitualmente era más un símbolo que un instrumento de castigo, y golpeó con él el suelo.

—¡Obedeced! ¡Esta ridícula revuelta se ha terminado!

Los meks estaban dubitativos, los acontecimientos oscilaban en la balanza. Aunque se estaban transmitiendo mensajes, valorando las circunstancias, estableciendo un consenso, ninguno emitía sonido alguno. Xanten no les podía permitir ninguna pausa. Avanzó hacia ellos, enarbolando el látigo, golpeándoles en la única parte en que los meks sentían dolor: la viscosa cara.

—A vuestros deberes —gruñó—. Menudo equipo de mantenimiento que sois. ¡Un equipo de destrucción sería el nombre más apropiado!

Los meks emitieron una especie de resoplido que podía significar cualquier cosa. Retrocedieron y, entonces, Xanten pudo ver a uno que estaba en la escalerilla por la que se accedía a la nave: era el mek más grande que jamás antes él hubiera visto y, en cierto modo diferente. Aquel mek le estaba apuntando directamente a la cabeza con un rifle automático. Con un rápido movimiento circular se liberó de un mek que había saltado hacia adelante con un cuchillo en la mano y, ante la indecisión del mek, disparó y destruyó al mek que estaba en la escalerilla, pese a que el proyectil sólo le pasó rozándole la cabeza. Sin embargo, los otros meks, se lanzaron al ataque. Todos se adelantaron. Apoyado como podía en el casco, Xanten les disparaba a medida que

iban llegando, moviendo la cabeza una vez para evitar un trozo de metal, luego para tratar de coger un cuchillo lanzado y arrojarlo a la cara del que lo había lanzado.

Al fin, los meks retrocedieron y Xanten supuso que habían acordado una nueva táctica: o bien ir a buscar armas, o encerrarle en el hangar. En cualquier caso, él allí ya no tenía nada que hacer. Movi6 el látigo rápida y ágilmente y se abrió paso hasta la oficina. Con herramientas, barras de metal y piezas de hierro golpeando el cristal detrás de él, atravesó la oficina y salió a la noche.

No miró hacia atrás.

La luna llena estaba saliendo; un gran globo amarillo que emitía un humoso resplandor azafrán, como una lámpara antigua. Los ojos de los meks no estaban adaptados para ver en la noche, y Xanten esperó junto a la puerta. No tardaron en llegar, y Xanten les cortaba el cuello a medida que se acercaban.

Los meks retrocedieron para refugiarse en el interior del hangar. Secando la hoja y sin mirar a derecha ni izquierda, Xanten volvió a recorrer el camino por el que había venido. Enseguida se detuvo. La noche era joven. Algo le rondaba por su mente, era el recuerdo del mek que había disparado el rifle automático. Era más alto, probablemente más bronceado que los demás, pero, lo que más le había impresionado era que había desplegado una indefinible desenvoltura, casi autoridad, aunque tal palabra, utilizada en relación con los meks era anómala. Por otro lado, alguien tenía que haberse encargado de planear la revuelta o, al menos, originado el concepto de revuelta en un principio.

Quizá valiese la pena ampliar el reconocimiento, aunque su información primaria había quedado confirmada.

Xanten retrocedió y cruzó la zona de aterrizaje, dirigiéndose a las barracas y los garajes. Una vez más, frunciendo con desagrado el entrecejo, comprendió la necesidad de discreción. ¿Qué tiempos eran aquéllos en los que un caballero tenía que esconderse para evitar a criaturas como los meks? Subió a escondidas por detrás de los garajes, donde había una media docena de vehículos de energía^[3].

Xanten se quedó contemplándolos. Todos eran del mismo tipo, una estructura metálica con cuatro ruedas y una hoja de movimiento de tierra al frente. El depósito de jarabe tenía que estar cerca.

Rápidamente, Xanten descubrió una serie de recipientes. Cargó una docena de ellos en un vehículo próximo y, con el cuchillo, rajó el resto, de modo que el jarabe se vertió por el suelo. Los meks utilizaban una mezcla algo distinta; su jarabe estaría almacenado en otro lugar, probablemente en el interior de las barracas. Xanten se subió al vehículo, giró la llave «despierto», pulsó el botón de «en marcha», tiró de una palanca que ponía las ruedas en movimiento inverso. El vehículo reculó dando bandazos. Xanten lo paró, girándolo hasta colocarlo delante de las barracas. Hizo lo mismo con otros tres. Luego, uno tras otro, los puso a todos en marcha.

Rodaron hacia adelante. Las hojas cortaron la pared metálica de las barracas, el techo se hundió. Los vehículos no se detuvieron, sino que continuaron, arrollando el

interior, destrozándolo todo a su paso.

Mientras hacía esto, Xanten sentía una gran satisfacción. Regresó al vehículo que había reservado para su uso personal, se sentó y esperó. Ningún mek salía de las barracas. Por lo visto, estaban vacías, todo el personal estaba en los hangares. Pero, al menos habían sido destruidas las reservas de jarabe. Así que muchos de ellos morirían de hambre.

Evidentemente atraído por los ruidos de destrucción, un mek venía desde los hangares. Xanten se agachó en el asiento y, cuando pasó, le enrolló el látigo alrededor del rechoncho cuello. Se alzó; el mek rodó por el suelo.

Xanten bajó del vehículo y le quitó el rifle automático. Delante suyo tenía a otro de los grandes meks, y Xanten se dio cuenta de que no llevaba la bolsa del jarabe, era un mek en estado original. ¡Asombroso! ¿Cómo sobrevivía la criatura? De pronto empezó a formularse muchas y nuevas preguntas; y, como mucho, sólo unas cuantas tenían respuesta. Situándose sobre la cabeza de la criatura, Xanten cortó las largas púas-antena que surgían de la nuca del mek. Ahora se encontraba aislado, solo, abandonado a sus propios recursos. Una situación que, sin duda, reduciría al más fornido mek a la apatía.

—¡Arriba! —ordenó Xanten—. ¡Sube a la parte posterior del vehículo! — Restañó el látigo para dar más fuerza a su orden.

Aunque al principio el mek parecía dispuesto a plantarle cara, tras un resoplido o dos, obedeció.

Xanten tomó asiento, puso el vehículo en marcha y lo dirigió hacia el norte. Los pájaros no serían capaces de transportarlos a él y al mek o, de hacerlo, gritarían y se lamentarían tan broncamente que alertarían a cualquiera. Podrían esperar o no hasta la hora fijada del ocaso del día siguiente. De una forma u otra, dormirían por la noche en un árbol, se despertarían furiosos e inmediatamente regresarían a Castillo Hagedorn.

El vehículo de energía rodó durante toda la noche, con Xanten en el asiento delantero y su cautivo encogido en la parte trasera.

V

Pese a su aplomo, a los nobles de los castillos no les gustaba andar por el campo de noche, de lo cual algunos se mofaban tachándolos de supersticiosos. Otros hablaban de viajeros que habían pernoctado junto a las ruinas y sus subsiguientes visiones: la horrible música que habían oído, los tristes sollozos o los lejanos cuernos de espectrales cazadores. Otros habían visto luces verdes, espliego fosforescente y fantasmas que corrían con largas zancadas por el bosque; y Hode Abbey, ahora una húmeda tumba, era un lugar muy conocido por la presencia de la Bruja Blanca y el clamor de alarma que imponía.

Se conocían unos cien casos parecidos. A pesar de que los escépticos se burlaban, nadie, innecesariamente, cruzaba el campo por la noche. Si los verdaderos fantasmas buscaban los escenarios de tragedias y desgracias, el paisaje de Vieja Tierra debería ser el hogar de innumerables fantasmas y espectros; en concreto aquella región que ahora Xanten recorría en el vehículo de energía en la que toda piedra, toda vega, toda cañada y todo pantano estaban impregnados de historia humana.

La luna estaba alta. Por una antigua carretera, el vehículo avanzaba hacia el norte. A la luz de la luna, las rotas planchas de hormigón difundían un pálido resplandor. Por dos veces vio Xanten flamear luces anaranjadas a un lado y, una vez, a la sombra de un ciprés, creyó ver una sombra alta y quieta que observaba silenciosamente su paso. El cautivo mek se sentó como si estuviera planeando alguna treta. Aunque sin sus púas debía sentirse despersonificado, aturdido; Xanten se decía que aquello no le neutralizaría completamente.

Ahora la carretera atravesaba una ciudad, en la que algunos de sus edificios se mantenían todavía en pie. Ni siquiera los nómadas se refugiaban en aquellas antiguas ciudades, por temor a las miasmas o a la fragancia del dolor.

La luna alcanzó su cenit. El paisaje se extendía con cien tonos de plata, negro y gris. Mientras miraba a su alrededor, Xanten pensó que, a pesar de los considerables placeres de la vida civilizada, todavía había algo que decir en favor de la amplitud y sencillez de los nómadas...

El mek hizo un movimiento furtivo. Xanten ni siquiera volvió la cabeza. Restañó el látigo en el aire y el mek se quedó quieto.

Durante toda la noche, mientras la luna se iba hundiendo hacia el oeste, el vehículo de energía recorrió la vieja carretera. Al este, el horizonte brillaba verde y amarillo limón; cuando la pálida luna desapareció tras las montañas, salió el sol.

Entonces, a la derecha, Xanten observó una nube de humo.

Detuvo el vehículo. Poniéndose de pie sobre el asiento, estiró el cuello y, situado a medio kilómetro de distancia, descubrió un campamento nómada. Podía distinguir una docena de vehículos de energía destrozados y tres o cuatro docenas de tiendas de distinto tamaño. En la alta tienda del atamán, creyó ver un ideograma negro que le pareció reconocer. Si así era, aquélla sería la tribu que no hacía mucho había

traspasado los límites de Hagedorn y a la que O. Z. Garr había hecho retroceder. Xanten se acomodó en el asiento, compuso sus vestiduras, puso el vehículo en marcha y se dirigió hacia el campamento.

Observando su llegada, había unos cien hombres con capas negras, altos y flacos como hurones. Unos doce avanzaron hacia él, y colocando flechas en los arcos, apuntaron a su corazón. Xanten les miró con arrogancia inquisitiva, llevó el vehículo hasta la tienda del atamán y allí lo detuvo. Se puso de pie.

—Atamán —gritó—. ¿Estás despierto?

El atamán movió un poco la lona que cerraba su tienda para mirar al exterior y salió. Al igual que los demás, una vestidura de tela negra ligera le cubría el cuerpo y la cabeza. Su rostro asomaba por una abertura cuadrada: alargados ojos azules, nariz grotescamente larga, pronunciado mentón, curvo y afilado.

Xanten lo recibió con una leve inclinación.

—Observa —le dijo, señalando al mek que estaba en la parte posterior del vehículo.

El atamán miró hacia donde estaba el mek, lo observó unos segundos y volvió a mirar a Xanten escrutadoramente.

—Los de su especie se han levantado contra los caballeros —dijo Xanten—. En realidad, están masacrando a todos los hombres de la Tierra. Así que Castillo Hagedorn os hace, a los nómadas, la siguiente oferta: veniros a Castillo Hagedorn. Os daremos alimentos, ropa y armas. Os entrenaremos en la disciplina y las artes de la guerra formal. Os enseñaremos todo cuanto sobre lucha sepamos. Entonces, juntos aniquilaremos a los meks, los borraremos de la Tierra. Después de la campaña, os instruiremos en especialidades técnicas y podréis seguir provechosas e interesantes carreras al servicio de los castillos.

Por el momento, el atamán no contestó nada. Luego, su curtido rostro se quebró en una mueca feroz y habló con una voz que a Xanten le pareció sorprendentemente bien modulada.

—Así que finalmente vuestras bestias decidieron separarse de vosotros. ¡Lástima que tardaran tanto! Pero, eso a nosotros no nos importa. Tanto ellos como vosotros sois, para nosotros, gente extraña y, antes o después, vuestros huesos han de blanquearse juntos.

Xanten simuló no entender.

—Si lo he entendido bien, dices que ante el asalto de extraños, todos los hombres han de unirse para luchar juntos. Y luego, tras la victoria, seguir cooperando para su mutuo beneficio. ¿No es así?

El semblante del atamán no varió.

—Vosotros nos sois hombres. Solamente nosotros, hijos del suelo y del agua de la Tierra, somos hombres. Vosotros y vuestros fantásticos esclavos sois extranjeros. Nuestro deseo es que os destrocéis los unos a los otros.

—Parece que —declaró Xanten—, después de todo, te entendí correctamente.

Está claro que es inútil apelar a vuestra lealtad. ¿Y si hablamos de interés? Los meks, al no conseguir destruir a la gente de los castillos, se volverán contra los nómadas y os matarán como si fueseis hormigas.

—Si nos atacan, lucharemos contra ellos —dijo el atamán—. De lo contrario, les dejaremos en paz. Xanten miró reflexivamente al cielo.

—Estaríamos dispuestos a aceptar un contingente de nómadas al servicio de Castillo Hagedorn, para formar un cuadro del que se formaría después un grupo mayor y más polifacético.

Otro nómada gritó con voz ofensivamente burlona:

—¿Coseréis una bolsa a vuestra espalda para echar vuestro jarabe?

Xanten replicó sin alterarse lo más mínimo:

—El jarabe es altamente nutritivo y satisface todas las necesidades del organismo.

—Entonces, ¿por qué no lo tomáis vosotros?

Xanten no se molestó en contestar. El atamán habló:

—Si deseáis darnos armas, las cogeremos y las utilizaremos contra cualquiera que nos amenace. Pero no esperéis que os defendamos. Si teméis por vuestras vidas, abandonad vuestros castillos y haceos nómadas.

—¿Temer por nuestras vidas? —exclamó Xanten—. ¡Qué tontería! ¡Jamás! Castillo Hagedorn es inexpugnable, igual que Janeil y que la mayoría de los demás castillos.

El atamán sacudió la cabeza.

—En el momento en que quisiéramos, podríamos tomar Hagedorn, y mataros a todos mientras estáis durmiendo.

—¿Qué? —gritó Xanten ofendido—. ¿No hablarás en serio?

—Pues claro que sí. En una noche oscura, podríamos elevar a un hombre en una gran cometa y hacerle bajar sobre los muros de defensa. Podría bajar, alzar las escalas y, en quince minutos, nos haríamos con el castillo.

Xanten adelantó su mentón.

—Aunque es una idea ingeniosa, es imposible de ponerla en práctica. Los pájaros detectarían una cometa semejante. Y el viento podría fallar en un momento crítico... Todo esto no tiene sentido. Los meks no hacen volar cometas. Planean atacar contra Janeil y Hagedorn, y después, tras el fracaso saldrán a cazar nómadas.

El atamán dio un paso atrás.

—Bueno, ¿y qué? Hemos sobrevivido a atentados similares de los hombres de Castillo Hagedorn. ¡Todos cobardes! Mano a mano, con armas iguales, os haríamos comer el polvo como perros despreciables que sois.

Xanten alzó las cejas en un gesto de elegante desprecio.

—Me temo que te olvidas de quién eres. Estás hablando con un jefe de clan de Castillo Hagedorn. Sólo la fatiga y el aburrimiento me impiden castigarte con este látigo.

—¡Bah! —dijo el atamán. Curvó un dedo hacia uno de sus arqueros—. Haz que

este insolente hidalguillo se marche de aquí.

El arquero lanzó su flecha, pero Xanten ya había sospechado algo parecido. Disparó su rifle, destruyendo la flecha, el arco y las manos del arquero. Dijo:

—Veo que hace falta enseñarte el respeto debido a un superior. Cogió al atamán por el cuero cabelludo y le golpeó con el látigo una, dos, tres veces, los estrechos hombros.

—Esto bastará. Aunque no os puedo obligar a luchar, lo que sí os puedo exigir es respeto, asquerosos escarabajos.

Saltó al suelo y, cogiendo al atamán, lo lanzó a la parte trasera del vehículo, al lado del mek. Luego, haciendo dar la vuelta al vehículo, salió del campamento sin ni siquiera mirar por encima del hombro. Por suerte, el respaldo del asiento le protegía de las flechas de los pasmados vasallos del atamán.

El atamán se irguió y sacó su daga. Xanten volvió ligeramente la cabeza.

—¡Ten cuidado, de lo contrario te ataré al vehículo y tendrás que correr detrás arrastrándote!

El atamán vaciló, emitió un sonido como de escupir entre los dientes y retrocedió. Miró su hoja, la dobló y la guardó entre gruñidos.

—¿Adónde me llevas?

En aquel momento Xanten detuvo el vehículo.

—El viaje, termina aquí. Sólo quería salir de tu campamento con dignidad, sin tener que esquivar una lluvia de flechas. Puedes bajarte. ¿Sigues negándote a traer a tus hombres al servicio de Castillo Hagedorn?

El atamán volvió a emitir un sonido como de escupir entre dientes.

—Cuando los meks hayan destruido los castillos, nosotros nos encargaremos de destruirlos a ellos. ¡Entonces la Tierra se verá para siempre limpia de seres estelares!

—¡Sois un hatajo de salvajes intratables! Está bien, baja y vuelve a tu campamento. Y antes de ser irrespetuoso con un jefe de clan de Castillo Hagedorn piénsatelo dos veces.

—¡Bah! —murmuró el atamán.

Saltó del vehículo y, con majestuosidad, caminó vereda abajo hacia su campamento. No miró hacia atrás.

VI

Era ya mediodía cuando Xanten llegó a Far Valley, en el límite de los dominios de Hagedorn.

Cerca de Far Valley había una aldea de expiacionistas. Según la opinión de los nobles del castillo eran unos inconformistas y neurasténicos, un grupo curioso. Algunos de ellos habían ostentado una posición envidiable; otros eran sabios de reconocido prestigio; otros, sin embargo, eran personas carentes de todo prestigio y dignidad, afectos a la más grotesca y extrema de las filosofías. Ahora todos realizaban una tarea, en nada diferente a la que hacían los aldeanos, y todos parecían obtener una perversa satisfacción en lo que, según las normas del castillo, era degradación, suciedad y pobreza.

Tal como era de suponer, su credo no era, en absoluto, homogéneo. Algunos podrían muy bien haber sido descritos como «inconformistas», mientras que otros, una minoría, abogaban por un programa dinámico.

La comunicación entre castillo y aldea era escasa. Ocasionalmente, los expiacionistas cambiaban fruta o madera pulimentada por herramientas, clavos, medicamentos; o la nobleza organizaba una fiesta en la que podían ver a los expiacionistas bailar y cantar. Xanten había estado en la aldea en muchas ocasiones en que se celebraban esas fiestas, y se había sentido arrastrado por el natural encanto y la informalidad que aquella gente mostraba en su representación. Ahora, al pasar junto a la aldea, Xanten viró a un lado y siguió por una senda que se abría paso entre altos matorrales de zarzamoras y que desembocaba en un prado comunal en el que pastaba el ganado. Xanten detuvo el vehículo a la sombra y comprobó que la bolsa de jarabe estuviera llena. Miró a su cautivo.

—¿Y tú qué? Si necesitas jarabe, sírvete tú mismo. Pero no, tú no tienes bolsa. Entonces ¿de qué te alimentas? ¿De lodo? Hedionda comida. Me temo que aquí no hay nada que sea lo bastante bueno para tu gusto. Ingiere jarabe o masca hierba, como prefieras. Pero no te alejes demasiado del vehículo, te estaré vigilando de cerca.

El mek, acurrucado en un rincón, no pareció comprender nada, ni tan siquiera se movió para aprovecharse de la oferta de Xanten.

Xanten se dirigió hacia un manantial; poniendo sus manos bajo el chorro que salía de un caño de plomo, se lavó la cara y luego, haciendo cuenco con las manos, bebió uno o dos sorbos.

Al darse la vuelta, vio que una docena de habitantes de la aldea se había acercado a él. Conocía bien a uno, un hombre que podía haber llegado de Godalming, e incluso a Aure, si no hubiera sido infectado por el expiacionismo.

Xanten le dedicó un cortés saludo.

—A. G. Philidor. Yo soy Xanten.

—Xanten, desde luego. Pero aquí ya no soy A. G. Philidor; simplemente soy Philidor. Xanten hizo una reverencia.

—Mis disculpas. Olvidé el absoluto rigor de vuestra informalidad.

—Ahórrame tu ingenio —dijo Philidor—. ¿Por qué nos traes a un mek trasquilado? ¿Quizá para que lo adoptemos?

Con esto último aludía a la costumbre que tenían los nobles de llevarles a los niños sobrantes, según su costumbre, a la aldea.

—¿Quién exhibe ahora su ingenio? Pero ¿es que no habéis oído las noticias?

—Las noticias aquí tardan más en llegar que a ningún sitio. Incluso los nómadas están mejor informados que nosotros.

—Preparaos para la sorpresa. Los meks se han levantado contra los castillos. Halcyon y Delora han sido destruidos, y todos sus habitantes asesinados. Quizás ahora ya hayan caído otros castillos.

Philidor movió la cabeza.

—No me sorprende.

—Bueno, entonces, ¿no te interesa? Philidor meditó.

—Hasta cierto punto. Nuestros propios planes, nunca demasiado factibles, ahora resultan mucho más remotos que nunca.

—Me parece —dijo Xanten—, que os enfrentáis a un grave e inmediato peligro. Sin duda, los meks intentarán acabar con todo vestigio de humanidad, y vosotros no escaparéis.

Philidor se encogió e hombros.

—Es indudable que el peligro existe... Celebraremos consejo y decidiremos qué hacer.

—Puedo haceros una proposición que, tal vez, os resulte interesante —dijo Xanten—. Nuestro principal interés es, naturalmente, sofocar la revuelta. Existen por lo menos unas doce comunidades expiacionistas, con una población total de dos o tres mil personas, posiblemente más. Mi propuesta es que reclutemos y entrenemos un cuerpo de tropas altamente disciplinadas, armadas por Castillo Hagedorn, dirigidas por los teóricos militares más expertos de Hagedorn.

Philidor le miró de hito en hito, incrédulo.

—¿Acaso esperáis que nosotros, los expiacionistas, nos convirtamos en soldados vuestros?

—¿Por qué no? —preguntó Xanten ingenuamente—. Vuestras vidas corren tanto peligro como las nuestras.

—Nadie muere más que una vez.

Xanten no pudo disimular su sorpresa.

—¿Qué? ¿Es posible que quien hable sea un antiguo caballero de Hagedorn? ¿Es ésta la forma en que un hombre orgulloso y valiente afronta el peligro? ¿Es ésta la lección de la historia? ¡Claro que no! ¡No necesito enseñaros esto! Lo sabéis tan bien como yo.

Philidor negó con la cabeza.

—Yo sé que la historia del hombre no está construida a partir de sus triunfos

técnicos, ni de sus conocimientos, ni de sus victorias: es un conglomerado, un mosaico de un trillón de piezas, la suma del ajuste de cada hombre a su conciencia. Ésta es la verdadera historia de la raza.

Xanten hizo un gesto altanero.

—A. G. Philidor, estáis simplificando en exceso. ¿Me consideráis lerdo? Hay muchas clases de historia que actúan recíprocamente. Vosotros ensalzáis la moralidad; lo que fomenta la supervivencia es bueno, lo que lleva a la muerte es malo.

—¡Así se habla! —afirmó Philidor—. Pero permíteme proponer una parábola. ¿Puede una nación de un millón de seres destruir a una criatura que, de otro modo, les contagiará una enfermedad mortal? Sí, diréis vos. Diez bestias hambrientas os dan caza puesto que deben comer. ¿Las mataréis para salvar vuestra vida? Sí, responderéis de nuevo, aunque en este caso destruíis más de lo que salváis. Un hombre habita una choza situada en un valle solitario. Cien naves espaciales descienden del cielo y tratan de destruirle. ¿Puede él, en defensa propia, destruir esas naves, aun cuando él es uno y ellos son cien mil? Probablemente digáis que sí. Entonces, y si todo un mundo, toda una raza de seres, se lanza a la lucha contra un solo hombre, ¿puede él matarlos a todos? ¿Y si los atacantes son tan humanos como él mismo? ¿Y si él fuera la criatura del primer ejemplo que, de otro modo, contagiará una enfermedad mortal a todo un mundo? Ya ves, en ninguna área una simple piedra de toque, jamás es útil. Aunque hemos buscado, no hemos hallado ninguna. Por lo tanto, incluso arriesgándonos a pecar contra la Supervivencia, nosotros, al menos yo, ya que sólo puedo hablar por mí mismo, hemos elegido una moralidad que aporta la tranquilidad. No mato nada. No destruyo nada.

—Bah —dijo Xanten despectivamente—. Si un numeroso grupo de meks entrara en este valle y empezara a matar a vuestros niños, ¿no les defenderíais?

Philidor apretó los labios, se volvió. Otro hombre habló:

—Philidor ha definido la moralidad. Pero ¿quién es absolutamente moral? Philidor, o yo, o vos, puede en un caso como ése abandonar su moralidad.

Philidor dijo:

—Mira a tu alrededor. ¿Hay alguien aquí a quien reconozcas?

Xanten miró detenidamente el grupo. Muy cerca de él estaba una muchacha de extraordinaria belleza; llevaba una camisa blanca y en el cabello oscuro, que le caía en rizados hasta los hombros, prendida una flor roja. Xanten asintió.

—Veo a la doncella que O. Z. Garr quería incluir en su familia en el castillo.

—En efecto —dijo Philidor—. ¿Recuerdas las circunstancias?

—Perfectamente —dijo Xanten—. El Consejo de Notables mostró una enérgica oposición, sin más motivo que la amenaza que suponía para nuestras leyes de control de la población. O. Z. Garr intentó esquivar la ley en este sentido. «Mantengo phanes», dijo. «A veces mantengo incluso seis u ocho y nadie eleva ni una sola protesta. Nombraré phane a esta muchacha y la tendré con las demás». Yo y los

demás protestamos. Por este asunto casi hubo un duelo. O. Z. Garr fue obligado a abandonar a la muchacha. Me fue encomendada su custodia y yo la traje a Far Valley.

Philidor asintió.

—Todo eso es cierto. Por nuestra parte, intentamos disuadir a Garr. Se negó a dejarse disuadir y nos amenazó con su fuerza de caza de unos treinta meks. Nos apartamos. ¿Somos morales? ¿Somos fuertes o débiles?

—A veces —dijo Xanten—, lo mejor es ignorar la moralidad. Aunque O. Z. Garr es un caballero y vosotros sólo sois expiacionistas... Lo mismo sucede en el caso de los meks. Ellos están destruyendo los castillos y a todos los hombres de la Tierra. Si la moralidad significa la aceptación indolente, ¡entonces hay que abandonar la moralidad!

Amargamente, Philidor sonrió.

—¡Qué situación tan interesante! Los meks están aquí, igual que los pájaros, los phanes y los aldeanos; todos ellos han sido modificados, arrancados de sus mundos y esclavizados para el placer de los humanos. En realidad, éste es el hecho que ocasiona nuestra culpa, por la que tenemos que expiar. ¡Y ahora nos pedís que transijamos con esta culpa!

—Cavilar demasiado, sobre el pasado es un error —dijo Xanten—. Incluso así, si deseáis conservar vuestro derecho a cavilar, os sugiero que combatáis a los meks ahora o, al menos, que os refugiéis en el castillo.

—Yo por mi parte no —dijo Philidor—. Tal vez otros decidan hacerlo.

—¿Esperarás a que te maten?

—No. Yo, y sin duda alguna también otros, nos refugiaremos en las lejanas montañas.

Xanten volvió a subir al vehículo de energía.

—Si cambiáis de idea, venid a Castillo Hagedorn —dijo, y se marchó.

El camino proseguía a lo largo del valle, bordeando una ladera y cruzando una sierra. A lo lejos, recortado contra el cielo, se alzaba Castillo Hagedorn.

VII

Xanten informó al consejo.

—Los meks han dejado las naves espaciales inservibles. Cualquier plan para pedir ayuda a los Mundos Patrios resulta irrealizable.

—Es una triste noticia —dijo Hagedorn con una mueca—. Bueno, entonces... ya está bien. Xanten continuó:

—De regreso, me encontré con una tribu de nómadas. Llamé al atamán y le expliqué las ventajas de servir a Castillo Hagedorn. Mucho me temo que los nómadas carecen de toda gracia y docilidad. El atamán me dio una respuesta tan insolente que, disgustado, me marché.

»En Far Valley visité la aldea de expiacionistas y les hice una propuesta parecida pero no obtuve gran éxito. Los expiacionistas son tan idealistas como los groseros nómadas. Tanto unos como otros prefieren huir. Los expiacionistas dijeron algo de refugiarse en las montañas. Los nómadas, lógicamente, se retirarán a las estepas.

Beaudry resopló:

—¿Y de qué les servirá huir? Es posible que ganen unos cuantos años, pero al final los meks los encontrarán a todos y cada uno de ellos; tal es su perseverancia.

—Mientras tanto —declaró O. Z. Garr malhumorado—, les podríamos haber convertido en eficaces soldados para el bien de todos. Bueno, entonces, ¡dejémosles morir! Nosotros estamos seguros.

—Seguros sí —dijo Hagedorn lúgubrementemente—, pero ¿qué pasará cuando la energía falle? ¿Cuando se rompan los ascensores? ¿Cuando se corte la circulación del aire de modo que nos ahogemos o nos congelemos? ¿Qué pasará entonces?

O. Z. Garr movió la cabeza con gesto torvo.

—Con el mejor talante posible, debemos prepararnos para las incomodidades. Dado que la maquinaria del castillo es buena, tengo la esperanza de que el deterioro sea escaso y que los fallos no se produzcan en cinco o diez años. Para entonces puede haber ocurrido cualquier cosa.

Claghorn, que había estado indolentemente echado hacia atrás en su asiento al fin habló:

—Fundamentalmente, éste es un programa pasivo, igual que la deserción de nómadas y expiacionistas. Apenas mira más allá del momento inmediato.

O. Z. habló en tono forzosamente cortés:

—Claghorn sabe muy bien que nadie me gana en franqueza, así como en optimismo y rectitud: en resumen, todo lo contrario de la pasividad. Pero me niego a dignificar una pequeña y estúpida inconveniencia dedicándole una seria atención. ¿Cómo puede calificar esta actitud de «pasividad»? ¿Tiene el honorable y digno jefe de los Claghorn un plan que mantenga de un modo más eficaz nuestro estatus, nuestras normas y nuestro propio respeto?

Claghorn asintió lentamente, con una sonrisa medio desvaída que O. Z. Garr

consideraba odiosamente complaciente.

—Existe un simple y eficaz medio gracias al cual los meks pueden ser derrotados.

—¡Muy bien! —gritó Hagedorn—. ¿Por qué vacilas? ¡Dinos cuál es!

Con atenta mirada, Claghorn recorrió a los presentes; estudió todos y cada uno de los rostros: el desapasionado Xanten; Beaudry, con los músculos de la cara rígidos y nudosos contraídos en su habitual expresión, molesta como una risa burlona; el viejo Isseth, encantador, erguido y vital como el más impetuoso cadete; Hagedorn preocupado, malhumorado, su demasiado evidente perplejidad interna; el elegante Garr; Overwhele, pensando enfurecido en los inconvenientes del futuro; Aure, jugueteando con su tableta de marfil, aburrido, malhumorado o vencido; en el resto de los rostros se dibujaban diversas facetas del sentido del deber, el temor, la soberbia, el oscuro resentimiento, la impaciencia: y en el caso de Floy, una suave sonrisa —o tal como después la calificó Isseth, una sonrisa de imbécil—, intentaba transmitir su absoluta disociación de todo aquel cargante asunto.

Rápidamente, Claghorn hizo un inventario de los rostros y movió la cabeza.

—Por el momento, no haré público ese plan, pues me temo que no es viable. Pero he de indicar que, bajo ninguna circunstancia, Castillo Hagedorn puede ser como antes, aunque sobreviviera al ataque de los meks.

—¡Bah! —exclamó Beaudry—. Discutiendo tanto sobre esta cuestión, perdemos dignidad, nos volvemos ridículos. Xanten se agitó.

—Un tema desagradable, pero ¡recordad!, Halcyon está destruido, y Delora, y quién sabe qué otros castillos. ¡No escondamos la cabeza en la arena! Porque les ignoremos, los meks no se van a desvanecer.

—En cualquier caso —dijo O. Z. Garr—, Janeil está seguro y nosotros también. Los demás, a menos que hayan sido asesinados, pueden ser nuestros visitantes mientras esta situación dura, si pueden justificarse ante ellos mismos la humillación de la huida. Yo opino que los meks se someterán pronto deseosos de volver a sus puestos.

Hagedorn movió la cabeza tristemente.

—Me resulta difícil creerlo. Bien, entonces, levantemos la sesión.

De entre la vasta colección de aparatos eléctricos y mecánicos del castillo, el sistema de comunicaciones de radio fue el primero que se rompió.

El fallo se produjo tan rápida e inesperadamente que algunos de los teóricos, en especial I. K. Harde y Uegus, lo achacaron a sabotaje de los meks. Otros argumentaban que el sistema nunca había sido del todo seguro, que incluso los meks se habían visto forzados a reajustar continuamente los circuitos, que el fallo era debido únicamente a la mala ingeniería. Harde y Uegus inspeccionaron el armatoste, pero no descubrieron la causa del fallo. Después de media hora de deliberación, convinieron en que cualquier intento de restaurar el sistema necesitaría diseño e ingeniería totalmente nuevos, con la subsiguiente construcción de aparatos de prueba y verificación y la fabricación de una nueva gama completa de componentes.

—Resulta claramente imposible —declaró Uegus en su informe dirigido al consejo—. Incluso el sistema útil más simple exigiría el trabajo de varios técnicos, y no tenemos ni uno a mano. Así que tenemos que esperar a disponer de obreros entrenados y dispuestos.

—En cuanto al pasado —declaró Isseth, el más anciano de los jefes de clan—, parece evidente que, en muchos aspectos, hemos sido muy poco prevenidos. ¡No importa que los hombres de los Mundos Patrios sean plebeyos! Hombres más astutos que nosotros habrían mantenido contacto con esos mundos.

—La falta de «astucia» y de «previsión» no fueron los factores disuasorios —precisó Claghorn—. Sencillamente, la comunicación se abandonó porque los primeros señores no estaban dispuestos a que la Tierra se viera inundada por advenedizos de los Mundos Patrios. Fue así de simple.

Isseth gruñó, y se preparó para una contrarréplica, pero Hagedorn se apresuró a decir:

—Desgraciadamente, tal como nos advierte Xanten, las naves espaciales han sido inutilizadas. Aunque algunos de los nuestros tienen un profundo conocimiento de las cuestiones teóricas, y ¿quién se encargaría de realizar el trabajo práctico? Y eso suponiendo que los hangares y las naves espaciales estuvieran bajo nuestro control.

—Dadme seis pelotones de aldeanos —dijo O. Z. Garr—, y seis vehículos de energía equipados con cañones de gran potencia y recuperaré los hangares. ¡Ése no es ningún problema!

—Bueno, eso al menos ya es algo —dijo Beaudry—. Yo ayudaré a entrenar a los campesinos. Aunque no sé nada del manejo de los cañones, podéis fiaros de los consejos que les pueda dar.

Hagedorn contempló al grupo, frunció el ceño, se rascó la barbilla.

—Este programa plantea sus dificultades. En primer lugar, sólo disponemos del vehículo de energía en el que regresó Xanten de su reconocimiento. ¿Y qué hay de nuestros cañones de energía? ¿Los ha inspeccionado alguien? Los meks eran los encargados de su mantenimiento, pero es posible, e incluso probable, que también los hayan inutilizado. O. Z. Garr, como experto teórico militar reconocido que eres, ¿qué puedes decirnos al respecto?

—Hasta el momento, no he hecho ninguna inspección —declaró O. Z. Garr—. Hoy, la «Exhibición de Antiguos Tabardos» nos ocupará a todos hasta la «Hora de la Valoración de la Puesta del sol^[4]». —Miró su reloj y añadió—: Quizás éste sea un momento tan bueno como cualquier otro para levantar la sesión, mientras aún sea capaz de proporcionar información detallada sobre los cañones.

Hagedorn movió su pesada cabeza.

—Es realmente tarde. ¿Aparecen hoy vuestras phanes?

—Sólo dos —contestó O. Z. Garr—. Lázuli y Onceavo Misterio. No puedo encontrar nada adecuado para Sutiles Delicias ni para mi pequeña Hada Azul, y Gloriana todavía precisa tutela. Hoy Variflors, de B. Z. Maxelwane, acaparará la

máxima atención.

—Sí —dijo Hagedorn—. He oído algunos comentarios al respecto. Muy bien, entonces hasta mañana. Oh, Claghorn, ¿tenéis algo que decir?

—Desde luego que sí —dijo Claghorn suavemente—. Todos disponemos de escaso tiempo, así que lo mejor será que lo aprovechemos al máximo. Tengo serias dudas respecto a la eficacia de las tropas de aldeanos; son como conejos contra lobos. Y más que conejos, lo que necesitamos son panteras.

—Oh, sí —dijo vagamente Hagedorn—. Es cierto.

—Entonces, ¿dónde están las panteras que necesitamos? —Claghorn miró inquisitivamente alrededor de la mesa—. ¿Alguien puede sugerir una fuente? Bueno, si las panteras no aparecen, supongo que lo han de hacer los conejos. Así pues, el asunto consiste en tratar de convertir los conejos en panteras, y de manera inmediata. Sugiero que pospongamos todos los festivales y espectáculos hasta que nuestro futuro esté más claro.

Hagedorn alzó las cejas, abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla. Miró atentamente a Claghorn para asegurarse de si estaba bromeando o no. Luego, dubitativo, miró a todos los allí presentes.

Beaudry rió de un modo un tanto desvergonzado.

—Parece que el erudito Claghorn pregona el pánico.

—Sin duda alguna, con toda dignidad, no podemos permitir que la impertinencia de nuestros sirvientes provoque en nosotros semejante alarma. Me turba incluso continuar con este asunto.

—Yo no estoy turbado —dijo Claghorn, con el gesto de complacencia que tanto exasperaba a O. Z. Garr—. Y no veo motivo alguno por el que debáis estarlo. Nuestras vidas están amenazadas, y en ese caso la turbación o cualquier otra nimiedad pasa a un segundo plano.

O. Z. Garr se levantó, dirigió un brusco saludo a Claghorn, de tal naturaleza que constituía una calculada ofensa. Claghorn se levantó, hizo un saludo similar, tan grave y excesivamente complicado que daba al insulto de Garr un matiz burlesco. Xanten, que detestaba a O. Z. Garr, no pudo contener su risa.

O. Z. Garr vaciló durante unos instantes, pero reconsideró las circunstancias y se dio cuenta de que llevar el asunto más lejos se consideraría como una actitud indigna. Así, precipitadamente, salió de la cámara.

En la Gran Rotonda, al norte de la plaza central, tenía lugar la Exhibición de Antiguos Tabardos, un espectáculo anual de phanes luciendo suntuosos adornos.

Posiblemente la mitad de los caballeros y menos de una cuarta parte de las damas mantenían phanes. Se trataba de criaturas nativas de las cavernas de la luna de Albireo Siete: una raza dócil, al tiempo que bulliciosa y afectiva que, tras varios siglos de selectiva crianza, se habían convertido en sílfides de gran belleza. Eran criaturas inofensivas y deseosas siempre de complacer, inocentemente vanidosas. Estaban envueltas en una delicada gasa que surgía de sus poros situados detrás de sus

orejas y a lo largo de sus brazos, y que les colgaba por la espalda. La mayoría de los caballeros las apreciaban, pero a veces corrían rumores de damas que habían empapado a una phane, especialmente odiada, en tintura amoniacal, con lo que el brillo de su piel desaparecía y se destrozaba para siempre su gasa.

Un caballero embelesado por una phane era motivo de burla. Aunque la phane era creada con sumo esmero para que pareciera una delicada muchacha, si era usada sexualmente se tornaba arrugada y macilenta, las gasas se le volvían lacias y descoloridas, y todos sabían que tal o cual caballero había maltratado a su phane. Por lo menos en esto, las mujeres de los castillos podían ejercer su superioridad. Y la ejercían comportándose de manera tan exageradamente provocativa que, en comparación con ellas, las phanes parecían los más ingenuos y frágiles de los duendes. Vivían una media de treinta años, durante por los menos diez de los cuales, tras de haber perdido su belleza, se envolvían en capas de gasa gris y desempeñaban tareas serviles en recámaras, cocinas, despensas, enfermerías y gabinetes.

Aunque los tabardos eran tejidos con gasa de phane, en sí mismos de gran belleza, la Exhibición de Antiguos Tabardos era más una ocasión para ver a las phanes que a ellos.

Sentados en las primeras filas, los propietarios de las phanes, orgullosos y esperanzados, se regocijaban cuando una hacía una exhibición especialmente espléndida. Si las posturas rituales se realizaban sin gracia, ni elegancia, se sumían en negras profundidades. Durante cada exhibición, un caballero de un clan diferente al del propietario de la phane arrancaba música muy formal de un laúd. El propietario nunca tocaba el laúd para la actuación de su propia phane. La exhibición no era nunca una competición y no se permitía ninguna aclamación formal, aunque entre los asistentes se decidía cuál era la más fascinante y hermosa de las phanes, y el prestigio de su propietario aumentaba.

La Exhibición actual se retrasó casi media hora a causa de la situación provocada por los meks, y fue preciso hacer algunas improvisaciones a última hora. Dado que la nobleza de Castillo Hagedorn no estaba de humor crítico, no prestó demasiada atención a los ocasionales errores que, pese a esforzarse por realizar tareas con las que no estaban familiarizados, cometieron una docena de jóvenes aldeanos. Las phanes estuvieron tan fascinantes como siempre, inclinándose, contorsionándose, balanceándose a los vibrantes acordes del laúd, agitando los dedos como si buscaran a tientas gotas de agua, agachándose súbitamente, planeando, irguiéndose luego como varitas de la virtud y, por último, inclinándose y saltando de la plataforma.

Cuando el programa estaba a la mitad, un aldeano entró torpemente de lado en la Rotonda y habló con urgencia con el cadete que se le acercó para averiguar lo que pasaba. El cadete se abrió paso hasta la pulida caseta de Hagedorn. Hagedorn escuchó, movió la cabeza, pronunció unas breves palabras y, calmosamente, se recostó en su asiento como si el mensaje no tuviera importancia, con lo que los nobles de la audiencia se tranquilizaron.

El espectáculo prosiguió. Aunque la deliciosa pareja de O. Z. Garr hizo un buen número, todos estuvieron de acuerdo en considerar la de Lirlin, una phane joven perteneciente a Isseth Floy Gazumeth, que por primera vez aparecía en una exhibición normal, la representación más cautivadora.

Las phanes hicieron su última aparición moviéndose todas juntas en un minué medio improvisado. A continuación, saludaron medio alegres, medio pesarosamente, y abandonaron la Rotonda. Durante unos minutos más, muchos caballeros y damas permanecieron en sus casetas sorbiendo esencias, hablando de la exhibición, concertando reuniones y citas. Mientras, Hagedorn permanecía sentado, ceñudo, retorciéndose las manos.

Súbitamente se puso en pie. Al instante, se hizo el silencio en la Rotonda.

—Me desagrada tener que incluir una nota desdichada en tan agradable ocasión —dijo Hagedorn—, pero acabo de recibir noticias que todos debéis conocer. Castillo Janeil está siendo atacado. Los meks están allí con cientos de vehículos de energía. Han rodeado el castillo con un dique que impide todo uso eficaz de los cañones de Janeil.

»No existe peligro inmediato para Janeil. Es difícil comprender qué intentan conseguir los meks ante los sesenta metros de altura de las murallas de Janeil.

»Aun así, la noticia es sombría, y significa que hemos de esperar un asedio similar. Lo que todavía es más difícil de comprender es cómo esperan incordiarlos a nosotros. Nuestra agua brota de cuatro profundos pozos; tenemos grandes reservas de alimentos; nuestra energía la obtenemos del sol. En caso necesario, podríamos condensar agua y sintetizar alimento del aire, al menos así me lo ha asegurado nuestro gran teórico bioquímico X. B. Ladisname. Pero la noticia es ésa y yo os la tenía que comunicar. Mañana se reunirá el Consejo de Notables.

VIII

—Bien, entonces —dijo Hagedorn dirigiéndose al consejo—, olvidémonos por una vez de las formalidades. O. Z. Garr, ¿qué hay de nuestros cañones?

O. Z. Garr, vestido con un magnífico uniforme gris y verde de los Dragones Overwhele, dejó con cuidado su casco sobre la mesa, de forma que el penacho permaneciera erguido.

—Cuatro de los doce cañones parecen funcionar perfectamente. Otros cuatro han sido saboteados cortando los circuitos y los restantes han sido saboteados por medios que, pese a una cuidadosa investigación no han sido determinados. He reclutado media docena de aldeanos que demuestran cierta habilidad mecánica, y les he instruido detalladamente. Ahora están empalmando los cables. Esto es todo cuanto puedo decir respecto a los cañones.

—Son unas noticias moderadamente buenas —dijo Hagedorn—. ¿Y qué hay del plan propuesto de formar cuerpos de campesinos armados?

—El proyecto está en marcha. En este momento, A. F. Mull y I. A. Berzelius están inspeccionando a los aldeanos con vistas al reclutamiento y entrenamiento. No puedo hacer ninguna previsión entusiasta en cuanto a la eficacia militar de tales cuerpos, aunque sean entrenados y mandados por A. F. Mull, I. A. Berzelius y yo mismo. Los aldeanos son una pacífica raza, admirablemente dotada para escardar hierbas, pero ineficaz para la lucha.

Hagedorn contempló a todos los miembros del consejo.

—¿Hay alguna otra sugerencia? Beaudry habló con voz ronca y airada.

—Si al menos nos hubieran dejado nuestros vehículos de energía, podríamos haber cargado en uno el cañón. Al menos para eso los aldeanos sirven. Entonces podríamos ir hasta Janeil y sorprender a esos perros por la retaguardia.

—Estos meks son unos auténticos demonios —dijo Aure—. ¿Qué tienen pensado hacer? ¿Por qué, al cabo de tantos siglos, de repente pueden volverse malvados?

—Todos nos hacemos la misma pregunta —dijo Hagedorn—. Xanten, a tu regreso del reconocimiento trajiste un cautivo, ¿intentaste interrogarlo?

—No —dijo Xanten—. A decir verdad, desde entonces no he vuelto a pensar en él.

—¿Por qué no intentas interrogarlo? Es posible que nos proporcione alguna pista. Xanten cabeceó en señal de asentimiento.

—Puedo intentarlo, aunque sinceramente no espero obtener nada.

—Claghorn, tú eres el experto en meks —dijo Beaudry—. ¿Habrías considerado a estas criaturas capaces de tan complicado complot? ¿Qué esperan conseguir? ¿Acaso nuestros castillos?

—No cabe duda de que son capaces de hacer una precisa y meticulosa planificación —dijo Claghorn—. Su crueldad me sorprende, posiblemente más de lo que debiera sorprenderme. Nunca he tenido conocimiento de que codiciaran nuestras

posesiones materiales, y no han mostrado tendencia alguna a lo que nosotros consideramos cosas propias de la civilización: refinadas discriminaciones de sentimiento y cosas semejantes. A menudo, he pensado que la lógica estructural de su cerebro es de mayor trascendencia de lo que nosotros creemos. Nuestros propios cerebros se caracterizan por su falta de estructura racional. Si consideramos la forma azarosa en la que se conforman nuestros pensamientos, se registran, se guardan y se recuerdan, cualquier acto racional aislado resulta un milagro. Tal vez no seamos capaces de racionalizar, tal vez todo pensamiento no sea más que una serie de impulsos generados por una emoción, activados por otra y ratificados por una tercera. Por su parte, el cerebro de los meks es una maravilla de lo que parece ser perfecta ingeniería. Es un cerebro toscamente cúbico, compuesto de células microscópicas, interconectadas por fibrillas orgánicas, cada una de las cuales es una molécula monofilamentosa de escasa resistencia eléctrica. Dentro de cada célula hay una película de sílice, un fluido de variable conductibilidad y propiedades dieléctricas, y una envoltura que es una compleja mezcla de óxidos metálicos. Este cerebro es capaz de almacenar grandes cantidades de información de forma ordenada. A menos que se olvide intencionadamente, en la capacidad que los meks poseen, no se pierde ningún dato.

»El cerebro funciona también como un receptor-transmisor de ondas de radio, y posiblemente como un detector y transmisor de radar, aunque esto es sólo una especulación.

»Pero el cerebro mek no posee matiz emocional. Un mek es exactamente igual a otro, sin que nosotros percibamos ninguna diferenciación personal. Esto, evidentemente, está en función de su sistema de comunicación. Resultaría inconcebible que una personalidad única se desarrollara en semejantes condiciones. Si nos servían eficazmente y lealmente, al menos así lo creíamos, era porque no sienten nada respecto a su condición, ni orgullo ni resentimiento ni vergüenza. Nada en absoluto. Ni nos amaban ni nos odiaban. Ni ahora tampoco. Para nosotros es difícil concebir este vacío emocional, ya que todos nosotros sentimos algo con relación a cada cosa. Vivimos en un tumulto de emociones. Ellos están tan libres de emociones como un pedazo de hielo. Fueron alimentados, cobijados y mantenidos de una forma que consideraban satisfactoria. ¿Por qué se rebelaron? Aunque he especulado mucho al respecto la única razón que puedo formular resulta tan grotesca e ilógica que me niego a tomarla en serio. Si, después de todo, ésta es la explicación correcta... —Su voz se quebró.

—Y bien —inquirió O. Z. Garr en tono perentorio—, ¿entonces qué?

—Entonces..., todo da igual. Están entregados a la destrucción de la raza humana. Mi especulación no altera nada. Hagedorn se volvió hacia Xanten y le dijo:

—Todo esto puede ayudarle en sus pesquisas.

—Estaba a punto de sugerir que, si él está de acuerdo, Claghorn podría ayudarme —dijo Xanten.

—Como quiera —dijo Claghorn—, aunque en mi opinión, la información, sea cual sea, carece de importancia. Lo que deberíamos hacer es buscar un medio de rechazarlos y de salvar nuestras vidas.

—Y, salvo la fuerza de «panteras» que mencionó usted en nuestra anterior sesión, ¿no puede concebir ningún arma sutil? —preguntó ávidamente Hagedorn—. ¿Un aparato que eleve las resonancias eléctricas de sus cerebros, o algo parecido?

—No es posible —dijo Claghorn—. Algunos órganos del cerebro de los meks funcionan como reductores de corriente. Aunque bien es cierto que durante este tiempo ellos pueden no ser capaces de comunicar. —Tras reflexionar durante unos instantes, añadió pensativamente—: ¿Quién sabe? Tal vez A. G. Bernal y Uegus, teóricos con profundo conocimiento sobre esos impulsos, puedan construir uno o varios aparatos de ese tipo para su posible utilización.

Hagedorn cabeceó dubitativamente y miró a Uegus.

—¿Sería eso posible? Uegus enarcó las cejas.

—¿Construir? No cabe duda de que puedo diseñar un instrumento de ese tipo. Pero ¿dónde encontrar las piezas? Tiradas sin orden ni concierto por los almacenes, unas en condiciones de funcionar y otras no. Para conseguir algo que valga la pena he de empezar como un aprendiz, un mek. —La irritación se le notaba en su endurecida voz—. Me resulta difícil creer que deba forzarme a ello. ¿Consideráis que yo y mis conocimientos somos tan indignos?

Hagedorn se apresuró a tranquilizarle:

—¡Por supuesto que no! Jamás se me ocurriría poner en tela de juicio su dignidad.

—¡Jamás! —reafirmó Claghorn—. Sin embargo, dada la actual situación de emergencia, los acontecimientos van a imponernos indignidades, a menos que nosotros mismos nos las imponamos desde ahora.

—Muy bien —dijo Uegus con una tensa sonrisa dibujada en sus labios—. Me acompañará al almacén y allí le indicaré las piezas que hay que sacar y montar, y usted realizará el trabajo. ¿Qué dice a eso?

—Digo que sí, con mucho gusto, si eso va a ser de verdadera utilidad. Sin embargo, me será muy difícil hacer el trabajo para una docena de teóricos diferentes. ¿Alguien más quiere trabajar conmigo?

No hubo respuesta. El silencio era absoluto, como si todos los caballeros presentes contuvieran la respiración.

Hagedorn empezó a hablar, pero Claghorn le interrumpió.

—Perdón, Hagedorn, pero aquí topamos de lleno con un principio básico, y ha de ser establecido ahora.

Hagedorn miró desesperadamente a todo el consejo.

—¿Algún comentario relevante?

—Claghorn ha de actuar según le dicte su propia naturaleza —dijo O. Z. Garr con la más dulce de las voces—. Yo no soy quien para decirle lo que debe hacer. Pero en

lo que a mí respecta, no puedo rebajar mi dignidad de caballero de Hagedorn ya que me resulta tan natural como el respirar. Si en alguna ocasión se ve comprometida, me convertiré en una parodia de caballero, en una grotesca máscara de mí mismo. Esto es Castillo Hagedorn, y nosotros representamos la culminación de la civilización humana. Por lo tanto, cualquier compromiso se convierte en degradación, toda mengua de nuestras normas en deshonor. He oído la palabra «emergencia». ¡Qué deplorable concepto! ¡Calificar con la palabra «emergencia» los rechinos y chasquidos de unas criaturas como los meks es, a mi juicio, indigno de un caballero de Hagedorn!

Un murmullo de aprobación inundó la sala.

Claghorn se reclinó en su asiento, con la barbilla sobre el pecho, como si se estuviera relajando. Sus ojos azul claro fueron recorriendo uno a uno a todos los miembros del consejo, para volver después a O. Z. Garr, a quien estudió con frío interés.

—Evidentemente, sus palabras estaban dirigidas a mí —dijo—. Aunque aprecio su malicia, ésta es una cuestión menor. —Separó la vista de O. Z. Garr y la alzó hacia la maciza lámpara diamante y esmeralda—. El hecho de que el consejo en pleno, a pesar de mi fervoroso encarecimiento, respalda su punto de vista es lo verdaderamente importante. No puedo seguir apremiando, discutiendo, insinuando; dejaré Castillo Hagedorn ahora mismo. La atmósfera me resulta sofocante. Espero que sobreviváis al ataque de los meks, aunque lo dudo. Son una raza muy ingeniosa, libre de remordimientos y prejuicios, cuya condición hemos estado subestimando durante mucho tiempo.

Claghorn se levantó de su asiento, insertó la tableta de marfil en su hueco y añadió:

—Me despido de todos vosotros.

Hagedorn se levantó y le tendió los brazos en gesto implorante:

—No te marches irritado, Claghorn. ¡Recapacita! ¡Necesitamos tus conocimientos, tu experiencia!

—No lo dudo —dijo Claghorn—, pero lo que más necesitáis es actuar según el consejo que os he dado. A menos que tengamos una base común, todo intercambio es inútil y tedioso. —Hizo un breve saludo dirigido a todo el grupo, y salió de la cámara.

Lentamente, Hagedorn volvió a sentarse. Los demás se movieron inquietos, tosieron, contemplaron la lámpara, estudiaron sus tabletas de marfil. O. Z. Garr, sentado junto a B. F. Wyas, le dijo algo en voz baja y éste cabeceó solemnemente. Hagedorn habló con voz apagada:

—Perderemos la presencia de Claghorn, sus juicios penetrantes, aunque heterodoxos... Pero es lo que hemos conseguido. Uegus, tal vez tú puedas encargarte del plan que estábamos discutiendo. Xanten iba a interrogar al mek cautivo; O. Z. Garr, sin duda, procurará reparar el cañón de energía... sin tener en cuenta estos asuntos secundarios, al parecer no hemos llegado a ningún plan general de acción con

el que ayudar a Janeil o a nosotros mismos.

Marune habló:

—¿Y los otros castillos? ¿Todavía existen? No hemos tenido ninguna noticia. Sugiero que enviemos pájaros a todos los castillos para saber cuál es la situación.

Hagedorn asintió.

—Me parece una inteligente propuesta. ¿Podrás encargarte de esto, Marune?

—Así lo haré.

—Bueno, por ahora levantaremos la sesión.

Marune de Aure se encargó de enviar a los pájaros a los distintos castillos, y uno tras otro regresaron. Sus informes eran muy parecidos:

—Sea Island está desierto, sus columnas de mármol están esparcidas a lo largo de la playa. Cúpula Perla se ha derrumbado, los cadáveres flotan en el Jardín de Agua.

—Maraval humea y huele a muerte. Caballeros, aldeanos, phanes..., todos muertos. ¡Oh! ¡Incluso los pájaros se han marchado!

—Delora. ¡Triste escena! ¡Ni rastro de vida!

—Alume está desolado. El gran portón de madera ha sido destrozado. ¡La eterna Llama Verde se ha extinguido!

—En Halcyon no hay nada. Les aldeanos fueron arrojados a un foso.

—Tuang: silencio.

—Morninglight: muerte.

IX

Pasaron tres días, al cabo de los cuales Xanten ató seis pájaros a una silla de vuelo. Primero los guió para que hicieran un amplio recorrido alrededor del castillo, y luego hacia el sur, hacia Far Valley.

Los pájaros profirieron sus habituales quejas. A grandes y desmañados saltos, que amenazaron con arrojar a Xanten al suelo, cruzaron el puente. Al fin, ganando altura, se alzaron dibujando círculos. A lo lejos, Castillo Hagedorn se convirtió en una intrincada miniatura, cada Casa caracterizada por su peculiar racimo de torretas y nidos, su extraño tejado, su ondeante pendón.

Los pájaros describieron el círculo que se les había ordenado, esquivando los riscos y los pinos de Sierra Norte. Luego, inclinando las alas contra el viento, se deslizaron hacia Far Valley.

Con una agradable sensación inundándole, Xanten sobrevoló los dominios de Hagedorn: viñedos, huertos, campos, pueblos de aldeanos. Tras cruzar Lago Maude, con sus diques y sus pabellones, las vegas de más allá, donde pastaba el ganado de Hagedorn, no tardaron en llegar a Far Valley, en el límite de las tierras de Hagedorn.

Xanten les indicó el lugar en el que deseaba bajar. Los pájaros, que hubieran preferido un sitio más cercano a la aldea desde el que podrían haberlo visto todo, gruñeron y gritaron irritados y bajaron con tal brusquedad a Xanten que, de no haber estado prevenido, hubiera rodado por el suelo.

Aunque aterrizó sin ninguna elegancia, al menos Xanten seguía de pie.

—Esperadme aquí —les ordenó a los pájaros—. No os desmandéis; no enredéis las correas. A mi regreso, quiero ver a seis pájaros tranquilos, en perfecta formación, y las cuerdas sin retorcer ni enredar. ¡Y no riñáis! ¡Nada de gritos estridentes que llamen la atención! ¡Portaos bien y no desobedezcáis mis órdenes!

Procurando que Xanten no pudiera oírlos, los pájaros profirieron injuriosos comentarios al tiempo que se enfurruñaban, pataleaban y agachaban la cabeza. Xanten les dedicó una última mirada de advertencia, y enfiló el sendero que llevaba a la aldea.

Un grupo de muchachas de la aldea llenaba sus cestos con las negras y maduras moras que colmaban las enredaderas. Una de las del grupo era la muchacha que O. Z. Garr había pensado reservarse para su uso personal. Al pasar por su lado, Xanten se detuvo e hizo un cortés saludo.

—Si mi memoria no me falla, nos hemos visto anteriormente. La muchacha sonrió, una sonrisa medio triste medio caprichosa.

—En efecto, tiene buena memoria. Nos vimos en Hagedorn, donde estuve cautiva. Y después, cuando me guió hasta aquí, de noche, aunque no pude ver su cara. —Le tendió su cesto—. ¿Tiene hambre? ¿Quiere comer?

Xanten cogió unas cuantas moras. Mientras conversaban, supo que el nombre de la muchacha era Glys Meadowsweet, que no sabía quiénes eran sus padres, aunque lo

más probable es que fueran nobles de Castillo Hagedorn que habían sobrepasado con ella su cuota de nacimientos. Ahora Xanten la examinó con más detenimiento que antes, aunque no pudo hallar parecido alguno con ninguna familia de Hagedorn.

—Lo más seguro es que descendas de Castillo Delora. Si hay algún parecido familiar que yo pueda detectar es con los Cosanza de Delora, una familia notable por la belleza de sus damas.

—¿Está casado? —preguntó ella ingenuamente.

—No —dijo Xanten, y era cierto, puesto que había disuelto su relación con Aramita el día anterior—. ¿Y tú? Ella movió la cabeza negativamente.

—Si estuviera casada no estaría cogiendo moras. Este trabajo está reservado a las doncellas. ¿Por qué ha venido a Far Valley?

—Por dos razones. La primera para verte. —Al oír sus propias palabras, Xanten se sorprendió, pero con igual sorpresa comprendió que era cierto—. Nunca he tenido oportunidad de hablar contigo y siempre me he preguntado si serías tan encantadora y alegre como bella.

La muchacha se encogió de hombros, con lo que Xanten no pudo estar seguro de si sus palabras le habrían complacido o no; los cumplidos de los caballeros a veces traían consigo consecuencias desagradables.

—Bueno, no importa, he venido también para hablar con Claghorn.

—Está allí —dijo ella con voz lisa, incluso fría, indicándole el lugar—. Ocupa aquella choza.

La muchacha continuó con su tarea y Xanten, tras hacer una reverencia, se encaminó a la choza que ella le había indicado.

Claghorn, vestido con holgados pantalones de tela hecha en casa que le llegaban hasta la rodilla, estaba cortando leña con un hacha. Al ver a Xanten se detuvo, se apoyó con el mango del hacha y se limpió la frente.

—¡Oh, Xanten, qué alegría verle! ¿Cómo está la gente de Castillo Hagedorn?

—Como siempre. Hay poco que contar, aunque he venido para traerle noticias.

—¿De verdad? —Claghorn se reclinó en el mango del hacha y examinó minuciosamente a Xanten con su vivida mirada azul.

—Durante nuestra última reunión —siguió Xanten— acepté la tarea de interrogar al mek cautivo. Después de haberlo hecho, me siento algo afligido de que usted no estuviera cerca para ayudarme, ya que me habría resuelto ciertas ambigüedades de las respuestas.

—Siga hablando —dijo Claghorn—. Es posible que pueda hacerlo ahora.

—Inmediatamente después de la reunión del consejo me dirigí a la bodega donde estaba confinado el mek. No tenía alimento, así que le di jarabe y le acerqué un cubo con agua del que apenas bebió. No tardó en comunicarme que deseaba almejas desmenuzadas. Las pedí a la cocina y me las trajeron; el mek ingirió más de un kilo. Como ya dije, no era un mek vulgar y corriente, era tan alto como yo y no llevaba bolsa de jarabe. Le conduje a otra estancia, donde le indiqué que se sentara.

»Le miré fijamente y él me sostuvo la mirada. Las púas que yo había arrancado ya le estaban creciendo, con lo que es posible que pudiera recibir mensajes de los meks de otra parte. Parecía una bestia superior, no manifestaba sumisión ni respeto y respondía sin vacilar a mis preguntas.

»Primero le dije: “Los nobles de los castillos están asombrados por la revuelta de los meks. Creíamos que estabais satisfechos con la vida que llevabais. ¿Estábamos equivocados?”.

»“Evidentemente”. Estoy seguro de que ésa fue la palabra que utilizó, aunque yo jamás había supuesto ningún tipo de ingenio en un mek.

»“Muy bien, entonces”, dije, “¿en qué estábamos equivocados?”.

»“Es obvio. Ya no queremos trabajar a vuestras órdenes. Queremos que nuestras vidas se rijan según nuestras propias normas tradicionales”.

»Semejante respuesta me sorprendió. Yo no tenía conocimiento alguno de que los meks tuvieran normas de ningún tipo, y menos aún normas tradicionales.

Claghorn cabeceó y dijo:

—También a mí me ha sorprendido la amplitud de la mentalidad mek.

—Reproché al mek: «¿Por qué matar? ¿Por qué destruir nuestras vidas para mejorar las vuestras?». Tan pronto como acabé de formular la pregunta comprendí mi error al hacérsela. Y creo que el mek también se dio cuenta. Rápidamente, en respuesta, señaló algo que creo que era: «Sabíamos que teníamos que actuar con decisión, vuestro propio protocolo así lo exige. Aunque podríamos haber vuelto a Etamin Nueve, preferimos la Tierra, y de ella haremos nuestro propio mundo, con nuestros grandes diques, tubos y rampas soleadas».

»Esto parecía bastante claro, pero aún tenía algunas dudas. Dije: Es comprensible, pero ¿por qué matar? ¿Por qué destruir? Podíais haberos ido a otra región, no os habríamos molestado.

»“Según vuestra propia idea eso es impracticable. Un mundo resulta demasiado pequeño para dos razas antagónicas. Trataríais de enviarnos de nuevo a Etamin Nueve”.

»“Ridículo”, dije, “fantástico y absurdo”. ¿Nos tomáis por monstruos?

»“No”, insistió la criatura. “En Castillo Hagedorn dos notables estaban buscando el puesto más alto. Uno de ellos nos aseguró que si accedía al puesto, éste sería el objetivo de su vida”.

»“Grotesca equivocación”, le dije. “Un hombre, un lunático, no puede hablar en nombre de todos los hombres”.

»“¿No? Un mek habla por todos los meks, pensamos con una mente única. ¿Los hombres no son iguales?”.

»“Cada hombre piensa por sí mismo. El lunático que te aseguró tal necedad es un depravado. Pero ahora todo se ha aclarado. No nos proponemos enviaros a Etamin Nueve. ¿Os retiraréis de Janeil, os iréis lejos y nos dejaréis en paz?”.

»“No. Las cosas ya han ido demasiado lejos. Ahora destruiremos a todos los

hombres. La verdad que encierra la frase es bien clara: un mundo resulta demasiado pequeño para dos razas”.

»“Entonces, desgraciadamente, tendré que matarte”, le dije. “Actuar de ese modo no es de mi agrado, pero si tú tuvieras la oportunidad de hacerlo, matarías a cuantos caballeros pudieras”. Ante esto, la criatura se abalanzó hacia mí y yo le maté con más decisión de la que me había creído capaz.

»Ahora ya lo sabe todo. Parece que o bien usted o bien O. Z. Garr estimularon el cataclismo. ¿O. Z. Garr? Improbable, imposible. Así que fue usted, Claghorn, usted. ¡Tiene usted ese peso sobre su conciencia!

Claghorn contempló el hacha con mirada ceñuda.

—Peso, sí. Culpa, no. Ingenuidad, sí. Debilidad, no. Xanten retrocedió.

—¡Claghorn, su frialdad me asombra! Antes, cuando personas rencorosas como O. Z. Garr le consideraban un lunático...

—¡Basta, Xanten! —exclamó Claghorn irritado—. Esta extravagante discusión me está cansando. ¿Qué es lo que he hecho mal? Mi error fue pretender demasiado. Lo que yo quería decir era que si llegaba a ser Hagedorn enviaría a los esclavos de vuelta a sus mundos. No fui elegido. Los esclavos se rebelaron. Así que ni una palabra más, me estoy cansando de este asunto. No puede imaginar cómo me angustian sus ojos saltones y su espalda curvada.

—¡Cansado del tema! —gritó Xanten—. Critica mis ojos, mi espalda, pero ¿qué hay de los miles de muertos?

—De todos modos, ¿cuánto habrían vivido? Las vidas son tan baratas como el pescado abundante en el mar. Le sugiero que deje a un lado sus reproches y dedique toda su energía en salvarse. ¿Cree que existe un medio de hacerlo? Me mira desconcertado. Le aseguro que ese medio existe, pero nunca conocerá por mí cuál es.

—Claghorn —dijo Xanten—. Vine aquí con la intención de arrancar de su cuerpo su arrogante cabeza...

Pero Claghorn ya no escuchaba, había vuelto a su tarea de cortar leña.

—¡Claghorn! —gritó Xanten.

—Xanten, váyase con sus gritos destemplados a otra parte, por favor. Sermonee a sus pájaros.

Girando sobre sus talones, Xanten se encaminó sendero abajo. Las muchachas que recogían moras le miraron inquisitivamente y se hicieron a un lado. Xanten se detuvo y recorrió el sendero con la mirada. No veía por ningún lado a Glys Meadowsweet. Prosiguió su camino con renovada furia. Se detuvo de pronto. A unos cien pasos de los pájaros estaba Glys Meadowsweet, sentada sobre el tronco de un árbol caído; contemplaba una brizna de hierba como si fuera un asombroso artefacto del pasado. Para su sorpresa, los pájaros le habían obedecido y esperaban con un cierto orden.

Xanten alzó la mirada hacia el cielo, pateó el césped. Suspiró profundamente y se acercó a Glys Meadowsweet. Observó que se había colocado una flor en su largo

cabello suelto.

Después de un par de segundos, ella alzó la vista y escudriñó su rostro.

—¿Por qué está tan irritado?

Xanten se palmeó el muslo y se sentó junto a ella.

—¿Irritado? No, estoy fuera de mí, de frustración. Claghorn es insoportable. Sabe cómo se puede salvar Castillo Hagedorn, pero se niega a divulgar su secreto.

Glys Meadowsweet se rió, y aquél fue el sonido más agradable de todos los que Xanten había oído en Castillo Hagedorn.

—¿Habla de secreto cuando incluso yo lo conozco?

—¡Tiene que tratarse de un secreto! —replicó Xanten—. No quiso decírmelo.

—Escuche, si teme que se enteren los pájaros, lo diré en voz baja. —Y pronunció unas cuantas palabras en su oído.

Tal vez su dulce aliento embriagó a Xanten, puesto que la esencia explícita de la revelación no penetró del todo en su conciencia. Sonrió amargamente.

—Eso no es ningún secreto, se trata de lo que los escitas prehistóricos denominaban «bathos». ¡Deshonor para los caballeros! ¿Bailamos con los aldeanos? ¿Servimos esencias a los pájaros y discutimos con ellos el resplandor de nuestras phanes?

—¿«Deshonor»? —De un salto, Glys se puso en pie—. ¡Entonces también considerará deshonor hablar conmigo, estar aquí sentado junto a mí, hacer ridículas sugerencias!

—No he hecho ninguna sugerencia —protestó Xanten—. Estoy aquí sentado con toda corrección...

—¡Demasiada corrección, demasiado honor! —Con un despliegue de pasión que asombró a Xanten, Glys Meadowsweet arrancó la flor de su cabello y la tiró al suelo—. ¡Váyase! ¡Fuera!

—No —dijo Xanten con repentina humildad. Se inclinó, recogió la flor, la besó y volvió a colocarla entre el cabello de la muchacha—. No soy tan honorable. Me esforzaré al máximo.

Puso los brazos sobre los hombros de la joven, pero ella le mantuvo apartado.

—Dígame —dijo ella, con madura severidad—, ¿posee alguna de esas peculiares mujeres-insecto?

—¿Yo? ¿Phanes? No, no tengo phanes.

Al oír la respuesta, Glys Meadowsweet se relajó y permitió que Xanten la abrazara, mientras los pájaros cloqueaban, soltaban risotadas y hacían vulgares sonidos rasposos con las alas.

X

Era verano. A pesar de que el dique que rodeaba Janeil era ya alto, el 30 de junio Janeil y Hagedorn celebraron la Fiesta de las Flores.

Poco después, una noche, con seis pájaros escogidos para la ocasión, Xanten fue a Castillo Janeil. Allí, propuso al consejo que la población fuera evacuada con los pájaros (tantos como fuera posible, todos los que quisieran irse). El consejo le escuchó con pétreos rostros y le ignoró, sin tan siquiera hacer algún comentario.

Xanten regresó a Castillo Hagedorn. Valiéndose de los más cautelosos métodos, hablando únicamente con los camaradas de confianza, Xanten alistó a cerca de treinta o cuarenta cadetes y caballeros. Inevitablemente, a pesar de la cautela, no pudo ocultar la tesis doctrinal de su secreto programa.

La primera reacción de los tradicionalistas fue burlarse de ellos y acusarles de cobardía. Ante la insistencia de Xanten, los desafíos no fueron aceptados ni propuestos por sus fogosos compañeros.

En la tarde del 9 de septiembre cayó Castillo Janeil. Pájaros excitados fueron los que se encargaron de llevar la noticia a Castillo Hagedorn; explicaban el triste relato una y otra vez, con voces cada vez más histéricas.

El ahora flaco y fatigado Hagedorn, convocó inmediatamente la reunión del consejo. Tomaron nota de las sombrías circunstancias.

—De modo que somos el último castillo. Es inconcebible que los meks puedan hacernos daño. Pueden estar construyendo diques alrededor de nuestro castillo durante veinte años y no conseguir otra cosa que perder el tiempo. Estamos seguros; pero resulta extraño y difícil de asimilar que aquí, en Castillo Hagedorn, viven los últimos caballeros de la raza.

Xanten habló con voz forzada por la fervorosa convicción:

—Veinte años..., cincuenta años, ¿qué les importa eso a los meks? Cuando consigan cercarnos, cuando se desplieguen, entonces estaremos atrapados. ¿No comprendéis que ésta es nuestra última oportunidad de escapar de la gran prisión en que se va a convertir Castillo Hagedorn?

—¿«Escapar», Xanten? ¡Vaya una palabra! ¡Que vergüenza! —gritó O. Z. Garr—. ¡Reagrupe su miserable pandilla y váyanse! ¡A la estepa, a los pantanos o a la tundra! ¡Puede marcharse cuando quiera con sus cobardes, pero tenga la bondad de dejar de alarmarnos constantemente!

—Garr, estoy convencido desde que me convertí en «cobarde». La supervivencia es una buena moralidad. Lo he oído de labios de un reconocido sabio.

—¡Bah! ¿De qué sabio?

—A. G. Philidor, si es que es preciso que sepáis todos los detalles.

O. Z. Garr se tocó la frente.

—¿Os referís a Philidor el Expiacionista? Es de los más extremados, expía por todos los demás. ¡Xanten, por favor, sea sensato!

—Si conseguimos liberarnos del castillo, a todos nosotros todavía nos quedan unos años por delante —dijo Xanten con voz ruda.

—¡Pero el castillo es nuestra vida! —intervino Hagedorn—. Xanten, ¿qué seríamos nosotros sin el castillo? ¿Animales salvajes? ¿Nómadas?

—Seríamos hombres vivos.

O. Z. Garr, disgustado, dijo algo en voz baja y se volvió para inspeccionar algo que colgaba de la pared. Indeciso y perplejo, Hagedorn meneó la cabeza. Beaudry alzó las manos.

—Xanten, tiene la virtud de invalidarnos todos nuestros argumentos. Llega aquí y nos inculca este sentido de urgencia; pero ¿por qué? En Castillo Hagedorn estamos tan seguros como en el seno de nuestra madre. ¿Qué vamos a conseguir renunciando a todo: honor, dignidad, comodidad, delicadezas civilizadas... sin más razón que escapar a los páramos?

—Janeil estaba seguro —dijo Xanten—. ¿Dónde está hoy Janeil? Muerte, ropa enmohecida, vino ácido, todo eso queda ahora de Janeil. Lo que conseguimos «escapando» es la seguridad de la supervivencia. Lo que yo planteo es mucho más que una simple «escapada».

—¡Puedo imaginar unas cien ocasiones en las que la muerte es mejor que la vida! —estalló Isseth—. ¿Hemos de morir con deshonor y vergüenza? ¿Por qué no puedo dejar que mis últimos años transcurran dignamente?

B. F. Robarth irrumpió en la estancia:

—Consejeros, los meks se aproximan a Castillo Hagedorn. Con fiera mirada, Hagedorn recorrió la sala.

—¿Existe consenso? ¿Qué hemos de hacer?

Xanten alzó las manos.

—Que cada cual haga lo que considere mejor. No discutiré más, ya estoy cansado. Hagedorn, ¿puede levantar la sesión para que podamos dedicarnos a nuestros asuntos, y yo concretamente a mi «escapada»?

—Se levanta la sesión —dijo Hagedorn, y todos subieron a las murallas para otear.

Aldeanos de los alrededores, cargados con bultos, avanzaban en tropel por el camino que llevaba al castillo. En el valle, en la linde de Bartholomew Forest, se podía ver un grupo de vehículos de energía y una masa amorfa de color marrón-oro: meks.

Señalando al oeste, Aure dijo:

—Mirad, allí vienen, por el Gran Pantano. —Se volvió para escudriñar el este—. Y mirad, allí, en Bambridge: ¡meks!

Todos se volvieron a un tiempo para mirar hacia Sierra Norte. O. Z. Garr señaló una silenciosa hilera de formas doradas.

—¡Allí están los gusanos, esperando! Nos han acorralado. Muy bien, ¡dejémosles que esperen!

Se volvió, cogió el ascensor hasta la plaza, la cruzó rápidamente hacia Casa Zumbeld, donde trabajó el resto de la tarde con su Gloriana, de quien esperaba grandes cosas.

Al día siguiente, el asedio se hizo formal. Alrededor de Castillo Hagedorn la actividad mek se hizo patente: cobertizos, almacenes, barracas. Dentro de esta periferia, justo fuera del alcance del cañón de energía, los vehículos alzaban grandes cantidades de lodo.

Durante esa noche, estos montones se extendieron hacia el castillo; y lo mismo sucedió a la noche siguiente. Finalmente, se hizo evidente el propósito de aquellos montículos: servían para cubrir una serie de zanjas que llevaban al risco sobre el que se alzaba Castillo Hagedorn.

Al día siguiente, algunos de los montículos ya habían alcanzado el pie del risco. Inmediatamente, desde el fondo, empezó a avanzar una sucesión de vehículos de energía cargados con grava. Se aproximaban, arrojaban su carga y volvían a meterse otra vez en las zanjas. En total se habían dispuesto ocho zanjas. Desde cada una de ellas rodaban interminables cargas de lodo y piedras que habían sido arrancadas del risco sobre el que se asentaba Castillo Hagedorn. Al fin, los nobles, apiñados en los muros de defensa, entendieron el significado de todo aquel trabajo.

—Su propósito no es sepultarnos —dijo Hagedorn—, sólo intentan minar el risco sobre el que se alza el castillo.

El sexto día de asedio, un gran segmento de la ladera tembló, se hundió y un alto remate de piedra que llegaba casi hasta la base de las murallas se derrumbó.

—Si esto sigue así —dijo Beaudry—, duraremos menos que Janeil.

—Entonces, ¡adelante! —gritó O. Z. Garr con súbita vehemencia—. Utilicemos el cañón de energía. Volaremos sus miserables zanjas y a ver qué hacen entonces esos bergantes.

Rápidamente, O. Z. Garr se dirigió al emplazamiento más próximo y gritó a los aldeanos que retiraran la lona; Xanten, que estaba por allí cerca, dijo:

—Permítame ayudarle. —Arrancó la lona y añadió—: Dispare ahora, si puede.

O. Z. Garr le contempló perplejo. Luego, avanzó y giró el gran proyector de modo que apuntara a un montículo. Pulsó el interruptor. Frente a la boca circular, el aire restalló, se agitó, flameó con chispas púrpura. El objetivo humeó, primero se tornó negro, luego rojo oscuro, finalmente se hundió en un cráter incandescente. Pero la tierra subyacente, de un grosor de medio metro, proporcionaba demasiado aislamiento; el charco fundido se hizo candente, pero dejó de extenderse o ahondarse. Súbitamente, como un cortocircuito eléctrico, el cañón de energía rechinó y dejó de funcionar.

Contrariado e irritado, O. Z. Garr inspeccionó el mecanismo. Luego, con un gesto de disgusto, se volvió. No había duda de que la eficacia de los cañones era limitada.

Dos horas más tarde, por el lado oriental del risco, se derrumbó otra gran franja de piedra y, justo antes de ponerse el sol, se desprendió otra masa similar de la parte

occidental, allí donde el muro del castillo se alzaba en una línea casi ininterrumpida desde el risco.

Al caer la medianoche, Xanten y sus partidarios, acompañados de sus hijos y consortes, abandonaron Castillo Hagedorn. Seis parejas de pájaros se lanzaron desde el punto de vuelos hasta una vega próxima a Far Valley, y mucho antes del alba ya habían transportado a todo el grupo.

Nadie se despidió de ellos.

XI

Transcurrida una semana, se derrumbó otra sección del risco oriental, arrastrando consigo un contrafuerte de roca fundida. En las bocas de las zanjias, los montones de cascote excavado crecían de manera alarmante.

Los daños más espectaculares los habían sufrido las zonas este y oeste, siendo la cara sur escalonada la menos afectada. Súbitamente, al cabo de un mes del inicio del asalto, se derrumbó un gran sector de las terrazas, abriendo una grieta irregular que interceptó el camino y desmoronó las estatuas de los primeros notables que se alzaban a lo largo de la balaustrada de la avenida.

Hagedorn convocó al consejo para una reunión.

—La situación no ha mejorado —dijo en un débil intento de ingeniosidad—. Nuestras más pesimistas sospechas han sido superadas. ¡Triste situación la nuestra! Confieso que la idea de esperar la muerte entre mis destrozadas pertenencias no me agrada.

Aure hizo un gesto de desesperación.

—Lo mismo me ocurre a mí. ¿Qué importa morir? ¡Todos hemos de morir! Pero cuando pienso en todas mis preciosas posesiones, me pongo enfermo. ¡Mis libros pisoteados, mis jarrones destrozados, mis tabardos desgarrados! ¡Mis alfombras enterradas! ¡Mis phanes estranguladas! ¡Mis lámparas derribadas! ¡Éstas son mis pesadillas! No puedo soportar pensar en todo eso.

—Vuestras posesiones no son menos preciosas que cualesquiera otras —dijo Beaudry con presteza—. Pero carecen de vida propia. Cuando nosotros hayamos desaparecido, ¿a quién le importará lo que les ocurra a los objetos?

Marune retrocedió.

—Hace un año deposité dieciocho frascos de esencia de primera clase; doce Lluvia Verde, tres de Balthazar y tres de Faidor, ¡piense en ello si quiere pensar en tragedias!

—Es lo único que sabemos —gruñó Aure—. Yo tengo... yo tengo... —Su voz se desvaneció.

O. Z. Garr pateó con impaciencia.

—¡Es preciso que evitemos las lamentaciones a toda costa! Tenemos una oportunidad, ¿recordáis? Xanten nos aconsejó que nos marcháramos. Ahora él y sus partidarios se han ido y pastan por las montañas del norte con los expiacionistas. Para bien o para mal, nosotros optamos por quedarnos. Desgraciadamente, ha sido para mal. Hemos de aceptar la realidad como caballeros.

El consejo asintió melancólicamente. Hagedorn sacó un frasco de extraordinario Radamanth, y sirvió a todos con una prodigalidad que antes hubiera sido inconcebible.

—Puesto que no tenemos futuro, ¡brindemos por nuestro glorioso pasado!

A lo largo de aquella noche se observaron disturbios en diversos puntos del cerco de los meks: llamas en cuatro puntos distintos, el lejano sonido de roncós gritos. Al día siguiente, la actividad pareció disminuir un poco.

Pero, al llegar la tarde, un vasto segmento del risco se derrumbó. Al cabo de un momento, como tras majestuosa deliberación, el alto muro oriental se resquebrajó y derrumbó, dejando expuestas al cielo abierto las partes posteriores de seis grandes casas.

Una hora después del ocaso, un grupo de pájaros se posó sobre el puente de vuelos. Xanten saltó del asiento, bajó corriendo por la escalera hasta la plaza, junto al palacio de Hagedorn.

Un pariente fue a avisar a Hagedorn, que apareció y contempló sorprendido a Xanten.

—¿Qué hace aquí? Le creíamos en el norte, a salvo, con los expiacionistas.

—Los expiacionistas no están en el norte a salvo —dijo Xanten—. Se han unido a los demás, estamos luchando.

Hagedorn adelantó la barbilla.

—¿Luchando? ¿Los caballeros están combatiendo a los meks?

—Y lo estamos haciendo y con todas nuestras fuerzas.

Hagedorn sacudió la cabeza, asombrado.

—¿También los expiacionistas? Creí que habían pensado huir hacia el norte.

—Algunos así lo hicieron, entre ellos A. G. Philidor. Entre los expiacionistas hay facciones, como aquí. La mayoría de ellos no están ni a quince kilómetros, igual que los nómadas. Aunque algunos cogieron sus vehículos de energía y huyeron, el resto está matando meks con verdadero fervor fanático. Supongo que os daríais cuenta del trabajo que hicimos la pasada noche. Quemamos cuatro almacenes, destruimos los depósitos de jarabe, matamos a más de cien meks y destruimos una docena de vehículos. También nosotros tuvimos bajas, lo cual nos perjudica mucho, porque nosotros somos pocos y los meks son muchos. Por eso estoy aquí, necesitamos más hombres. ¡Venid a luchar con nosotros!

Hagedorn se volvió y se encaminó hacia la gran plaza principal.

—Haré salir a la gente de sus casas. Habla tú con ellos.

Durante toda la noche, los pájaros, quejándose amargamente por la tarea sin precedentes, trabajaron, transportando caballeros que devueltos a la cordura por la inminente destrucción de Castillo Hagedorn, ahora se mostraban dispuestos a abandonar todos los escrúpulos y luchar por sus vidas. Los tradicionalistas más firmes seguían negándose a comprometer su honor, pero Xanten les dio animosa seguridad:

—Entonces, quedaos aquí, merodeando por el castillo como ratas furtivas. Sacad cuanto placer podáis del hecho de que estáis siendo protegidos; poco más os depara el futuro.

Y muchos de los que le oían se alejaron disgustados.

Xanten se volvió a Hagedorn:

—¿Y usted? ¿Viene o se queda? Hagedorn suspiró profundamente y dijo:

—Castillo Hagedorn está llegando a su fin. Me uniré a vosotros.

Súbitamente, la situación había cambiado. Los meks, que formaban un amplio círculo alrededor de Castillo Hagedorn, no habían esperado ninguna resistencia en el campo y muy poca del castillo. Habían establecido sus barracas y depósitos de jarabe sólo en función de la conveniencia, sin pensar en la necesidad de su defensa. De este modo, resultaba fácil acercarse, causarles daños y desaparecer sin sufrir pérdidas graves. A continuación, los meks, situados a lo largo de Sierra Norte se vieron acosados y, por último, tras sufrir muchas pérdidas, abandonaron sus puestos. En el círculo que rodeaba Castillo Hagedorn se abrió una brecha. Luego, dos días después, tras la destrucción de otros cinco depósitos de jarabe, los meks retrocedieron más todavía. Haciendo un terraplén ante las dos zanjas que conducían a la cara sur del risco, establecieron una posición defensiva más o menos sostenible. Aunque seguían luchando, en lugar de sitiar, pasaron a estar sitiados.

En el interior de la ya reducida zona, que defendían los meks concentraron las existencias que les quedaban de jarabe, utensilios, armas y municiones. Por la noche, la zona exterior a los terraplenes se iluminaba y meks con rifles automáticos la guardaban, haciendo imposible todo asalto frontal.

Durante un día, valorando la nueva situación, los algareros se mantuvieron al abrigo de los huertos circundantes. Luego se intentó una táctica. Se improvisaron seis carros ligeros que cargaron de un aceite inflamable, con una granada incendiaria atada. A cada uno de estos carruajes se ataron seis pájaros, y partieron a media noche, con un hombre por carruaje. Los pájaros volaron alto y luego, a través de la oscuridad, se deslizaron sobre la posición mek, donde arrojaron las bombas incendiarias.

Al instante, la zona estalló en llamas. El depósito de jarabe se inflamó; los vehículos de energía, despertados por las llamas, corrían desconcertadamente de un lado para otro, aplastando meks y provisiones, chocando entre sí, sumándose al terror de las llamas. Los meks que sobrevivieron se refugiaron en las zanjas. Se extinguieron algunas luces y los hombres, aprovechándose de la confusión, atacaron los terraplenes.

Tras una cruenta y breve batalla, los hombres mataron a todos los centinelas y se situaron a la entrada de las zanjas, donde se encontraban ahora los restos del ejército mek. Parecía que la sublevación mek había sido sofocada.

XII

Las llamas se apagaron. Los guerreros humanos (trescientos hombres del castillo, doscientos expiacionistas y unos trescientos nómadas) se reunieron a la boca de la zanja y, tras hacer un balance de lo sucedido la noche anterior, consideraron los métodos para tratar con los meks allí encerrados.

Al despuntar el día, los hombres de Castillo Hagedorn cuyos hijos y consortes todavía permanecían dentro del castillo, fueron a buscarlos. De regreso, también trajeron consigo a un grupo de caballeros del castillo, entre ellos Beaudry, O. Z. Garr, Isseth y Aure. Saludaron a Hagedorn, Xanten, Claghorn y otros, compañeros suyos en otro tiempo, con cierto austero distanciamiento que indicaba la pérdida de prestigio en que habían incurrido combatiendo a los meks como a iguales.

—¿Qué va a ocurrir ahora? —le preguntó Beaudry a Hagedorn—. Los meks están atrapados, pero no podéis hacerles salir. Es muy posible que tengan jarabe almacenado para los vehículos de energía. Pueden muy bien sobrevivir durante meses.

Considerando la situación desde el punto de vista de un teórico militar, O. Z. Garr se adelantó con un plan de acción:

—Id a buscar el cañón, o haced que vuestros subordinados lo hagan, e instaladlo sobre vehículos de energía. Cuando los gusanos estén lo bastante débiles, meted el cañón dentro y exterminarlos a todos, dejando una fuerza de trabajo para el castillo. Antes, utilizábamos cuatrocientos, así que ese número sería suficiente.

—¡Ja! —exclamó Xanten—. Con gran placer debo comunicarle que eso nunca será así. Si sobrevive algún mek, tendrá que encargarse de reparar las naves espaciales e instruirnos en su mantenimiento. Entonces, y sólo entonces, ellos y los aldeanos serán de vuelta a sus mundos nativos.

—Entonces, ¿cómo espera que nos mantengamos? —preguntó Garr fríamente.

—Tiene el generador de jarabe. Equípese con bolsas y beba jarabe.

Garr echó hacia atrás la cabeza y contempló fría y fijamente a Xanten.

—Ésa es su voz, sólo la suya, y su insolente opinión. Habrá que oír a otros. Hagedorn, ¿también su filosofía es ésa, que la civilización ha de morir?

—No es preciso que muera —dijo Hagedorn—. Todos, vosotros y nosotros, debemos procurar trabajar para que no sea así. Estoy convencido de que no puede seguir habiendo esclavos.

O. Z. Garr se volvió y se encaminó hacia la avenida que llevaba al castillo, seguido por sus camaradas de mentalidad más tradicionalista. Algunos se retiraron y hablaron entre sí en voz baja, dedicando una o dos miradas turbias a Xanten y a Hagedorn.

Desde las murallas del castillo llegó un súbito grito:

—¡Los meks! ¡Están tomando el castillo! ¡Están subiendo por los pasadizos inferiores! Atacan, ¡salvadnos!

Los hombres de abajo alzaron la vista consternados. Mientras seguían mirando el castillo, los portones se cerraron.

—¿Cómo es posible? —preguntó Hagedorn—. Hubiera jurado que todos entraron en las zanjas.

—Está muy claro —dijo Xanten amargamente—. Mientras estaban minando, hicieron un túnel hasta los sótanos del castillo.

Hagedorn se lanzó hacia adelante como si él solo pudiera atacar. Luego se detuvo.

—Tenemos que hacerles salir de ahí. ¡Es inconcebible que saqueen nuestro castillo!

—Por desgracia —dijo Claghorn—, las murallas nos cierran el paso tan eficazmente como antes se lo cerraron a los meks.

—Podemos enviar una fuerza transportada por pájaros. Una vez nos reunamos, ¡podemos exterminarlos! Claghorn meneó la cabeza.

—Pueden estar esperándonos en las murallas y en el puente de vuelos y, cuando se acerquen los pájaros, dispararles. Aunque aseguráramos una posición, habría una gran matanza. Por cada uno de ellos moriríamos uno de nosotros. Y todavía son tres o cuatro veces más que nosotros.

Hagedorn gimió:

—El solo hecho de imaginarlos correteando entre mis posesiones, pavoneándose con mis trajes, embriagándose con mis esencias... ¡me pone enfermo!

—Escuchad —dijo Claghorn. Oyeron los roncros alaridos de los hombres, el crujir del cañón de energía—. ¡Al menos algunos todavía resisten en las murallas!

Xanten se acercó a un grupo de sumisos pájaros que había cerca, a los que los acontecimientos habían asustado y apaciguado.

—Llévame sobre el castillo. Fuera del alcance de los meks, pero que podamos ver lo que hacen.

—Cuidado, cuidado —dijo uno de los pájaros—. Cosas horribles están sucediendo en el castillo.

—No os preocupéis. ¡Llévame arriba, sobre las murallas!

Los pájaros le alzaron, describiendo un gran círculo alrededor del risco y sobre el castillo, manteniendo la distancia para estar a salvo de los rifles automáticos de los meks.

Se podía ver un grupo de unos treinta hombres y mujeres, además de los que estaban manejando el cañón. Entre las grandes casas, la Rotonda y el palacio, en todos los lugares a donde no podía llegar el cañón, hormigueaban los meks. La plaza estaba sembrada de cadáveres: caballeros, damas, niños... Todos los que habían elegido permanecer en Castillo Hagedorn.

O. Z. Garr estaba ante uno de los cañones. Al ver a Xanten dio un grito de rabia histérica, alzó el cañón y disparó. Los pájaros, gritando, trataron de hacerse a un lado, pero el disparo alcanzó a dos. Pájaros, carro y Xanten cayeron en gran confusión. Por algún milagro, los cuatro pájaros que todavía estaban vivos recuperaron el equilibrio

y, a unos treinta metros del suelo, con un frenético esfuerzo, detuvieron su caída, se aseguraron, revolotearon un instante y cayeron en picado.

Xanten se tambaleó, librándose de las ataduras. Llegaron corriendo hombres.

—¿Está bien? —gritó Claghorn.

—Bien, sí. ¡Y también aterrado! —Xanten suspiró profundamente, y fue a sentarse sobre un saliente de piedra.

—¿Qué está ocurriendo allá arriba? —preguntó Claghorn.

—Todos están muertos —dijo Xanten—, salvo una veintena. Garr se ha vuelto loco. Abrió fuego contra mí.

—¡Mirad! ¡Meks en las murallas! —gritó A. L. Morgan.

—Allí —gritó algún otro—. ¡Hombres! ¡Se están tirando! No los están arrojando.

Unos eran hombres, otros eran meks a los que los hombres arrastraban consigo; con terrible lentitud, caían hacia su muerte. No cayeron más. Castillo Hagedorn estaba en manos de los meks.

Xanten contempló la silueta del castillo, familiar y extraña a un tiempo.

—No pueden pretender resistir. Sólo tenemos que limitarnos a destruir las celdillas solares y no podrán sintetizar el jarabe.

—Hagámoslo ahora —dijo Claghorn—, antes de que piensen en ello y utilicen el cañón. ¡Pájaros!

Dio las órdenes necesarias, y cuarenta hombres, transportando cada uno de ellos una piedra del tamaño de la cabeza de un hombre, se elevaron, rodearon el castillo y regresaron enseguida para informar de que las celdillas solares habían sido destruidas.

Xanten dijo:

—Ahora sólo tenemos que bloquear la entrada del túnel para impedir que salgan por ahí... y luego esperar.

—¿Y los aldeanos de los establos, y las phanes? —preguntó Hagedorn con desespero.

Xanten movió lentamente la cabeza y dijo:

—El que antes no fuera expiacionista, tendrá que serlo ahora.

—Como mucho, pueden sobrevivir dos meses —murmuró Claghorn—, no más.

Pero pasaron dos, tres, y cuatro meses. Luego, una mañana, se abrieron los grandes portones y un mek macilento salió tambaleándose.

—Hombres, nos morimos de hambre —les dijo—. Hemos conservado vuestros tesoros. Perdonadnos la vida o los destruiremos todos antes de morir.

Claghorn respondió:

—Nuestras condiciones son éstas: vuestras vidas a cambio de que limpiéis el castillo, retiréis y enterréis los cadáveres. Tendréis que reparar las naves espaciales y enseñarnos todo cuanto sepáis sobre ellas. Entonces os llevaremos a Etamin Nueve.

—Aceptamos vuestras condiciones.

Cinco años después, Xanten y Glys Meadowsweet, con sus dos hijos, tuvieron

que abandonar su hogar para viajar al norte. Aprovecharon la ocasión para visitar Castillo Hagedorn, donde ahora sólo vivían unas dos o tres docenas de personas, entre ellas Hagedorn.

A Xanten le pareció que había envejecido. Su cabello era blanco; su rostro, en otro tiempo terso y lustroso, era ahora enjuto y casi cerúleo. Xanten no pudo determinar su estado de ánimo.

Estaban a la sombra de un nogal, el castillo y el risco descollaban sobre ellos.

—Ahora esto es un gran museo —dijo Hagedorn—. Yo soy el celador, y ésa será la función de todos los Hagedorn que me sigan, pues existe un inapreciable tesoro que guardar y conservar. El sentimiento de antigüedad ya ha llegado al castillo. Las Casas están pobladas de fantasmas, los veo a menudo, especialmente en las noches de las fiestas... Oh, aquéllos eran tiempos, ¿verdad, Xanten?

—En efecto —dijo Xanten. Acarició la cabeza de sus hijos—. Aun así, no siento ningún deseo de volver a ellos. Ahora somos hombres, en nuestro propio mundo, como nunca lo fuimos antes.

Hagedorn asintió con un gesto un tanto pesaroso, alzó la vista hacia el gran edificio, como si fuera la primera vez que reparaba en él.

—La gente del futuro... ¿qué pensarán ellos de Castillo Hagedorn? ¿De sus tesoros, de sus libros, de sus tabardos?

—Vendrán aquí —dijo Xanten—, y se maravillarán. Se maravillarán casi tanto como hoy me maravillo yo.

—Hay mucho de qué maravillarse. ¿Quieres entrar, Xanten? Hay todavía frascos de nobles esencias guardados.

—Gracias —dijo Xanten—, pero no, sería remover demasiado viejos recuerdos. Seguiremos nuestro camino. Hagedorn asintió con tristeza.

—Entiendo. Yo mismo soy bastante dado al ensueño, ahora. Bien entonces, adiós, y un feliz viaje de regreso a Río Sande.

—Gracias, Hagedorn. Gracias y adiós —dijo Xanten; y se alejaron de Castillo Hagedorn, hacia el mundo de los hombres.

Estrella de neutrones

Larry Niven

A lo largo de los últimos doce años, lo que podríamos llamar «ciencia ficción dura» se ha retirado un poco entre bastidores. Al hablar de ciencia ficción dura me refiero a esos relatos en los que los detalles científicos juegan un papel importante y en los que el autor describe con exactitud esos detalles tomándose la molestia de explicarlos con la mayor claridad.

En su lugar, el relato emocional ha pasado a un primer término. En este tipo de relato, la ciencia queda relegada, lo que se tiene en cuenta es el estilo literario y no la teoría física; experimentalismo en la forma, no en el laboratorio; forzar las almas, más que las mentes.

Puesto que no os quiero ocultar nada, os diré que, en lo que a mí respecta, soy, por convicción, hombre de la ciencia ficción dura. Por ejemplo, en el mismo número de la revista en el que Harlan Ellison publicó «No tengo boca y debo gritar», que era todo emoción y que ganó un Hugo, yo publiqué «Billiard Ball», que era todo pensamiento y que no ganó un Hugo.

Lógicamente, injusticias de este tipo son las que me hacen recapacitar, pero al ver que todavía hay escritores de ciencia ficción dura entre la generación más joven, me siento mucho mejor. Ben Bova, por ejemplo, escribe ciencia ficción dura, igual que Larry Niven.

Es más, Larry Niven lo hace tan bien que ganó un Hugo por su excelente relato «Estrella de neutrones».

El único problema con su premio fue que, cuando leí su relato, quedé sobrecogido de dolor. Y no me refiero sólo al dolor que siento cuando alguien que no soy yo gana un Hugo. Me refiero a un dolor muy especial provocado por el carácter del argumento.

Me explicaré. Yo escribo un artículo científico en cada número de The Magazine of Fantasy & Science Fiction. En el número de mayo de 1966, escribí uno titulado «Time and Tide», y al pensar concretamente en ese artículo, un agudo pesar me acongojaba. El argumento de «Estrella de neutrones» estaba implícito en mi artículo, y si al escribirlo mi mentalidad hubiese sido la de un escritor en vez de la de un articulista, podría haber escrito ese relato.

Más tarde, conocí a Larry Niven. Una persona muy tranquila, que viste de modo impecable y tradicional, va perfectamente afeitado, tiene una voz suave y la tendencia a especular sobre la vida sexual de Superman.

—Oye, Larry —le dije, moviendo la cabeza con tristeza—, hace tiempo, escribí un artículo titulado «Time & Tide» que trata de...

—Ya lo sé —dijo Larry con toda tranquilidad—. Al leer tu artículo se me ocurrió la idea de «Estrella de neutrones».

¡El que este hombre aún viva se debe exclusivamente a la esencial dulzura de mi carácter!

I

A unos cuantos millones de kilómetros de la estrella de neutrones, la «Skydiver» salió del hiperespacio. Necesité un par de minutos para situarme frente al fondo estelar y para darme cuenta de la distorsión que Sonya Laskin había mencionado antes de morir. Giré la nave a mi izquierda para verla, parecía del tamaño de la luna terrestre.

Estrellas coaguladas o revueltas, como si hubieran sido batidas con una cuchara.

Aunque no podía verla, cosa que tampoco esperaba, la estrella de neutrones estaba en el centro. Su diámetro era de sólo unos dieciséis kilómetros y estaba fría. Desde que la BVS-1 ardiera por fuego de fusión, habían pasado mil millones de años. Por lo menos había pasado ese tiempo desde las dos cataclísmicas semanas en que la BVS-1 había sido una estrella de rayos X, ardiendo a una temperatura de cinco mil millones de grados Kelvin. Ahora, lo único que mostraba era su masa.

Cuando la nave empezó a girar, sentí la presión del impulsor de fusión. Sin que hubiera ninguna necesidad de que yo interviniera, mi fiel perro guardián de metal me situó en una órbita hiperbólica que me llevaría a kilómetro y medio de distancia de la superficie de la estrella de neutrones. Veinticuatro horas para descender, otras veinticuatro para subir... Y, durante ese tiempo, algo intentaría matarme del mismo modo que algo había matado a los Laskin.

El mismo tipo de autopiloto, con el mismo programa, había elegido la órbita de los Laskin. No había hecho chocar su nave contra la estrella. Al parecer, podía confiar en el autopiloto, hasta era posible que pudiera cambiar su programa.

Realmente debía hacerlo.

¿Cómo me había metido en aquel agujero?

Al cabo de diez minutos de maniobra, el impulsor se desconectó. Mi órbita quedaba fijada. Si ahora intentaba retroceder, ya sabía lo que sucedería.

¡Lo único que había hecho había sido entrar en una tienda para comprar una carga nueva para mi encendedor!

En el centro de la tienda, rodeado de tres pisos de mostradores con artículos, estaba el nuevo yate intrasistema: Sinclair 2603. Había entrado para comprar una carga para mi encendedor, pero me había quedado a contemplarlo. Era una nave maravillosa, pequeña, delicada, aerodinámica y extraordinariamente diferente de todo cuanto se había construido hasta entonces. Aunque no la conduciría por nada del mundo, no era razón para dejar de admitir que era maravillosa. Asomé la cabeza por la puerta para ver el cuadro de mandos. Había infinidad de indicadores. Cuándo saqué la cabeza, todos los clientes miraban en la misma dirección. Una extraña quietud había inundado el lugar.

No se les podía reprochar que mirasen. En la tienda había muchos alienígenas dedicados principalmente a la compra de artículos de recuerdo, aunque ellos también miraban.

Entre los que se encontraban en la tienda había un titiritero. Y un titiritero es algo

único. Imaginad un centauro de tres piernas, sin cabeza y con dos muñecas «Cecil, la Serpiente Marina Mareada» en los brazos, y os haréis una idea de la imagen. Los brazos son cuellos ondulantes y las muñecas auténticas cabezas, lisas y sin cerebro, con anchos y flexibles labios. El cerebro se localiza en una protuberancia ósea emplazada entre las bases de los cuellos. Este titiritero llevaba sólo su capa de pelo marrón, con una tupida orla sobre el cerebro. Me han dicho que la forma de la crin indica su posición en la sociedad, pero para mí podía haberse tratado de un obrero portuario, un joyero o el presidente de Productos Generales.

Igual que los demás, miré cómo cruzaba la planta. Y no porque no hubiese visto nunca un titiritero, sino porque en su forma de moverse sobre sus delgadas piernas y sus pequeños cascos hay algo hermoso. Me di cuenta de que venía directamente hacia mí, de que cada vez estaba más cerca. Se detuvo a unos treinta centímetros de distancia, me miró y dijo:

—Tú eres Beouwul Shaeffer, antiguo piloto jefe de las Líneas Aéreas Nakamura.

Su voz, sin el menor rastro de acento, tenía un tono de contralto muy bello. Las bocas de los titiriteros no son sólo los órganos fonéticos más flexibles que se conocen, sino también las manos más sensibles. Tienen las lenguas ahorquilladas y afiladas, los labios anchos y gruesos, con pequeños nudos en los bordes, como diminutos dedos. Imaginad a un relojero que tuviese el sentido del gusto en las yemas de los dedos...

Carraspeé y dije:

—En efecto.

Me contempló desde dos direcciones.

—¿Te interesaría un trabajo muy bien pagado?

—Me fascinaría hacer un trabajo que estuviera muy bien pagado.

—Se podría decir que yo soy el equivalente del presidente regional de Productos Generales. Ven conmigo, por favor, y hablaremos de esto en otra parte.

Le seguí hasta una cabina de desplazamiento. Me daba perfecta cuenta de que todas las miradas nos seguían. Era algo embarazoso que a uno le abordase un monstruo de dos cabezas en una tienda pública. Quizá el titiritero lo supiera, posiblemente me estuviera probando para ver hasta qué punto estaba necesitado de dinero.

Lo necesitaba, y mucho. Habían pasado ya ocho meses desde que las Líneas Aéreas Nakamura habían quebrado. Antes de eso, durante algún tiempo había estado viviendo a cuerpo de rey, convencido de que mi indemnización cubriría mis deudas. Pero nunca llegué a ver esa indemnización. Lo de las Líneas Aéreas Nakamura fue un hundimiento total. Hombres de mediana edad, respetables hombres de negocios se dedicaron a salir de sus hoteles por las ventanas sin sus cinturones elevadores. Yo seguí gastando. Si hubiese empezado a vivir frugalmente, mis acreedores habrían hecho alguna comprobación... y, a causa de las deudas, habría terminado en la cárcel.

El titiritero, con gran destreza, marcó trece rápidas teclas con su lengua. Al cabo de un momento, estábamos en otra parte. Cuando abrí la puerta de la cabina, entró una ráfaga de aire, y aspiré profundamente.

—Estamos en el techo del edificio de Productos Generales. —La sonora voz de contralto acarició mis nervios, y tuve que recordarme que no era una hermosa mujer la que hablaba, sino un alienígena—. Mientras discutimos tu misión, debes examinar esta nave espacial.

Aunque no era la estación Ventosa, salí cautelosamente. El techo estaba al nivel del suelo, así es como construimos en Nosotros Lo Hicimos. Es posible que tenga algo que ver con los vientos de más de doscientos kilómetros por hora que tenemos en verano y en invierno, cuando el eje de rotación del planeta atraviesa su primario, Procyon. Los vientos son la única atracción turística de nuestro planeta, y sería francamente vergonzoso reducirlos construyendo rascacielos a su paso. El desnudo y cuadrado techo de hormigón estaba rodeado de interminables kilómetros y kilómetros cuadrados de desierto. Aquéllos no eran como los desiertos de otros mundos habitados, era una extensión de fina arena, sin ningún indicio de vida, que parecía pedir a gritos la presencia de unos cactus. Aunque lo intentamos, el viento arranca las plantas.

La nave estaba sobre la arena, fuera del techo. Era un casco Productos Generales 2: un cilindro de cien metros de longitud por siete de anchura, puntiagudo en ambos extremos y con un leve estrechamiento, tipo cintura de avispa, cerca de la cola. Por algún motivo estaba de costado, con los amortiguadores de aterrizaje aún plegados en la cola.

¿Os habéis fijado en que todas las naves han empezado a parecer la misma? Actualmente, cerca de un noventa y cinco por ciento de las naves espaciales se construyen con uno de los cuatro cascos de Productos Generales. A pesar de que resulta más fácil y seguro construir así, de algún modo todas las naves terminan como empezaron: modelos iguales producidos en masa.

Los cascos se entregan en condiciones de transparencia total, y la gente acostumbra a pintarlos a su gusto. Concretamente aquel casco era transparente en la mayor parte de su superficie, sólo tenía pintado el morro, alrededor del sistema vital. No tenía ningún motor principal. A los lados tenía una serie de reactores retráctiles y el casco taladrado con agujeros más pequeños, cuadrados y redondos, para instrumentos de observación. A través del casco podía verlos brillar.

El titiritero iba en dirección al morro de la nave, pero algo hizo que me volviera hacia la popa para, más detenidamente, contemplar los amortiguadores de aterrizaje.

Estaban doblados. Tras los paneles del casco, curvados y transparentes, una gran presión había forzado el metal a fluir como cera caliente, hacia atrás y hacia el interior de la aguda popa.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—No lo sabemos. Estamos deseando averiguarlo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Has oído hablar de la estrella de neutrones BVS-1?

Durante un momento me quedé pensativo.

—La primera estrella de neutrones que se encontró, y por el momento la única. Alguien la localizó hace dos años por desplazamiento estelar.

—La descubrió el Instituto del Saber de Jinx. Por un intermediario nos enteramos de que el Instituto deseaba explorar la estrella, pero para eso necesitaban una nave y todavía no tenían el suficiente dinero. Nos ofrecimos para suministrarles un casco de nave, con las habituales garantías, siempre y cuando nos facilitasen todos los datos que obtuviesen utilizándolo.

—Me parece bastante justo.

No se me ocurrió preguntarle por qué no habían hecho la exploración por su cuenta. Como la mayoría de los seres inteligentes vegetarianos, los titiriteros consideraban la prudencia el *único* elemento de valor.

—Dos humanos llamados Peter Laskin y Sonya Laskin quisieron utilizar la nave. Su propósito era acercarse a kilómetro y medio de la superficie en una órbita hiperbólica. En un determinado momento de su viaje, al parecer una fuerza desconocida penetró a través del casco dejando los amortiguadores de aterrizaje en el estado que ahora se encuentran. Parece ser que esa fuerza desconocida también mató a los pilotos.

—Pero eso es imposible, ¿no?

—Veo que te das cuenta del problema. Ven conmigo. —El titiritero se dirigió hacia la proa.

Desde luego que me daba cuenta del problema. Nada, absolutamente nada puede atravesar un casco de Productos Generales; ningún tipo de energía electromagnética, salvo la luz visible. Ningún tipo de materia, ni la más pequeña partícula subatómica, ni el más rápido meteoro. Al menos eso es lo que aseguran los anuncios de la compañía, y la garantía los respalda. Yo jamás lo había dudado, y nunca había oído decir que un casco de Productos Generales resultase dañado por un arma o por cualquier otra cosa.

Además, los cascos de Productos Generales son tan feos como prácticos. Si corría la noticia de que algo podía atravesar uno de sus cascos, la empresa propiedad de los titiriteros podía verse muy perjudicada. Pero no entendía cuál podía ser mi función.

Gracias a una escalerilla accedimos al morro.

El sistema vital estaba en dos compartimentos, en los que los Laskin habían utilizado pintura que rechazaba el calor. En la cabina cónica de control, el casco estaba dividido en ventanas. Detrás, estaba la sala de reposo, que carecía de ventanas y estaba cubierta de pintura refractaria plateada. De la pared trasera de la sala de reposo partía un tubo de acceso que iba a dar a los diversos instrumentos y los motores de hiperimpulsión.

En la cabina de control había dos lechos de aceleración. Tanto uno como otro estaban rotos y desprendidos de sus encajes, amontonados, como papel arrugado, contra el tablero de mandos. La parte de atrás de los colchones estaba embadurnada de un marrón herrumbroso. Por todas partes, paredes, ventanas y pantallas visuales, se veía manchas del mismo color. Era como si algo hubiese alcanzado a las camas por abajo: algo parecido a una docena de globos de juguete llenos de pintura que habían sido golpeados con tremenda fuerza.

—Eso es sangre —dije.

—En efecto, fluido circulatorio humano.

II

Veinticuatro horas para descender.

La mayor parte de las primeras doce horas las pasé en la sala de reposos, intentando leer. No había pasado nada significativo, salvo que unas cuantas veces pude observar el fenómeno que, en su último informe, había mencionado Sonya Laskin. Cuando una estrella quedaba justamente detrás de la invisible BVS-1, se formaba un halo. La BVS-1 era lo bastante pesada como para combar la luz a su alrededor, haciendo que la mayoría de las estrellas aparecieran desplazadas hacia el exterior. Cuando una estrella quedaba directamente detrás de la estrella de neutrones, su luz se desplazaba de inmediato por todas partes. El resultado era un circulito que parpadeaba una vez y desaparecía casi antes de que el ojo pudiese captarlo.

El día que me abordó el titiritero yo no sabía prácticamente nada sobre estrellas de neutrones. Aunque ahora era un especialista, seguía sin tener la más mínima idea de lo que me aguardaba cuando descendiese.

La materia que uno suele encontrar resulta ser, casi siempre, materia normal, compuesta de un núcleo de protones y neutrones rodeados de electrones en estados cuánticos energéticos. Pero en el corazón de toda estrella hay un segundo tipo de materia: allí, la terrible presión es capaz de aplastar las cubiertas de los electrones. El resultado es materia degenerada: núcleos unidos de un modo forzado como consecuencia de la presión y de la gravedad, pero que se mantienen separados dada la repulsión mutua del «gas» electrónico, más o menos constante, que los rodea. Unas adecuadas circunstancias pueden crear un tercer tipo de materia.

Imaginemos una enana blanca apagada cuya masa es 1,44 veces superior a la masa del Sol (Límite de Chandrasejar, llamado así por un astrónomo indio norteamericano del siglo veinte). En una masa de ese tipo, la presión electrónica no sería suficiente para separar a los electrones de los núcleos. Los electrones se verían empujados contra los protones, con lo que se crearían neutrones. En el caso de una terrible explosión, la mayor parte de la estrella pasaría de ser una masa comprimida de materia degenerada a ser un apretado montón de neutrones. Y, teóricamente, el neutronio es la materia más densa que es posible hallar en este universo. La mayor parte del resto de materia normal y degenerada se dispersaría con la explosión provocada por el calor liberado.

Durante dos semanas, al descender su temperatura interna de cinco mil millones de grados Kelvin a quinientos millones, la estrella irradiaría rayos X. Después de lo cual sería un cuerpo emisor de luz de quizá quince o treinta kilómetros de diámetro: lo más próximo a la invisibilidad. Así pues, no era extraño que la BVS-1 fuese la primera estrella de neutrones descubierta.

Tampoco era extraño que el Instituto del Saber de Jinx hubiese dedicado mucho tiempo y muchos esfuerzos a su estudio. Hasta que se descubrió la BVS-1, el neutronio y las estrellas neutrónicas no eran más que teorías. La exploración de una

estrella de neutrones real podía ser verdaderamente importante. Las estrellas de neutrones podían proporcionar la clave del auténtico control de la gravedad.

Masa de la BVS-1: aproximadamente 1,3 veces la del Sol.

Diámetro de la BVS-1 (teórico): dieciséis kilómetros de neutronio, cubiertos de casi uno de materia degenerada, cubierta a su vez de, posiblemente, cuatro metros de materia ordinaria.

Velocidad de escape: aproximadamente 200.000 kilómetros por segundo.

Hasta que los Laskin fueron a explorarla, no se sabía nada más de la pequeña estrella negra. Ahora el Instituto conocía un dato más: el spin de la estrella.

—Una masa tan grande puede, con su rotación, distorsionar el espacio —dijo el titiritero—. La órbita hiperbólica de la nave del Instituto se alteró de tal modo que pudimos deducir que el período de rotación de la estrella es de dos minutos veintisiete segundos.

El bar estaba situado en algún lugar del edificio de Productos Generales. No sé con exactitud dónde, aunque con las cabinas de transferencia no importa. Mis ojos estaban fijos en el camarero que nos atendía, que era también un titiritero. Naturalmente, sólo un cliente que también lo fuese desearía que le sirviese un titiritero, pues cualquier bípedo sentiría repugnancia al saber que alguien había preparado su consumición con la boca. Yo ya había decidido que cenaría en otro sitio.

—Comprendo vuestro problema —dije—. Si se descubre que algo puede atravesar uno de vuestros cascos y matar a la tripulación, vuestras ventas se verán afectadas. Pero ¿qué pinto yo en todo esto?

—Queremos repetir el experimento de Sonya y Peter Laskin. Debemos descubrir...

—¿Conmigo?

—Sí. Es preciso que descubramos qué es eso que nuestros cascos no pueden detener. Naturalmente, siempre puedes...

—Ni hablar.

—Estamos dispuestos a ofrecer un millón de estrellas. Durante un preciso instante me sentí tentado.

—Ni hablar —repetí.

—Naturalmente, se te permitirá construir tu propia nave utilizando un casco 2 de Productos Generales.

—Gracias, pero prefiero seguir viviendo.

—Supongo que no te gustará demasiado verte en la cárcel. Sé que en Nosotros Lo Hicimos se ha restablecido la prisión por deudas. Si Productos Generales hiciese públicas tus deudas...

—Bueno, la verdad es que...

—Tu deuda asciende casi quinientas mil estrellas. Pagaremos a tus acreedores antes de que te vayas. Si regresas, te pagaremos el resto. Posiblemente te pediremos que hables sobre el viaje con los representantes de los medios de información, en

cuyo caso habrá más estrellas.

Tuve que admitir la honradez de aquella criatura por no decir *cuando regreses*.

—¿Me decías que podría construir mi propia nave?

—Naturalmente. No se trata de un viaje de exploración, queremos que regreses sano y salvo.

—Acepto el trato —dije.

Después de todo, el titiritero había intentado hacerme chantaje; lo que pudiese pasar luego sería culpa suya.

En sólo dos semanas construyeron mi nave. Utilizaron un caso 2 de Productos Generales, exactamente igual que el de la nave del Instituto del Saber; el sistema vital era prácticamente una copia exacta de los Laskin, pero ahí terminaba la semejanza. No había ningún instrumento para observar estrellas de neutrones. En su lugar, había un motor de fusión lo bastante grande para una nave de guerra Jinx. En mi nave, a la que llamaría «Skydiver», el impulsor podía producir treinta # en el límite de seguridad. El cañón láser que había era lo bastante grande para atravesar la luna de Nosotros lo Hicimos. El titiritero quería que yo me sintiese seguro, y ya me sentía, pues podía luchar y correr. Especialmente, correr.

Oí media docena de veces el último comunicado de los Laskin. Su nave había salido del hiperespacio a millón y medio de kilómetros de la BVS-1. La gravedad le habría impedido acercarse más por el hiperespacio. Mientras su mando se arrastraba por el tubo de acceso para comprobar los instrumentos, Sonya Laskin se había puesto en contacto con el Instituto del Saber. «... todavía no podemos verla a simple vista, aunque podemos ver dónde está. Siempre que una estrella queda detrás, hay un pequeño anillo de luz durante sólo un minuto. Peter está preparándose para utilizar el telescopio...».

Luego, la masa de la estrella había cortado el lazo hiperespacial. Era algo que ya se esperaba y por eso entonces nadie se había inquietado. Más tarde, al sufrir el ataque, el mismo efecto debió de impedirles huir al hiperespacio.

Cuando los equipos de socorro encontraron la nave, lo único que seguía funcionando eran las cámaras y el radar. No era gran cosa. En la cabina no había ninguna cámara. Pero, por un instante, la cámara delantera nos dio una visión, difuminada por la velocidad, de la estrella de neutrones. Era un disco informe del color naranja de un ascua. Aquel objeto hacía mucho tiempo que era una estrella de neutrones.

—No habrá ninguna necesidad de pintar la nave —le dije al presidente.

—No deberías hacer este viaje con paredes transparentes, puedes volverte loco.

—Sé lo que es el espacio. La angustiada visión del espacio desnudo no me afecta demasiado. No quiero tener a nadie siguiéndome sin poder verlo.

El día antes de mi partida, me senté solo en el bar de Productos Generales y dejé

que el camarero alienígena me preparase algo de beber con su boca. No lo hacía mal. Por todo el bar había grupos de dos o tres titiriteros, con un par de hombres para variar; pero la hora de las bebidas todavía no había llegado. El local parecía vacío.

Me sentía satisfecho de mí mismo. Aunque no me importase mucho yendo a donde se iba, todas mis deudas quedaban pagadas. Me iría sin un minicrédito a mi nombre; sólo con la nave...

En resumidas cuentas, había salido de una situación apurada. Esperaba que me resultase agradable ser un rico exilado.

Al ver que un individuo se sentaba frente a mí, me incorporé sobresaltado. Era un extranjero, un hombre de mediana edad; iba vestido con un traje negro muy caro de hombre de negocios y llevaba una asimétrica barba blanca como la nieve. Hice un gesto hosco y me dispuse a levantarme.

—Siéntese, señor Shaeffer.

—¿Por qué?

Por toda respuesta, me enseñó un disco azul, una señal de identificación del gobierno-Tierra. Lo miré por encima para demostrar que estaba atento, aunque en el fondo no me importaba gran cosa.

—Me llamo Segismundo Ausfaller —dijo el empleado del gobierno—. Quiero decirle algo respecto a la misión que le ha encomendado Productos Generales.

Asentí, sin decir nada.

—Como es normal, nos han enviado información de su contrato verbal. En él he podido advertir varias cosas curiosas. Señor Shaeffer, ¿realmente va a correr usted ese riesgo por sólo quinientas mil estrellas?

—Voy a recibir el doble.

—Pero sólo dispondrá de la mitad, el resto será para pagar sus deudas. Además, no debe olvidar los impuestos. Pero no importa. Lo que he pensado es que una nave espacial es una nave espacial, y la suya está muy bien armada y tiene muy buenos motores. Si se sintiese tentado a venderla, sería una nave de combate muy valiosa.

—Pero no es mía.

—Los hay que no preguntarían. Los de Cañón, por ejemplo, o el partido aislacionista de Tierra de las Maravillas.

No contesté.

—O se podría usted plantear el hecho de dedicarse a la piratería. Un negocio arriesgado, la piratería; no tomo en serio la idea.

Yo ni tan siquiera había pensado en lo de la piratería. Pero en cuanto a Tierra de las Maravillas...

—Lo que quiero decirle, señor Shaeffer, es que un solo hombre, si fuese lo bastante deshonesto, podría perjudicar terriblemente la reputación de los seres humanos en todas partes. La mayoría de las especies considera necesario controlar la moral de sus miembros, y nosotros no somos ninguna excepción. Se me ha ocurrido la idea de que tal vez usted pudiese no llevar su nave a la estrella de neutrones, que la

llevase a otro sitio y la vendiese como pacifistas que son los titiriteros no construyen naves de guerra invulnerables. Su «Skydiver» es única.

»En consecuencia, he pedido a Productos Generales que me permita instalar una bomba de control remoto en la “Skydiver”. Situada dentro del casco, éste no podría protegerle. La he instalado esta tarde.

»Si en el plazo de una semana usted no informa, me verá obligado a utilizar la bomba. En una semana de recorrido por el hiperespacio, partiendo de aquí, hay varios mundos, pero todos reconocen la autoridad de la Tierra. Si usted huye, se verá obligado a abandonar su nave antes de que transcurra una semana, por lo que difícilmente podrá aterrizar en un mundo habitado. ¿Está claro?

—Muy claro.

—Si le he juzgado mal, puede usted hacer una prueba con el detector de mentiras y demostrarlo. Luego, puede usted aplastarme la nariz, y yo me disculparé caballerosamente.

Se levantó, se inclinó y me dejó allí sentado, sobrio del todo.

Las cámaras de los Laskin habían grabado cuatro películas. En el tiempo que me quedaba, las examiné varias veces, sin que nada llamase mi atención. Si la nave hubiese chocado contra una nube de gas, el impacto podría haber matado a los Laskin. En el perihelio se movían a más de la mitad de la velocidad de la luz. Pero tendría que haberse producido fricción, y en las películas no vi el menor indicio de calentamiento. Si les había atacado algo vivo, la bestia había sido invisible al radar y a una enorme gama de frecuencias luminosas. Si accidentalmente los reactores se hubiesen disparado (estaba tratando de analizar todas las posibilidades), la luz y el resplandor se hubiesen visto en alguna de las películas.

Junto a la BVS-1 tenía que haber aterradoras fuerzas magnéticas, pero no podrían haberles hecho ningún daño. Ninguna fuerza de ese tipo podía atravesar un casco de Productos Generales. Ni tampoco el calor, salvo en bandas especiales de luz radiada, bandas visibles para alguno de los clientes alienígenas de los titiriteros. Yo tenía opiniones contrarias respecto al casco de Productos Generales, pero todas iban referidas a la anónima vulgaridad del diseño. O lo que tal vez me molestase fuese el hecho de que Productos Generales disfrutase de un cuasimonopolio en cascos de naves espaciales y no fuese propiedad de los seres humanos. Pero si, por ejemplo, tuviese que confiar mi vida al yate Sinclair que había visto en la tienda, habría elegido la cárcel.

La cárcel era una de mis tres posibles elecciones. Pero me pasaría allí toda la vida, Ausfaller se encargaría de que así fuese.

También cabía la posibilidad de escaparme en la Skydiver, pero ningún mundo al que pudiese llegar en el tiempo de que disponía me serviría de refugio. Claro que, si encontrase un mundo parecido a la Tierra y aún no descubierto a una semana de Nosotros Lo Hicimos...

Pero sería pura casualidad. Una casualidad muy remota. Prefería la BVS-1.

III

Me pareció que el círculo de luz brillante iba haciéndose mayor, pero no podía estar seguro puesto que brillaba muy de vez en cuando. La BVS-1 no aparecía siquiera en mi telescopio. Prescindí de él y me senté a esperar.

Mientras, recordé un verano, hacía ya mucho, que pasé en Jinx. Algunos días, cuando un banco de nubes iluminaba el paisaje con una cruda luz solar blanquiazul nos impedía salir, nos entreteníamos llenando globos con agua y tirándolos, desde una altura de tres pisos, a la acera. Al estallar, hacían dibujos encantadores, pero se secaban con demasiada rapidez. De modo que decidimos echar un poco de tinta en cada globo antes de llenarlo. Así, conseguíamos que las formas permaneciesen.

Cuando las sillas cayeron Sonya Laskin estaba sentada en una. Manchas de sangre mostraban que había sido Peter quien había chocado con las sillas, como un globo lleno de agua arrojado desde gran altura.

¿Qué podía atravesar un caso de Productos Generales?

Diez horas para descender.

Tras desabrochar la red de seguridad, hice un viaje de inspección. El túnel de acceso tenía un metro de anchura, lo justo para pasar por él en caída libre. Debajo de mí se extendía el tubo de fusión; a la izquierda, el cañón láser; a la derecha, una serie de curvados tubos laterales que se dirigían a los puntos de inspección del giroscopio, las baterías y el generador, la planta de aire y los motores de acceso al hiperespacio. Salvo yo, todo lo demás estaba en orden. Yo me notaba torpe. Mis saltos eran siempre demasiado cortos o demasiado largos. Al final de la popa no había espacio suficiente para girar, así que me vi obligado a retroceder casi veinte metros hasta un tubo lateral.

Sólo faltaban seis horas para el descenso y aún no podía encontrar la estrella de neutrones. Probablemente pasando a algo más de la mitad de la velocidad de la luz, la viese sólo un instante. Mi velocidad debía de ser ya enorme.

¿Se volvían azules las estrellas?

Faltaban dos horas, y estaba convencido de que se volvían azules. ¿Iba a tanta velocidad? Entonces las estrellas de atrás debían aparecer rojas. La maquinaria me impedía ver lo que había a mis espaldas, así que utilicé el giroscopio. La nave se volvió con extraña lentitud. Las estrellas que había detrás de mí eran azules, no rojas. Estaba rodeado por todas partes de estrellas blanquiazules.

Imaginaos la luz cayendo en un pozo gravitacional increíblemente profundo. No acelerará, pues la luz no puede moverse más deprisa que la luz. Pero puede ganar en energía, en frecuencia. Con el descenso, la luz caía sobre mí con una intensidad que aumentaba progresivamente.

Lo comuniqué al dictáfono, probablemente fuese el elemento mejor protegido de la nave. Había decidido ya ganar mi dinero utilizándolo, como si esperase recoger una cosecha. Interiormente, me preguntaba qué intensidad llegaría a alcanzar la luz.

La nave había vuelto a la posición vertical, con su eje enfilando la estrella de neutrones, pero ahora dándole la popa. Yo creía que la nave estaba en posición horizontal. Más torpezas. Utilicé el giroscopio. De nuevo, la nave se movía suavemente, hasta que pareció fijarse en mitad del balanceo. Luego, pareció asentarse automáticamente. Era como si prefiriese que su eje enfilara la estrella de neutrones.

Esto no me gustó nada.

Aunque intenté maniobrar de nuevo, la nave seguía resistiéndoseme. Pero esta vez había algo más, algo tiraba de mí.

Así que solté la red de seguridad y caí de cabeza hacia el morro.

El empuje era ligero, de aproximadamente una décima de g . Parecía más como hundirse en miel que una caída. Regresé a mi silla, me aseguré en ella como mi red, ahora colgando boca abajo, y puse en marcha el dictáfono. Expliqué la situación con tanto detalle que mis hipotéticos oyentes pondrían inevitablemente en entredicho mi hipotética cordura.

—Creo que esto es lo que les pasó a los Laskin —concluí—. Si el empuje aumenta, volveré a hablar.

¿Creo? Nunca lo dudé. Aquel extraño y suave empuje era inexplicable. Algo inexplicable había matado a Peter y Sonya Laskin, que en paz descansen.

Cerca del punto donde debía encontrarse la estrella de neutrones las otras estrellas parecían manchas de pintura al óleo, trazadas radialmente, brillaban con una luz colérica y penosa. Mientras intentaba pensar, seguí colgado boca abajo en la red.

Al cabo de una hora estaba ya convencido: el empuje se incrementaba. Y aún me quedaba una hora de caída. Y una fuerza tiraba de mí, pero no de la nave.

No, aquello era absurdo. ¿Qué era lo que podía llegar hasta mí atravesando un casco de Productos Generales? Tenía que ser al revés. Algo estaba empujando la nave y desviándola de su curso.

Si las cosas empeoraban, tenía la posibilidad de utilizar el impulsor para compensar. Mientras tanto, la nave estaba siendo *desviada* de la BVS-1, para mí aquello era bueno.

Pero si me equivocaba, si no había nada que desviaba la nave de la BVS-1, el motor de propulsión enviaría a la «Skydiver» a estrellarse contra dieciséis kilómetros de neutronio.

¿Y por qué no funcionaba ya el motor de propulsión? Si la nave estaba siendo desviada de su curso, el piloto automático debería reaccionar. Al hacer mi viaje de inspección por el tubo de acceso había comprobado el acelerómetro, estaba en perfectas condiciones.

¿Podía haber algo que estuviera empujando a la nave y al acelerómetro, pero no a mí?

La conclusión era absurda, algo que podía atravesar un casco de Productos Generales.

Al diablo la teoría, me dije. Tengo que salir de aquí. Y comuniqué al dictáfono:

—El empuje aumenta peligrosamente. Intentaré alterar mi órbita.

Por supuesto, al girar la nave hacia afuera y utilizar el propulsor, añadiría mi propia aceleración a la fuerza X. Sería duro, pero podría soportarlo durante un tiempo. Si me acercaba a kilómetro y medio de la BVS-1 acabaría como Sonya Laskin.

Seguramente, ella debía de haber esperado, boca abajo, en una red como la mía; esperado sin una unidad impulsora; esperado mientras la presión aumentaba y la red penetraba en su carne; esperado hasta que la red se rompiera y ella cayese hacia el morro de la nave, donde quedaría aplastada y destrozada hasta que la fuerza X liberase a las mismas sillas y las arrojase sobre ella.

Aunque puse en marcha los giroscopios, éstos no eran lo bastante potentes para desviarme. Lo intenté tres veces. En cada una de las ocasiones la nave giró unos cincuenta grados y se quedó allí, inmóvil, mientras el chirrido de los giroscopios crecía y crecía. Liberada, la nave se situó inmediatamente en posición. Quedó apuntando de morro hacia la estrella de neutrones, y así habría de seguir.

Media hora de descenso, y la fuerza X era superior a un g . Aquello era un auténtico calvario para mí. Los ojos los tenía desorbitados, como a punto de salirse de las órbitas. Dudo que hubiese podido sostener un cigarrillo entre los dedos, pero preferí no cerciorarme. Cuando me había escurrido hacia el morro de la nave, mi paquete de «Afortunados» se me había caído del bolsillo. Allí estaba, un metro más allá de mis dedos, prueba de que la fuerza X no actuaba sólo sobre mí, sino también sobre otros objetos. Fascinante.

No podía aguantar más. Si aquello me arrastraba hacia la estrella de neutrones, tenía que utilizar el impulsor. Y lo hice. Aproximadamente, logré situarme en caída libre. La sangre que se había acumulado en mis extremidades volvió a su sitio. El indicador señaló 1,2 g . Maldije al robot por mentiroso.

Alrededor del morro flotaba el paquete de cigarrillos, y se me ocurrió que un pequeño giro extra en la válvula lo atraería hacia mí. Lo intenté. El paquete avanzó hacia mí, y yo extendí la mano, pero, como si se tratase de un ser inteligente, aceleró la velocidad y la esquivó. Cuando pasaba junto a mi oído, lo intenté de nuevo, pero seguía moviéndose demasiado aprisa. Aquel paquete se deslizaba con gran rapidez, considerando que allí estaba yo, prácticamente en caída libre. Cayó atravesando la entrada de la sala de reposo, aumentando aún más su velocidad y, al penetrar en el tubo de acceso, se desvaneció. Segundos más tarde oí un contundente golpe.

Aquello era una *locura*, la fuerza X estaba ya acumulando sangre en mi cara. Saqué mi encendedor, extendí el brazo con él en la mano, y lo dejé caer. Suavemente cayó hacia el morro. Pero el paquete de «Afortunados» había golpeado como si lo hubiese dejado caer de un *edificio*.

Bien.

Ligeramente, volví a accionar la válvula. El murmullo del hidrógeno en fusión me recordó que si intentaba mantenerlo así durante todo el camino, podría someter el casco de Productos Generales a su más dura prueba: chocar con una estrella de neutrones a la mitad de la velocidad de la luz. Ya me lo podía imaginar: un casco transparente con sólo unos cuantos milímetros cúbicos de materia de una estrella enana adosados a la punta del morro.

A 1,4 *g*, según aquel mentiroso indicador, el encendedor se desprendió y avanzó hacia mí. Lo dejé ir. Estaba cayendo claramente cuando llegó a la puerta. Accione la válvula hacia atrás. Aunque la pérdida de impulso me lanzó violentamente hacia delante, mantuve la cara vuelta. La velocidad del encendedor disminuyó y vaciló a la entrada del tubo de acceso. Decidí continuar. Agucé el oído a la espera del ruido, y luego di un salto cuando toda la nave resonó como un gong.

El acelerómetro estaba justo en el centro de gravedad de la nave. De otro modo, la masa de la nave habría sacudido la aguja indicadora. Los titiriteros eran capaces de una exactitud de diez decimales.

Tras conceder al dictáfono unos cuantos comentarios rápidos, me puse a trabajar en la reprogramación del piloto. Afortunadamente, lo que quería hacer era simple. La fuerza *X* no era más que una fuerza *X* para mí, pero ahora sabía cómo actuaba. Realmente podría superarlo.

Las estrellas que había junto a aquel punto especial eran ferozmente azules. Creí que podía verla, muy pequeña, débil y roja; pero posiblemente sólo fuese mi imaginación. En veinte minutos estaría girando alrededor de la estrella de neutrones. A mi espalda, el impulsor gruñó. En caída libre efectiva, desaté la red de seguridad y me levanté de la silla.

Entonces, hubo un suave empujón y manos espectrales atenazaron mis piernas. Cinco kilos de peso colgaban de mis dedos. La presión debía disminuir rápidamente. Programaría el piloto automático para que, en los dos minutos siguientes, redujese a cero el empuje de dos *g*. Lo único que tenía que hacer era permanecer en el centro de gravedad, el tubo de acceso, cuando el empuje llegase a cero.

Algo que atravesaba un casco de Productos Generales presignaba la nave. ¿Una forma de vida psicocinética varada en un sol de dieciséis kilómetros de diámetro? Pero ¿cómo podía vivir algo con aquella gravedad?

Algo podía mantenerse en órbita. En el espacio hay vida: intrusos, semillas volantes y, quizás, otros elementos que todavía no hemos descubierto. En realidad, la BVS-1 podía estar viva. Daba igual. Yo sabía lo que intentaba hacer la fuerza *X*, estaba intentando partir la nave.

Ahora no había ninguna presión sobre mis dedos. Me impulsé hacia atrás y aterricé en la pared posterior, con las piernas flexionadas. Me arrodillé sobre la puerta, mirando hacia atrás y hacia abajo. Cuando llegó la caída libre, me introduje por allí y me vi en la sala de reposo, mirando hacia abajo y hacia delante, hacia el

morro.

La gravedad cambiaba más rápidamente de lo que yo deseaba. A medida que se aproximaba la hora cero y disminuía el empuje compensatorio del propulsor, la fuerza X iba creciendo. La fuerza X tendía a partir la nave; era de dos g delante, en el morro, dos g atrás, en la cola, y disminuía hasta cero en el baricentro de la nave. O, al menos, yo así lo esperaba. El paquete de cigarrillos y el encendedor se habían comportado como si la fuerza que les atraía hubiese aumentado a cada centímetro que avanzaban hacia la puerta.

El dictáfono me resultaba totalmente inalcanzable, estaba a casi veinte metros por debajo de mí. Si tenía algo más que decir a Productos Generales, se lo diría personalmente. Posiblemente, tuviese oportunidad de hacerlo, puesto que sabía qué fuerza intentaba destrozar la nave.

Era la marea.

El motor no estaba funcionando y yo me encontraba en el punto medio de la nave. La posición de tendido en que me encontraba, me estaba resultando muy cómoda. Faltaban cuatro minutos para el perihelio.

Debajo de mí algo restalló en la cabina. No pude ver lo que era, pero vi con toda claridad un punto rojo brillando ferozmente entre azules líneas radiales, como una linterna en el fondo de un pozo. A los lados, entre el tubo de fusión, los tanques y otros elementos, las estrellas azules resplandecían delante de mí con una luz casi violeta. Me daba miedo mirar demasiado. Pensé que realmente podían cegarme.

En la cabina debía de haber centenares de g . Incluso podía sentir el cambio de presión. A cincuenta metros por encima de la sala de control, el aire era muy tenue.

Entonces, de manera súbita, el punto rojo se hizo más que un punto. Mi tiempo terminaba. Un disco rojo saltó hacia mí; la nave se balanceó a mi alrededor; yo jadeé y cerré con fuerza los ojos. Suavemente pero con gran firmeza, manos gigantes agarraron mis brazos, mis piernas mi cabeza, e intentaron partirme en dos. En aquel momento recordé que así había muerto Peter Laskin. Sin duda, él había hecho las mismas suposiciones que yo, y había intentado refugiarse en el tubo de acceso. Pero había resbalado por él. Lo mismo que me estaba pasando a mí...

Cuando abrí los ojos el punto rojo se hundía en la nada.

IV

Insistentemente, el titiritero presidente dijo que se me internase en un hospital para observación. No me opuse. Tenía la cara y las manos rojas e inflamadas, comenzaban a salirme ampollas y me dolía todo como si me hubiesen dado una paliza. Lo que yo quería era descanso y amorosos y tiernos cuidados.

Cuando la enfermera entró para anunciar una visita, yo estaba flotando entre un par de placas de dormir, terriblemente incómodo. Por la extraña expresión de la enfermera, supe quién era.

—¿Qué puede atravesar un casco de Productos Generales? —le pregunté.

—Yo esperaba que tú me lo dijeras.

El presidente se apoyó en su única pierna trasera, sosteniendo un tubo que desprendía un humo verde con olor a incienso.

—Y lo haré. Gravedad.

—No te burles de mí. Es una cuestión vital.

—No me burlo. ¿Tiene luna vuestro mundo?

—Es un dato secreto.

Los titiriteros son recelosos, nadie sabe de dónde vienen, y es poco probable que dejen que se descubra.

—¿Sabes lo que pasa cuando una luna se acerca demasiado a su primario?

—Que se disgrega.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Mareas.

—¿Qué es una marea?

Vaya, dije para mí.

—Intentaré explicártelo. La Luna de la Tierra mide alrededor de tres mil kilómetros de diámetro y no tiene rotación respecto a la Tierra. Imagina que cogemos dos rocas en la Luna, una en el punto más próximo a la Tierra y otra en el punto más alejado.

—Muy bien.

—¿No crees que es evidente que si dejamos esas rocas abandonadas a sí mismas se separarían una de otra? Están en dos órbitas distintas, órbitas concéntricas, una de ellas a unos tres mil kilómetros más lejos de la otra. Sin embargo, esas rocas se ven obligadas a moverse a la misma velocidad orbital.

—La exterior se mueve más deprisa.

—Buena observación. Consecuentemente, hay una fuerza que intenta partir en dos la Luna. La gravedad es lo que la mantiene unida. Si la Luna se aproximase lo bastante a la Tierra esas dos rocas se alejarían una de otra.

—Comprendo. Y esta *marea* intentó partir en dos tu nave. Era lo bastante poderosa en el sistema vital de la nave del Instituto como para sacar de sus encajes

las sillas de aceleración.

—Y para aplastar a un ser humano. Imagínatelo. El morro de la nave estaba exactamente a once kilómetros del centro de la BVS-1. La cola, cien metros más allá. Abandonadas a sí mismas, se habrían situado en órbitas completamente diferentes. Cuando me acerqué lo bastante mi cabeza y mis pies intentaron hacer lo mismo.

—Comprendo. ¿Estás mudando?

—¿Qué?

—He visto que estás perdiendo tu tegumento exterior en algunos puntos.

—Ah, eso. Me quemó la luz de la estrella. Durante un instante, dos cabezas se miraron entre sí. ¿Se había encogido de hombros? Al fin, dijo:

—El resto de tu dinero lo hemos depositado en el Banco de Nosotros Lo Hicimos. Un humano, llamado Sigmundo Ausfaller, ha congelado la cuenta hasta que se evalúen tus impuestos.

—Vaya.

—Si aceptas hablar con los informadores ahora, y les explicas lo que pasó con la nave del Instituto, te pagaremos diez mil estrellas. Te las pagaremos en efectivo para que puedas utilizarlas inmediatamente. Es urgente. Ha habido rumores.

—Hazlos pasar. —Y luego añadí—: Puedo decirles también que tu mundo no tiene luna, eso podría ser una noticia interesante.

—No entiendo.

Pero dos largos cuellos se habían echado hacia atrás, y el titiritero me observaba como un par de pitones.

—Sabrías lo que es una marea si en tu planeta hubiese luna. Lo sabrías inevitablemente.

—¿Estarías interesado si se tratara de...?

—¿Un millón de estrellas? Me fascinaría. Incluso firmaría un contrato si incluye lo que estamos ocultando. ¿Cómo te sienta el chantaje?

Los premios Hugo 1962-1967

20ª Convención - Chicago, 1962

Novela - Forastero en tierra extraña, de Robert A. Heinlein.

Cuento - *The Hothouse Series*, de Brian W. Aldiss.

Revista profesional - *Analog*.

Publicación «amateur» - *Warhoon*, Richard Bergeron (ed.).

Artista profesional - Ed Emshwiller.

Representación dramática - *The Twilight Zone*, de Rod Serling.

21ª Convención - Washington, 1963

Novela - El hombre en el castillo, de Philip K. Dick.

Cuento - Hombres y dragones, de Jack Vance.

Arte dramático - Desierto.

Revista profesional - The Magazine of Fantasy and Science Fiction.

Publicación «amateur» - *Zero*, Dick Lupoff (ed.).

Artista profesional - Roy Krenkel.

Premios especiales - P. Schuyler Miller, por las mejores reseñas de libros, e Isaac Asimov, por sus distinguidas contribuciones en este campo.

22ª Convención - San Francisco (Oakland), 1964

Novela - Estación de tránsito, de *Clifford Simak*.

Cuento - No hay tregua con los reyes, de *Poul Anderson*.

Revista profesional - *Analog*.

Artista profesional - Ed Emswiller.

Editor - Ace Books.

Publicación «amateur» - *Amra*, George Scithers (ed.).

23ª Convención - Londres, 1965

Novela - El planeta errante, de *Fritz Leiber*.

Cuento - *Soldado, no preguntes*, de Gordon R. Dickson.

Revista profesional - *Analog*.

Editor - Ballantine Books.

Publicación «amateur» - *Yandró*, Robert y Juanita Coulson (eds.).

Representación dramática - *Dr. Strangelove*.

24ª Convención - Cleveland, 1966

Novela (exaequo) - *Tú, el inmortal*, de Roger Zelazny, junto con *Dune*, de Frank

Herbert.

Cuento - «¡Arrepiéntete, Arlequín!» dijo el señor Tic-Tac, *de Harlan Ellison*.

Revista profesional - *IF*.

Artista profesional - Frank Frazetta.

Publicación «amateur» -ERB-dom, Camille Cazaddessus, Jr. (ed.).

A la mejor serie de todos los tiempos - *Foundation Series*, de Isaac Asimov.

25ª Convención - Nueva York, 1967

Novela - La Luna es una cruel amante, *de Robert A. Heinlein*.

Novela corta - El último castillo, *de Jack Vance*.

Cuento - Estrella de neutrones, *de Larry Niven*.

Revista profesional - *IF*.

Artista profesional - Jack Gaughan.

Representación dramática - *The Menagerie* (Star Trek).

Publicación «amateur» - *Niekas*, Ed. Meskys and Felice Rolfe (eds.).

Artista aficionado - Jack Gaughan.

Escritor aficionado - Alexei Panshin.

Notas

[1] Esto es sólo una traducción aproximada, que no capta toda la mordacidad del lenguaje. Algunas palabras no tienen equivalentes contemporáneos. «Skirkling» (como en «enviar skirkling») significa una desbandada, o carrera frenética, sin orden ni concierto, en todas direcciones, acompañada por un movimiento de vibración o traqueteo. «Volith» es jugar fútilmente con algo, e implica que el sujeto de tal acto es de una potencia joviana tal que para él cualquier problema es una ridícula nimiedad. «Raudel-bogs» son los seres semiinteligentes de Etamin Cuatro, a quienes trajeron a la Tierra y entrenaron primero como jardineros, luego como obreros de la construcción y, por último, los devolvieron a su mundo, debido a ciertos hábitos repulsivos a los cuales se negaban a renunciar.

Así, la declaración de O. Z. Garr se convierte en algo como: «Si hubiera vehículos a mano, yo volvía en su búsqueda con un látigo para enviar a esos raudelbogs skirkling a casa». <<

[2] La población de Castillo Hagedorn era fija. Se permitía a cada caballero y a cada dama un solo niño. Si por casualidad nacía otro, tenía que encontrar a alguien que aún no hubiera engendrado para que lo apadrinara, o disponer de él de otro modo. El procedimiento normal era entregar el niño al cuidado de los expiacionistas. <<

[3] Al igual que los meks, los vehículos de energía eran originariamente criaturas de los pantanos de Etamin Nueve. Eran grandes planchas de músculo girando en el interior de una estructura rectangular y protegida de la luz solar, los insectos y los roedores por una piel sintética. Las bolsas de jarabe comunicaban con su aparato digestivo, los cables introducían nódulos de control en el cerebro rudimentario. Los músculos estaban empalmados a palancas de avance que impulsaban rotores y ruedas motrices. Estos vehículos eran económicos, de larga vida y dóciles, por lo que, básicamente, se utilizaban para el transporte pesado, el movimiento de tierras, en difíciles labores de agricultura y para otros trabajos pesados. <<

[4] «Exhibición de Antiguos Tabardos»; «Hora de la Valoración de la Puesta de Sol»: el sentido literal del primer término era aún relevante; el del segundo se había perdido y la frase era un simple formalismo. <<